DOUGLAS MURRAY

LA EXTRAÑA MUERTE DE EUROPA

IDENTIDAD, INMIGRACIÓN, ISLAM

Lectulandia

La extraña muerte de Europa es un informe personal de un continente y una cultura en el momento de su suicidio. La reducción de la tasa de natalidad, la inmigración masiva y un sentimiento de disgusto y de odio se han conjugado para hacer que los europeos sean incapaces de debatir entre ellos y se resistan a comprender los cambios existentes en su sociedad.

Este libro no es solamente un análisis de la demografía y de las realidades políticas, sino también un relato testimonial de un continente en proceso de autodestrucción. La obra incluye reportajes de todo el continente, desde los lugares en donde los emigrantes desembarcaron hasta aquellos otros en los que termina su aventura; desde la gente que parece darles la bienvenida hasta aquella otra que no quiere recibirlos. Relatado desde una perspectiva de primera mano, y respaldado por una impresionante investigación y por la evidencia de los hechos, el libro estudia el fallo del multiculturalismo, los errores en la repatriación y el sentimiento occidental de culpa.

Douglas Murray

La extraña muerte de Europa

Identidad, Inmigración, Islam

ePub r1.0
Titivillus 10.11.2020

Título original: *The Strange Death of the Europe*
Douglas Murray, 2017
Traducción: Mariano José Vázquez Alonso, 2019

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

AGRADECIMIENTOS

Quisiera expresar mi agradecimiento a Robin Baird-Smith y a Jamie Birkett, de Bloomsbury. Asimismo, a mi agente Matthew Hamilton de Aitken Alexander Associates.

Este libro me fue encargado por el predecesor de Matthew, Gillon Aitken, y fue uno de sus últimos encargos. Gillon no solo fue un agente de leyenda, sino también un maravilloso y sabio amigo al que echaré mucho de menos.

Muchas personas se han mostrado excepcionalmente amables y de gran ayuda durante los años en los que estuve investigando los temas de este libro. No me es posible mencionarlas a todas, ya que se encuentran en varios continentes. Pero quisiera agradecer de forma particular a los editores de todas las publicaciones que me han permitido investigar los temas tocados en este libro, al igual que a todos los amigos, familiares, antagonistas y colegas que han querido debatir conmigo aspectos del mismo.

Y quisiera dedicar este libro, en particular, a uno de mis guías y amigos: Stanley.

INTRODUCCIÓN

Europa se está suicidando. O, cuando menos, sus líderes han decidido que se suicida. El que los pueblos de Europa escojan seguir adelante con tal decisión es, naturalmente, algo muy diferente.

Cuando afirmo que Europa se halla a punto de suicidarse no quiero decir que la carga de las regulaciones de la Comisión Europea se haya convertido en algo imperioso, o que la Convención Europea de Derechos Humanos no haya hecho lo suficiente para satisfacer las demandas de una comunidad en particular. Lo que quiero decir es que la civilización que conocemos como Europa se encuentra camino del suicidio, y que ni Inglaterra ni ningún otro país de la Europa Occidental puede evitar ese destino; porque se diría que todos estamos sufriendo los mismos síntomas y las mismas enfermedades. Como resultado de todo ello, al final de la vida de la mayor parte de la gente que actualmente vive en Europa, esta ya no será Europa; y los pueblos europeos habrán perdido el único lugar del mundo al que pudiéramos llamar «hogar».

Cabría resaltar que la proclamación de la desaparición de Europa ha sido, a lo largo de la historia, como algo que ha estado siempre presente; y que Europa no sería Europa si no hubiera esas regulares predicciones de nuestro final. Sin embargo, hubo quienes resultaron más convincentes que

otros al tocar este tema. En *Die Welt von Gestern (El mundo de ayer)*, obra publicada en el año 1942, Stefan Zweig escribía al hablar de este continente, en los años centrales de la Segunda Guerra Mundial: «Tengo la impresión de que Europa, nuestro sagrado hogar europeo, cuna y Partenón de la civilización occidental, ha firmado su propia sentencia con su actual estado de descomposición».

Una de las pocas cosas que le llegó a dar por entonces un soplo de esperanza a Zweig fue el hecho de que en los países de Sudamérica, en los cuales había tenido que refugiarse, vio algunos vestigios de su propia cultura. En Argentina y en Brasil fue testigo de cómo es posible que una cultura emigre de una tierra a otra; de forma que incluso cuando el árbol que dio vida a esa cultura ha muerto, todavía pueden quedar «nuevos brotes y nuevos frutos». Y aunque en aquellos momentos Europa casi se había destruido por completo, Zweig quería sentir el consuelo de que «Lo que nos dejaron las anteriores generaciones no se ha perdido en su totalidad[1]».

Hoy, muchos años después de la catástrofe descrita por Zweig, el árbol de Europa se ha perdido definitivamente. En la actualidad, Europa no tiene muchos deseos de rehacerse, de luchar por ella misma o, incluso, de discutir la importancia del papel que pueda desempeñar en el planeta. Los que se encuentran en la cima del poder parecen estar convencidos de que no tiene gran trascendencia el hecho de que las gentes y la cultura europeas se puedan perder para el resto del mundo. Hay algunos autores que han hablado sin tapujos (como escribió Bertolt Brecht en 1953, en su poema «La solución») de que lo mejor sería disolver los pueblos existentes y formar otros nuevos; porque, como señaló un reciente primer ministro sueco, el conservador Fredrik Reinfeldt, solamente «el barbarismo» es algo que se da en países como este, mientras que las cosas buenas tienen que venir de fuera.

La presente enfermedad no tiene una sola causa. La cultura producida por los tributarios de la cultura judeo-cristiana, de los antiguos griegos y romanos, y de los descubrimientos de la Era de las Luces no ha logrado tener sucesores. Pero el acto final ha llegado a causa de dos concatenaciones simultáneas, de las cuales es poco menos que imposible recuperarse.

La primera de estas concatenaciones es el movimiento masivo de los pueblos europeos. En todos los países de la Europa occidental este proceso empezó después de la Segunda Guerra Mundial, debido a los recortes laborales. Rápidamente Europa creyó resolver la situación con la migración, y ya no pudo cortar ese flujo migratorio aun cuando lo hubiera deseado. El resultado de todo ello fue que lo que había sido Europa —el hogar de los pueblos europeos— se fue transformando de modo gradual en el hogar de todo el mundo. Los lugares que hasta entonces habían sido europeos se fueron convirtiendo en algo distinto. De este modo, lugares dominados por emigrantes pakistaníes recuerdan plenamente a Pakistán, excepto en su emplazamiento geográfico, a causa de las recientes llegadas de nuevas oleadas de emigrantes, cuyos niños siguen comiendo lo que comían en su lugar de origen, hablan sus propias lenguas y mantienen el culto de sus propias religiones. Y las frías y lluviosas calles de las ciudades septentrionales de Europa, se van llenando de gentes vestidas con ropa propia de las colinas de Pakistán o de las arenas de Arabia. «El Imperio contraataca», apuntan ciertos observadores con una amarga sonrisa. No obstante, cuando ya los antiguos Imperios de Europa se habían visto libres de ellos, estos nuevos colonos pretenden evidentemente volver a las andadas.

Durante todo este tiempo los europeos han estado tratando de encontrar fórmulas para que esta situación pudiera funcionar. Insistiendo, por ejemplo, en el hecho de que tal clase de emigración era algo normal. O que si bien la integración no llegara a producirse con las primeras generaciones, podría lograrse con los hijos, los nietos y otras generaciones futuras de emigrantes. O bien, que no tenía importancia el hecho de que terminaran por integrarse o no. Durante mucho tiempo estuvimos dudando de que esta situación pudiera llegar a funcionar bien. Y esta es la causa de que la crisis migratoria de los recientes años se haya acelerado.

Todo ello me lleva a la segunda concatenación. Pues, si bien el movimiento masivo de millones de personas llegadas a Europa, no parece sonar como una nota final para el continente, se debe al hecho de que coincidiendo con ello, o por otros motivos, al mismo tiempo Europa ha perdido la fe en sus creencias, en sus tradiciones y en su legitimidad. Son

innumerables los factores que han contribuido a este proceso de desintegración; pero uno de ellos es la forma en la que los europeos occidentales han perdido lo que el filósofo español Miguel de Unamuno llamó con su famosa frase «el sentido trágico de la vida». Se ha olvidado lo que Zweig y su generación aprendieron tan dolorosamente: que todo cuanto amas, incluso las civilizaciones y culturas más importantes de la Historia, pueden quedar totalmente barridas por pueblos que no son merecedores de ellas. Una de las escasas fórmulas que se pueden adoptar para evitar este sentido trágico de la vida es tratar de alejarlo mediante la creencia en la marea del progreso humano. Esta táctica sigue siendo, de momento, el pensamiento más popular.

No obstante, continuamente estamos pasando por alto esta situación; e, incluso, en algunas ocasiones, tenemos profundas dudas sobre nuestros propios orígenes. Más que ningún otro continente o cultura del mundo actual, Europa se encuentra actualmente sobrecargada por las culpas de su pasado. Junto con esta sorprendente versión de autodesconfianza se encuentra una versión más introvertida de la misma culpa. Porque en Europa también existe el problema de un cansancio existencial, y de un sentimiento de que quizás la Historia se haya agotado para Europa, y que debe permitirse ahora el inicio de una nueva historia. La inmigración masiva —la sustitución de grandes sectores de la población europea por otros pueblos— es una forma en la que se está perfilando esta nueva historia. Parece que pensamos que era necesario un cambio para poder descansar. Semejante cansancio existencial de la civilización no es un fenómeno exclusivo de la Europa moderna. Pero el hecho de que una sociedad sienta que ha abandonado su fuerza, en el preciso momento en que otra nueva sociedad ha empezado a movilizarse, no puede ayudar a la situación, sino más bien a cargar con enormes cambios.

Si hubiera sido posible estudiar debidamente estos temas, tal vez se hubiera podido llegar a una solución. No obstante, en 2015, en el momento más crítico del fenómeno de la migración, se dijo y se pensó que el problema estaba controlado. En el culmen de la crisis de septiembre de 2015, la canciller Merkel, de Alemania, preguntó a uno de los máximos responsables de Facebook, Mark Zuckerberg, qué se podía hacer para

impedir que los ciudadanos europeos escribieran críticas sobre el tema de la política migratoria en Facebook. «¿Está ocupándose de este asunto?», le preguntó. Él le aseguró que se estaba haciendo[2]. De hecho, las investigaciones y trabajos sobre este tema debieran haber sido exhaustivos. Y al mirar hacia atrás, resulta notable observar lo cautos que nos mostramos en nuestros debates sobre el tema, mientras abríamos nuestros países al resto del mundo.

Hace un milenio los habitantes de Génova y de Florencia no se encontraban tan mezclados como lo están en la actualidad. Pero hoy todos son reconocidos como auténticos italianos; y las diferencias que pudieran existir entre ellos han ido disminuyendo en lugar de aumentar. Parece ser que lo que actualmente se piensa es que en el futuro los migrantes de Eritrea y Afganistán también llegarán a mezclarse con los europeos, como lo hicieron genoveses y florentinos en la Italia de otros tiempos. Evidentemente, el color de la piel de los individuos procedentes de Eritrea y Afganistán puede ser muy diferente, sus orígenes étnicos se encuentran en lugares muy lejanos, pero Europa seguirá siendo Europa, y sus gentes continuarán viviendo el espíritu de Voltaire y de san Pablo, de Dante, Goethe y Bach.

Como sucede con tantas ilusiones populares, también pasa algo parecido en esta. La naturaleza de Europa siempre ha estado cambiando y —como lo demuestran ciudades comerciales como Venecia— han mostrado una gran e infrecuente receptividad a las ideas y a la influencia extranjeras. Desde los tiempos de los antiguos griegos y romanos, los pueblos de Europa enviaron sus naves por todo el mundo, trayendo a sus países de origen cuanto habían encontrado. Raramente, si es que alguna vez llegó a producirse, mostraron los países exóticos una curiosidad parecida por lo nuestro. No obstante, nuestros barcos regresaban a sus puertos trayendo las historias y los descubrimientos que habían hecho, mezclándolos con el aire de Europa. Fue una receptividad prodigiosa, aunque no llegó a ser ilimitada.

El problema de saber en dónde se encuentran los límites de la cultura, es algo que ha sido estudiado hasta la saciedad por los antropólogos y que todavía no se ha visto resuelto. Pero, sin duda, hay límites. Por ejemplo, Europa nunca fue un continente del Islam. No obstante, la conciencia de

que nuestra cultura se encuentra cambiando de forma constante y sutil está muy enraizada en Europa. Los filósofos de la antigua Grecia comprendieron el enigma, resumido en su vertiente más famosa en la paradoja del barco de Teseo. Como se recoge en Plutarco, la nave en la que en un tiempo había salido a navegar Teseo fue restaurada por los atenienses que cambiaron las partes más deterioradas del casco con nuevos maderos. Sin embargo, ¿no seguía siendo esta la nave de Teseo, a pesar de que ya no quedaba en ella nada de la embarcación primigenia?

Sabemos que los griegos actuales no son el mismo pueblo que eran los antiguos griegos. Sabemos que tampoco los ingleses de hoy día son los mismos que aquellos que vivieron hace un milenio, ni tampoco lo son los franceses actuales con los del pasado. Y, sin embargo, los reconocemos como griegos, ingleses y franceses, pues todos son europeos. Tanto en estas como en otras identidades reconocemos un grado de sucesión cultural: una tradición que perdura con ciertas cualidades (tanto positivas como negativas), costumbres y formas de ser. Sabemos que tanto los normandos, como los francos y los galos aportaron grandes cambios. Y también sabemos, por la Historia, que algunos de esos movimientos raciales afectaron, a largo plazo, relativamente poco a la cultura, mientras que otros pudieron cambiarla de forma irrevocable. El problema no depende de la aceptación del cambio, sino del conocimiento de que cuando esos cambios se producen demasiado deprisa, o resultan demasiado drásticos, llegamos a ser algo diferentes; incluso algo que quizás nunca hemos deseado ser.

Al mismo tiempo, nos sentimos confundidos por el hecho de cómo esto puede actuar sobre la persona. Mientras todo el mundo está de acuerdo en que es posible que un individuo absorba una determinada cultura (proporcionando con ello el natural grado de entusiasmo, tanto para él como para la cultura), sea cual fuera el color de su piel, sabemos muy bien que nosotros, europeos, no podemos llegar a ser lo que, tal vez, hubiéramos deseado ser. No podemos volvernos indios o chinos, por ejemplo. Y, no obstante, se nos pide que creamos que cualquier persona de otro continente puede venir a Europa y convertirse en europeo. Si el ser «europeo» no es una cuestión de raza —como suponemos que no lo es—, entonces todavía resulta más imperativo que se trata de los «valores». Esto es lo que hace que

la pregunta «¿Cuáles son los valores europeos?» se vuelva tan importante. No obstante, este es otro debate en el que nos sentimos profundamente confundidos.

Por ejemplo, ¿somos cristianos? En pleno siglo XXI este debate presenta un punto focal en la redacción de la nueva Constitución de la Unión Europea, por la ausencia de cualquier mención de la herencia cristiana del continente. El papa Juan Pablo II, y su sucesor, intentaron rectificar la omisión. Mientras que el primero escribió en 2003: «Aunque respetemos plenamente la naturaleza secular de la institución, desearíamos una vez más, apelar a que en la redacción del futuro tratado constitucional europeo se incluyera una referencia a la religión y, en particular, a la herencia cristiana de Europa[3]».

El debate no solamente divide Europa geográfica y políticamente, sino que apunta a una aspiración manifiesta. Porque la religión no solo ha dejado de tener un papel importante en la Europa occidental, sino que en su decaimiento ha surgido el deseo de demostrar que en el siglo xxi Europa posee una estructura autosuficiente de derechos, de leyes e instituciones, que pueden existir incluso sin la fuente que en su momento les dio vida. Como la paloma de Kant, nos preguntamos si no seríamos capaces de volar más deprisa si pudiéramos vivir en un ambiente de aire fresco, sin tener necesidad de sufrir la molestia de que fuera el viento el que tuviera que mantenernos en el aire. Todavía falta mucho para que este sueño se haga realidad. En el lugar de la religión vino el lenguaje pomposo de «los derechos humanos» (que, en sí mismos, eran un concepto de origen cristiano). Hemos dejado sin resolver la cuestión de si nuestros derechos adquiridos descansan, o no, en creencias que el Continente ha dejado de sostener, o si bien existen por un determinado acuerdo. Al final, esto era una cuestión extremadamente importante para haberla dejado resuelta, cuando considerables cantidades de nuevos pueblos estaban esperando «integrarse».

Otro tema, igualmente significativo, surgió al mismo tiempo sobre la posición y el propósito que debería tener la nación-estado. Desde el Tratado de Westfalia, de 1648, hasta el pasado siglo XX, se había considerado generalmente en Europa a la nación estado como la mejor garantía de la

paz. No obstante, también este concepto quedó erosionado. Una figura notable como el canciller Kohl, de Alemania, insistía en el año 1996 que: «La nación estado… no puede solucionar el gran problema del siglo XXI». Insistía Kohl en que era importante que los estados europeos se integraran en una gran unión política, como solución al tema de la guerra y la paz en el siglo XXI[4]. Otras naciones-estado no estaban de acuerdo; y una veintena de años más tarde, justamente la mitad del pueblo británico demostró en las urnas que no se sentían convencidos por los argumentos de Kohl. Pero, una vez más, y sea cual fuere la opinión que uno pueda tener sobre este tema, queda sin resolver una cuestión de semejante envergadura, en unos tiempos en los que se están produciendo grandes cambios en la población mundial.

Aunque nos sintamos inseguros en nuestra propia casa, no por ello dejamos de hacer denodados esfuerzos por llevar nuestros valores éticos a los demás. No obstante, siempre que nuestros gobiernos y nuestros ejércitos se ven comprometidos en algo que tenga que ver con los «derechos humanos» —el caso de Irak, en 2003, o de Libia, en 2011— parece como si estropeáramos todavía más las cosas, y todo terminara en un fracaso. Cuando empezó la guerra civil en Siria, todo el mundo se manifestó para que las naciones de Occidente intervinieran en nombre de los derechos humanos que, indudablemente, habían sido violados. Pero no había muchos deseos de proteger tales derechos; porque aunque creyéramos en ellos en nuestros propios países, no estábamos muy seguros de la capacidad de que pudiéramos sostenerlos fuera de casa. En cierto momento llegó a creerse que lo que se había llamado «la última utopía» —el primer sistema universal que establecía un claro divorcio entre los derechos del hombre y lo que pretendían los gobiernos autocríticos— podía comprometer finalmente las aspiraciones europeas[5]. Si esto fuera así, entonces los europeos del siglo XXI quedarían desprovistos de una idea unificadora, capaz de poner orden en el presente o encarar adecuadamente el futuro.

Cuando se produce la pérdida de aquellos valores que dieron sentido a nuestro pasado, o las ideas que puedan justificar nuestro presente o nuestro futuro, se cae en una situación enigmática. Pero si eso tiene lugar en un momento de cambios y trastornos sociales, los resultados pueden ser fatales. El resto del mundo está viniendo a Europa precisamente en un

momento en que Europa ha perdido sus señas de identidad. Y aunque la llegada de millones de seres humanos procedentes de otras culturas pudiera vigorizar a otra que se mostraba anteriormente fuerte, la llegada de millones de personas a una cultura que ya se siente cansada y agonizante no puede lograrlo. Incluso ahora los líderes europeos están hablando de emprender un esfuerzo para incorporar esos millones de nuevas llegadas.

Pero estos esfuerzos también fracasarán. Para poder incorporar a lo largo y a lo ancho de nuestras fronteras el mayor número de personas, es necesario ofrecer una definición de inclusión que resulte tan amplia y carente de fisuras como sea posible. Si Europa va a convertirse en el hogar universal deberá buscar una definición de sí misma que resulte lo suficientemente amplia para ser también universal. Esto quiere decir que antes de que tales aspiraciones colapsen, nuestros valores han de ser muy fuertes. Así pues, mientras que la identidad europea del pasado pudo considerarse altamente específica, por no mencionar sus profundas bases filosóficas e históricas (los derechos legales, los principios éticos derivados de la historia y de la filosofía continental), hoy día tanto la ética como las creencias de Europa —incluso su identidad y su ideología— parecen haberse entregado a los conceptos de «respeto», «tolerancia» y (el más abnegado de todos) «la diversidad». Tales mediocres autodefiniciones podrán subsistir durante unos pocos años más, pero no tienen la menor posibilidad de apelar a aquellas lealtades más profundas que las sociedades deben poseer si pretenden sobrevivir mucho tiempo.

Esta es una razón por la que probablemente nuestra cultura europea, que ha durado todos estos siglos, y que ha compartido con el resto del mundo las cumbres de los logros humanos, no podrá sobrevivir. Como parecen demostrar las recientes elecciones de Austria, y el auge del movimiento Alternativa para Alemania, mientras exista la probabilidad de que se mantenga irresistible esta erosión cultural, las opciones para una defensa de la cultura seguirán siendo improbables.

Stefan Zweig tenía razón cuando reconocía esta descomposición europea; y también estaba en lo cierto al reconocer su sentencia de muerte, y manifestar que la cuna y Partenón de la civilización occidental se había destruido a sí misma. Solo que su tiempo no había llegado. Todavía se

tardarían décadas antes de que su profecía se cumpliera en nosotros y por nosotros. Ahora, en estos años de intervalo, en lugar de seguir siendo un hogar para los pueblos de Europa, hemos decidido convertirnos en una «utopía», en el sentido literal de la palabra griega de convertirse en un «no lugar». Este libro es un relato de ese proceso.

* * *

La investigación y redacción de este libro me ha llevado a cruzar el continente durante años, visitando lugares que, de otro modo, no hubiera visitado. En el transcurso de varios años he viajado desde las islas más sudorientales de Grecia y los lugares más septentrionales de Italia hasta el corazón de la Suecia septentrional, y hasta incontables rincones de Francia, Holanda, Alemania y otros países.

Durante la redacción de esta obra he tenido la oportunidad de hablar con muchas personas anónimas y también con políticos y politólogos de todos los espectros del mundo político, policías de fronteras, agencias de investigación, organizaciones no gubernamentales y muchas otras personas bien informadas sobre el tema. En muchos aspectos, la parte más instructiva de mi investigación se ha fundamentado en la investigación sobre las llegadas más recientes de migrantes a Europa, personas que prácticamente acababan de llegar. En los centros de recepción de la Europa meridional, y a lo largo de otros lugares de permanencia o de paso hacia países más septentrionales, he podido escuchar relatos que muchas veces tenían que ver con sus propias tragedias. Para todos ellos Europa era el lugar en donde creían poder vivir mejor.

Evidentemente, aquellos que querían hablar y compartir su propia historia constituían un grupo más bien reducido. Hubo tardes en las que en las proximidades de un campo de refugiados, cuando la gente salía o regresaba a ellos, me pareció —para decirlo suavemente— que mis interlocutores no manifestaban hacia nuestro continente grandes sentimientos de generosidad o de agradecimiento. Pero muchos otros se mostraron excepcionalmente amistosos y agradecidos por la oportunidad de poder contar sus vivencias. Fuera cual fuese mi propia opinión sobre las

circunstancias que les había traído, y la respuesta que hubieran podido obtener de su experiencia, nuestras conversaciones siempre finalizaban con la única frase que honestamente podía decirles, sin que en ella hubiese el menor vestigio de advertencia: «¡Buena suerte!».

1

EL PRINCIPIO

Para poder entender la dimensión y la rapidez del cambio que está sucediendo en Europa merece la pena retrotraerse unos cuantos años, hasta antes de que se produjera la última crisis migratoria, y hasta una época en la que la inmigración era «normal». Y, en este caso, merece la pena estudiar un país que, comparativamente, estaba al margen del reciente caos.

En el año 2002 se publicó el último censo de población de Inglaterra y Gales. Comparado con el año anterior, ese censo mostraba cuánto había cambiado el país durante una década, desde que se realizara el censo anterior. Imaginemos que alguien, en 2002, hubiera decidido extrapolar los datos que aparecían en aquel censo, y hacer suposiciones sobre lo que pudiera ocurrir durante los diez años siguientes. Imaginemos que dijera: «Los británicos de raza blanca se convertirán en una minoría en su propia ciudad a finales de esta década, y la población musulmana se duplicará en los próximos diez años».

¿Cómo se hubiera podido recibir semejante previsión? Sin duda se habrían pronunciado términos tales como «alarmista» y «exagerado», en algunos casos «racista» y (aunque para entonces no se había acuñado todavía el vocablo) «islamófobo». De sobra está decir que tales extrapolaciones de datos no habrían sido recibidas muy calurosamente. Cualquiera que se sienta inclinado a dudar de todo esto puede recordar un

incidente muy representativo, cuando en 2002 un periodista del *Times* hizo ciertos comentarios sobre cómo podría desarrollarse la inmigración futura: unos comentarios que fueron denunciados por el entonces Home Secretary[*], David Blunkett, quien valiéndose de sus privilegios parlamentarios, calificó tales comentarios de «cuasifascistas[1]».

Sin embargo, y aunque pudiera parecer exagerado, cualquiera que ofreciese semejante análisis en 2002 hubiera podido demostrar, con amargura, que era completamente cierto.

El censo siguiente, realizado en el año 2011 y publicado a finales de 2012, revelaba la veracidad no solamente de los hechos mencionados más arriba, sino de muchos más. Mostraba que el número de personas que vivían en Inglaterra y en el país de Gales nacidas en el extranjero se había incrementado en casi tres millones, solo en la década anterior. Mostraba asimismo que solamente el 44,9 % de los residentes en Londres se consideraban actualmente «británicos blancos». Y revelaba que alrededor de tres millones de los habitantes de Inglaterra y Gales vivían en casas en las que no había un solo adulto que hablara inglés como su lengua principal. Todo ello hablaba de los cambios étnicos más importantes habidos en el país a lo largo de su historia. Pero resultaban igualmente sorprendentes los cambios religiosos que se estaban produciendo en Gran Bretaña. Por ejemplo, las estadísticas mostraban que, además del cristianismo, estaban representadas prácticamente todas las otras religiones. La Iglesia oficial de Inglaterra se encontraba en caída libre. Desde el censo anterior, el número de personas que se identificaban como cristianos había descendido del 72 al 59 %. El número de cristianos de Inglaterra y Gales había descendido asimismo en más de cuatro millones; y el número de cristianos, en el conjunto del país, había bajado de 37 a 33 millones.

Pero mientras que el cristianismo mostraba un colapso en sus seguidores —un colapso que pronosticaba ir aumentando de forma rápida— la masa migratoria doblaba el número de su población musulmana. Entre los años 2001 y 2011 el número de musulmanes en Inglaterra y Gales aumentó de 1,5 a 2,7 millones. Y aunque estas eran las cifras oficiales, la opinión general era que, debido a la emigración ilegal, estas cifras eran notablemente mayores. Se reconocía que, al menos, un millón de personas

se encontraba en el país de forma ilegal, por lo que no estaban incluidas en el censo; y que dos de las municipios que se habían desarrollado más rápidamente (alrededor de un 20 % en los últimos diez años) eran las que tenían a su cargo la mayor parte de la población musulmana del Reino Unido (Tower Hamlets y Newham[*]). Existían también amplias zonas rurales en las que en una de cada cinco viviendas no se habían realizado censos. Todo ello sugería que los resultados censoriales, por muy sorprendentes que pudieran ser, estaban muy por debajo de las cifras reales. Eran unos hallazgos que resultaban sorprendentes.

No obstante, y a pesar de lo difícil que pudiera resultar la aceptación de estos hechos, el impacto que produjeron en la población —como cualquier otro tipo de noticias— fue muy efímero. Pero los hechos no eran efímeros en absoluto. Constituían la substancia del pasado reciente del país, de su presente inmediato y ofrecían una perspectiva de su inevitable futuro. Al estudiar los resultados de estos censos se llegaba a una conclusión incuestionable: la masa inmigrante estaba a punto de alterar —de hecho ya lo había alterado— por completo el país. En 2011 Gran Bretaña se había convertido en una nación radicalmente diferente de la que había sido durante siglos. Pero la respuesta a hechos tales como que en veintitrés de los distritos londinenses los «británicos blancos» se encontraran en minoría no era una noticia que se tuviera demasiado en cuenta[2]. Un portavoz de la Oficina Nacional de Estadística (ONS) calificaba entusiásticamente estos resultados, considerándolos una magnífica demostración de «diversidad[3]».

Mientras tanto, las reacciones, tanto políticas como las de los medios, resultaban sorprendentes al manifestarse de forma unánime. Cuando los políticos de todos los partidos más importantes se refirieron a los resultados de estos censos, manifestaron un espíritu optimista. Así había sido durante años. En 2007, el que era entonces alcalde de Londres, Ken Livingstone, hablaba con orgullo del hecho de que el 35 % de las personas que trabajaban en Londres habían nacido en el extranjero[4]. La pregunta que se podía formular sobre este tema era si existía un límite adecuado para esta situación o no. Durante años se había mantenido un cierto grado de excitación y de optimismo —que parecía ser el único existente— sobre los

cambios experimentados por el país. Todo ello afianzado por la idea de que tal situación no era nada nuevo.

Durante la mayor parte de su historia, y por supuesto durante el milenio anterior, la población de Gran Bretaña se había mantenido extraordinariamente uniforme. Incluso la conquista normanda del año 1066 —sin duda el acontecimiento histórico más importante de la isla— no llegó a sumar más de un 5 % de población normanda a la ya existente en Inglaterra[5]. Los movimientos de la población, tanto en los años anteriores como posteriores, se ceñían exclusivamente a Irlanda y a los países que habían pertenecido al Reino Unido. Posteriormente, a partir del año 1945, Gran Bretaña necesitó llenar el vacío que se había producido en el tejido laboral, en especial en el sector del transporte y en el recientemente creado Servicio Nacional de Sanidad. Debido a ello, empezó a producirse la etapa de inmigración masiva, aunque de forma lenta al principio. El Acta de Nacionalidad Británica de 1948 permitía la inmigración desde los países que constituyeran el antiguo Imperio, la actual Commonwealth. A principios de los años 50, solo unos pocos miles de personas se beneficiaban anualmente de este planteamiento. Al final de esa década el número de los recién llegados había crecido a decenas de miles, y en los años 60 el número de los inmigrantes ya tenía seis cifras. La inmensa mayoría procedía de las Indias Occidentales, de India, Pakistán y Bangladesh, que venían a Gran Bretaña a trabajar en las fábricas, y que estimulaban a otros inmigrantes —a menudo de sus propias familias— a seguir su ejemplo para realizar trabajos parecidos.

A pesar de cierta preocupación pública por todo esto, y por lo que podía significar para el país, ni conservadores ni liberales, que se alternaban en el Gobierno, pudieron hacer gran cosa para contener estos movimientos masivos. Al igual que sucedía en los países continentales, tales como Francia, Holanda o Alemania, no existía mucha claridad, y menos aún consenso, sobre lo que podría significar la llegada de estos trabajadores, o lo que sucedería si se quedaban en el país. Solamente cuando se vio claro que estos inmigrantes se iban a quedar, y que también se aprovechaban de la oportunidad de traer a sus familias, se empezaron a ver con claridad las consecuencias de la situación.

A lo largo de los años siguientes se promulgaron de forma muy concreta Actas del Parlamento concernientes, por ejemplo, a la criminalidad entre los migrantes. Pero pocos fueron los intentos que se hicieron para modificar la situación. Aun cuando se reguló una legislación que intentaba tranquilizar la creciente preocupación pública, el hecho tuvo inesperadas consecuencias. Por ejemplo, la Commonwealth Immigrants Act, de 1962, que de forma ostensible limitaba el flujo de migrantes y persuadía a muchos de ellos a que regresaran a sus países de origen, produjo el efecto contrario al animar a muchos emigrantes a que trajeran a sus familias al Reino Unido mientras existiera tal oportunidad. El hecho de que a partir de 1962 pudieran venir los inmigrantes de la Commonwealth aunque carecieran de oficio, fue causa de un incremento en las llegadas. Hubo que esperar a 1971 para que se promulgase el Acta de Inmigración, con la que se intentaba contener el flujo inmigratorio. Así pues, y a pesar del hecho de que nunca había existido un plan que permitiera la migración a tal escala, los diferentes gobiernos se vieron obligados a enfrentarse a las consecuencias de una situación en la que tanto el Gobierno como el pueblo británico se habían metido. Era un estado de cosas que nadie había podido predecir acertadamente, pero que tendría repercusiones ante las que todos los gobiernos posteriores se verían obligados a reaccionar.

Estas repercusiones incluyeron algunos disturbios raciales de importancia. Todavía se recuerdan las algaradas de Notting Hill de 1958, por haber constituido una violenta confrontación entre los inmigrantes de la Indias Occidentales y los londinenses de raza blanca. Pero tales estallidos de violencia se recuerdan por haber constituido la excepción, más que la regla. Y aunque eran un hecho constatado las sospechas y la preocupación que causaban los recién llegados, todos los esfuerzos realizados para capitalizar dicho malestar constituyeron un completo fracaso; especialmente los de Oswald Mosley, último líder de la British Union of Fascists, y actualmente jefe del Union Movement. Cuando Mosley intentó sacar partido de las revueltas de Notting Hill y quiso entrar en el Parlamento, en las elecciones generales de 1959, el número de sus votantes fue insignificante. El pueblo británico reconocía los problemas que dimanaban

de la inmigración a gran escala, pero también veía claro que la respuesta no se encontraba en los extremistas a los que antes había marginado.

No obstante, se produjeron conflictos causados por algunos de los que habían sido autorizados a venir al país y que, una vez en él, se sentían objeto de una clara discriminación. La respuesta a estos problemas fue la aprobación por el Parlamento de las Race Relations Acts de 1965, 1968 y 1976 que ilegalizaban la discriminación de cualquier persona «debido a su color, raza, etnia u origen nacional». Un claro indicio de lo poco que pesaron estas consideraciones fue el hecho de que ninguna de estas leyes se considerara un auténtico avance legal, sino una simple respuesta ante un problema racial cuando este pudiera surgir. Por ejemplo, no se llevó a efecto ninguna de estas Race Relations Act en 1948, precisamente porque nadie podía vaticinar el número de personas que llegarían al Reino Unido en el futuro, o bien por el hecho de que podrían ser causa de desagradables implicaciones.

Las encuestas de opinión realizadas a lo largo de este periodo mostraron que los ingleses se declaraban totalmente opuestos a las políticas migratorias de sus Gobiernos, y pensaban que la inmigración era demasiado alta en Inglaterra. En abril de 1968, una encuesta realizada por Gallup mostró que el 75 % de los ingleses creían que los controles de inmigración no eran lo suficientemente rigurosos. Esta cifra pronto habría de ascender al 83 %[6]. Fue entonces cuando por primera vez, y de forma muy sucinta, surgió el problema de la inmigración como un tema político de importancia. En ese mismo mes, Enoch Powell, ministro del gabinete en la sombra de los conservadores, pronunció un discurso en la asociación Conservadora de Birmingham abriendo un debate que rápidamente quedó zanjado. Aunque en esta ocasión no empleó las palabras por las que era bien conocido, el discurso de «Los ríos de sangre» estuvo plagado de presentimientos proféticos sobre el futuro de Gran Bretaña, si continuaba la inmigración al nivel que lo estaba haciendo, «Aquellos a los que los dioses quieren destruir, primero los vuelven locos», declaraba Powell. «Debemos de estar locos, absolutamente locos, como lo está una nación que permite el ingreso anual de un flujo de cincuenta mil emigrantes, que en su mayor parte constituyen el tejido del futuro crecimiento de una población que estará

formada por los descendientes de estos emigrantes. Es como si estuviéramos observando una nación que se está ocupando en preparar su propia pira funeraria[7]». Aunque el discurso de Powell se centraba en la identidad y en el futuro de su país, también hacía referencia a otros problemas de orden práctico, como podían ser las dificultades para encontrar una plaza en los hospitales o en las escuelas para los niños en el sector público.

Powell quedó inmediatamente relevado de su cargo en el gabinete, en la sombra, por el jefe de su propio partido, Edward Heath; y cualquier apoyo político que hubiera podido conseguir —por no mencionar su propio futuro político— quedó bloqueado. No obstante, el apoyo que mostraba el público a sus puntos de vista era grande; y las encuestas de opinión mostraban que tres cuartas partes del público en general estaba de acuerdo con sus sentimientos; y un 69 % creía que Heath había cometido un error al haberlo destituido[8]. Muchos años más tarde, uno de los oponentes del Partido Conservador de Powell, Michael Heseltine, afirmó que si Powell hubiera sabido mantenerse en el liderazgo del Partido Conservador, las consecuencias de aquel discurso le habrían hecho ganar las elecciones por una mayoría abrumadora; y que si hubiera querido seguir presentándose para Primer Ministro habría ganado con «una abrumadora mayoría nacional[9]». Pero, políticamente, ya no había posibilidades para Powell; y si bien su carrera se vio truncada, siguió permaneciendo en una especie de «selva política» durante el resto de su vida.

Desde el momento en que se hizo público el discurso de «Ríos de sangre», el pueblo británico tuvo muy claro que las intervenciones de Powell no solamente arruinaban sus propias perspectivas, sino que arruinaban también cualquier posibilidad de un debate pleno y sincero sobre la inmigración en Inglaterra, al menos durante toda una generación. Tan duros eran los términos en que se había expresado Powell, y tan alarmantes resultaban sus advertencias, que cualquier persona que en adelante mostrase preocupación por el tema de la inmigración corría el riesgo de ser encasillado con el término de «powellista». No cabía duda de que algunas partes del discurso de Powell resultaban demasiado fáciles de atacar por sus adversarios, dados los puntos de vista que aquel adoptaba. Pero entre los

temas más sorprendentes que hoy pueden apreciarse en su discurso —y las reacciones que este produjo— se encuentran los párrafos por los que fue fustigado, y que hoy en día apenas si se tienen en consideración. Por ejemplo, estaba el caso de la insistencia de Powell, de que había calles en Inglaterra en las que tan solo vivía una mujer de piel blanca. En entrevistas posteriores y en debates sobre este tema concreto, se llegó a la conclusión de que todo había sido una pura invención, porque no existía tal calle. Sin embargo, si alguien hubiera sugerido a Powell, en 1968, que pudiera utilizar su discurso de Birmingham para predecir que a lo largo de la vida de cuantos le estaban escuchando, y que se identificaban como «británicos blancos», se habrían de convertir en una minoría en su propia ciudad, se le hubiera considerado un loco. Al igual que había sucedido en otros muchos países europeos, incluso el profeta más conspicuo sobre el tema inmigratorio corría el riesgo de ser subestimado, y de que sus afirmaciones no fueran tenidas en cuenta.

Lo que hizo que el alegato de Powell sobre la inmigración se convirtiera en un debate imposible de solucionar durante toda una generación fue el hecho de que su intervención —y la exaltación que produjo— permitiera que los políticos se desentendieran de las consecuencias de su propia política. Muchos tenían el convencimiento de que la trayectoria del país era inalterable.

Durante la década de los años 60 tuvieron lugar debates parlamentarios sobre la conveniencia de hacer retornar a los emigrantes a sus respectivos países de origen si, por ejemplo, cometían un delito en Inglaterra[10]. Posteriormente se introdujo una legislación para impedir la costumbre de los «matrimonios de conveniencia», con los que únicamente se pretendía conseguir la ciudadanía[11]. Pero durante las décadas de los años 70 y 80, la dimensión de la comunidad inmigrante evidenció que no sería posible ningún tipo de política tendente a reducirla, aún cuando tal cosa fuera deseable. Al igual que otros países del continente, la postura de Inglaterra demostraba que no se había tomado ninguna decisión al respecto; y que tendrían que improvisarse las reacciones a los cambios, y a los beneficios, que pudieran derivarse de esa nueva realidad. Pero una prueba de cómo se silenciaba la preocupación que tales cambios significaban fue el hecho de

que, a lo largo de este periodo, incluso las manifestaciones más sinceras y preocupadas de lo que estaba ocurriendo tuvieran la menor posibilidad de hacerse oír.

En enero de 1984, el director de un colegio de Bradford, Ray Honeyford, publicó un artículo en una revista de escasa circulación, *The Salisbury Review*, en la que reflejaba algunos aspectos de la dificultad que representaba dirigir un colegio, en una zona en la que el 90 % de los alumnos eran hijos de emigrantes. Mencionaba el hecho de que algunos padres musulmanes se habían negado a que sus hijas participaran en clases de baile, de teatro o en actividades deportivas; y el silencio de las autoridades sobre este y otros temas de tipo cultural, como era el hecho de que los padres llevaran a sus hijos a Pakistán durante las vacaciones. También insistía en la necesidad de que se estimulase a los alumnos a que hablasen el idioma oficial y se preocupasen por la cultura del país en el que residían, y a que no se los animase a vivir —como aseguraba Honeyford que hacían los dirigentes de las relaciones interraciales— una existencia paralela dentro de la sociedad británica.

Pronto se organizó una campaña contra Honeyford, por parte de las entidades interraciales, que utilizaron el artículo que había escrito para criticarlo duramente. El alcalde musulmán de Bradford exigió que Honeyford fuera despedido acusándole, incluso años después, de «chovinismo cultural», entre otras cosas[12]. En medio de protestas y gritos de «racista», Honeyford se vio obligado a dejar su puesto, y nunca más pudo volver a trabajar en la docencia. En el artículo que causó tanto revuelo había dicho que gracias a la corrupción de los políticos, e incluso del lenguaje, resultaba difícil escribir de una manera honesta sobre estos temas; lo cual quedaba plenamente demostrado por las consecuencias que tuvo lo que había hecho. ¿Por qué se vio obligado el director de un centro —que nunca antes había tenido el menor problema— a abandonar su puesto por haber expresado libremente sus razonamientos? La única razón posible es la de que por entonces incluso las verdades más evidentes resultaban inaceptables. Había comenzado un paradigma político y social, al que se denominaba inadecuadamente «multiculturalismo». Y en 1984 no era posible liberarse de lo que entrañaba semejante creencia. Aunque no

hubiera servido ya de gran consuelo para Ray Honeyford, al cabo de un par de décadas de la publicación de su artículo, fueron muchos los que afirmaron que quizás el antiguo profesor había puesto el dedo en la llaga. Y en 2012, cuando falleció, la veracidad de sus manifestaciones se vieron plenamente aceptadas por la mayoría.

Durante las décadas de los años 80 y 90, bajo la nueva rúbrica del «multiculturalismo», siguió produciéndose un fuerte flujo migratorio hacia Inglaterra, procedente tanto del subcontinente indio como de otros lugares. Pero existió un consenso, no manifestado, para que la inmigración —que experimentaba una tendencia ascendente— se fuera limitando, poco a poco. Lo que sucedió entonces, tras la arrolladora victoria del Partido Laborista en 1997, fue la ruptura de aquel consenso. Aunque no hubo declaraciones expresas, en cuanto llegó al poder Tony Blair el Gobierno supervisó la apertura de las fronteras a una escala que no se recordaba desde las décadas de la posguerra. Se abolió la «normativa del propósito primario» con el que se había intentado contener el procedimiento de los matrimonios falsos. Se abrieron las fronteras para todos aquellos inmigrantes que pudieran considerarse esenciales para la economía británica (una definición tan amplia que incluía, por ejemplo, a camareros de restaurantes considerados «trabajadores cualificados»). Y a medida que se iba abriendo la puerta al resto del mundo, también se abrieron las fronteras a los nuevos miembros de los estados de la Unión Europea, procedentes del este de Europa. Estos acontecimientos, e incluso otras circunstancias, constituyeron los motivos que obligaron a crear el cuadro del censo aparecido en 2011.

Evidentemente, existen otras reivindicaciones para justificar la inmigración que se produjo a partir de 1997. Una de las más famosas fue la que hizo, en 2009, el último comentarista del partido Laborista, Andrew Neather, que afirmó que el Gobierno de Tony Blair había suavizado la legislación inmigratoria porque necesitaba «frotarle la nariz a la Derecha con la diversidad»; y crear lo que, no muy acertadamente, consideraban un electorado que, evidentemente, habría de mostrarse fiel al partido Liberal[13]. El clamor causado por estas normas del 2009 señaló definitivamente el recuerdo de Neather. Otros parlamentarios laboristas de estos mismos años empezaron a decir que no tenían idea de quién era, en

realidad, el tal Neather. Pero no resulta difícil discernir hasta qué punto cualquier persona, por poco veterana que fuera, pudiera tener la impresión de lo que estaba sucediendo en esos años.

Por ejemplo, estaba claro, desde el momento de su nombramiento como ministra para el Asilo y la Inmigración, durante el primer mandato de Tony Blair, que Bárbara Roche trataba de reconsiderar el tema de la inmigración y de las políticas de asilo. Mientras el Primer Ministro se centraba en otros temas, Roche cambió todos los aspectos de las políticas del Gobierno británico. A partir de entonces, todo aquel que se dijese solicitante de asilo político estaba autorizado a permanecer en Inglaterra —tanto si el hecho era cierto como si no— porque, como se dijo de manera oficial, «el traslado lleva mucho tiempo y es un tema emocional». Roche también era de la opinión de que las restricciones temporales sobre la inmigración eran «racistas», y que toda la «atmósfera» que rodeaba el debate inmigratorio «era tóxica». Durante el tiempo que ocupó el cargo, insistió constantemente en su propósito de transformar Gran Bretaña. Como afirmó un colega suyo, «Roche no tiene intenciones de controlar la entrada de extranjeros en Inglaterra, sino que desea, con una visión más amplia y "de una forma holística", que todos veamos los beneficios que proporciona una sociedad multicultural».

Ni el Primer Ministro ni el Secretario del Interior, Jack Straw, se mostraron interesados en cuestionar la nueva política de asilo, ni el hecho de que bajo el mandato de Roche todo aquel que llegara a Gran Bretaña, tanto si viniera con contrato de trabajo como si no, se convirtiera en un «emigrante económico». Todas las críticas que se pudieran formular a su política, tanto interna como externamente, Roche las calificaba de racistas. Llegaba a criticar incluso a sus colegas por ser demasiado blancos, e insistía en que la expresión «política inmigratoria» era racista[14]. Lo que tanto ella como un grupo de los que la rodeaban veían claro, era un cambio radical de la sociedad británica. Roche, descendiente de judíos del East End londinense, creía que la inmigración era una buena cosa. Diez años después de que se llevaran a cabo los cambios que había propuesto le dijo muy satisfecha a un periodista: «Adoro la diversidad de Londres. Me siento muy cómoda en ella[15]».

Las propuestas de Roche y de unos pocos políticos más, durante el gobierno laborista de 1997, se fundamentaba en la idea de que la suya era una política de transformación social; una tipo de contienda contra el pueblo británico en la que se utilizaba a los inmigrantes como una especie de proyectiles. Otra teoría, que no está completamente en contra de estos puntos de vista, es la de que todo cuanto sucedía no era más que fruto del sistema burocrático descontrolado que había existido bajo sucesivos gobiernos, y que solamente había sido corregido bajo el nuevo laborismo. La disparidad entre las cifras de las nuevas llegadas de inmigrantes que el gobierno laborista esperaba que se produjeran, y las que en realidad se produjeron resultan evidentes. Por ejemplo, cuando se permitió la libre entrada en el Reino Unido para los nuevos países de la Unión Europea en 2004, el Gobierno británico anunció que se esperaba que llegaran sobre trece mil personas al año. Un estudio llevado a cabo por el mismo Gobierno afirmaba que sería posible un «control total» del flujo migratorio, una vez que se levantaran las restricciones. Pero no se hizo tal cosa. La normativa laboral fue reformada a fin de que, tanto los inmigrantes cualificados como los no cualificados, pudieran entrar en el país y permanecer en él como «trabajadores extranjeros». La mayoría se quedaron.

Como era totalmente previsible, muy pronto las cifras se escaparon a los cálculos de los expertos en temas de migración. Las cifras de los migrantes llegados de países que no pertenecían a la Unión Europea se duplicaron entre los cien mil anuales, en 1997, y los ciento setenta mil, en 2004. De hecho, al cabo de cinco años las estimaciones hechas por el Gobierno de las nuevas llegadas de emigrantes se vieron superadas en casi un millón de personas[16]. Entre otras cosas, los expertos gubernamentales se habían equivocado plenamente al creer que el Reino Unido podía constituir un destino especialmente atractivo para aquellas personas procedentes de países en los que sus habitantes tenían unos ingresos muy reducidos o, incluso, ninguno. Así pues resultó que, debido a estas políticas de inmigración, el número de los europeos del Este que vivían en Gran Bretaña pasó de los ciento setenta mil, del año 2004, a un millón doscientos cuarenta mil, en 2013[17].

Estos cálculos tan errados de la escala migratoria eran evidentemente predecibles para cualquiera que tuviera cierto conocimiento de la historia de la inmigración de la posguerra; una historia que había estado llena de estimaciones equivocadas. Pero ello también demostraba en parte que la atención que requería el tema del control de la inmigración no constituía un factor prioritario en aquellos años de los primeros gobiernos laboristas. Y el hecho de que toda restricción a la inmigración se considerara «racista» (incluso las restricciones a los «blancos» de la Europa del Este) hizo acallar las críticas de la oposición, tanto interna como externa. Y tanto si la política del crecimiento migratorio pasó desapercibida como si fue aprobada oficialmente, el hecho es que no levantó ninguna oposición dentro del Gobierno.

Fueran cuales fueran las causas o los motivos de ello, lo verdaderamente notable fue la respuesta pública a este aumento masivo de la inmigración, y el modo en que fue tolerada esta lenta transformación de cierta parte de la sociedad de Gran Bretaña. A lo largo de la siguiente década no se produjeron brotes de sentimientos hostiles o de violencia contra los inmigrantes; y el partido políticamente racista —el Partido Nacionalista Británico— quedó prácticamente eliminado en las votaciones. Las encuestas de opinión, y la simple evidencia de cómo se vivía este tema en el país, evidenciaba que la mayoría de la gente no mostraba la menor animosidad hacia los inmigrantes o hacia las personas de diferentes orígenes étnicos. Sin embargo, se fue mostrando, encuesta tras encuesta, que la mayoría de la población estaba profundamente preocupada por lo que todo ello pudiera significar para el futuro del país. A pesar de esto, incluso los intentos más suaves de la clase política para tocar este tema (tales como los habidos durante la campaña de las elecciones de 2005, sugiriendo poner «límites» a la inmigración) se vieron condenados al fracaso por el resto de la clase política, con lo cual no fue posible la existencia de una discusión pública sobre el particular.

Es posible que los sucesivos gobiernos de toda índole se pasaran décadas posponiendo cualquier tipo de debate sobre este tema, debido a que sospechaban que la opinión pública no estaría de acuerdo con ellos o que constituía un tema cuyo control se les escapaba. El Partido Conservador,

que formó coalición gubernamental con el Demócrata Liberal en 2010, había prometido reducir la inmigración de cientos de miles de emigrantes anuales a decenas de miles, una promesa que repitieron más tarde; pero fue algo que nunca llegó a cumplirse. Ni siquiera lo hizo el siguiente Gobierno de mayoría conservadora, a pesar de haber hecho la misma promesa. Tras cinco años de coalición gubernamental, y del inicio del gobierno conservador, que se habían comprometido a reducir la inmigración, esta no solamente no disminuyó, sino que alcanzó otro récord, llegando a los trescientos treinta mil inmigrantes anuales[18].

2

CÓMO NOS QUEDAMOS ENGANCHADOS A LA INMIGRACIÓN

Con leves variaciones, durante estas décadas se produjo casi exactamente la misma historia en toda la Europa occidental. Tras la Segunda Guerra Mundial todos los países habían permitido, incluso animado, la llegada de trabajadores extranjeros. Durante los años 50 y 60 tanto la Alemania occidental como Suecia, Holanda y Bélgica, entre otras naciones, instituyeron el esquema de los «trabajadores invitados», a fin de poder cubrir los huecos de su tejido laboral. En todo el continente se instauró este planteamiento del «gastarbeiter», como fue conocido en Alemania. En Alemania el flujo de los trabajadores procedía especialmente de Turquía, pero también del norte de África y de otros países que, en su tiempo, habían sido colonias. Aunque parte de este flujo de trabajadores serviría para llenar el vacío laboral existente, en especial en el sector industrial menos cualificado, otra parte llegaba como resultado de la descolonización.

En el siglo xix Francia había llegado a África del norte y colonizado una buena parte, mientras que Inglaterra había colonizado, a su vez, el subcontinente indio. Tras el proceso de descolonización, los ciudadanos de

los países que habían alcanzado la independencia, especialmente los argelinos en el caso de Francia, sintieron que se les debía algo y que, cuando menos, tenían preferencia en el planteamiento del citado programa de «trabajadores invitados». El concepto de «El Imperio contraataca» sugiere la idea de que fue inevitable, y tal vez justo, que en el siglo XX a los que procedían de las antiguas colonias se los devolviese el favor, aunque ahora vinieran como ciudadanos en lugar de conquistadores.

En el resto de los países europeos, sus respectivas autoridades sufrieron los mismos malentendidos que habían tenido las autoridades británicas, en la creencia de que los primeros «trabajadores invitados» constituirían tan solo un fenómeno pasajero, y que regresarían a sus respectivos países una vez que hubieran finalizado sus contratos laborales. Los gobiernos de los países europeos se quedaron muy sorprendidos cuando comprobaron que estos trabajadores llegados de las colonias echaban raíces en los respectivos países de acogida, que pretendían traer también a sus familias, que esas familias precisaban asimismo ayuda, y que sus hijos también necesitaban escolarizarse. Una vez que se sintieran arraigados en el país existirían menos probabilidades de que se rompiera el sistema familiar. Y aunque sintieran la nostalgia de su país nativo, el nivel de vida del que podían disfrutar en Occidente hizo que se quedara mucha más gente que la que regresó a su país de origen. Aunque Europa había abierto las fronteras en un momento de necesidad, se diría que el continente no tenía la menor idea de lo atractivo que podía resultar a un gran sector de los recién llegados, incluso en las precarias condiciones en que vivían.

Aun cuando finalizaron los contratos de los trabajadores invitados —como sucedió entre Alemania y Turquía, en 1973—, la gente siguió viniendo. Y aquellos que habían llegado como trabajadores invitados se convirtieron en parte de la población de los países en que se encontraban. Algunos de ellos consiguieron la nacionalidad. Otros disfrutaron de una nacionalidad doble. Tan solo al cabo de cinco décadas del inicio de este proceso —en 2010—, había como mínimo cuatro millones de personas en Alemania de origen turco. Algunos países —especialmente Francia— buscaron sutiles fórmulas para resolver esta situación. Por ejemplo, cuando Francia abrió sus fronteras a la inmigración procedente de Argelia, se

aceptó la idea de que, como había dicho Charles de Gaulle en Argelia el 4 de junio de 1958: «En todo el territorio argelino no existe más que una clase de habitantes; solamente hay franceses, con los mismos derechos y los mismos deberes». No obstante, cuando se intensificó el movimiento de la gente del norte de África hacia Francia, incluso de Gaulle manifestó en privado que Francia solamente podría abrirse a otras razas siempre que estas constituyeran una «pequeña minoría». Los personas más allegadas a de Gaulle afirmaban que él mismo se sentía muy inseguro de que Francia pudiera absorber a muchos millones de personas procedentes de otros ámbitos[1].

No obstante, aunque hubo diferencias en la inmigración de la posguerra, todos los países europeos vivieron una experiencia similar, con una política a corto plazo que creaba notables repercusiones. Cada país se encontró jugando una especie de interminable partida, como resultado de la necesidad de tomar inminentes decisiones políticas. Y en cada país el debate iba cambiando con el paso del tiempo. Las predicciones que se hicieron en los años 50 mostraron estar equivocadas, y lo mismo sucedió en las décadas siguientes. Las expectativas sobre el número de inmigrantes que podrían llegar, en claro desajuste con las cifras reales, mostraron infinitas disparidades en todos los países. Y de este modo, mientras las estadísticas gubernamentales decían una cosa, los ojos de los europeos veían otra muy diferente.

Como respuesta a la preocupación del público, tanto los Gobiernos como la mayoría de los partidos de todas las tendencias políticas hablaban de un control de la inmigración, en algunas ocasiones tratando de competir entre ellos para ver cuál era el que tomaba medidas más drásticas sobre la materia. Pero a medida que fueron pasando los años se empezó a ver el tema como si se tratase de un simple truco electoral. La brecha entre la opinión pública y la realidad política empezó a considerarse como una auténtica brecha causada por otros factores, antes que una falta de voluntad o una sordera a los problemas públicos. Quizás no se hizo nada para invertir la tendencia, porque ninguno de los políticos que estaban en el Poder creía que se pudiera hacer algo. Si esto era cierto, entonces seguiría siendo un asunto que no se quería mencionar. Nadie podía resultar elegido en

semejante situación. Y de este modo surgió una tradición continental de políticos que decían cosas y hacían promesas que sabían que no se podrían cumplir.

Tal vez debido a esto, la principal reacción ante la palpitante realidad fue estudiar las actitudes de quienes manifestaban cierta preocupación, sobre todo cuando reflejaban los criterios de la mayoría de la gente. En lugar de estudiar el problema, tanto los políticos como la prensa empezaron a lanzar acusaciones al público. Y no fue que se le tachara de racista e intolerante, sino que se recurrió a una serie de tácticas desviacionistas que constituían una especie de sustituto de la acción. Todo esto resultó perceptible en el censo de Inglaterra del 2013, en el que se pedía a la gente que «superase la situación».

En un artículo titulado «No insistamos más en la inmigración, y pongamos la semilla de la integración», el entonces alcalde de Londres, el conservador Boris Johnson, replicaba a dicho censo diciendo: «Debemos dejar de gruñir sobre la explosión inmigratoria. Es algo que ha sucedido. Nada podemos hacer ahora, excepto aceptarla lo mejor posible[2]». Sunder Katwala, desde el bloque de la izquierda, «Futuro británico», hablaba del censo de un modo parecido diciendo que: «La cuestión de si usted quería que pasara esto, o no quería que pasara, implica el hecho de que tiene que elegir una opción, y puede decir “eliminemos la diversidad”». Pero como esto no era posible, insistía: «Somos quienes somos, es inevitable[3]».

Tal vez ambos tenían razón, y se limitaban a decir lo que cualquier político que estudiase la situación habría dicho. Pero hay algo de frialdad en el tono de ambos comentarios. No solamente la ausencia de cualquier sentimiento de que hay gente por ahí que no desea que se supere la situación; gente a la que le desagrada que se altere su sociedad y que nunca pidió que se alterase. Realmente parecía como si el problema no afectase demasiado a Johnson o a Katwala, y que había quienes podían seguir manteniendo un cierto grado de descontento, por el hecho de que los partidos políticos más importantes hubieran adoptado una decisión muy diferente a la que mantenía la opinión pública. Al final parecía que ninguno de los dos se oponía tajantemente a que se les negase el derecho a opinar sobre el tema. No solo porque de ese modo parecía que se estaba poniendo

fin a un tema candente, sino también porque se adoptaba un tono más acorde con una minoría revanchista que con la mayoría de los votantes.

En el mismo mes en que surgió esa insistencia de que se superase la situación, una encuesta hecha por YouGov mostró que el 67 % de los ingleses creían que la inmigración de la década anterior había sido «perjudicial para Inglaterra». Solamente el 11 % pensaba que había sido «algo positivo[4]». Esto incluía a la mayoría de los votantes de los tres principales partidos. Las encuestas que se repitieron una y otra vez, arrojaron los mismos resultados. Además de considerar la inmigración como uno de sus problemas, la mayoría de los votantes ingleses aseguraba que había tenido un impacto negativo sobre los servicios públicos y la vivienda, y que también había perjudicado el sentido de identidad nacional.

Evidentemente, el ímpetu político de «trazar una línea» y no entrar en «juegos de echarse la culpa», permitía la posibilidad de librarse de los errores cometidos, y la de que los políticos pudieran sentirse dispuestos —tras esas ligeras críticas— a repetir, precisamente, los mismos errores en el futuro.

En el año 2012, los líderes de los partidos políticos más importantes de Inglaterra estaban de acuerdo en que la inmigración era muy elevada; pero si bien reconocían la seriedad de la situación, volvían a insistir en que la gente debería superarla. Ninguno de ellos tenía una política clara —y, como pudo comprobarse, tampoco resolutiva— de cómo podía cambiarse el curso de las cosas. Las encuestas hechas a la opinión pública mostraban que no se habían tomado las medidas oportunas sobre el tema de la inmigración, lo que constituía uno de los motivos clave de la pérdida de confianza del electorado en sus representantes políticos.

Sin embargo, no era solamente la clase política la que no se atrevía a hablar de estos problemas que afectaban a gran parte de la población. La noche en la que la BBC anunció en su noticiario que los resultados del censo de 2011 sería motivo de un debate, tres cuartas partes de los participantes en el mismo se manifestaron totalmente de acuerdo con los resultados del censo, en los que no veían motivo alguno de preocupación. En esa ocasión, el filósofo A. C. Grayling —destacado inmigrante, procedente de Zambia (por entonces Rodesia del Norte)— dijo, refiriéndose

a los resultados del censo: «Creo que, en general, es un hecho positivo; algo que hay que celebrar». La crítica y dramaturga Bonnie Greer, una destacada inmigrante americana, afirmaba que tales resultados eran una cosa positiva y afirmaba, al igual que Boris Johnson, que era algo que «no podía frenarse[5]». En todo el debate sobre el tema, prevalecía lo atractivo de esta actitud de «seguir la marcha». Tal vez la tentación de «ir con la corriente» fuera tan intensa porque el precio que habría que pagar por detener la opinión general resultaba demasiado elevado. Si tratabas de insinuar en un debate que el presupuesto que todo ello conllevaba era muy alto, podías verte acusado de ignorancia fiscal, o de que habías interpretado erróneamente las cosas. La aceptación de la opinión general sobre la inmigración, de sus representantes más sobresalientes, de sus carreras y de su forma de vida, eran temas que estaba siempre en el candelero.

Sin embargo, en medio de todo este gran consenso de los estudios del Central London, lo que estaba plenamente ausente eran los puntos de vista de la mayoría de la gente, que veía los programas televisivos en sus casas. Un mundo al que, al parecer, pocos querían referirse en público. Las ventajas de la migración eran un tema fácil de tocar, y había que aceptarlas porque expresaban la certeza, la tolerancia y la apertura de mente. Y como era obligado aceptarlas, el hablar de las desventajas que ocasionaban era una invitación para que le acusaran a uno de cerrazón mental e intolerancia, de xenofobia y de racismo. Por todo lo cual era casi imposible que llegara a expresarse abiertamente la actitud de la mayoría.

Porque aunque usted pensara —como creía la mayor parte de la gente— que cierta inmigración era algo bueno y hacía del país un lugar más interesante, eso no quería decir que una inmigración masiva fuera lo mejor. Ni tampoco significaba —por muchas ventajas que hubiera— que no existieran también desventajas fácilmente demostrables. Sin necesidad de que le acusaran a uno de ser persona rencorosa. La inmigración masiva no producía grandes ventajas a la sociedad a la que se llegaba. Y aunque se pudiera elogiar la inmigración porque, en cierto modo, nos enriquecía, también era posible explicar que asimismo nos empobrecía en otros aspectos; y no era lo menos importante el hecho de introducir o reintroducir problemas culturales que esperábamos no haber tenido nunca.

En el mes de enero anterior a la publicación de los resultados del censo de 2011, una banda de nueve musulmanes —siete de ellos procedentes de Pakistán y dos del norte de África— fueron juzgados y condenados, en el Old Bailey de Londres, por un delito de tráfico de niños, de edades comprendidas entre los once y los quince años. En aquella ocasión, una de las víctimas, vendida como esclava, fue una niña de once años que había sido marcada con la inicial de su abusador «dueño»: la «M» de Mohammed. La Corte tuvo que oír que el tal Mohammed la había marcado, porque la niña era de su propiedad, y así se aseguraba de que los demás lo supieran. Esto no ocurría en un remoto poblado saudí o pakistaní, ni siquiera en una de las ciudades norteñas más olvidadas del país, en las cuales se habían dado casos similares durante la misma época, sino que había sucedido en el Oxfordshire, entre los años 2004 y 2012.

Nadie podría alegar que tanto los raptos como los abusos a los niños eran dominio exclusivo de los inmigrantes, pero la frecuencia de esta clase de raptos infantiles reveló —y la posterior investigación gubernamental lo confirmó[6]— que se trataba de conceptos culturales y de actitudes propias de alguna clase de inmigrantes que, asimismo, incluían puntos de vista, claramente medievales, sobre las mujeres, especialmente las mujeres no musulmanas, y sobre otras religiones, razas y minorías étnicas. El temor a que se produjeran acusaciones de «racismo» al reseñar actos semejantes, y el escaso pero acertado número de casos como el de Ray Honeyford, que había sido condenado públicamente por delatar sucesos parecidos, demostraban que sería necesario que pasaran años para que fueran divulgados hechos de esta índole.

Todo esto generaba un efecto de amedrentamiento que nada tenía que ver con los programas televisivos al uso, pero que acarreaba consecuencias mucho más serias. Estos casos de violación cometidos por las bandas pudieron ser llevados ante los tribunales a pesar de la actitud de la policía local, de los concejales y cuidadores sociales, muchos de los cuales no habían delatado tales crímenes relacionados con las bandas de inmigrantes por temor a que se les acusara de «racistas». Los medios de comunicación trataban de quedar bien llenando sus reportajes con eufemismos, a fin de que el público no sacase ningún tipo de conclusiones. Así pues, en casos

como los de Oxfordshire, se describió a las bandas como «asiáticas», cuando estas se encontraban compuestas casi exclusivamente por individuos musulmanes de origen pakistaní. El hecho de que escogieran a sus víctimas porque no eran musulmanas se mencionaba ocasionalmente en los juicios, y en raras ocasiones era tratado en la prensa. En lugar de llevar a cabo su trabajo sin miedo ni favoritismos, tanto la policía como fiscales y periodistas se comportaban como si su trabajo consistiera exclusivamente en mediar entre el público y los hechos.

Evidentemente, nada de esto se mencionaba en un debate «aceptable» sobre la inmigración. Incluir a las bandas de violadores en un debate de la BBC sobre inmigración sería algo parecido a introducir el bestialismo en un documental sobre mascotas. Solamente se puede hablar de las cosas buenas y felices, mientras que se ignoran las malas. Y de este modo no solamente se perdían los vértices más duros del debate, sino también los más suaves, las preocupaciones diarias que vivía la gente: no se trataba de las denuncias más terribles, sino del sentimiento de una sociedad desarrollada que había ido transformándose, sin preocuparse por las opiniones de la mayor parte de la población.

El otro elemento que se perdía con el estilo acogedor y consensual de los debates, del tipo «Noticias de la noche», era toda referencia a lo que solemos denominar «nuestra cultura». Como de costumbre, en medio de las interminables celebraciones de la diversidad, la mayor de todas las ironías era que la única cosa que la gente no tenía el menor interés en celebrar era la cultura; una cultura que, en primer lugar, estimulaba semejante diversidad. En todas las reacciones políticas y periodísticas al censo del 2011, uno podía ver, una vez más, las diferentes estructuras de un viaje que resultaba profundamente autoaniquilador.

Una de las reivindicaciones que se pueden hacer al respecto es que incluso después de un periodo de cambios tan extraordinarios como los que había pasado Inglaterra en las recientes décadas, «no hay nada nuevo». Este argumento se podía escuchar en toda Europa, pero en Inglaterra se podía entender más frecuentemente de la siguiente manera: «Inglaterra ha sido siempre un caldo de cultivo de diferentes razas y ambientes. En realidad somos un país de inmigrantes». Esta era, por ejemplo, la reivindicación que

hacía el libro sobre la inmigración de Robert Winder; libro que había tenido una buena acogida durante los años de Blair, y que solía utilizarse para defender las políticas gubernamentales. Entre otras cosas, el libro argumentaba que «todos somos inmigrantes; todo depende de cuánto retrocedas en el tiempo». El libro también incidía que Inglaterra había sido siempre una «nación mestiza[7]». Barbara Roche hacía la misma reivindicación en su discurso en el East End de Londres, en 2011: «Cuando pensamos en la inmigración o en la migración, resulta muy tentador pensar que eso fue algo que sucedió en el siglo XIX. Soy judía. Algunos de mis familiares vinieron a finales del siglo XIX. Soy sefardí por parte de madre, así que algunos miembros de mi familia vinieron antes de esa fecha. Pero hay una tendencia a pensar que eso es, en cierto modo, muy reciente porque si no fue en el siglo XIX, entonces tiene que tratarse de un fenómeno de la posguerra. Nada puede estar más lejos de la verdad. Siempre he creído que Inglaterra es un país de emigrantes[8]». Por supuesto que la señora Roche tiene todo el derecho a creer eso, pero no por ello es verdad.

Hasta la última mitad del siglo pasado, Inglaterra tuvo un nivel de inmigración casi insignificante. A diferencia de Estados Unidos, por ejemplo, Inglaterra nunca fue «nación de inmigrantes». Y aunque se produjo un goteo de personas que iban de acá para allá, el movimiento masivo de población era casi desconocido. De hecho, la inmigración era un fenómeno tan extraño que, cuando se produjo, la gente estuvo hablando de él durante mucho tiempo.

Cuando hoy se habla de la migración en el Reino Unido, uno puede esperar que se haga alguna mención a los hugonotes, aquellos protestantes que se vieron perseguidos en Francia y que buscaron el asilo que les ofreció Carlos II, en 1681. El ejemplo de los hugonotes tiene más importancia de lo que la gente cree. En primer lugar, porque, a pesar de la proximidad cultural y religiosa existente entre los protestantes franceses e ingleses de aquel tiempo, se necesitaron siglos para que los hugonotes se integraran plenamente en Inglaterra, en la que todavía hay mucha gente que dice ser descendiente de ellos.

El otro punto a destacar sobre los hugonotes —y la razón por la que la gente los menciona tan frecuentemente— es el de su número. Se cree que

unos cincuenta mil llegaron a Inglaterra a partir de 1681, cifra que resulta indiscutiblemente muy elevada para aquella época. Pero esa cantidad representa muy poco, en comparación con la de la inmigración que ha tenido Inglaterra en los tiempos recientes. Desde la etapa del gobierno Blair, a Inglaterra ha llegado una cifra de inmigrantes semejante a la de aquellos hugonotes; con la diferencia de que hoy se alcanza en un par de meses lo que entonces llevó todo un proceso histórico. Y esta inmigración no está compuesta en absoluto por protestantes franceses.

Otro ejemplo que se pone con frecuencia para defender el concepto de «nación de inmigrantes», es el de los treinta mil ugandeses que llegaron a Inglaterra a principios de la década de 1970, cuando Idi Amin los expulsó de Uganda. El recuerdo que se tiene en Inglaterra de este excepcional flujo inmigratorio se ve, por lo general, adornado de orgullo y de buenos sentimientos. Y no solamente porque constituyó un alivio para aquel pueblo desesperado, sino porque los recién llegados constituyeron frecuentemente una clara y agradecida contribución a la vida pública inglesa. A partir de 1997 estuvieron llegando al país, en un flujo muy intenso, unos treinta mil emigrantes cada seis semanas.

El movimiento de personas de los años recientes —incluso antes de que se produjera la crisis migratoria europea— fue completamente diferente en cantidad, calidad y consistencia a la existente en cualquier época anterior. Sin embargo, y a pesar de este hecho, se sigue pensando que los grandes cambios experimentados en años anteriores constituyen algo parecido a lo que está sucediendo hoy en día. Y una de las ventajas, no pequeña, de tal creencia es que los problemas que actualmente surgen de la migración son poca cosa comparados con los que se tuvieron anteriormente; unos problemas que fueron completamente superados. Pero es falso presentar los retos actuales como algo normal. Porque revisar el pasado es simplemente una forma de argumentar. Y a partir de eso se produce una amplia gama de reivindicaciones, implícitas y explícitas, que tienen que ver con el hecho de que el país de llegada de esa masa emigrante carezca de una cultura concreta; o que esa cultura e identidad sean tan notablemente débiles, o estén tan desgastadas y deficientes que si llegaran a desaparecer difícilmente se las echaría de menos.

Volvamos de nuevo a Bonnie Greer, hablando en el Newsnight, el noticiario de la noche: «Siempre está presente ese hecho infalible, manifestado o silenciado, de que existe una identidad británica. Eso es algo que siempre me resultó interesante. Creo que una de las genialidades de los británicos —de ser británico— es que no existe esa clase de sólida definición de identidad que tienen los americanos». Resulta difícil pensar en cualquier otra parte del mundo en el que tal afirmación pudiera aceptarse, si excluimos lo que pudiera decir un inmigrante: «Vuestra cultura siempre ha sido así; en realidad nunca existió». Si alguien dijera algo parecido en el Chicago de la señora Greer —dejando a un lado la televisión— es muy improbable que tuviera la educada recepción que tuvo en el Newsnight inglés.

Ejemplos de este tipo de argumentación, incluso más duros, abundaron durante los tiempos de la emigración masiva. En el año 2006 el Canal 4 programó un documental titulado «100 % inglés». El programa escogió a un grupo de ingleses a los que consideraba claramente racistas —incluyendo a un miembro del Gabinete, Norman Tebbit— y les hizo una serie de pruebas de ADN. Las pruebas demostraron claramente que todos ellos eran, de hecho, «extranjeros». Los resultados sirvieron para llegar triunfalmente a la misma conclusión: «¿Te das cuenta de cómo todos somos extranjeros? Así que no hay que preocuparse por la inmigración o por la identidad nacional». Por supuesto que nadie sería tan descortés como para decir una cosa así. Pero habían empezado a aplicarse diferentes reglas de compromiso con los ciudadanos ingleses e, incluso, de otros países. Todas esas reglas se mostraban iguales, con la particularidad de que si no se anulaban tendrían que alterarse en todos los países que aceptaban la emigración.

En todo esto subyacía otro rechazo todavía más duro, que venía a decir que esta forma de destrucción de culturas y costumbres era lo que merecían nuestras sociedades. «¿Sabes lo que se dice por ahí? —te preguntaban— ¿y especialmente lo que se dice de vosotros los europeos? Pues que habéis viajado por todo el mundo, que os habéis instalado en muchos países y los habéis saqueado, tratando de eliminar sus culturas autóctonas. Este es el pago que recibís. Vuestro karma».

El novelista Will Self (actualmente catedrático de Pensamiento Contemporáneo en la Universidad Brunel) utilizaba esta misma argumentación en un programa de la BBC, en la semana en que se publicaba el censo de 2011. En el programa con mayor audiencia en que se comentaban las noticias, el *Question Time*, Self declaraba: «Hasta la crisis de Suez… la idea que tenía la gente era la de que Inglaterra había subyugado a negros y mestizos, arrebatándoles sus productos y el fruto de su trabajo. Eso formaba parte esencial de la identidad británica, se trataba del Imperio británico. Actualmente, algunos miembros de la clase política han tratado de repetir esa idea sin demasiado éxito[9]».

Dejando a un lado el comentario de que posiblemente algún político haya intentado revivir el Imperio británico en años recientes, en estos comentarios uno puede escuchar la auténtica e inconfundible voz de la revancha. La demostración de que una opinión así puede traspasar los límites de lo religioso y lo racial, y que fácilmente puede contagiar a otros, es un hecho que indica que en esta ocasión Gran Bretaña debe ser castigada por las deudas que tiene contraídas con la Historia. Las repercusiones que pueda tener este argumento resultan sorprendentes. Porque si todo esto constituye, aunque sea parcialmente, un estímulo para la reciente transformación de nuestro país, entonces lo que se está viviendo no es un mero accidente, ni una simple laxitud de las fronteras, sino un acto frío y deliberado de sabotaje nacional. Dejando a un lado las motivaciones, el hecho también plantea unas preguntas que nuestros políticos dejan voluntariamente de lado: ¿Cuánto tiempo va a durar esta situación? ¿Nos estamos acercando al final de esta transformación o, simplemente, esto es solamente el principio?

El censo de 2011 pudo haber proporcionado una maravillosa oportunidad para responder a todo esto. Pero fue una oportunidad, como sucedió con otras habidas desde la Segunda Guerra Mundial sobre el tema de la inmigración, lamentablemente omitida. No fue tan solo el hecho de que no se dieran respuestas al problema, sino que se hicieran tan pocas preguntas al respecto. Por ejemplo, en medio de toda la complacencia que rodeaba a estos acontecimientos, nadie se hizo esta pregunta: si el hecho de que los «británicos blancos» constituyan una minoría en la capital de su

país era una clara demostración de la «diversidad» (como decía el portavoz de la ONS), ¿cuándo dejaría de ser así? El censo había mostrado que en algunos barrios de Londres no existía «diversidad» alguna. Y no porque hubiera en ellos muchos inmigrantes, sino porque no había muchos británicos blancos que vivieran allí para establecer una diversidad cultural.

En los años posteriores al censo de 2011 el número de migrantes a la Gran Bretaña siguió creciendo. Y la diferencia que existe entre las cifras oficiales y las reales sigue ampliándose notablemente. Un indicador de este hecho es que si bien las cifras netas de migración anual desde el censo de 2011 ha sido muy superior a trescientas mil personas, el número de los afiliados a la nueva National Insurance de cada año (porque este era un requisito imprescindible para poder trabajar) había sido más del doble. La creciente población del Reino Unido se debe actualmente casi a la inmigración y al alto nivel de nacimientos entre los inmigrantes. En 2014 los partos de mujeres nacidas en el extranjero constituían el 27 % de todos los nacimientos habidos en Inglaterra y Gales, y el 33 % de los niños recién nacidos tenían, como mínimo un padre inmigrante; una cifra que se había duplicado desde los años 90.

De acuerdo con la tendencia actual de la población, y sin que se produzca incremento alguno en el número de inmigrantes, la ONS calcula —muy moderadamente— que la futura población británica aumentará del nivel actual de sesenta y cinco millones a setenta millones, al cabo de una década, a setenta y siete millones para el año 2050, y a más de ochenta millones para el año 2060[10]. Pero semejante estimación se ha hecho contando con que la inmigración descienda de los niveles actuales. Mientras que si después del año 2011 los niveles siguen constantes, la población del Reino Unido superará los ochenta millones en el año 2040, y ascenderá a noventa millones en el 2060 (lo que supone un incremento de un 50 % sobre el año 2011).

Las predicciones demográficas suelen resultar un tanto engañosas, porque existen demasiadas variables imposibles de predecir. Pero entre los especialistas más conspicuos del tema existe el consenso de que, aunque el índice migratorio no siga siendo como el de los últimos años, la estructura del país cambiará, incluso de forma más significativa que ahora, en el

transcurso de la vida de quienes están leyendo este libro. Por ejemplo, David Coleman, profesor de demografía de la Universidad de Oxford, ha señalado que si continúan las tendencias actuales, las personas que se definieron como «británicos blancos» en el censo del año 2011 dejarán de ser mayoría en el Reino Unido en la década de los años 2060. Sin embargo, insiste el referido profesor, si los niveles actuales de inmigración a Gran Bretaña continúan —sin que se produzca ningún incremento— la cifra «se aproximará a la presente». Llegará el día en el que, como afirma el profesor Coleman, Gran Bretaña se convertirá en un lugar «irreconocible para sus actuales habitantes[11]».

¿No resultaría quizás más fácil que en lugar de celebrar el hecho inmigratorio, los defensores de esta inmigración masiva manifestaran qué cifra les gustaría alcanzar para que se consiguiesen esos niveles de «diversidad»? ¿Sería la meta el que se lograra que la población blanca de Londres —o del país en su conjunto— fuese tan solo del 25 %? ¿O debería ser el 10 %? ¿O, quizás, ninguna? ¿No sería mejor que al final —y tal vez sea esta la cuestión más compleja—, teniendo en cuenta el nivel de sus quejas, estos «británicos blancos» debieran ser capaces de exponer, dejando a un lado las quejas, cuáles son sus cálculos?

Exceptuando cualquier planteamiento drástico por parte del gobierno británico para prevenir semejante tendencia, resulta difícil comprobar cómo esta pudo finalizar. No solamente porque los consecutivos gobiernos se mostraron incapaces de predecir o de anticipar cualquier acontecimiento en el campo de la migración durante los últimos setenta años, sino porque las objeciones a todo tipo de objeciones sobre el particular seguirían siendo considerables.

Consideremos de nuevo la figura de Will Self y la aprobación que logró al mencionar en la BBC, tras el censo de 2011, los resultados obtenidos: «Los que se oponen a la inmigración suelen ser racistas (aplausos de la audiencia)… que muestran su antipatía hacia la gente de piel negra o morena». Tras haber llegado, tiempo atrás, al punto en el que lo único que podían hacer los británicos de piel blanca con respecto a los cambios que se estaban produciendo en su país era callarse, en un determinado momento del reciente pasado empezó a surgir la idea generalizada —y hasta aceptada

con cierta tolerancia—, de que era necesario encajar los golpes que se estaban produciendo, y asumir también la pérdida de identidad de su propio país: «Hay que saber sobreponerse. Esto no es nada nuevo. Antes eráis temibles. Ahora no sois nada».

En medio de esta situación, resulta imposible no darse cuenta del sorprendente nivel de victimismo del que el pueblo británico —especialmente las clases media y trabajadora— fue objeto, tanto por parte de los políticos como de los expertos en el tema. Quizás en cierto momento el «soportar sin rechistar la situación, y aceptarla» llegó a su final, con unas repercusiones imprevisibles hasta la fecha. Pero, de momento, si algún político trataba de anticiparse a tal posibilidad, y caía en un acto de humildad, lo único que le podría pasar es que empeorara la situación y todo volviera al punto de partida. Compárense las declaraciones, un tanto trasnochadas, que llegaban de muchos votantes pertenecientes a la clase media y trabajadora de los últimos años, y pónganse al lado de las que hacían los líderes de los partidos más importantes. ¿Acaso no tuvo que soportar aquella gente los insultos y la ignorancia de sus preocupaciones, cuando afirmaba que se estaba perdiendo la identidad del país?

Pero al margen de lo que se pueda pensar sobre lo que el pueblo creía, y dejando a un lado el hecho de si era cierto lo que se decía —o, por el contrario, se aceptaban los cambios que se estaban produciendo—, se llegó a un punto en el que la opinión casi generalizada era la de que, en un análisis final, las voces de aquellos que habían previsto una situación delicada para el país se acercaban mucho a la realidad.

3

LAS EXCUSAS QUE NOS DAMOS

A lo largo del siglo XX y principios del XXI, los gobiernos europeos prosiguieron con sus políticas de inmigración masiva, sin la aprobación de los ciudadanos. No obstante, semejantes cambios sociales no pueden llevarse a cabo, forzando a una sociedad en contra de su voluntad, sin que se aporten una serie de argumentos que faciliten tal situación. Los argumentos que se dieron durante ese periodo iban desde lo moral a lo tecnocrático. También cambiaban según las necesidades y los aires políticos que soplaran. Así, por ejemplo, se ha dicho muchas veces que la inmigración a gran escala constituye un beneficio para los países que la reciben; que en una «sociedad que está envejeciendo» es necesaria una inmigración creciente; que, en cualquier caso, la inmigración hace que nuestras sociedades se vuelvan más cultas e interesantes; y que, aunque no se dé ninguna de estas circunstancias, la globalización obliga a que la inmigración masiva resulte algo imparable.

Tales justificaciones tienen tendencia a interrelacionarse y a hacerse mutuamente sustituibles, de forma que si unas fallan se pueda recurrir a las otras. A menudo, se empieza esgrimiendo argumentos económicos; pero también puede iniciarse con argumentos morales. Si la inmigración masiva no te hace más rico, te puede hacer mejor persona. Y si no hace de tu país

un país mejor, en cualquier caso lo hace más rico. Con el paso del tiempo cada uno de estos argumentos ha dado lugar a una clase de personas dedicadas a demostrar su verdad. En cada caso la racionalidad surge tras los hechos; de forma que se tiene la impresión final de que se han buscado razones para acontecimientos que, en todo caso, pudieran haber sucedido.

ECONOMÍA

En los últimos años, por ejemplo, se ha intentado demostrar que los cambios sociales producidos en Europa hicieron al continente notablemente más rico. En realidad, es todo lo contrario, pues nadie que viva en el estado de bienestar del siglo XXI puede resolver los problemas por sí mismo. Tras haber estado pagando al sistema durante toda su vida laboral, los trabajadores europeos saben que la base de su actual bienestar consiste en obtener los beneficios que proporciona el Estado (cuando uno cae enfermo, se queda sin empleo o se jubila), porque ha estado cotizando durante toda su vida laboral. Habrá personas que hayan pagado poco, pero quedarán cubiertos por aquellos que lo han hecho, tal vez, excesivamente.

Cualquiera podía comprobar que a una familia que llegaba por primera vez a su país de adopción, y que no había contribuido económicamente al sistema, le era posible tomarse cierto tiempo antes de verse obligada a pagar impuestos por alojamiento, escolaridad, seguridad social y otras ventajas del estado de bienestar europeo. De igual modo resultaba evidente para cualquiera que estuviera en el mercado laboral —especialmente los que trabajaban en puestos inferiores— que una persona que se encontrara en el paro se comportaría de forma muy diferente a otra que estuviera trabajando. Y aunque era evidente que, desde el punto de vista patronal, resultaba ventajoso disponer de emigrantes dispuestos a trabajar por salarios más reducidos, también era igualmente evidente que un mercado laboral tan amplio se iba a abastecer básicamente de un tipo de trabajadores no muy cualificados procedentes de países en los que el nivel de vida era más bajo y que, por consiguiente, estaban dispuestos a trabajar por salarios más reducidos.

Existían otras particularidades de la situación que resultaban igualmente obvias. Por ejemplo: el Reino Unido había padecido escasez de vivienda durante muchos años. Grandes extensiones del cinturón verde de las ciudades tuvieron que reducirse para que en ellas se pudieran construir viviendas que paliaran el problema. Esta situación obligó a que en el año 2016 se planificara la construcción de doscientas cuarenta mil nuevas viviendas anuales; es decir, una vivienda cada pocos minutos. Incluso teniendo en cuenta el incremento del número de personas que pudieran vivir por su cuenta, la construcción de este número de viviendas se veía como un hecho inevitable. Pero, en realidad, no se trataba simplemente de tal cosa. Se pensaba que este número de nuevas viviendas tenía que construirse para poder albergar a la gente que llegaba a Gran Bretaña cada año. No obstante, con la cantidad de emigrantes de los últimos años, Inglaterra necesitaba construir anualmente una ciudad del tamaño de Liverpool para poder alojar a semejante número de personas. Pero, aun así, el ritmo de construcciones no lograba adecuarse a la demanda.

Sucedía una cosa semejante con las plazas escolares. Su escasez no era tan solo un mito urbano, ni estaba causada por el incremento en la tasa de nacimientos entre los que vivían en el país. Era la consecuencia de las nuevas llegadas de inmigrantes que necesitaban enviar a sus hijos al colegio. En el año 2018 se estimaba que el 60 % de las autoridades locales afirmaban estar sufriendo escasez de plazas en las escuelas de educación primaria. Parecidas estrecheces se sufrían en la sanidad pública (que gastaba más de veinte millones de libras anuales, solamente en los servicios de traslado de enfermos), y en muchas otras áreas de las prestaciones estatales.

Debido a que estos problemas resultaban evidentes, era necesario hacer grandes esfuerzos para demostrar que no eran ciertos. Un ejemplo de tales esfuerzos era el informe realizado sobre la oleada inmigratoria, en la época del gobierno de Blair. El informe titulado: «Migración: Un análisis económico y social» se concluyó en el año 2000, y constituyó un trabajo conjunto del Home Office Economics and Resource Analysis Unit, y del Cabinet Office Performance and Innovation Unit (entidades que estudiaban el problema inmigratorio, y con las que se pretendía descalificar la

inatención a los inmigrantes de la que hablaba la oposición). Ambas entidades estaban dirigidas por personas de las que se sabía que se encontraban a favor de la inmigración y, por consiguiente, muy dispuestas a proporcionar una especie de «carga intelectual» que apoyase los puntos de vista ministeriales[1].

Entre las reivindicaciones de este informe figuraba el hecho de que «concretamente, la inmigración ejerce poco efecto sobre la tasa del empleo nativo». Una de las maneras de defender esta afirmación era el bajo nivel profesional de la migración, insistiendo en que «apenas se aprecia que los trabajadores ingleses se vean perjudicados por la migración». Y seguía diciéndose: «Los niveles del empresariado y del autoempleo siguen mostrándose elevados entre los migrantes (y todavía más altos entre los migrantes del Reino Unido, que entre los del resto de Europa)». Por ejemplo, *Le Figaro* calculaba que, desde el año 1996, se habían trasladado al Reino Unido ciento cincuenta mil empresarios franceses (atraídos, en parte, por las ventajas de mejores comunicaciones, gracias al túnel del Canal de La Mancha). Dichos empresarios pertenecían a sectores vinculados con Internet y con la alta tecnología. Y se citaba el ejemplo de una firma de computadores que se había instalado en Ashford, Kent.

Tras décadas de inmigración procedente del Tercer Mundo, que se mencionase el hecho de un empresario francés de alta tecnología como el típico migrante, mostraba un elevado nivel de deshonestidad. La mayor parte de la gente que llegó a Gran Bretaña en los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial no eran precisamente personas muy bien formadas, sino todo lo contrario, motivo por el que habían venido al país. Y muchos de los migrantes que estaban cualificados, y que venían a un país en el que esas titulaciones no estaban reconocidas, se veían obligados a empezar desde abajo en su profesión. Pero la única forma de presentar a los migrantes como elementos que contribuían, no solo en la misma, sino en mayor medida de los que ya trabajaban y pagaban impuestos en Inglaterra, era hablando casi exclusivamente de aquellos que tenían una formación elevada, de individuos cualificados procedentes de países del Primer Mundo. El cliché del «inmigrante promedio», que contribuía al *boom*

económico del país, solamente resultaba válido cuando se hacían aparecer tales excepciones a la regla general.

Todos los esfuerzos para hacer de la masa inmigratoria un tema de índole económica se apoyaban en este señuelo. Y entre los que se servían de él se encontraba Cecilia Malmström, comisaria de la Unión Europea, y Peter Sutherland, representante de Naciones Unidas. En un discurso del año 2002, ambos personajes sugerían que Europa abriera sus fronteras a la migración masiva, «empresarios migrantes, con titulaciones cualificadas se marcharán hacia países como Brasil, Sudáfrica, Indonesia, México, China e India», permitiendo, de ese modo, que Europa pudiera convertirse en un territorio empobrecido[2].

Uno de los pocos estudios que se hicieron sobre este tema se llevó a cabo en el Centro para la Investigación y Análisis de la Migración, de la University College, de Londres. Es un trabajo que se cita a menudo. En el año 2013, ese mismo Centro publicó otro trabajo titulado «Los efectos fiscales de la inmigración sobre el Reino Unido». Este artículo (que era más que un informe sobre el tema) fue ampliamente comentado por los medios de comunicación. La BBC habló del particular con amplios titulares: «Los recientes inmigrantes en el Reino Unido representan una neta contribución». El artículo hablaba de que, lejos de constituir una «lacra» para el sistema, la contribución económica al país de los «emigrantes recientes», había sido algo «notablemente importante[3]».

Siguiendo los comentarios hechos por la University College, de Londres (la UCL), los medios de información nacionales se centraron en la reivindicación de que «las recientes oleadas de inmigrantes, es decir, de aquellos que llegaron al país desde el año 2000, han contribuido al sorprendente incremento de los nacimientos de población extranjera en el Reino Unido», y «habían pagado más impuestos que los beneficios que hubieran podido recibir[4]».

En otra parte del estudio se reivindicaba el hecho de que, lejos de constituir una carga para el contribuyente, los inmigrantes eran «probablemente» una carga financiera menor para el Estado que los propios ciudadanos del país al que habían llegado. También se insistía en que, probablemente, los nuevos emigrantes tenían menos necesidad de

alojamientos sociales que los propios ciudadanos británicos, y que recibían un 45 % menos de beneficios fiscales y de otras ventajas que los «nativos del Reino Unido».

Sin duda, al oír estas cosas algunas personas se sorprendían de que no se supiera en qué momento, tanto los somalíes como los pakistaníes y los naturales de Bangladés, habían podido ingresar semejantes cotizaciones en el fisco. Pero el estudio realizado había hecho el consabido juego de manos. Había presentado lo mejor de la inmigración como si de hecho se tratara de los inmigrantes típicos. De este modo, el estudio realizado por la UCL centraba su atención en «los inmigrantes altamente cualificados» y, en particular, en los recientes inmigrantes procedentes de la Comunidad Europea (además de los llegados de Noruega, Islandia y Liechtenstein). El documento reflejaba el hecho de que esas personas pagaban un 34 % más de lo que recibían como beneficios, mientras que los británicos nativos pagaban tan solo un 11 % más. Pero al surgir tales dudas sobre los beneficios fiscales de la inmigración masiva, nadie podía oponerse ya a que los ricos ciudadanos de Liechtenstein vinieran a trabajar al Reino Unido.

Sin embargo, cualquiera que deseara estudiar a fondo ese documento habría descubierto que la realidad era totalmente distinta de lo que contaban los medios de comunicación, e incluso de lo que aseguraba la propia Universidad. Porque aunque las estimaciones de la UCL sugerían que «los recientes inmigrantes procedentes de la Comunidad Europea habían contribuido durante el periodo 2001-2011 con aproximadamente veintidós mil millones de libras esterlinas a la economía del país», el impacto fiscal de todos los emigrantes, sin tener en cuenta su origen, contaba una historia completamente distinta. Además, las «recientes» llegadas, procedentes de la Comunidad Europea, eran las únicas de las que se podían hacer semejantes afirmaciones. Aparte de otras cosas, lo que decía la investigación realizada por la UCL mostraba que los migrantes de la Comunidad Europea habían obtenido en servicios públicos alrededor de noventa y cinco mil millones de libras más de lo que habían pagado en impuestos; lo que significaba que si se tomaba el periodo 1995-2011 y se incluían en él todos los inmigrantes (y no solamente una selección de los más cualificados técnicamente), según el estudio realizado por la UCL, los inmigrantes en el Reino Unido habían

obtenido más de lo que habían pagado. En otras palabras, la migración masiva había hecho notablemente más pobre al país en el periodo mencionado.

Después de algunas críticas a esta metodología y a la forma en que se habían obtenido estos datos cruciales, al año siguiente la UCL publicó sus resultados definitivos. De acuerdo con ellos, y teniendo en cuenta solamente las cifras dadas por esa entidad, los resultados se mostraban todavía más sorprendentes, pues todo el reportaje mostraba que la cifra anterior de los noventa y cinco mil millones de libras era muy inferior al auténtico coste de la inmigración en Gran Bretaña. De hecho, los inmigrantes llegados durante el periodo 1995-2011 habían costado al Reino Unido una cifra más cercana a los ciento catorce mil millones de libras, con una cifra final que potencialmente ascendía a los ciento cincuenta y nueve mil millones. Resulta innecesario decir que el descubrimiento de que la inmigración había costado al Reino Unido más de cien mil millones de libras no apareció en los noticiarios, y tampoco nadie pudo leer en los titulares de la prensa: «Los recientes inmigrantes han costado a los contribuyentes británicos más de cien mil millones de libras». ¿Qué hubiera sucedido si se hubieran publicado los recientes hallazgos, y a qué conclusiones se hubiera podido llegar al descubrirlos[5]?.

Llegado el caso, a la inmigración se le aplican los mismos niveles de constatación que se utilizan en los procesos de retro-ingeniería. Para su informe del año 2000 sobre la inmigración, el gobierno británico solicitó los servicios de dos de los académicos más notables por sus puntos de vista a favor de la inmigración —Sarah Spencer y Jonathan Portes—, a fin de encontrar justificación al tipo de política que aconsejaban figuras tan prestigiosas como Barbara Roche. En estos trabajos no se aplicaban los acostumbrados niveles de rigor académico. Siempre que convenía hacer una reivindicación se encontraba la «evidencia» que la apoyaba. Y siempre que se producía una situación que se consideraba indeseable, se aconsejaba la «no evidencia» o, simplemente, «la evidencia anecdótica». Por ejemplo, existía tan solo «evidencia anecdótica» de que «una gran cantidad de niños inmigrantes no hablaban el inglés como primera lengua; y que esa circunstancia podía llevar a la existencia de ciertas presiones en las

escuelas», y a «problemas con los padres de otros alumnos». No se trataba, pues, solamente de algo «anecdótico», sino que eran cosas oídas a «algunas personas». También se decía que era tan solo «teórico» el hecho de que la inmigración masiva «pudiera incrementar la presión sobre el mercado del alquiler de casas, el transporte y otras infraestructuras, exacerbando las aglomeraciones y la congestión social». Se sugería que la realidad era algo completamente diferente. ¿Cómo podía imaginar alguien el hecho de que la afluencia de más población requiriese más viviendas?

Estas afirmaciones procedían de autores que tenían fama de estar a favor de la inmigración, a la que consideraban un bien en sí misma. Pero aunque el trabajo se presentaba como un análisis económico de los beneficios de la inmigración, de hecho no era algo válido para el cambio social, sino una especie de elemento que estimulaba aquella. Al mencionar el caso de la inmigración masiva, los autores del estudio insistían en que los niños migrantes habían aportado «una mayor diversidad a las escuelas del Reino Unido». Del mismo modo se eliminaban el resto de los problemas ocasionados a los trabajadores británicos. Por ejemplo, existían «escasas pruebas de que los trabajadores nativos hubieran sido perjudicados» por la migración a gran escala. De hecho «la migración no ha tenido consecuencias sobre las perspectivas de trabajo de los nativos».

La inclusión de figuras tan renombradas en el ámbito académico como lo eran Spencer y Portes en el entorno de Whitehall, hizo que sus opiniones no solamente se consideraran respetables, sino que gozaran del beneplácito del Gobierno. Tras la publicación de su informe, ministros como Roche disponían de argumentos para afirmar que la migración masiva había producido indudables beneficios económicos. Y si alguien llegaba a sorprenderse de cómo era posible que un Gobierno laborista permitiera que la inmigración campara a sus anchas, debería saber que todo era debido al efecto suavizador de informes como los ya mencionados.

La realidad es que fueran cuales fueran las ventajas logradas, los beneficios económicos producidos por la inmigración favorecían casi únicamente a los propios migrantes. Y eran ellos quienes podían acceder a unos servicios públicos por los que no habían tenido que pagar. Y eran también los mismos migrantes quienes se beneficiaban de unos salarios más

altos de los que hubieran podido conseguir en su propio país. Y con mucha frecuencia el dinero que ganaban —o gran parte del mismo— era enviado a las familias que vivían fuera del Reino Unido, en lugar de servir al enriquecimiento de la economía local. Aquellos medios de información que afirmaban que la masa migratoria estaba logrando hacer más rico a todo el mundo, y que estaba produciéndose una marea de riqueza creada por los inmigrantes, se olvidaba continuamente de este punto crucial. Incluso cuando el producto interior bruto (PIB) de un país aumentara —como tenía que suceder cuando era mayor el número de trabajadores—, eso no quería decir que la gente se beneficiara de ello. Y por esta razón, en cuanto los promotores de la migración vieron rechazados sus argumentos, trataron de buscar otros nuevos.

UNA POBLACIÓN ENVEJECIDA

Si el argumento económico referente a la migración masiva se apoya en una especie de atracción un tanto mezquina, entonces se perfila una nueva amenaza sobre otra de las justificaciones básicas de la migración a gran escala. Este argumento insiste en el hecho de que los europeos están envejeciendo, en que Europa es una sociedad «de pelo gris», y que en semejante situación se necesita traer más gente; porque, de otro modo, nuestra sociedad no dispondrá de personas jóvenes que puedan mantener el nivel de vida a la que están acostumbrados los europeos de más edad.

Este es, de nuevo, uno de los argumentos esgrimidos por la comisaria europea Cecilia Malmström, y por el representante de Naciones Unidas, Peter Sutherland, ambos prominentes autoridades internacionales y abogados de la migración masiva. En el año 2002, los dos manifestaban que «el envejecimiento de la población europea no tiene precedentes históricos. El número de trabajadores se verá reducido de forma drástica, hasta llegar a un tercio de los actuales a mediados de siglo, con enormes consecuencias para el modelo social europeo, la vitalidad de sus ciudades, la capacidad de innovación y de competitividad, y para la relación entre generaciones, ya que los más viejos se verían obligados a depender de los jóvenes. Y aunque

la Historia indica que los países que aceptan gustosamente la energía y la vitalidad de los recién llegados pueden competir mejor en el mercado internacional, Europa está haciendo todo lo contrario al poner obstáculos en sus fronteras[6]». La mejor respuesta que se puede dar a este reto —aseguraban los expertos— es traer una nueva generación del extranjero. Y antes de estudiar las limitaciones que presenta este argumento, merece la pena reconocer la semilla de verdad que hay en él.

A fin de que una población se mantenga en un nivel económico estable, es necesario que la tasa de natalidad se encuentre en una proporción de 2,1. Es decir, que para mantener el crecimiento de la población a largo plazo es necesario que cada pareja tenga, como mínimo, dos hijos. Pero en toda la Europa actual esta tasa de fertilidad ha descendido por debajo de ese nivel. La tasa de fertilidad de Portugal en 2014, por ejemplo, fue tan solo de 1,23; un factor que si no se tiene debidamente en cuenta puede reducir la población a casi la mitad en la próxima generación. A finales del milenio no había un solo país europeo cuya tasa de natalidad tuviera ese nivel crucial del 2,1. Algunos países, como es el caso de Alemania (actualmente en 1,38) se encontraban muy por debajo[7].

Curiosamente, hubo un tiempo en que los partidos de la extrema izquierda, y en particular «los Verdes» de los países occidentales, preconizaban la conveniencia de reducir la tasa de natalidad. Alegaban, por ejemplo —y a pesar de las desagradables connotaciones que representaba el hecho de que China hubiese adoptado una política similar— que a fin de lograr una «óptima población» para el mundo, las parejas deberían limitarse a tener un solo hijo. Se suponía que los países desarrollados podrían adoptar esa norma. Pero teniendo en cuenta que la migración procedente del Tercer Mundo se había incrementado, el movimiento de los Verdes dejó de mantener su campaña de restricciones sobre la natalidad. Aunque era acertado decir a los europeos de raza blanca que dejaran de aumentar la población, se volvieron un tanto reticentes a la hora de adoptar la misma política con los migrantes de piel oscura. No obstante, la idea de que los europeos deberían frenar la natalidad y que, como resultado de semejante medida, las nuevas generaciones estarían formadas por inmigrantes, constituye una falacia por diferentes motivos.

El primero de ellos es la errónea suposición de que la población de un país debe mantenerse siempre igual, o incluso seguir creciendo. Entre las naciones europeas se encuentran algunas de las más pobladas del planeta. No resulta en absoluto evidente que la calidad de vida en esos países pueda mejorarse si la población continúa aumentando. Además, cuando los migrantes llegan a esos países se trasladan a las grandes ciudades, y no se quedan en zonas escasamente pobladas. Entre las naciones europeas Gran Bretaña es, junto con Bélgica y Holanda, uno de los países más densamente poblados. En este caso concreto, Inglaterra es el segundo más poblado de Europa[8], y los migrantes no se dirigen, por supuesto, a las Highlands de Escocia, o a las desoladas llanuras de Datmoor. El incesante aumento de la población ocasiona problemas en aquellas zonas que ya están padeciendo carencia de viviendas, y en las que las infraestructuras, como puede ser el transporte público, tratan de hacer frente a una población en continua expansión. Cualquiera que se preocupase por la calidad de vida de los europeos, trataría de ver el modo de reducir la población, y no de aumentarla sensiblemente.

Pero digamos que la inmigración es necesaria simplemente para poder mantener equilibrados, llegado el caso, los niveles de población. Estamos convencidos de que si un determinado país desea mantener estable, o solo levemente incrementada su población, antes de importar gente de otras naciones debería mostrarse más sensible a la hora de determinar si existen razones que justifiquen el hecho de que los habitantes del propio país no tengan más hijos. ¿Se debe a que no lo desean, o es debido acaso a que aún cuando los deseen no pueden tenerlos? Si se trata de lo segundo, entonces la pregunta debería encaminarse a si hay algo que tendría que hacer el Gobierno para crear una situación en la que la gente pueda tener los hijos que desee.

La evidencia que se extrae de la situación en la mayoría de los países, incluido el Reino Unido, es que si bien la población nativa se encuentra por debajo de los niveles de sustitución poblacional, el hecho no se debe a que la gente no quiera tener hijos. Incluso las cifras demuestran lo contrario. Por ejemplo, en el año 2002, durante un momento puntero de la explosión inmigratoria del gobierno laborista, un estudio de la población realizado por

la ONS demostró que solamente el 8 % de las mujeres británicas no quería tener hijos; y que únicamente un 4 % deseaba tener un solo hijo. El deseo más común de las mujeres británicas —el objetivo de un 55 %— era tener dos hijos; el catorce por ciento quería tres hijos, otro 14 % quería cuatro, y un 5 % deseaba tener cinco o más hijos. Esto quiere decir que, de buscarse un crecimiento estable o reducido de la población, tales porcentajes superarían con mucho al 8 % de mujeres que no deseaban tener hijos en absoluto[9].

¿Por qué tienen tan pocos hijos los europeos? Esta pregunta ha sido estudiada en los últimos años, desde una perspectiva tanto biológica como sociológica; pero falta una observación que reconocerán muchos europeos. Una pareja que tenga unos ingresos medios, en la mayoría de los países de Europa, se siente preocupada por cómo podrá sacar adelante a su familia incluso teniendo un solo hijo; y cómo podrá hacer frente, con el salario familiar, a sus necesidades, al menos durante algún tiempo. Evidentemente, el tener dos hijos aumenta aún más las preocupaciones.

Casi todos los europeos conocerán a alguna pareja que, incluso teniendo buenos empleos, no está dispuesta a tener un tercer hijo. De hecho, hoy en día, solamente hay tres tipos de personas que tienen varios hijos: los muy ricos, la clase pobre y los emigrantes. Entre estos últimos —en especial los que proceden de países del Tercer Mundo— cualquier prestación social que puedan recibir sus hijos, pagada por la asistencia social europea, será notablemente superior a la que hubieran podido tener en sus países de origen.

Los europeos nativos se sienten preocupados por el problema de poder conseguir plazas escolares para sus hijos y por la escasez de viviendas, cuyos precios se encuentran entre cinco y diez veces por encima de un salario normal; circunstancia esta que los obliga a tener un solo hijo, sin pensar por supuesto en tener más. También es posible que, en contra de lo que afirman Spencer y Portes, a algunos padres no les agrade la inagotable «diversidad» que existe en las escuelas; y muchos quisieran que sus hijos se educaran entre otros muchachos que tuvieran las mismas raíces culturales que ellos. Esto quiere decir, sobre todo si esos padres viven en zonas suburbanas, que es lógico que se preocupen por conseguir una vivienda en

barrios de clase media, en los cuales sus hijos puedan encontrarse en un entorno escolar menos «diverso». Al no resultarles posible educar a sus hijos de la forma que quisieran, muchas parejas renuncian a tener los hijos que hubieran deseado.

La pregunta sobre lo que llegará a ser el país en el futuro, también encierra otro serio interrogante sobre lo que les aguarda a las próximas generaciones. Cuando la gente se siente optimista acerca de su futuro, también suele serlo sobre la posibilidad de tener hijos. Sin embargo, si ven un futuro en el que existe una notable fragmentación étnica y religiosa, es muy posible que lleguen a preguntarse si vale la pena traer hijos a este mundo. Si los gobiernos europeos se muestran realmente preocupados por la decadencia de la población autóctona, que va aumentando debido a la gente que procede de otros lugares, deberían preocuparse en primer lugar por legislar un tipo de políticas que estimularan la procreación en la población nativa. En Polonia, por ejemplo, el partido Justicia y Ley ha concedido recientemente ventajas a sus ciudadanos, a fin de que se pueda incrementar la tasa de nacimientos en la población nativa, compensando de este modo la dependencia de la inmigración. En definitiva, los gobiernos deberían preocuparse por saber si las cosas que están haciendo pueden empeorar la situación.

Además de todo esto, está el problema del envejecimiento de la población. Es un hecho que los europeos viven hoy día más años que en ninguna época anterior de la Historia. Excepto en las ocasiones en las que tiene lugar alguna contienda de importancia o surge un grave problema de salud que afecte a toda la población, los avances médicos permitirán a las próximas generaciones vivir incluso más años. Y aunque, por supuesto, vivir más años se considere a menudo una carga seria, e incluso como un problema muy grave para la sociedad, tal vez debiera recordarse que para la mayoría es, más bien, algo positivo porque puede significar mayores beneficios para el resto de la sociedad. Y no es el menor de ellos el hecho de que se pueda equilibrar la obsesión cultural de los jóvenes con la experiencia de los mayores. El «flagelo» de una «población canosa», es tan solo un problema cuando se concibe como tal. En todo caso, si se considera que la longevidad es una carga para la sociedad, hay muchas cosas que se

pueden hacer antes de decidirse a importar nuevas generaciones de otro continente.

En el periodo posterior a la Segunda Guerra Mundial, la gente esperaba vivir tan solo unos cuantos años más, después de su jubilación. Hoy se espera vivir un par de décadas más. La solución evidente a este reto económico es retrasar la edad de jubilación, a fin de asegurar que los jubilados no obtengan más beneficios en pensiones y en sanidad, que el dinero pagado con sus impuestos durante su vida laboral. En algunos países ya se está llevando a cabo esta normativa. Por ejemplo, entre los años 2004 y 2010 el promedio de edad para la jubilación en Gran Bretaña se amplió en un año (63-64 años para los varones y 61-62 para las mujeres)[10]. Evidentemente, esto no siempre resulta un proceso fácil ni voluntario. Tras la crisis financiera del año 2008 y de las sucesivas crisis de la eurozona, los ciudadanos griegos vieron cómo se elevaba su edad de jubilación. Hasta ese momento, la jubilación se concedía a una amplia —y en ocasiones, excéntrica— variedad de profesiones (peluqueros, anunciantes de la radio o trombonistas) a cuyos trabajadores se les permitía retirarse a sus cincuenta años. Cuando surgieron los problemas económicos en el país, se incrementó esa edad. Pero puede suceder también que los gobiernos que intentan ganarse la aprobación popular lleguen a plegarse a esa realidad económica. En el año 2010 el presidente Nicolás Sarkozy se enfrentó a una dura oposición al elevar la edad de jubilación en Francia, de los 60 a los 62 años. Dos años más tarde su sucesor, François Hollande, volvió a bajarla a los 60 años.

Siempre habrá quienes protesten ante la idea de que haya que trabajar hasta los sesenta años. Pero tal vez algunas personas prefieran tener que trabajar más años en una sociedad que conocen, a morir en una en la que son extranjeros. Y aunque estén aquellos que argumenten que no habrá trabajo para los mayores, tal argumento requiere una serie de consideraciones, a fin de poder cambiar el sistema económico y mejorar la productividad entre la comunidad de los mayores.

En una entrevista hecha en el año 2012 a la canciller Merkel, de Alemania, se le expuso sucintamente el desafío continental: «Si en la actualidad la población de Europa constituye el 7 % de la población

mundial, produce alrededor del 25 % del producto general bruto y tiene que financiar el 50 % del gasto social global, entonces se hace evidente que se verá obligada a trabajar más duro para mantener su prosperidad y forma de vida. Todos hemos de dejar de gastar más de lo que ganamos anualmente[11]».

Existen muchas posibles respuestas a este problema y ninguna resulta sencilla. Pero la más compleja e innecesaria de todas, es la de importar una gran cantidad de migrantes para conformar la mano de obra básica de la próxima generación. En primer lugar, porque constituyen legión los factores impredecibles que puedan surgir en la zona. La historia de la inmigración de la posguerra a Europa, ha sido la historia de unas gentes que no hacían lo que se esperaba que hicieran. Aunque los gobiernos europeos llegaran a pensar que sabían cómo contribuiría, probablemente, la nueva generación de migrantes a la economía nacional, no hay pruebas que indiquen que supieran predecir este hecho de forma correcta.

Existen también otros factores previsibles que son totalmente ignorados, como es el hecho de que los inmigrantes también se hacen viejos. Aunque resulte sorprendente que muchos politólogos no lo tuvieran en cuenta, el hecho de importar un considerable número de emigrantes jóvenes no resuelve el problema del envejecimiento de la población, porque ellos también envejecerán; y cuando llegue ese momento esperarán —y merecerán— tener los mismos derechos que los demás. La conclusión lógica es que a corto plazo la solución se convierte, a la larga, en un dolor de cabeza todavía más grande; porque existirá una necesidad constante de importar más y más inmigrantes —en un planteamiento piramidal—, para que más y más gente pueda disfrutar del estilo de vida a que ya se había acostumbrado.

Al mismo tiempo, se oye en ciertos países europeos el argumento de que hay jóvenes que «no quieren hacer» determinados trabajos. Allí en donde se produzca esa circunstancia será debido a que el estado de bienestar ha favorecido una situación en la que es mejor no trabajar que tener una ocupación poco remunerada. Pero también es consecuencia de que a los jóvenes se les ha educado de modo que ven despectivamente aquellos trabajos que consideran poco atractivos. Es un punto de vista que

está muy extendido. Así pues, resulta necesario traer personas que trabajen de almacenistas en los supermercados (un empleo que se ha convertido en algo característico) porque esa es una labor que no les agrada a los jóvenes europeos.

Durante un debate sobre la Unión Europea, un acaudalado empresario proeuropeísta insistía en que la inmigración en Gran Bretaña era necesaria porque a él le repugnaba la idea de que su hija se convirtiera en una «recogedora de patatas[12]». Al margen de la insinuación de corte racista de que estamos por encima de tal clase de trabajos, mientras que a otros eso les va como anillo al dedo, deberíamos preguntarnos por qué nuestros jóvenes están (en el caso de que lo estén) «por encima» de semejantes ocupaciones. También sería necesario que nos preguntásemos si nos sentimos plenamente satisfechos con esta situación. Hay muchos jóvenes en toda Europa que se encuentran sin empleo. Muchos de ellos no están preparados para desempeñar puestos de alto nivel. Entonces, ¿por qué traer a gente que realice trabajos poco cualificados, cuando en Europa hay tantos trabajadores que podrían hacerlo?

A veces se aboga por la inmigración masiva, debido a que con su trabajo se ayuda a pagar las pensiones; otras veces, porque evita que otros jóvenes británicos se vean obligados a trabajar en lo que no les gusta. Pero en ambos casos se trata de una argumentación que, si se mantiene, solamente servirá para agrandar más y más el problema, a medida que pase el tiempo; a medida que la gente que se vaya haciendo mayor necesite que se le sufrague; y a medida que cada vez menos jóvenes tengan posibilidades de entrar en el mercado laboral. Es una dinámica en la que Europa se ha metido, y de la que resulta más difícil salir con el paso de los años.

DIVERSIDAD

Una de las cosas más sorprendentes que se dijeron para argumentar la migración masiva a los países europeos es que los inmigrantes se encontraban muy dispuestos a integrarse. Siempre que se desmontan los argumentos económicos que justifican la inmigración masiva, se utilizan

otros de índole moral o cultural. Sin hacer ninguna clase de concesiones, se exponen argumentos de este tipo: «No pretendamos que la migración masiva nos vaya a hacer más ricos en el plano financiero. Eso carece de importancia, porque la migración masiva nos enriquece en otros sentidos. De hecho, incluso si nos empobreciera, lo que se pierda en beneficios económicos se ganará en beneficios culturales».

Esta argumentación vendría a decir que la sociedad europea es un poco aburrida y seria, una afirmación que no se aprecia en muchas otras sociedades. La idea es que mientras el resto del mundo no necesita la migración procedente de otras culturas para mejorar la propia, los países europeos sí la requieren, y se beneficiarán notablemente de estos movimientos migratorios. Estamos de acuerdo en que existe un vacío en Europa que necesita llenarse; de lo contrario, nos empobreceremos más. Nuevas gentes aportan una cultura diferente, diferentes actitudes, diferentes idiomas y, por supuesto, el ejemplo citado continuamente de una nueva y atractiva cocina.

Como sucede con la mayoría de los argumentos que se esgrimen a favor de la migración masiva, también en esta hay ciertos visos de verdad. A pesar de que en Europa ya existe una notable abundancia de lenguas, culturas y gastronomías, ¿quién no necesita aumentar su acervo cultural y su conocimiento del resto del mundo? ¿Y no es cierto que si una cultura no desea enriquecerse con lo que pueda aportarle el resto del mundo, seguramente se empobrecerá? No obstante, estos argumentos se apoyan en un buen número de falacias. La primera es que el mejor modo de informarse sobre el resto del mundo y sus culturas no es viajando por él, sino haciendo que el resto del mundo venga al de uno, y se quede. La segunda es que el valor que constituye la inmigración sigue aumentando a medida que también aumenta el número de inmigrantes. De modo que si una persona procedente de una cultura totalmente distinta llega a una ciudad, esta se beneficiará de dicha cultura; y cuantas más personas lleguen, más beneficios se obtendrán. Pero el conocimiento o el beneficio que pueda producir una cultura no se incrementa por el número de personas que procedan de esa determinada cultura. La gastronomía es uno de los campos que se benefician, un tanto parcialmente, de esta argumentación. Pero para

ceñirnos a este ejemplo hay que decir que el placer que pueda obtenerse de la cocina turca no va a incrementarse, de año en año, por la llegada de más turcos al país. Los cien mil somalíes, eritreos o pakistaníes que llegan a Europa, no enriquecen cien mil veces el acervo cultural. Es posible que Europa ya haya aprendido lo que necesitaba aprender de la cocina extranjera, y que para poder disfrutar de la cocina india no sea necesario que sigan llegando más indios a nuestra sociedad. Aunque sea cierto que la «diversidad» es buena en sí misma, esto no explica el hecho de que un país tenga que verse saturado por la llegada de gente procedente de tantos países. Si se pretendía incrementar la «diversidad» en Europa, durante las primeras décadas de la emigración masiva, no era necesario que vinieran emigrantes procedentes de las antiguas colonias, sino de otros países que nunca fueron colonias, y de los cuales teníamos una absoluta carencia de conocimientos.

No obstante, tras insistir en que «la diversidad» es algo bueno en sí misma, existe otro concepto que quizás resulte menos presentable al público. Aunque el documento del Nuevo Laborismo 2000 pretendiera ser un análisis económico, lo que más interesaba a uno de sus autores era el aspecto social de la emigración. En una obra editada en 1994 titulada *Extranjeros y ciudadanos: Un informe sobre emigrantes y refugiados*, Sarah Spencer, miembro del Centro sobre Política Migratoria y Sociedad, de Oxford, argumentaba que: «Han terminado los días en que la nacionalidad británica se apoyaba en la idea de lealtad[13]». En otra parte de la obra, tanto ella como los coautores argumentaban que el concepto de la nación-estado había cambiado, y que el Estado moderno se había convertido en «una asociación abierta y formal, capaz de encajar diversas formas de vida», y que en ese Estado «la política inmigratoria debía verse también… como un medio para enriquecer la diversidad cultural del país[14]». Un año más tarde, Sarah Spencer mencionaba, en otra publicación, la idea de que «el concepto tradicional de nacionalidad puede haberse degradado hasta llegar al nivel de un mero simbolismo», y argumentaba que: «Somos una sociedad diversa, compuesta por identidades superpuestas que no se ven atadas, ni pueden verse atadas, por valores de una simple lealtad. Si hemos de estar unidos, ha de ser por el mutuo beneficio de derechos y responsabilidades[15]».

Todo esto significaba una comprensión completamente diferente de lo que constituye un pueblo o un país. Y con unas connotaciones profundas y —para la mayoría de la gente— difíciles de aceptar, Sarah Spencer resumía estos puntos de vista en el año 2003, cuando afirmaba al hablar de la idea de «integración», que esta no es algo que el migrante tenga que aceptar con respecto a la sociedad que lo alberga, sino más bien como «un doble proceso de adaptación, tanto por parte del migrante como de la sociedad que lo recibe[16]». Si usted le dice a la gente que se verá beneficiada con la emigración y que esta es una cosa positiva; si usted le dice también que tendrá que cambiar su forma de vida a causa del fenómeno de la emigración, es posible que semejantes afirmaciones no sean muy bien recibidas. Y, de este modo, es precisamente el aspecto positivo del fenómeno el que les resulta molesto.

Pero el argumento de la migración masiva basado en la «diversidad», aun siendo positivo en sí mismo, se olvida de un tema importante que ha sido silenciado hasta el momento. Porque si bien la mayoría de las culturas tienen cosas buenas e interesantes que aportar, también albergan algunas otras que resultan negativas y desagradables. Y mientras que las positivas se exageran desde el principio, las negativas tardan años en ser admitidas, en el caso de que alguna vez lleguen a serlo.

Es necesario considerar la cantidad de años que ha llevado reconocer el hecho de que cierta clase de inmigrantes mantiene puntos de vista menos liberales, que los sostenidos por la mayoría de los ciudadanos de los países que los acogen. Una encuesta llevada a cabo por la agencia Gallup en Inglaterra, en el año 2009, encontró que el 0 % de los musulmanes británicos entrevistados (en una muestra que incluía a quinientos individuos) consideraba que la homosexualidad era algo moralmente aceptable[17]. Otra encuesta llevada a cabo en el año 2016 halló que otro 52 % de musulmanes consideraba que la homosexualidad debería ilegalizarse[18]. El comentario que se puede hacer de estos resultados es que tales respuestas eran las mismas que hubieran dado muchos ingleses, una o dos generaciones antes. La consecuencia tácita que se extrae de todo ello es que los homosexuales de Inglaterra deberían mostrarse pacientes, y esperar

una o dos generaciones más para que puedan beneficiarse de los nuevos inmigrantes.

Mientras tanto, lo que se ignora es la posibilidad de que tal cosa no llegue a suceder, y que los puntos de vista de los recién llegados puedan, con el tiempo, cambiar por completo el criterio nacional, ya sea debido al aumento de la población o a otras causas. Así que cuando, en el año 2015, la agencia YouGov llevó a cabo una encuesta sobre la actitud que mostraban los británicos con respecto a la homosexualidad, una de las preguntas que se hacían era, en líneas generales, si los entrevistados consideraban que la homosexualidad era algo «moralmente aceptable» o, por el contrario, «moralmente equivocado». Parte del público pudo llegar a creer que una encuesta así pondría al descubierto ciertas homofobias latentes en las zonas urbanas, mientras que otro sector más avanzado de las zonas urbanas no concedía importancia al asunto.

De hecho, las respuestas mostraron precisamente todo lo contrario. Mientras que en el resto del país, el 16 % de los encuestados pensaban que la homosexualidad era «moralmente mala», en Londres la cifra ascendía a casi el doble (un 29 %)[19]. ¿Por qué los londinenses eran el doble de homófobos que el resto del país? Únicamente debido a que la diversidad étnica de la capital demostraba que había llegado un exagerado número de personas que mostraban actitudes que el resto del país consideraba moralmente inaceptables. Pero si los puntos de vista sobre la homosexualidad de algunas comunidades de emigrantes estaban un par de generaciones atrasadas, las opiniones de tales comunidades sobre el tema de las mujeres mostraba que incluso estaban atrasadas en muchos siglos, como mínimo.

Fue a principios del año 2000 cuando los medios de comunicación ingleses se pusieron a investigar las historias que las clases obreras de la comunidad Sikh habían venido contando durante años. Dichas investigaciones revelaron la existencia de bandas organizadas de muchachas jóvenes, dirigidas por musulmanes procedentes de África del Norte o de Pakistán, que se habían extendido por todo el norte de Inglaterra y otras zonas. En cada uno de estos casos la policía local se había interesado por el tema, y cuando los medios hablaron de ello se sintieron muy preocupados.

En un informe del año 2004 sobre servicios sociales realizado en Bradford, las investigaciones tuvieron que suspenderse al considerarse tales procedimientos «antifascistas»; y los jefes de la policía local se vieron obligados a publicar a través del Canal 4 de la televisión la documentación de que disponían. Los departamentos policiales que se ocupaban de la explotación sexual de mujeres blancas por bandas «asiáticas», fueron acusados de ser potencialmente «incendiarios». Las autoridades se dieron cuenta entonces de que las investigaciones realizadas, cara a las elecciones locales, podían ayudar al British National Party en las encuestas. Así pues, los datos de la documentación existente se investigaron meses después de las elecciones. Pero tanto lo que tenía que ver con este tema como los detalles posteriores, demostraron la existencia de un microcosmos de problemas, y la reacción que todo ello podría generar en el resto de Europa.

El seguir con la campaña, o el mero hecho de mencionarla durante esos años acarreó serios problemas. Cuando la parlamentaria Ann Cryer retomó el tema de las violaciones de chicas menores de edad en su propio distrito, fue discretamente acusada de «islamófoba» y «racista», y la cosa llegó al punto de que tuvo que recibir protección policial. Le llevó años al gobierno central, a la policía, a las autoridades locales o a la Fiscalía enfrentarse al tema. Cuando finalmente empezaron a hacerlo, una investigación oficial sobre los abusos sexuales reveló que, tan solo en la ciudad de Rotherham, se habían producido, como mínimo, mil cuatrocientos casos de explotación de menores durante el periodo 1997-2014. Todas las víctimas eran chicas blancas no musulmanas pertenecientes a la comunidad local, de las que la más joven contaba tan solo once años. Todas ellas habían sido violadas brutalmente, incluso a algunas las habían empapado de gasolina y amenazado con quemarlas vivas. A otras se las había amenazado con pistolas y forzado a que presenciaran la violación de las chicas, con la advertencia de que no mencionaran a nadie lo que habían visto.

La investigación de estos abusos descubrió que, si bien los perpetradores de los mismos eran por lo general varones de origen pakistaní, que operaban en bandas, las autoridades locales mencionaban su «nerviosismo sobre la identificación de los orígenes étnicos de los violadores, por miedo a ser considerados racistas; otros recordaban las

advertencias de sus superiores para que evitaran comentarios». La policía local también admitió que había silenciado estos hechos por miedo a las acusaciones de «racismo», y de que con ello se podían dañar las relaciones con la comunidad[20].

Los hechos de Rotherham, como la mayoría de casos similares habidos en otras ciudades de Inglaterra, fueron conocidos por el público porque dos periodistas se decidieron a sacar los casos a la luz pública. Pero, por lo general, aquellas comunidades en donde vivían los agresores no mostraron el menor interés en enfrentarse al problema, ni siquiera el menor deseo de hacerlo público. Incluso después de que fueran juzgados los agresores, sus familias protestaban por las sentencias alegando que todo el asunto no había sido otra cosa más que un apaño del Gobierno[21]. Y cuando un musulmán, que vivía en el norte de Inglaterra, denunció las violaciones de las chicas blancas a manos de miembros de su propia comunidad, afirmó que había recibido amenazas de muerte de miembros de la comunidad musulmana por hacer tales comentarios[22].

La historia se repetía en todas partes. Se escogía a las chicas —según afirmaban los jueces que presidían las causas— porque pertenecían a una comunidad diferente, no eran musulmanas y se las veía como «carne fácil». Muchos de estos individuos habían llegado procedentes de Pakistán —y de otros países en los que dominaban las sociedades machistas—, con sus peculiares ideas acerca de las mujeres que no iban acompañadas, es decir, que no estaban «protegidas». Frente a tales actitudes antifeministas que se estaban viendo por todas partes en Inglaterra, la opinión pública se alzó contra las normas que habían regido hasta entonces, incluyendo las legales.

La explicación más obvia de este problema podría ser que el influjo de semejante cantidad de personas procedentes de otras culturas puso muy nerviosas a las autoridades británicas, que decidieron establecer sus propias pautas. Pero se trataba de algo más que eso. Cada vez que surgían escándalos de esta índole, se tenía la impresión de que las autoridades miraban hacia otro lado, por miedo a tener problemas con la comunidad o a ser acusados de racistas. La policía inglesa todavía recordaba el Informe Macpherson, de 1999, en el que se le culpaba de practicar «racismo institucional», y temía que pudiera repetirse semejante acusación.

En todas partes de la Europa occidental se estaba produciendo la misma situación de forma igualmente lenta; con frecuencia, en la misma época en que esos hechos sacudían a Inglaterra. En todos los países, el momento de silenciar la situación se vio acompañado por el rechazo de las autoridades a establecer cualquier clase de estadísticas sobre la criminalidad basada en conceptos étnicos o religiosos. En el año 2009, la policía de Noruega reveló que los inmigrantes procedentes de países no occidentales eran los autores de «todos los intentos de violación» —aquellos casos en los que el asaltante intentaba llevarse a la mujer de un lugar público— que se producían en Oslo[23]. En el año 2011, la oficina de estadística estatal de Noruega notificó que «los inmigrantes están sumamente presentes en las estadísticas sobre el crimen». Sin embargo, también se sugería que esta situación no se debía a ningún tipo de diferencia cultural, sino tal vez al predominio de gente joven entre la población inmigrante. Una antigua directora del departamento de policía anticrimen de Oslo, Hanne Kristin Rohde, ratificó la extraordinaria carencia de voluntad de las autoridades noruegas a la hora de admitir lo que estaba sucediendo. En relación con «la clara conexión estadística entre las violaciones y los migrantes procedentes de culturas en las que las mujeres carecen de todo valor», la señora Rohde afirmaba que «tal situación representaba un gran problema, pero que resultaba difícil hablar de ello» porque las actitudes de extrema violencia hacia las mujeres «constituye un problema cultural», aseguraba[24].

Evidentemente, estos casos y otros similares cometidos por las bandas de delincuentes, no constituían un ejemplo representativo y usual del comportamiento de los inmigrantes en general. No obstante, ellos deberían ser los primeros en ser investigados por este tipo de conductas, que tenían que ser estudiadas y castigadas. Pero a la policía y a los fiscales les llevó años, y en algunos casos décadas, poder enfrentarse a un problema que presentaba características muy complejas.

De todos modos, debiera resultar más fácil poder investigar estos casos, al igual que lo que sucedía con las mutilaciones genitales femeninas. Pero durante mucho tiempo las sociedades de la Europa occidental no intentaron, ni siquiera remotamente, enfrentarse al problema. Tampoco fueron objeto de investigación otras costumbres, menos llamativas o violentas, que habían

traído con ellos algunos grupos de migrantes, dada la dificultad que entrañaba ocuparse de ellas. Si se tardó más de una década en descubrir y sacar a la luz los abundantes casos de violaciones infantiles, ¿cuánto no se tardaría en aclarar otras actitudes menos violentas, en el supuesto de que alguna vez lo fueran?

Una cosa que queda patente es, que si bien los beneficios que aporta la inmigración masiva son indiscutibles, y todo el mundo es consciente de ello, lleva mucho tiempo reconocer las desventajas que ocasiona importar inmensas cantidades de personas procedentes de otras culturas. Mientras tanto, no parece mala idea intentar llegar a un cierto acuerdo en asuntos más triviales. Porque si bien se dan casos de crímenes y violaciones con más frecuencia de los que suelen ocurrir en Europa, también es cierto que, al menos, nos beneficiamos de una nueva y amplia gastronomía aportada por la inmigración.

LA IDEA DE QUE LA INMIGRACIÓN ES UN FENÓMENO IMPARABLE DEBIDO A LA GLOBALIZACIÓN

La disculpa, o la justificación final para la inmigración masiva va más allá de la razón, y más allá de las disculpas. Incluso si se desacreditase cualquier otro argumento para la política inmigratoria, siempre quedaría uno. Y ese es que no hay que darle mucha importancia al tema porque, en todo caso, nada se puede hacer. Todo está fuera de nuestro alcance. Es nuestro destino.

Por las fechas en que se iniciaba la actual crisis, me encontraba yo en Atenas, participando en unas conversaciones sobre la política que debería seguir Europa ante el problema de la situación inmigratoria. Al presentar mis argumentaciones comenté el hecho de que otros participantes del debate (incluyendo al economista griego Antigone Lyberaki, y al político y activista francés Bernard Kouchner) probablemente fueran de la opinión de «que nada se podía hacer». Solo más tarde, cuando posteriormente Bernard leyó su discurso, me di cuenta de que ya antes de hacer su exposición había adoptado una postura sobre el tema. Su exposición insistía en el hecho de

que Europa no podía detener el incesante flujo de emigrantes que estaban llegando a Grecia, y que «nada se podía hacer». Se trata de un angustioso comentario bastante corriente aunque, cuando lo escuchan aquellos políticos que se muestran más sensatos, deberían darse cuenta de lo potencialmente desastrosas que resultan tales palabras.

Mientras tanto, líderes políticos que incluían, en las filas del año 2015, a la Primera Ministra Theresa May, habían manifestado que los países europeos deberían tratar de mejorar el nivel de vida de los países del Tercer Mundo, a fin de impedir la llegada de más inmigrantes. No obstante, lo cierto es que —como han demostrado muchos análisis— solamente cuando aumenta el nivel de vida (aunque tal incremento no sea muy sustancial) empieza a producirse la migración masiva. En realidad, la gente pobre carece del dinero suficiente para poder sobornar a los contrabandistas.

También existen intentos para querer dotar a esta situación de un viso de respetabilidad académica. Últimamente ha ido creciendo, en el discurso académico sobre la migración, la opinión que insiste en afirmar que los flujos migratorios están realmente causados por los controles que se realizan sobre la emigración. El ensayo realizado, entre otros, por Hein de Haas, de la Universidad de Oxford y Maastricht, insiste en que los controles no solamente no resultan eficaces, sino que en realidad estimulan la migración, al desanimar la normal circulación de migrantes entre Europa y sus países de origen. Además de constituir una línea de pensamiento muy aceptada por la academia, naturalmente también constituye un argumento utilizado por personas que se oponen a cualquier control sobre la emigración.

Antes de resaltar la carga argumental que subyace en este razonamiento, vale la pena considerar lo que hay de cierto en esa afirmación. Es verdad que nunca ha sido mayor la proliferación de teléfonos móviles, las informaciones de los medios de comunicación —especialmente la televisión— del Tercer mundo, y el reducido coste de los viajes durante los últimos años. Pero si realmente la globalización no ha logrado impedir que la gente viaje a Europa desde todas partes, vale la pena resaltar el hecho de que este tema global no afecte a otros países. Si la causa de este fenómeno es el tema económico, entonces no hay razón alguna que justifique por qué

Japón no esté actualmente experimentando oleadas masivas de inmigrantes procedentes de Occidente.

En el año 2016, Japón constituía la tercera economía más poderosa del planeta, según su producto interior bruto, y se encontraba por delante de Alemania y Gran Bretaña. Pero, naturalmente, a pesar de ser una economía más fuerte que cualesquiera de las europeas, Japón evitó que se produjera una inmigración masiva, desarrollando políticas que la frenaban, disuadiendo a los posibles emigrantes que vinieran al país, y poniendo trabas a la ciudadanía, si no eras japonés.

Al margen de si uno puede estar, o no, de acuerdo con la línea de actuación japonesa, su actitud demuestra que, incluso en esta época de tanta interconexión entre los países, resulta posible para una economía moderna evitar la experiencia de la inmigración masiva, con lo que se avala que tal proceso no resulta «inevitable». Igualmente, y a pesar de que China es la segunda economía más fuerte del planeta, esta nación no constituye un asilo para los migrantes, en la medida que lo es Europa. Sin saber muy bien si tal cosa es deseable o no, resulta evidente incluso para los países más ricos el hecho de que, inevitablemente, estos pueden dejar de ser puntos de atracción para los migrantes de todo el mundo.

La razón por la cual la gente desea venir a Europa no es solamente por la idea de lograr riqueza y trabajo. Es también porque Europa ha conseguido hacer de sí misma un destino deseable por distintas razones. Y entre ellas no es la menos importante que permite a los recién llegados que puedan residir en ella. Otra de las razones importantes por la que los emigrantes escogen Europa como su lugar de destino, es el conocimiento de que, por pobres que sean, podrán quedarse aquí largo tiempo disfrutando de un sistema de bienestar social, derechos civiles y sanidad pública como no los tendrían en ningún otro sitio, incluyendo sus propios países.

También existe la idea —que resulta muy halagadora y real para los europeos— de que Europa es un continente más tolerante, pacífico y confortable que ningún otro sitio del mundo. Aunque existieran muchos continentes así, los europeos seguirían gozando del hecho de constituir una sociedad muy generosa. Pero si creciera la percepción de que Europa es, de hecho, el único lugar al que resulta fácil llegar y residir de forma segura, tal

vez pudiera resultar a largo plazo un lugar menos atractivo de lo que es a corto plazo. En todo caso no resultaría inevitable que la migración mundial siguiera viniendo a Europa. Porque los emigrantes vienen debido a que Europa ha hecho de sí misma —por razones que algunas son buenas y otras no tanto— un lugar atractivo para la migración mundial.

No obstante, algo se puede hacer. Ya sea deseable o no, si Europa se ve obligada a limitar su flujo migratorio tendrían que tomarse medidas para hacer del Continente —en muchos aspectos— un lugar menos atractivo. Podría adoptar un rostro más severo ante el resto del mundo, devolver a sus países de origen a la gente que no debiera estar aquí, frenar las medidas de bienestar social a los nuevos inmigrantes y adoptar medidas más exigentes de política de bienestar social para el futuro. Si la migración está causada por la atracción que ejerce el Continente, entonces se necesita tomar medidas para hacerlo menos atractivo. Son medidas que no resulta agradable adoptar; y no en menor medida porque afectan a uno de los puntos de vista que a nosotros, los europeos, nos gusta mantener, y que pudiera, a largo plazo, alterar esta percepción. Pero el camino puede resultar menos peligroso de lo que algunos temen. Hay quien podría pensar que Japón es una nación bárbara por haber adoptado medidas tan estrictas en sus normas sobre la migración. En todo caso, la idea de que Europa seguirá siendo un destino imparable es una idea peligrosa, no solamente porque no es verdad, sino también porque constituye un peligro el que se siga pensando así.

Durante muchos años el tema de la migración ha constituido en toda la Europa occidental un problema que se encuentra a la cabeza de la lista de las preocupaciones públicas. Las encuestas de opinión en todos los países lo señalan así. Y si la mayoría de la gente considera la gravedad del problema y no se hace nada para corregirlo, entonces es inevitable que se instaure el resentimiento entre la gente. Si la respuesta no es, precisamente, ignorar esta preocupación, sino decir que es imposible actualmente hacer algo al respecto, entonces empiezan a tomarse iniciativas radicales. En el mejor de los casos, el descontento se mostrará en las urnas. En el peor, se hará patente en las calles. Resulta duro pensar en algún otro tema, dejando aparte

el que pueda encabezar la lista de las preocupaciones ciudadanas, al que se dé como respuesta «no se puede hacer nada al respecto».

Pero esta respuesta al problema, tan decisiva y fatalista, constituye el resultado de una política en la que nunca se pensó, y que ahora parece haberse convertido —tanto a los ojos de los políticos como de los estudiosos— en un problema insuperable. Después de todo, las expectativas sobre lo que podría pasar se fueron demostrando, una tras otra, falsas. Y la realidad de lo que sucedió demostró que no se había pensado —o que se había pensado de forma equivocada— en el problema. Considérese el juicio que mereció la política de una de las figuras que permitieron, durante el gobierno laborista de 1997, la escalada del problema.

Tras dejar su puesto en el gobierno británico, Sarah Spencer fue galardonada con la Cruz del Imperio británico. Pero para entonces, cuando algunas de las consecuencias de su política evangelista y de algunas otras empezaron a notarse, esta mujer todavía hizo una afirmación más lacrimosa, al admitir que durante sus años en el Gobierno, cuando tanto ella como sus colegas habían abierto las compuertas, «No existía una política integradora. Simplemente creíamos que los migrantes deberían integrarse[25]». Todo esto sucedía años antes de que surgiera la mayor crisis a la que hemos tenido que enfrentarnos. Pero todo se convirtió en un argumento para disculpar el inmenso movimiento, de características continentales, que está comenzando.

4

«BIENVENIDO A EUROPA»

La isla de Lampedusa es el enclave más meridional de Italia. Situada más cerca de la costa del norte de África que de Sicilia, el principal ferri de Lampedusa a Sicilia tarda nueve horas en hacer la travesía. Cuando usted se encuentra en Lampedusa puede sentir este aislamiento. Esas ocho millas cuadradas de roca desértica conforman un paisaje más parecido al de Túnez que al de Italia. A lo largo de los siglos, Lampedusa ha tenido la historia que uno podría encontrar en un enclave poco atractivo, pero útil del Mediterráneo. Cambió de manos repetidas veces, y su historia constituye un caso de continuas despoblaciones y repoblaciones. Las correrías de los piratas constituyeron la tónica habitual a lo largo de su historia, en especial durante el siglo XVI, cuando los corsarios procedentes de Turquía convirtieron en esclavos a los mil habitantes de la isla. Un visitante inglés del siglo XVIII encontró en aquel enclave a tan solo un habitante.

Los príncipes de Lampedusa —quienes, a pesar de su título, preferían residir en sus palacios de Sicilia— estimularon la repoblación de la isla. Hoy día, si el nombre de la isla hace sonar alguna campanilla —al margen de lo que pueda inspirar su notable pobreza— es por una persona en particular que poseyó ese título. El autor de *El gatopardo* fue el último que ostentó el título de príncipe de tal nombre. Pero en la isla nada hace recordar su nombre ni el mundo en que vivió. La decadente grandeza de su

barroco siciliano se vivió a muchas millas de este punto alejado y polvoriento, sembrado de casas bajas. Actualmente la isla se halla habitada por unas cinco mil personas que, en su mayoría, viven en el único puerto. La ciudad tiene una calle principal en la que se abren algunas tiendas —la Vía Romana— que conduce al puerto. La gente joven se mueve en torno a esta u otras pocas calles, montándose a veces dos personas en la misma motocicleta. Las mujeres se sientan en los bancos que hay en la plaza frente a la iglesia, y los hombres están saludándose continuamente unos a otros, como si no se hubieran visto durante años. Es la clase de lugar del cual cualquier joven italiano haría lo imposible por escapar. Y, sin embargo, todos los días miles de personas arriesgan sus vidas por llegar hasta aquí.

Evidentemente, la gente ha estado huyendo durante años del norte de África. Y como atestiguan las lápidas del cementerio, la travesía resultó mortal no solo en estos últimos tiempos. Enterrados al lado de los muertos locales, en el cementerio están enterrados muchos de aquellos que salieron de Lampedusa, y cuya travesía concluyó en el mar. «Migrante non identificato. Qui reposa», dice una de las lápidas pagadas por las autoridades locales: «29 de Septiembre de 2000».

A lo largo de los años 2000, botes cargados de migrantes llegaban regularmente a Lampedusa, trayendo gente no solo del norte y sur del Sahara, sino también del medio y lejano Oriente. Los traficantes cobraban altos precios por la travesía en barco, pero la gente, desesperada, pagaba lo que fuera por poder hacer esa corta travesía. Con un viaje de menos de una jornada, metidos en barcazas deficientemente propulsadas, esa travesía se convirtió en una de las mejores rutas hacia una nueva vida. Una vez que estás en Lampedusa ya estás en Italia; y una vez que estás en Italia ya te encuentras en Europa.

Resulta una forma extraña de echar el primer vistazo al continente. Los que llegan en esas embarcaciones a la costa, no encuentran gran diferencia entre el punto de llegada y el que acaban de abandonar. Al llegar a puerto se encuentran con unas cuantas tiendas y algún que otro café, en donde pueden tomar algo los turistas italianos que vienen aquí en vacaciones. La pesca constituye la actividad más importante de los isleños. Y en lo alto de una

columna se puede ver la estatua de la Virgen y el Niño, vigilando la entrada y salida de los barcos.

Durante los años 2000 las autoridades locales empezaron a preocuparse por el número de barcazas procedentes del norte de África, viéndose obligadas a construir un centro para los recién llegados. Se diseñó un edificio destinado a acoger a trescientas cincuenta personas, pensando en que los migrantes se quedarían poco tiempo y tratarían de embarcarse rumbo a Sicilia u otras partes de Italia, en donde pudieran atenderse sus peticiones de asilo. Pero el nuevo centro de acogida pronto resultó inadecuado, dado el número de migrantes que llegaban continuamente. Con quinientas personas, el centro se ve desbordado. Pero a lo largo de este milenio el número de migrantes llegó a rozar las dos mil personas, que tuvieron que ser alojadas en todo un poblado de tiendas de campaña. En tales circunstancias, el resentimiento mostrado por los habitantes de la isla empezó a ser un problema.

A lo largo de estos años, y a pesar de los problemas económicos por los que estaba pasado el país, Italia soportó la carga, tanto humana como económica, que significaba enfrentarse a este proceso sin ayuda. De forma poco sorprendente las autoridades también improvisaron ciertas medidas. Durante lo que constituiría la última década del gobierno del coronel Gadafi, los italianos llegaron a un acuerdo con su régimen para devolver a aquellos africanos que no tenían autorización para residir en el país, y procedieron a su deportación. Cuando los detalles de esta decisión se hicieron públicos, Italia fue duramente criticada por otros países europeos. Pero el país estaba viviendo los problemas y compromisos a los que, muy pronto, tendrían que hacer frente otras naciones europeas.

Muy pronto, y siguiendo una fórmula que habría de hacerse muy habitual, si no lo era ya, casi todos los que llegaban a Lampedusa, se quedaban en Italia. Incluso en aquellos casos en los que la petición de asilo era estudiada y rechazada, e igualmente eran rechazadas las posteriores demandas, los inmigrantes seguían viviendo en el país; porque el número de los que llegaban era muy grande y el coste de su repatriación forzosa muy elevado. Así pues, ya fuera debido a los problemas que podrían surgir, o a una aceptación no oficial de lo que ya parecía inevitable, se creyó oportuno

no devolver a la gente a su país de origen; no solamente por los costes que eso tendría, sino también por las complicaciones que semejante decisión entrañaría. Resultaba más cómodo dejar que los inmigrantes se quedaran en el país y permitir, que mientras unos buscaban la forma de marcharse hacia otros lugares de Europa, siempre que pudieran hacerlo, otros buscaran un medio de vida en Italia. Algunos lograron la manera de conseguir la ciudadanía. La mayoría entraron a formar parte de una economía subrepticia, trabajando a menudo con unos sueldos no muy superiores a los que hubieran obtenido en sus propios países, en ocasiones para grupos de compatriotas que los explotaban, pero que constituían sus únicos contactos en Europa.

Mientras el resto de Italia confiaba en que el problema se iría diluyendo por todo el país, el centro de Lampedusa —justo detrás del puerto— se fue atiborrando de emigrantes que esperaban solucionar su situación. Una situación que, en ocasiones se hacía peligrosa. Hubo peleas y disturbios entre los residentes, con frecuencia a causa de las rivalidades interétnicas. Se pretendió que los emigrantes permanecieran en las instalaciones que se habían construido para ellos, pero pronto empezaron a dispersarse por la ciudad. Cuando las autoridades trataron de impedir que salieran por la puerta principal del recinto, algunos hicieron un boquete en la parte posterior para poder salir. Aquellas instalaciones no eran una prisión, y los migrantes tampoco eran prisioneros. La cuestión de lo que realmente eran y de cuál era su estatus adquirió una dimensión imprevista. Poco a poco, los migrantes fueron conociendo sus derechos, y lo que las autoridades podían, o no podían, hacerles.

Fue algo natural que los ciudadanos, que en su conjunto se habían mostrado hasta entonces extraordinariamente comprensivos con las nuevas llegadas, se pusieran a veces nerviosos por la cantidad de los que seguían arribando. En el momento álgido de la inmigración, el número de personas que llegaban en el transcurso de unos pocos días podía superar fácilmente a la población nativa. Y aunque los comerciantes locales vendían algunas cosas a los recién llegados, y en ocasiones incluso les hacían algún regalo, las autoridades se dieron cuenta de que tenían que tomarse medidas. En concreto debían alejarlos de la isla lo antes posible. Para ello se agenciaron

embarcaciones que pudieran llevar a los recién llegados a Sicilia, lo antes posible. Así se encontraba Lampedusa durante aquel «goteo de gente» de los años 2000.

A partir del año 2011, tras los acontecimientos conocidos como «la primavera árabe», las llegadas de emigrantes se convirtieron en una auténtica inundación. En parte, el hecho se debía a la cantidad de gente que huía de los cambios de Gobierno y del malestar vigente en sus países. En parte era consecuencia de los oscuros acuerdos de los antiguos dictadores, que habían limitado las actividades de los traficantes de seres humanos. A partir del año 2011 cientos, y en ocasiones miles de personas llegaron a Lampedusa, día y noche. Arribaban en precarias embarcaciones de madera, viejos barcos de pesca norteafricanos comprados (o robados) por los traficantes, que obligaban a pagar a sus clientes una «tarifa», por muy deficiente que fuera la embarcación.

Muy pronto, el problema de lo que había que hacer con aquellas embarcaciones se convirtió en una cuestión complicada para las autoridades de Lampedusa. Y al no saber cómo podrían utilizar aquellos lamentables botes, se decidió amontonarlos detrás del puerto y en otras partes de la isla, que se convirtieron así en auténticos cementerios de embarcaciones. Cada cierto tiempo, cuando el número de botes resultaba demasiado grande, se los amontonaba y quemaba.

Aquel primer año de la «Primavera árabe» constituyó una época especialmente mala para la isla. En cuanto se reunían quinientas personas para enviarlas fuera de Lampedusa, llegaban un millar más. A partir del año 2011 el centro de acogida de emigrantes se vio atestado con mil o dos mil personas. Y, por supuesto, no todos los que llegaban lo hacían en aquellas inadecuadas barcazas de los traficantes. En la misma isla, las autoridades continuaron haciendo más cementerios para los cadáveres recién llegados, identificando a los que podían y enterrando sin identificación a los demás, poniendo una cruz y escribiendo en la tumba el número que se le había dado al llegar. En cierta ocasión pregunté a un vecino en dónde estaban los cuerpos de los otros fallecidos; «En el mar se encuentran la mayoría», me respondió.

Al inicio de la guerra civil de Siria, muchos de los recién llegados procedían de aquel país, incluyendo gente acomodada y de clase media. Cierto día llegó al puerto de Lampedusa un yate con personas bien vestidas, que también deseaban que se los acogiese como migrantes. Pero a partir del año 2011, los sirios que llegaban eran gente más pobre, y su número empezó a disminuir. Los que llegaban hablaban de que habían venido a través de Egipto, excavando túneles para atravesar la frontera; unos túneles en los que los niños necesitaban máscaras de oxígeno para respirar. Grupos étnicos diferentes llegaban por rutas asimismo diferentes, y todos albergaban expectativas y deseos diferentes. La mayoría expresaban su deseo de quedarse en Italia. Solamente los eritreos no pensaban de ese modo, tal vez recordando lo que había sucedido en su país, en otro tiempo, con sus antiguos colonizadores. Siempre manifestaban su deseo de dirigirse hacia el norte de Europa.

Como apuntaron ciertos observadores desde el principio de este proceso, la demografía de la emigración constituía un fenómeno sugestivo en sí mismo. Tal vez el 80 % de los que llegaban eran hombres jóvenes. También había niños, entre los que se encontraban menores no acompañados, que constituían un auténtico problema para las autoridades. Los niños nigerianos que llegaban solos se enviaban con frecuencia al resto de Europa para que se traficara con ellos. Además, había, ocasionalmente, mujeres a las que se les había prometido trabajo en Europa. Sus traficantes de Italia, o de otros países, les habían enviado dinero convirtiéndose de ese modo en sus acreedores. Al final se daban cuenta de que el «empleo» que se les había prometido era la prostitución. La mayoría de los migrantes sabía muy bien cuán peligroso era el viaje para las mujeres musulmanas que no venían acompañadas, por lo que era muy raro que tanto las mayores como las más jóvenes viajaran solas.

Una vez que llegaban a Lampedusa, el comportamiento de los migrantes variaba mucho. Los que tenían dinero iban de compras a la Vía Roma. A los sirios se los conocía porque compraban ropa en cuanto llegaban. Otros compraban licor. Muchos de ellos compraban inmediatamente tarjetas telefónicas para llamar a sus familiares y decirles que ya habían llegado a

Europa, y para que establecieran los contactos con quien fuera, a fin de que pudieran llevar a cabo la siguiente fase de su viaje.

Un día me topé en la calle con tres jóvenes eritreos, de no más de dieciséis años. Acababan de comprar unos sombreros, que llevaban muy orgullosamente, con el rótulo «Me gusta Lampedusa». En un rincón de la plaza de la iglesia, ocho jóvenes subsaharianos parecían estar escuchando atentamente las instrucciones de otro migrante más viejo. No se mezclaban con el resto. Entre los pequeños grupos de inmigrantes que andaban por la ciudad, algunos se esforzaban en mostrarse amables y saludar a los ciudadanos locales. Otros deambulaban por las cañes, mirando a la gente con cierto resentimiento. Siempre podía observarse que predominaban los jóvenes. Habían venido aquí gracias a la ayuda de sus familiares, a los que esperaban enviar dinero más adelante. La mayoría esperaban poder traer algún día a sus familias. En el año 2013 la afluencia de emigrantes fue tan grande que el Gobierno adoptó la medida excepcional de enviar a los recién llegados a Sicilia, o hacia otras partes del país.

Aquel mes de julio el papa Francisco visitó Lampedusa, para sorpresa de los ciudadanos. Arrojó una corona de flores al mar y celebró una misa, utilizando un pequeño bote pintado como altar. El Papa aprovechó la visita para condenar «la indiferencia global» ante lo que estaba sucediendo, y pedirle al resto del mundo un «despertar de las conciencias». Para los habitantes de la isla este acontecimiento significó un reconocimiento adecuado de lo que estaba sucediendo.

El tres de octubre de 2013, una embarcación que había partido de Misrata, en Libia, llena de subsaharianos, se hundió en la costa de Lampedusa. La guardia costera italiana logró salvar a más de un centenar de personas, pero casi trescientos migrantes perecieron ahogados. Se levantaron fuertes protestas por lo sucedido. Se decretó en toda Italia un día de luto, con las banderas a media asta, y se observó un minuto de silencio en todas las escuelas italianas. En Lampedusa se celebró una procesión y una misa vespertina, a la que acudió la mayoría de los habitantes de la isla. Muchos cadáveres fueron llevados al hangar del pequeño aeropuerto de Lampedusa, convertido en un depósito temporal.

Se produjo un clamor general ante los hechos que estaban teniendo lugar, no solamente en Italia sino en todo el mundo. El Secretario General de las Naciones Unidas, Ban Ki-moon, afirmó que la tragedia demostraba la necesidad de tener «más canales para una migración segura y ordenada». En ese mes se produjeron otros hundimientos de pateras que provocaron docenas de muertos y desataron fuertes reacciones. Mientras solicitaba una mayor ayuda por parte del resto de Europa, el primer ministro de la vecina Malta se quejaba de que el Mediterráneo se estaba convirtiendo en un «cementerio». Finalmente, empezó a prestarse una atención internacional a lo que estaba sucediendo en las aguas de Lampedusa. Como respuesta inmediata el gobierno italiano, con una amplia ayuda de otras instituciones, pudo botar el *Mare Nostrum*.

La política establecida permitió que la marina italiana patrullara los casi setecientos mil kilómetros cuadrados de las aguas que rodeaban Lampedusa, y realizara misiones de búsqueda y rescate de las embarcaciones de migrantes. Las fragatas de la marina y los helicópteros fueron provistos de conexiones de radar costero, con un gasto de casi nueve millones de euros mensuales. Las organizaciones no gubernamentales cooperaron con esta política y solicitaron estar a bordo de los buques de la marina, para poder ayudar a los migrantes cuando se interceptaran las embarcaciones. Esta política, que indudablemente salvó muchas vidas, también causó nuevos problemas.

Y entre los problemas que surgieron estaba el hecho de que los traficantes de personas que operaban desde zonas desprotegidas de la costa libia, empezaron a utilizar embarcaciones más potentes que las empleadas hasta la fecha. El *Mare Nostrum* se vio obligado a patrullar las fronteras europeas por zonas todavía más próximas a Libia. Así pues, todo lo que ahora tenían que hacer los traficantes era lanzar al agua la mayor cantidad posible de embarcaciones. Si lograban mantenerse a flote, la marina italiana las interceptaba a medio camino de Lampedusa, o incluso en ocasiones en aguas próximas a Libia. Si la embarcación incautada merecía la pena, la remolcaban hasta el puerto de Lampedusa. Por lo general, los migrantes eran transbordados, como primera medida, a los buques italianos. Esta operación —que duró casi un año— fue muy aplaudida por la Organización

Internacional para la Migración (IOM), entre otras instituciones internacionales, que posteriormente estimó que durante este periodo los buques italianos trajeron a Europa en torno a ciento cincuenta mil personas. La IOM repetía que esperaba que esta línea de actuación no sirviera para estimular la venida de más gente[1].

A pesar de lo abultado de estas cifras, y sin que se les vislumbrara un final, pronto el *Mare Nostrum* se mostró como un elemento sumamente valioso del estado italiano en las diversas crisis de la Eurozona. Y de este modo, al cabo de un año durante el cual se solicitó ayuda sin encontrar respuesta, la labor del buque pasó a formar parte de la agencia Frontex de la Unión Europea, en la llamada «Operación Tritón». Esta operación también estaba concebida para buscar embarcaciones procedentes del norte de África, y tras ayudar a los migrantes a bordo de los buques de la Frontex, conducir a tales embarcaciones hasta el puerto de Lampedusa, u otros puertos sicilianos como el de Augusta, hacia el que, en principio, se dirigían muchas de las embarcaciones intervenidas. A lo largo de este periodo, tanto Frontex como otras organizaciones siguieron rechazando que su labor pudiera ser interpretada de forma negativa, como un factor que estimulara la migración.

Sin embargo, ¿cómo podría evitarse esto? En una orilla del Mediterráneo se encontraba gente procedente de África, del Medio y Lejano Oriente, parte de la cual había estado viajando durante meses para poder llegar a las costas de Libia y embarcar al final de su periplo. Las decisiones tomadas por el gobierno italiano, y las actitudes de los países europeos sobre lo que estaba sucediendo se estaban ralentizando notablemente. Todo esto favorecía considerablemente a los traficantes. Porque cuanto mayor era la demanda de plazas en sus embarcaciones más altos ponían los precios, y más gente podían meter en sus embarcaciones. Los migrantes, algunos de los cuales habían llegado a pagar cuatro mil euros por la travesía, contaban las historias del comportamiento de los traficantes, porque su negocio pocas veces era honrado.

Las violaciones eran algo frecuente, especialmente el de las mujeres, tanto si viajaban acompañadas como si no. Muchas migrantes sufrían estas vejaciones porque se les exigía más dinero del que ya habían pagado. Se les

arrebataban sus pertenencias. Algunos migrantes contaban que los traficantes utilizaban los propios teléfonos móviles de sus víctimas para grabar las violaciones y abusos que cometían. Esos vídeos los enviaban a la familia de los migrantes, con la amenaza de llevar a cabo otras torturas a menos que recibieran más dinero. Los oficiales que atendían a los migrantes cuando estos llegaban a Italia conocían dónde se encontraban las viviendas de los traficantes, pero en Libia casi nada se hacía para castigar a estas bandas.

Aunque el resto del mundo los consideraba a todos «migrantes» o «refugiados», entre ellos había gente muy diferente, con distintas preparación y diversidad de razones para haberse decidido a realizar el mismo viaje. Prueba de ello es la jerarquía que existe entre los migrantes una vez que están embarcados. El racismo entre los grupos es algo habitual. Por ejemplo, tunecinos y sirios miran despectivamente a los subsaharianos, y no solo de forma metafórica. Cuando se inicia el viaje, los mejores puestos de las embarcaciones, tanto la proa como las bordas, están ocupadas por estos grupos llegados de Oriente Medio y norte de África. Los eritreos y los somalíes tienen que conformarse con lugares más incómodos, permaneciendo de pie o agarrados a la borda. Si la embarcación se hunde, estos pobres seres son los que tienen más probabilidades de ahogarse.

Durante el verano del año 2015 estuve hablando en Lampedusa con dos jóvenes eritreos, con una edad en torno a los veinte años, que estaban sentados y muy callados en el puerto, mirando el mar que habían cruzado. Cuando algún barco de gran tonelaje aparecía en el horizonte, estos muchachos me señalaban la embarcación, anclada en el puerto entre dos buques de las autoridades portuarias italianas, en la que habían llegado la semana anterior. Era una embarcación que todavía parecía estar en bastante buenas condiciones para la navegación. Había sido avistada por los guardacostas, y escoltada a puerto por embarcaciones de rescate y vigilada por un helicóptero. Los dos jóvenes eritreos habían viajado en el fondo de la embarcación, pero esta no había naufragado y ellos seguían con vida.

Los trabajadores de la organización no gubernamental que se encargaba de ayudar a la gente que cruzaba el océano en esas frágiles embarcaciones, contaban historias terribles. Cuando se divisaba una embarcación, a

cualquier hora del día o de la noche, y los trabajadores no se encontraban a bordo de un buque oficial, disponían de una o dos horas para bajar al puerto. Uno de estos trabajadores comentaba que cuando los emigrantes subían a una embarcación de rescate, se decían entre ellos «¡Estamos en Italia!». Y en la embarcación de rescate les confirmaban que se encontraban a salvo. Por lo general, y aparte de los eritreos, la mayoría de los migrantes se mostraban felices y sonrientes. En los países de los que procedían, la gente solía sospechar de todo lo que fuera un estamento oficial, especialmente de la policía. Así que, tanto la policía italiana como los organismos oficiales tenían que convencer a los migrantes de que en Europa, las instituciones oficiales los ayudarían. Una trabajadora de una ONG contaba que lo primero que decía a los migrantes cuando estos subían al navío de rescate en el mar, o cuando ya se encontraban en el puerto de Lampedusa, era una sencilla frase: «Bienvenidos a Europa».

Tras las penurias que habían padecido los migrantes, incluso antes de embarcarse rumbo a Europa en los puertos africanos, no resulta sorprendente que muchos de ellos llegaran a Lampedusa agotados y traumatizados. Un buen número habían perdido a algún familiar en su odisea. En el 2015 un nigeriano de fuerte constitución, sentado en el suelo del puerto, se golpeaba el pecho llorando como un niño. La embarcación en la que venía se había hundido, y aunque él había logrado salvar a uno de los hijos, tanto su mujer como otro hijo se habían ahogado ante sus ojos.

No obstante, seguían llegando, pues, a pesar de saber los riesgos que corrían y de conocer las historias de los hundimientos de embarcaciones y de las muertes ocurridas en el viaje, lo único que deseaban era llegar a Italia y, una vez en ella, convertirse en ciudadanos europeos. Y tanto si habían huido de sus países por motivos políticos, religiosos o por persecuciones tribales, o sencillamente porque deseaban conseguir una vida mejor, todos solicitaban asilo político. Muchos de ellos tenían auténticas razones para solicitarlo, e Italia tenía la obligación de concedérselo. Según la Convención de Ginebra y el Tratado de Dublín de la Comunidad Europea, el primer país al que llegara un migrante y solicitara asilo, debía atender su solicitud y ofrecerle protección.

Pero la amarga verdad era que nadie sabía si lo que decían los emigrantes era cierto o no. Si el flujo migratorio no fuera tan intenso como había venido siendo durante los últimos años, se hubiera podido proceder a comprobaciones y valorar la realidad de los hechos. Pero con la cantidad de llegadas que se producían, no había oportunidad de llevar a cabo cualquier tipo de verificación.

Un par de elementos más empeoraban esta situación. Muchas —y en ocasiones la mayoría— de las personas que llegaban, carecían voluntariamente de documentación, porque el no poder ser identificados constituía una ventaja. La gente podía decir que tenía otra edad, pertenecer a otra etnia, o incluso venir de un país diferente al verdadero. Y de este modo, cuando se supo que determinados grupos tenían preferencia para recibir asilo —los sirios, por ejemplo— un buen número de migrantes afirmaban ser sirios, aún cuando quienes se ocupaban de los trámites oficiales se dieran cuenta de que no hablaban ningún dialecto sirio ni sabían nada del país del que aseguraban proceder.

Esta situación estaba causada, en cierto modo, por las ONG que opinaban que toda la migración a Europa formaba parte del movimiento de «un mundo sin fronteras». A medida que la corriente migratoria se vio incrementada durante la década de 2010, algunas ONG decidieron ayudar a los migrantes antes, incluso, de que llegaran a Europa. Les proporcionaban informaciones en las webs o en aplicaciones telefónicas, para facilitar a los que serían futuros europeos todos los trámites necesarios. Entre estas ayudas figuraban consejos sobre adonde deberían dirigirse y lo que habrían de decir una vez llegaran allí. Los funcionarios constataban que a medida que iba pasando el tiempo el conocimiento que tenían los migrantes sobre lo que les podría suceder y lo que podían esperar era más completo. En parte esto era debido al temor de que pudieran ser devueltos a sus países de origen, después de haber realizado con éxito el viaje. Pero también se debía al deseo de enseñar a los migrantes cómo debían comportarse en Europa, una vez que fueran aceptados. Todos estos grupos estaban en lo cierto al pensar que en el siglo xxi Italia carecía del dinero, el tiempo y la voluntad para poder examinar pacientemente cada petición de asilo. Por supuesto había casos en los que se negaba el asilo, pero siempre se podía apelar esa

decisión. Y aunque la apelación fuera desestimada, raramente sucedía nada; porque resultaba muy raro encontrar el caso de alguien al que, tras llegar a Italia, se le denegara el derecho de permanencia en el país y se le devolviera a su país de origen. En muy pocas ocasiones se repatriaba a una persona por haber cometido algún delito; pero incluso en tales casos se tenían muchas consideraciones. Resultaba más cómodo que los afectados se perdieran por el país, y después por el resto de Europa, que someterlos a procesos legales. Lo cierto era que una vez que habías logrado sobrevivir a los peligros del mar de Lampedusa, estabas definitivamente en Europa.

Por supuesto que, incluso aquellos que hubieran podido mentir sobre sus motivos de asilo, esperaban encontrar un futuro mucho mejor que el que habían dejado atrás. En Lampedusa no resultaba difícil planificar cómo se tenía que distribuir aquella inmensa y continua oleada de gente por todo el continente, de forma que no resultara muy difícil para ellos. Pero cualquiera que conozca Italia sabe cómo se hacen allí estas cosas. Al margen de un reducido número de los primeros y más cualificados migrantes, la mayor parte de los que llegaron después se encontraron durmiendo en una estación de trenes de Milán o en un aparcamiento de coches de Rávena. Los más afortunados terminaron trabajando para pandillas organizadas, o tratando de vender productos de imitación en los puentes de Venecia o en las aceras de Nápoles. Siempre que veían a un policía o las luces de los coches de vigilancia, echaban a correr llevando a cuestas sus bolsas llenas de productos de imitación. Es posible que estuvieran más protegidos, y se sintieran más libres y seguros de lo que habían estado en sus países, pero difícilmente se diría que tenían ante sí un futuro brillante.

Lampedusa es una isla pequeña. Durante los últimos años, embarcaciones llenas de migrantes llegaron a sus playas o a las islas más cercanas, entre ellas Malta y Sicilia. Solamente en el año 2014 —el año anterior a que «se iniciase» la crisis migratoria— llegaron a la isla ciento setenta mil personas. Oficialmente se decía que la situación se debía al problema originado por los recientes conflictos de Libia. Pero se olvidaban de que el flujo de migrantes siguió produciéndose durante la etapa en la que los gobiernos europeos (incluyendo Francia) estuvieron pagando sobornos a Gadafi. Y se olvida también que los barcos de migrantes no solo procedían

de Libia, sino también de Egipto, Túnez y Argelia. Y además, en ningún caso esta era la única ruta. Hacia la parte occidental del Mediterráneo existe otra ruta, que va de Marruecos a España. Los migrantes estuvieron atravesando durante décadas la estrecha franja de mar que hay entre África y Europa: el estrecho de Gibraltar.

Y a pesar de que Marruecos mantiene las mejores relaciones diplomáticas de cualquier gobierno norteafricano con los países europeos —y, por consiguiente, las mejores condiciones para poder poner fin a los contrabandistas— la migración hacia España no se ha visto detenida. De hecho, durante el inicio de la década de 1990 el movimiento migratorio a través de esta ruta demostró ser un anticipo de lo que iba a suceder. En aquellos días, el precio promedio que cobraban los traficantes de personas para poder cruzar las diez millas de mar, eran seiscientos dólares. Entonces, como ahora, las embarcaciones cruzaban el Estrecho diariamente. Y los cadáveres de quienes no llegaban a pagar esa tarifa (a menudo porque los traficantes obligaban a los migrantes a que hicieran a nado el último tramo del viaje) bañaban las playas españolas.

Y entonces, como ahora, el flujo migratorio no solamente era continuo, sino también variado. Un informe de 1992 mencionaba que un grupo de mil quinientos cuarenta y siete migrantes detenidos por las autoridades españolas en Tarifa, solo durante un periodo de diez meses, incluía a doscientos cincuenta y ocho etíopes, ciento noventa y tres liberianos y sesenta y cuatro somalíes. Como se decía en el informe «el conocimiento de las nuevas rutas se ha extendido más allá de Marruecos, de forma que han sido detenidos no solamente argelinos y un número cada vez más creciente de subsaharianos, sino también filipinos, chinos e, incluso, gente procedente de los países del Este de Europa». Entre los migrantes se encontraban quienes huían de sociedades opresivas, mientras que otros solamente buscaban trabajo o unas mejores condiciones de vida. Como afirmaba el entonces subsecretario de Interior, Santiago Varela, «en África del Norte existe un problema estructural. No sabemos cómo se va a desarrollar su situación política y económica. Y la presión demográfica es enorme». Se estaba refiriendo a la situación en la cual el 70 % de la población marroquí tenía menos de treinta años, y la cifra oficial de desempleados era del

17,5 %. «Usted no puede comparar nuestro problema con el de otros países europeos», decía Varela, «pero constituye una advertencia de lo que puede pasar aquí en el futuro. España ha pasado muy rápidamente de ser una tierra de emigración a otra de inmigración[2]».

Varela estaba hablando de una época en la que los norteafricanos que anteriormente iban a Francia y Bélgica, trataban ahora de encontrar empleo en Italia y España, en un momento en que ninguno de los dos países exigía visados. Los migrantes podían entrar en esos países como turistas y viajar posteriormente hacia el resto de Europa. Y, en parte, el factor que entonces empujaba a esta gente era el compromiso de suprimir las fronteras entre las naciones, permitiendo el libre movimiento de las personas una vez que se estuviera en Europa. En la década de 1990, los esfuerzos para poner freno a las entradas ilegales fueron obstaculizados por la negativa de Marruecos a permitir la entrada de cualquiera que no fuese marroquí que hubiera dejado el país. De este modo, como apuntaba un político español, incluso si el Gobierno tomaba medidas para impedir que llegaran embarcaciones a la región: «Ellos encontrarán otros medios para entrar. Utilizarán embarcaciones mayores y atracarán lejos de aquí. Tal vez intenten hacerlo en Italia o Portugal. Mientras sufran precarias condiciones de vida en sus países, seguirán viniendo[3]».

Aunque las medidas tomadas para frenar este flujo de migrantes ha tenido en España mayor éxito que en Italia o Grecia, dicho flujo todavía continúa hoy. Durante la década de 2010 se concentraba en las ciudades españolas del norte de África, Ceuta y Melilla, que seguían siendo enclaves muy atractivos para quien tratara de llegar a Europa. Los continuos esfuerzos hechos por los migrantes para romper las vallas que rodeaban estas ciudades implicaban enfrentamientos con la policía y constantes arrestos.

Al mismo tiempo, y pese a que siguen tomándose fuertes medidas para impedirlo, las embarcaciones de los migrantes continúan llegando a las costas españolas o a pequeños enclaves de su territorio, como es el islote de Alborán. En diciembre de 2014 el mal estado de la mar obligó a una embarcación con más de cincuenta subsaharianos a desviar su rumbo del cercano puerto de Nador, en el norte de Marruecos, hacia la costa

meridional española. El capitán musulmán camerunés de la embarcación maldecía el mal tiempo hablando con un pastor cristiano de Nigeria que estaba rezando. Tanto el capitán como parte de la tripulación golpearon al pobre pastor y lo arrojaron por la borda, antes de buscar a otros pasajeros, identificados como cristianos, a los que también golpearon y arrojaron al mar de la misma manera[4].

Esta ruta es en la actualidad una de las más importantes. Es una ruta de paso que se ha utilizado durante años, por lo que no es nueva en absoluto, salvo por la cantidad de migrantes que ahora la utilizan. Y fue en esta parte del Mediterráneo en donde se fijó la atención mundial durante el año crucial de la crisis.

5

«YA LO HEMOS VISTO TODO»

Como sucedía con las islas italianas, las embarcaciones de migrantes habían estado arribando a las islas griegas durante años. Y al igual que las italianas, las autoridades griegas se habían visto obligadas a luchar con ese problema por su cuenta. Una vez más, difícilmente habrá existido un país más desafortunado a la hora de tener que enfrentarse a un desafío de esta índole. En el año 2015 la economía griega se veía inmersa en la refinanciación de su deuda por seis años. Mientras luchaba contra la renovada adustez de otros países de la eurozona, con Alemania a la cabeza, Grecia también tenía que luchar con la crisis humanitaria que se producía en sus fronteras.

Al igual que lo que sucedía en las islas italianas, la migración representaba desde hacía años un problema al que el resto del continente aún no le prestaba atención. Y como en Lampedusa, las islas griegas eran prisioneras no solo de su proximidad geográfica con otro continente, sino también de su propia historia. Las docenas de islas griegas que se encontraban a corta distancia de la costa turca, hacían de las islas del norte del mar Egeo y el Dodecaneso una zona incluso más indefensa que las que estaban situadas muy cerca de África. Como sucedía en Italia, las islas griegas se encontraban tan agotadas por problemas sociales y económicos cuando se produjo el flujo de las llegadas de migrantes, que las autoridades

se vieron obligadas a enviarlos a tierra firme, con la esperanza de que marcharan hacia el norte de Grecia, y de ahí pasaran al resto de Europa.

A lo largo de la Historia, la vulnerabilidad de esta parte de la costa ha sido algo inusual incluso para los estándares de la región. Esta es la razón por la que los bizantinos, otomanos y otros pueblos batallaron para conquistar estas islas, y se apoderaron de ellas en diferentes épocas. Desde la parte más septentrional de la isla de Lesbos se puede divisar la costa turca con más claridad que algunas islas griegas. Cinco millas de mar es todo lo que separa esta parte de Europa de Turquía. Se puede comprender entonces por qué los traficantes dicen a la gente embarcada que la última etapa de su viaje a Europa consiste tan solo «en cruzar el río». El precio de esta etapa, más corta que la travesía desde el norte de África a Lampedusa, y que constituye la parte final del viaje a Europa, es de mil quinientos dólares. En invierno, cuando el mar está muy revuelto, los migrantes que llegan a la costa y ven la fragilidad de las embarcaciones que les esperan, se niegan a seguir viaje. Pero entonces tienen que oír que aunque no quieran embarcarse tendrán que pagar igualmente la tarifa acordada, y otros mil quinientos dólares cuando decidan embarcarse.

Una vez abandonada la costa, las embarcaciones tardan entre hora y media y dos horas en alcanzar Grecia. A diferencia de los traficantes libios, los turcos no utilizan embarcaciones de madera para esta corta travesía, prefieren emplear embarcaciones de plástico; y a diferencia de las inmensas piras funerarias que suelen verse en Lampedusa, estas embarcaciones de plástico no se pueden quemar fácilmente; ni tampoco vale la pena restaurarlas en la isla, dada la mala calidad del plástico con que están hechas. Así que, de vez en cuando, se recogen grandes cantidades de estas embarcaciones y se llevan a Grecia en donde, posteriormente, podrán reciclarse. Pero, sea como sea, estas embarcaciones seguirán hundiéndose, tanto si el tiempo es bueno como si no lo es.

Al igual de lo que sucedió con los naturales de Lampedusa, a lo largo de todos estos años en los que el resto del mundo no prestó el menor interés a los griegos de estas islas, ellos muestran el mismo sentimiento de solidaridad, conscientes no solo de lo que está sucediendo actualmente, sino también de lo que les sucedió a ellos, a lo largo de su historia. Muchas de

las familias de estas islas recuerdan su propia migración de antaño. Cuando finalizó la guerra greco-turca en 1923, estas islas se vieron inundadas por ciudadanos griegos procedentes de Asia Menor. Más de tres millones de griegos huyeron de lo que hoy día es Turquía hacia la isla de Lesbos, en la que actualmente uno de cada tres de sus habitantes desciende de aquellos refugiados. En los días en los que el «río» que existe entre Turquía y Lesbos se llena de embarcaciones, como si fuera una minúscula flota de guerra, uno de los primeros lugares que ven los migrantes es la pequeña aldea de Skala Skammias, en la costa septentrional de Lesbos. Es un pequeño puerto, con un par de bares-restaurantes pegados al mar, y una minúscula capilla que se alza en un promontorio del puerto, erigida en 1922 por algunos refugiados.

Aunque el movimiento de gente y las migraciones han constituido durante siglos la historia de estas islas, lo que ha sucedido en años recientes es algo nuevo. No solo por la regularidad con que ha ido creciendo el número de llegadas, sino también por los lugares de donde procedían. Aunque pocos isleños hacen distinciones, estos recién llegados no son aquellos griegos que huían de los conflictos habidos en el extranjero y que regresaban a casa. Ahora se trata de gente que también huye de otros conflictos, y que en su desplazamiento han cruzado muchos países en los que reina la paz. Entre ellos hay un creciente número de personas que huyen de la pobreza, de la falta de trabajo y de perspectivas de vida, y que ven a Europa como la respuesta a sus problemas, y a Grecia como su camino a Europa.

Como sucede con los puntos de entrada en Italia, la corriente migratoria a las islas griegas creció con los sucesos de la «Primavera árabe» y, en particular, con la guerra civil de Siria. Pero, además, como sucede en Italia, las llegadas proceden de otros lugares. De países en los que abundan las revueltas y en los que hay gobiernos inestables; y no solamente en Afganistán, sino también en otras naciones que fueron aliadas de las potencias europeas y que tienen gobiernos claramente estables, como es el caso de Pakistán. Este flujo de gente que ha tenido que cruzar cuatro o cinco países antes de poder llegar a la costa de Turquía también han tenido que hacer un largo camino desde África.

Pero incluso en Grecia, en donde esta marea humana había estado llegando al país durante años, las cosas cambiaron rotundamente en el 2015. Y no porque hubiera sucedido algo nuevo en el Medio o en el Lejano Oriente, ni siquiera en África, sino porque algo estaba sucediendo mucho más al norte, en Alemania.

Los noticiarios que, tanto en África como en Oriente Medio, hablaban de cómo era la vida en Europa, también contaban a los europeos como se vivía en aquellas regiones. Y pocas cosas de los noticiarios de la tarde causaban mayor impresión en la audiencia que las noticias sobre las embarcaciones que zozobraban y se hundían en las aguas del Mediterráneo: el hecho de que una parte de Europa meridional se estuviera convirtiendo en un cementerio marino. A partir del año 2011 estos relatos de desgracias humanas, que en su momento habían conmocionado los corazones de italianos y griegos, poco a poco empezaron a ser noticia también en el resto de Europa.

En ninguna parte se comentaron más estas noticias que en Alemania. Pero lo que iba a suceder tuvo un telón de fondo que distaba mucho de ser propicio. El incremento de la cantidad de migrantes que estaba llegando a Alemania significaba que hacia el año 2014 la inmigración en el país alcanzaría cotas sumamente elevadas. En ese año, unas doscientas mil personas pidieron asilo en el país. Como consecuencia de esto, no pocos alemanes empezaron a sentir recelo sobre los problemas de seguridad que pudieran producirse, y también sobre la identidad de tales problemas. ¿Cómo podría arreglárselas Alemania ante esta situación, cuando durante décadas había estado aceptando —como lo habían hecho otros países— a un gran número de migrantes que habían llegado al país como «trabajadores invitados»? ¿Y cómo encajaría el país el hecho de que la mayoría de estas nuevas llegadas estuviera formada por individuos musulmanes? Durante el año 2014, la preocupación que hasta entonces había sentido la gente en privado empezó a manifestarse abiertamente en las calles. Un movimiento social que se denominaba Pegida («Gente en contra de la islamización de Occidente») empezó a surgir en Dresde y en otras ciudades alemanas, que se oponían a este auge de la inmigración.

En su mensaje de Año Nuevo del 31 de diciembre de 2014, la canciller Merkel comentó de forma crítica estas manifestaciones. En su alocución insistió en que el pueblo alemán no debería albergar «prejuicios, frialdad u odio» en sus corazones, como lo hacían esos grupos. Por el contrario pedía al pueblo alemán que mostrara una línea de apertura ante la llegada de refugiados. Explicaba que tanto las guerras como las crisis surgidas en todo el mundo estaban creando «más refugiados de los que se habían podido ver desde la Segunda Guerra Mundial. Muchos de ellos están simplemente escapando de la muerte. No es necesario decir que hemos de ayudarles y aceptar a esta gente que busca refugio entre nosotros». También habló de los índices demográficos en Alemania, y explicó que con una «población envejecida», esta inmigración de la que mucha gente se queja constituiría «un beneficio para todos nosotros[1]». Al siguiente mes de mayo, el ministro federal de Interior, Thomas de Maizière, anunció en Berlín que el Gobierno alemán esperaba la llegada de cuatrocientos cincuenta mil refugiados aquel año.

Posteriormente, en julio de 2015, el relato de la cara humana de la migración se puso de manifiesto al encarnarse en una joven palestina de catorce años, cuya familia había tenido que abandonar Líbano. En un programa de televisión de preguntas y respuestas, tuvo lugar un encuentro, en Rostock, entre la canciller y esta joven. Ella se quejó de que su familia hubiera sido deportada. La respuesta de la Canciller resumía las dificultades de poder aunar la simpatía humana con un problema político muy amplio. La señora Merkel dijo a la joven, sentada enfrente de ella, que le parecía «una persona muy agradable». Pero, seguidamente, añadió: «la política es dura». Añadió la canciller que miles y miles de otras personas se encontraban también en Líbano, y que si Alemania les dijera a todos «podéis venir», y solamente llegaran migrantes de África, Alemania «no podría encargarse de todos». La señora Merkel le prometió que el caso sería tratado con rapidez, pero dejó claro que algunas personas «tendrían que regresar». Y entonces, en esos momentos sumamente dramáticos a los que tanto productores como realizador tenían que enfrentarse en los noticiarios de la noche, y mientras la Canciller se preparaba para responder a otra pregunta, se escuchó un murmullo procedente de la joven entrevistada.

Había empezado a llorar. Merkel se levantó para consolarla. Se produjo un breve enfrentamiento con el presentador, que parecía querer suavizar el contenido del programa. La Canciller tenía muy presente el notable incremento de migrantes procedentes de Grecia e Italia. Pero un buen número de empleados de la televisión, emocionados por las historias que escuchaban criticaron la «frialdad» de la respuesta de la Merkel. Esta frialdad, si realmente era cierta, poco le duró.

Mientras que tanto Grecia como Italia permitían la llegada de migrantes que se dirigían al resto de Europa, al mes siguiente, el Ministerio Alemán del Interior revisó las expectativas para hacer frente a las próximas llegadas del año 2015, que ascendían a ochocientas mil personas, cuatro veces más que la cifra total de 2014. Una semana más tarde el Ministerio, juntamente con La Oficina Federal para la Migración y los Refugiados estudiaba el problema de lo que tendría que hacer con la gente que llegaba a Alemania, procedente de Grecia y Hungría. ¿Deberían ser devueltos a Hungría como lo habían sido de acuerdo con el protocolo firmado? Se estableció un tratado para que no fuera así. El 25 de agosto la Oficina de Migración anunció esta medida que decía: «En adelante no se harán valer los acuerdos de Dublín para los ciudadanos sirios». El mensaje dio la vuelta al mundo. Más tarde, el último día de agosto, la Canciller hizo su declaración más importante. Ante un auditorio de periodistas extranjeros, en Berlín, anunció: «La rigurosidad alemana es muy grande, pero ahora es necesaria la flexibilidad alemana». Europa en su conjunto: «Debe actuar, y sus estados tienen que compartir la responsabilidad para que los refugiados encuentren asilo. Los derechos civiles universales siempre estuvieron muy vinculados a Europa y a su historia. Si Europa fracasa en el tema de los refugiados, se destruirá su conexión con los derechos civiles universales. Esa no será la Europa que queremos imaginar[2]». La canciller alemana estaba abriendo las puertas de Europa, y las palabras de estímulo que dio a sus conciudadanos eran motivadoras: «Wir schaffen das», («Podemos hacer esto»). Alemania, siguió insistiendo la Canciller, era lo suficientemente fuerte como para tener éxito en esta prueba, del mismo modo que había superado otras en el pasado. Gran parte de los medios la apoyaron. «Merkel, la atrevida», eran los titulares en *The Economist* que

acompañaban al artículo que afirmaba: «En el tema de los refugiados, la canciller alemana se muestra valiente, decisiva y acertada[3]».

Aunque no fue solamente Merkel la que tomó esa decisión, el firme compromiso de la canciller alemana arrastró a todo el continente tras ella, tanto si era algo que se deseaba hacer como si no. En una Europa en la que se habían derribado las fronteras y en la que el libre movimiento de personas se había convertido en un principio doctrinal, la marcha masiva a través de Europa de gente llegada de todas partes empezó a causar problemas de ámbito continental. Los países vecinos de Alemania pudieron ver a cientos de miles de personas que atravesaban sus territorios camino hacia Alemania. Tan solo durante el año 2015, alrededor de cuatrocientos mil migrantes cruzaron el territorio húngaro. Menos del 20 % de estos migrantes pidieron asilo en Hungría. Y esa inmensa avalancha de gente también se fue extendiendo por todo el resto de Europa. Decenas de miles de personas llegadas de los Balcanes, que de otra manera no hubieran podido marchar legalmente hacia el norte cruzando Alemania, formaron el gran movimiento que, desde el sur, iba atravesando otros países. Al mismo tiempo se producía otra oleada más al norte. El gobierno sueco anunció su interés por aceptar la corriente migratoria, y en poco tiempo miles de migrantes se dirigieron hacia Dinamarca, en algunas ocasiones para quedarse allí, en lugar de seguir hacia Suecia. Durante el 2015 más de veintiuna mil personas pidieron asilo en Dinamarca (tres veces más que la cifra de dos años antes), pero muchas más continuaron su periplo hacia Suecia. Por supuesto, se produjeron objeciones de poca monta, y por supuesto también hubo quienes protestaron sin ambages esta política. Pero en este momento crucial, un movimiento que corría el riesgo de convertirse en algo despersonalizado para muchas personas adquirió, de repente, un rostro humano.

Y entonces, a finales del mes de agosto, cuando empezaba a surgir cierta oposición en el país a la política de Merkel, y la canciller alemana llegaba a Viena para dar una conferencia, fue hallado en una carretera de Austria un camión cerrado con setenta y una personas muertas en su interior. El clamoroso debate que surgió a raíz de este hecho fue intenso. Dos días después del importante anuncio hecho por la Merkel, una familia

de sirios kurdos a bordo de una lancha de plástico, partió del puerto turco de Bodrum esperando llegar a la isla griega de Kos. La embarcación naufragó, y entre los ahogados se encontró el cuerpo de un niño de tres años, de nombre Aylan Kurdi. Su cuerpo apareció, el rostro hundido en la arena, en una playa turca, en la que un fotógrafo pudo captar la imagen. Una imagen que dio la vuelta al mundo. Este suceso, que constituía todo un enfrentamiento de sentimientos y emociones, llegaba en un momento en el que el tema de la emigración estaba pasando por una prueba crucial. El fotógrafo mostraba una clara oposición a la política de puertas abiertas de Merkel; y quienes se oponían a su forma de pensar, tendrían que explicar cómo podían sentirse indiferentes ante la imagen del niño muerto.

Los periódicos, que normalmente exigían que se tomasen serias medidas sobre el tema de la inmigración, cambiaron de golpe su postura simpatizando con lo que representaba aquella fotografía de portada. Algunos de ellos, al igual que ciertos políticos, se preguntaban si no sería el momento de empezar a bombardear Siria, a fin de aliviar tanto sufrimiento. Mientras tanto un grupo de actores, y otras figuras conocidas de la pantalla grabaron un programa de televisión, «Bienvenidos, refugiados», insistiendo en que Europa tenía que abrir sus puertas a la migración. Repentinamente, el oponerse a esta idea se consideró una muestra de indiferencia ante la muerte de tantos niños. Y no resultó sorprendente que incluso el primer ministro inglés —que hasta entonces se había mostrado muy opuesto a aceptar cualquier tasa de migrantes a la Unión Europea— doblegase su postura y conviniera en aprobar un cupo de veinte mil refugiados sirios (si bien en el transcurso de cinco años). Se fueron rompiendo los diques de contención en toda Europa, y los medios informativos se preocuparon de hablar de los migrantes que cruzaban todas las fronteras.

Por su parte, Angela Merkel anunció que «no habría límites» para el número de migrantes que iba aceptar Alemania, manifestando que: «Siendo un país de economía fuerte y saludable, tenemos capacidad para hacer lo que sea necesario». Dos días después *The New York Times* informaba del aumento del movimiento migratorio procedente de Nigeria, entre otros países, al ver que había muchas posibilidades de conseguir entrar en Europa.

Resulta más fácil menospreciar este tipo de decisiones que tomarlas; tal vez demasiado fácil. En los países europeos, los políticos habían adoptado una política parecida a la que hubiera tomado cualquier persona que viera llegar una embarcación a sus costas. Si ves cómo los que vienen están luchando por llegar a la costa, la mayoría de los observadores —y en realidad la mayoría de los europeos actuales— trataría de ayudar a los que se encuentran en dificultades. Muy pocos serían los que les hubieran empujado mar adentro. Pocos meses después de haber dicho que «la política es dura», durante su charla con aquella muchacha libanesa de catorce años, Angela Merkel decidió suavizar su postura. Y si bien había tomado aquella decisión pensando en Europa más que en sí misma, su primer impulso resultaba bastante natural. Porque tal vez el deseo de recibir amistosamente a los que llegaban no hubiera sido una especie de obligación a lo largo de la historia, pero se había convertido en algo natural en la Europa actual, y una actitud contraria hubiera resultado impensable.

Los habitantes de Lesbos, como los de otras islas, constituyen un perfecto ejemplo de esto. El principal puerto de la isla —Mytilene— es uno de los que se encuentra más cerca de Turquía. Al llegar a Mytilene los migrantes pueden ver Europa muy cerca. Dominando el puerto se encuentra, bien iluminada, la iglesia de San Terapio, llamada así en honor del obispo de Chipre que fue asesinado por los musulmanes mientras decía misa un día del año 632. En el interior se encuentra también el sarcófago del obispo Ignacio, un decidido oponente a la ocupación otomana, durante el siglo XIX. A lo largo del puerto hay tiendas, bares y hoteles, entre ellos el Hotel Safo, un nombre que se repite por toda la isla, a la que llegó en la antigüedad la famosa poetisa. Con una población de ochenta y siete mil habitantes, es esta isla una de las mayores y más pobladas de todas las islas griegas. En las horas más calurosas, el olor del aceite frito, del pescado y del agua salada hacen el entorno menos apetecible de lo que hubiera podido parecer en un principio. Pero al atardecer, cuando sopla una suave brisa, los bares y los cafés del puerto se llenan de vida, mientras los altavoces llenan el aire de canciones *pop*.

Al igual que en Lampedusa, también aquí podían resultar llamativos los contrastes. Un empleado de la Cruz Roja describía los momentos en los

que, durante los meses de verano, mientras llegaba remolcada al puerto una barcaza de emigrantes en la que se mezclaban los cadáveres de los que habían fallecido durante la travesía con los supervivientes, seguía escuchándose la música de las fiestas de los veraneantes, sobre las rocas del acantilado y las playas del contorno. En Mytilene, los migrantes que, a menudo, habían logrado escapar de su particular versión del infierno, daban los primeros pasos de su nueva vida en medio de una escena que mostraba lo mejor de la vida griega.

Durante el año 2015, hubo un periodo en el que los migrantes llegaban a Mytilene (una ciudad de treinta mil habitantes) a un promedio de ocho mil personas diariamente. Las embarcaciones de migrantes se amontonaban en las orillas de la carretera que va del aeropuerto a la ciudad. Algunos migrantes iban caminando a la ciudad; otros alquilaban un taxi al bajar de las embarcaciones y le decían al taxista que les llevara a Moria, el centro de recepción de migrantes situado en las afueras de la ciudad. Los taxistas locales comentaban el hecho de que todos los migrantes ya sabían que el precio de la carrera a Moria era de diez euros.

Al igual de lo que sucedía en las islas italianas, también en las islas griegas las autoridades locales dejaban que los migrantes se las arreglasen por su cuenta. El alcalde de Lesbos instigaba este tipo de comportamiento. El de la cercana Samos hacía lo mismo. ¿Tenían que cooperar con los recién llegados? No. Los empleados de la alcaldía decían que cada uno tenía que arreglárselas como pudiese. Pero, aún así, la organización en cada isla resultaba complicada. Cuando el flujo migratorio se convirtió en una auténtica oleada, las antiguas instalaciones militares de Moria se convirtieron en un campo de refugiados; es decir, que de este modo quedaba sometido al control del pertinente ministerio de Atenas. Mientras tanto, el otro campo de refugiados de Lesbos —Kara Tepe— era controlado por la municipalidad local. Y cuando uno preguntaba por qué las cosas se hacían de ese modo, la gente suspiraba compasivamente. En cualquier caso, durante cierto tiempo los esfuerzos realizados para tener a todos los migrantes controlados y con su respectiva documentación dio sus frutos. Al cabo de dos días, más o menos, de la llegada de los migrantes a la isla, eran embarcados, esta vez en un ferri, hacia Atenas o Kavala (justo enfrente de

la costa de Tesalónica). Desde ese momento, las autoridades griegas se desentendían del asunto. La mayoría de los migrantes, en cuanto se enteraban de cómo estaban las cosas, no querían quedarse en un país en el que el desempleo ya afligía a los ciudadanos locales. Seguirían viajando, a través de los países del sudeste europeo, hacia aquellos otros países en los que esperaban ser mejor recibidos, especialmente Alemania y Suecia. Cuando todo este proceso de tramitación se hizo más lento porque el número de los llegados superaba la capacidad de maniobra de las autoridades, empezaron los problemas.

En el mes de septiembre de 2015, a medida que se dispararon las llegadas de migrantes, debido a la invitación hecha por la canciller alemana, se produjeron en Lesbos serios altercados entre grupos de migrantes y la policía. Cuando los primeros supieron que los retrasos de su regularización los obligaban a permanecer en la isla más de dos semanas, muchos de ellos bajaron al puerto pidiendo asilo a gritos y clamando: «¡Queremos ir a Atenas!». Algunos migrantes sirios arrojaron piedras y botellas a la policía, mientras otros trataban de calmarlos.

Aunque hubo algunas soluciones temporales, durante el invierno de 2015 y a lo largo de 2016, el proceso pareció detenerse. Las cifras de emigrantes se mantuvieron en las de antes, pero el entusiasmo inicial del resto de Europa ya empezaba a enfriarse. En un determinado momento se concentraron en Mytilene unos veinte mil refugiados. Ni las instalaciones de Moria ni la de Kara Tepe estaban diseñadas para albergar ni siquiera una cuarta parte de ese número. Pero los ciudadanos de Mytilene no parecieron molestarse por los que llegaban, aunque estaban a punto de verse superados por ellos en número. Con los dos centros de acogida atestados de emigrantes, las tiendas de campaña empezaron a expandirse por todo el centro de la ciudad, instalándose en cualquier zona verde o en casas abandonadas, y ocupando las aceras y glorietas. Cuando el invierno se recrudeció, los ciudadanos abrieron sus casas y sus garajes para que los recién llegados pudieran alojarse en ellos y protegerse de los rigores del tiempo.

Durante el verano del 2016, a pesar de las negociaciones con las potencias extranjeras y las advertencias de los países de centro Europa que

pretendían detener el flujo migratorio a estas islas griegas, las embarcaciones siguieron llegando. No obstante, el tratado establecido en el mes de marzo entre la Comunidad Europea y Turquía pareció suavizar la situación. Como respuesta al pago de seis mil millones de euros y a una libertad de visados para que muchos turcos pudieran viajar por Europa, el número de migrantes llegados a Europa descendió considerablemente. Durante el mes de agosto de ese año las llegadas de migrantes a Lesbos descendieron a un par de centenares, e incluso en algunas ocasiones a un par de docenas de migrantes al día. En una noche de aquel mes, cuando el mar se encontraba en una calma total, tres embarcaciones trataron de llegar a puerto, dos a la parte norte de la isla, y otra al puerto de Mytilene. Una cuarta fue detenida por la marina turca que, según dijeron tanto los migrantes como los cooperantes, la obligaron a dar la vuelta. Pero, en realidad, cuando los buques turcos veían acercarse las embarcaciones, aunque detenían a algunas, a otras las dejaban seguir.

La otra forma de alojamiento en Kara Tepe, establecida por la municipalidad en el 2015, fue la del alojamiento de mujeres y niños en casas de familia, aunque se excluía a los niños que no venían acompañados. Y si bien los alojamientos de Kara Tepe tenían capacidad para mil quinientos migrantes, durante una parte del mes de agosto de 2016 las instalaciones solamente se vieron llenas hasta la mitad. Aunque los recientes cupos establecidos en Turquía habían puesto en alerta a las instituciones ante la posibilidad de que volviera a producirse la afluencia de migrantes del año anterior, la isla se mantuvo relativamente tranquila.

A la entrada del campamento había establecimientos y oficinas para el cambio de divisas. Los dueños de los puestos callejeros habían instalado también tiendas de comida y bebida. La única persona extraña que trató de penetrar en el campamento fue un hombre joven procedente del Congo, con la excusa de que había llegado hasta allí para visitar a su hermana y a sus hijos. En la entrada del recinto se puso a beber y a fumar, mientras esperaba bajo el fuerte sol de mediodía. Afirmaba que no había podido continuar en el Congo. Mantenía buenas relaciones con los miembros de la oposición de su país, y estos le habían facilitado la llegada hasta allí. Afirmó que era un universitario y que había trabajado en un hospital psiquiátrico del Congo, y

que no le funcionaba el teléfono para poder ponerse en contacto con su hermana que se encontraba en Kara Tepe. En el campamento la gente no está encerrada, pero tampoco se puede vagabundear por el recinto.

Dentro del campamento hay una sencilla construcción con capacidad para mil personas. Hay pequeñas tiendas de campaña que se utilizan como viviendas, y también hay rústicas instalaciones médicas y otros servicios. Se ha construido un campo de fútbol y también un pequeño anfiteatro cubierto para posibles conciertos que alegren el ánimo de los internados. Los más viejos y los incapacitados —como el anciano sirio que se cubre la cabeza con el tradicional *keffiyeh* que observa a los que pasan desde su pequeña tienda— tienen posibilidad de acceder servicios especiales y a cuartos de baño particulares, instalados en una zona alejada. Los que viven en el campo son predominantemente sirios, tal vez el 70 % hoy día. Los otros grupos más numerosos son afganos e iraquíes. La mujer ateniense que dirige el campamento en nombre de la municipalidad se siente muy orgullosa de su cargo y de la actitud innovadora que, según dice, reina aquí. Afirma que en este centro no se llama «refugiados» ni «inmigrantes» a los residentes, sino «visitantes». El campamento también resulta muy innovador en otros aspectos, motivo por el que las autoridades se complacen en recibir a los periodistas que llegan, debidamente autorizados.

A los «visitantes» se les sirven tres comidas diarias y, a diferencia de otros campos de refugiados, incluyendo el de Moria, no es necesario hacer cola, ya que las comidas se dejan a la entrada de sus tiendas de campaña. También se les proporciona ropa, para que puedan cambiarse cuando lo necesiten. Una familia de sirios está sentada a la entrada de su tienda, mientras que un joven se dispone a afeitar su incipiente barba con una maquinilla eléctrica en una mano y un espejo en la otra. A una niña de dos o tres años se le ha soltado un zapato y se esfuerza, sentada en medio del polvo, en calzárselo. La ayudamos, se levanta y se echa a correr, pero vuelve a caerse de nuevo.

A pesar de todas las ventajas que ofrece este campo de refugiados de Kara Tepe, el problema para los «visitantes» en este verano de 2016 es que se encuentran sin posibilidad de salida. Desde el flujo de migrantes del año 2015, los países europeos han cerrado sus fronteras, lo que quiere decir que

no hay oportunidad para que puedan cruzar Europa. Esta gente tampoco puede ir a Atenas, debido a que las autoridades piensan que si se forma una especie de cuello de botella en el continente se arriesgan a tener nuevos problemas. De este modo, donde en otro tiempo no hubieran tenido que esperar más de cuarenta y ocho horas —y quince días ya hubiera significado problemas—, algunas familias se ven obligadas a quedarse durante meses. Fuera del campo de refugiados, se encuentran una chica de diecisiete años comprando patatas fritas, acompañada de su hermanita de siete. Vienen de Alepo y han permanecido aquí entre cuatro y cinco meses. Ahora están asistiendo a clase en el campo de refugiados, e incluso pueden aprender otras cosas, incluyendo lecciones de violín. Pero no saben cuando saldrán de aquí, a donde irán o adónde tendrá que marchar el resto de los «visitantes».

Incomprensiblemente, tanto las autoridades como las organizaciones no gubernamentales que dirigen el campo están cansadas de permitir que los «visitantes» hablen con los periodistas. Muchas se sienten traumatizadas porque en Lampedusa nadie sabe exactamente qué hacer con los migrantes, o qué restricciones —si es que existe alguna— son legales o posibles. Pero a lo largo de la carretera y en la playa se ha creado una improvisada colección de tiendas de campaña. En la pared de la autopista alguien ha pintado con letras mayúsculas: «¡Refugiados! Condenemos el tratado. Ninguna persona es ilegal. ¡Bienvenidos refugiados!». Mensajes similares se han garrapateado en español. Si uno viniera en patera a este lugar, como lo hacen muchos migrantes, esas serían las primeras palabras que leería al llegar a Europa.

La serie de tiendas de campaña que hay al otro lado de la carretera está administrada por una «Organización sin fronteras». Un joven alemán, de nombre Justus, se acerca fumando un cigarrillo liado. Es natural de Dresde, afirma con aire apologético. Hace quince días él y otro grupo de alemanes, franceses y suizos abrieron un centro social en un edificio en ruinas al otro lado de la carretera. No pretenden que sea un centro de acogida, sino un centro de día que ofrezca a los migrantes un medio de escapar de la rutina de los campos. Pero al cabo de unos días, el banco propietario del edificio, temiendo que pudieran establecer un campo ilegal de refugiados, los echó.

Así que aquí están, en la playa de enfrente, con unas cuantas tiendas improvisadas, intentando que su movimiento siga adelante. Oda, una alemana cuarentona de Hannover, que se las está arreglando bastante bien bajo el sol de mediodía, explica: «No es suficiente con continuar con las demostraciones y gritar "¡Fronteras, no!". También es necesario hacer algo».

Y aquí está este grupo, compuesto en su mayor parte por alemanes, intentando prestar un poco de ayuda. Es un grupo un poco desorganizado, con pocos fondos y algo caótico. Una familia, a la que se la ve moverse con soltura, viene todos los días al campamento para ayudar a la hora del té. Resultan ser oriundos de Roma, y actualmente viven en Lesbos. Oda les enseña fotos del edificio que han tenido que abandonar. Habían limpiado las paredes de las principales habitaciones de lo que constituía su centro social, y colgado en las paredes alegres adornos. Las normas del centro estaban pintadas en las paredes, en azul y rojo, de forma muy remarcada: «No racismo. No violencia. No sexismo. No homofobia».

Oda y sus compañeros aseguran que lo que realmente quiere ese grupo de cincuenta personas, más o menos, que viene diariamente al centro, no es el té, el agua o los alimentos que puedan recibir para complementar las raciones que les dan en los centros de acogida oficiales; lo que en realidad vienen buscando esos afganos, pakistaníes, marroquíes o eritreos, por lo general mezclados, es que «se les trate con respeto». El grupo de ayuda ha conocido a un migrante cristiano procedente de Pakistán, al que los talibanes habían asesinado a toda su familia. Cuando le preguntaron qué era lo que más necesitaba, respondió: «una sonrisa».

Pero la asociación alemana «Grupo Sin Fronteras» no era, por lo general, muy bien recibida. Aparte de los problemas que habían tenido con el anterior dueño del local y con las autoridades de la isla, algunos vecinos se mostraban recelosos de su presencia. Y no solamente porque pensaran que la presencia de la agrupación daba a entender que los griegos no podían cooperar. Uno de los vecinos dijo que el grupo de los alemanes eran «mala gente. Son activistas políticos». Sin embargo, otros vecinos se mostraban muy serviciales. Algunos incluso se brindaban a prestar ayuda extra. Un tendero de la localidad les facilitaba productos gratis. Y aquí, cuando

menos, a diferencia de Moria, la gente no tenía que hacer colas de doscientos metros para conseguir alimentos. Las quejas y la escasez de alimentos y otras estrecheces que se vivían en el campo de refugiados era motivo de que las autoridades no permitieran que se visitaran los campos. Tres muchachos afganos decían que se les había permitido hacer fotos de las instalaciones de Moria, en las que habitualmente se albergaban tres mil personas. A los que no eran emigrantes solo se les permitía acercarse a las puertas del campo; pero aún desde fuera era visible comprobar que se trataba de unas instalaciones muy diferentes a las de Kara Tepe.

El antiguo campamento militar de Moria está actualmente cercado por tres o cuatro alambradas. Sus actuales ocupantes proceden de todo el Medio Oriente, de África y Asia. Aunque la mayoría de los ocupantes vienen de Siria, Iraq, África y Afganistán, también hay migrantes de Bangladesh, Myanmar y Nepal. Un joven eritreo contaba el viaje que había realizado hasta Sudán, y desde allí, por avión a Iraq, viajando después hasta Turquía, desde donde llegó a la playa de Lesbos, en la que terminó su periplo. Los afganos, por el contrario, habían venido atravesando Irán y, algunas veces, vía Pakistán antes de llegar a Turquía. Todos ellos contaban que a lo largo de la ruta no se habían encontrado con los traficantes a los que habían pagado. Todo se hacía telefónicamente, recibiendo la información paso a paso, a lo largo de toda la ruta. Un niño afgano de nueve años que venía con su padre explicaba la ruta que habían hecho. Ahora llevaba dos meses en Europa. Su padre me hizo señas de que quería hablarme en privado.

Finalmente, pudimos encontrar un edificio en ruinas frente al mar, en donde me pudo contar su historia. Habían llegado en una embarcación que casi se hundió en dos ocasiones durante la corta travesía desde Turquía. En el segundo percance fueron recogidos por un guardacostas griego. Tenía treinta y un años; había venido con su mujer, dos hijos y dos hijas. Las niñas tenían cinco años y año y medio, respectivamente. Era un hombre bien parecido, de fuerte constitución, con una cabellera negra que lucía un mechón blanco en el centro. Llevaba ropa deportiva que sin duda había recibido al llegar al campo. En Afganistán había trabajado en el ministerio de Educación, como responsable de las escuelas de la región de Herat. Cuando los talibanes recuperaron el poder, recibió una llamada telefónica

en la que le decían que abandonara su puesto en el ministerio. Como no lo hizo, lo raptaron y lo tuvieron encarcelado tres días. Mientras lo tuvieron preso le partieron las manos; y el hombre me mostraba las heridas que tenían en los brazos, y los huesos que le sobresalían de las muñecas. Contaba que, finalmente, logró escapar de la prisión en que le tenía los talibanes, pero que en su odisea por las montañas afganas se había caído golpeándose la cabeza contra las piedras.

Cuando llegó a su casa no pudo trabajar durante dos meses, al cabo de los cuales se incorporó a su puesto. Pero entonces los talibanes volvieron a secuestrarlo, y en esta ocasión lo tuvieron retenido durante veintiún días. Lo volvieron a torturar (me mostró las cicatrices que tenía en el costado y los brazos). También lo violaron, o como decía el afgano del campo que nos servía de intérprete «lo atacaron por detrás». «¿Sabe lo que significa eso?», me preguntó el intérprete haciendo gestos con las manos, mientras el otro pobre hombre mantenía la mirada perdida en el horizonte.

Después me contó que todas las noches los talibanes lo violaban, y le decían que «él ya no tenía Dios; que ellos eran su Dios, y que eso quería decir que tenía que hacer lo que le pidieran». Ante tal situación, él les dijo que estaba de acuerdo y que les ayudaría. Entonces le dijeron que querían valerse del puesto que tenía en el ministerio para poner a uno de sus hombres en él. También tenían trazado un plan para echar un producto tóxico en el sistema de aguas de las escuelas, a las que acudían entre seiscientos y setecientos niños pertenecientes a las aldeas de Adraskan y Gozareh. El plan, según habían pensado los talibanes, era que si los niños resultaban envenenados, los padres ya no volverían a mandar a sus hijos a la escuela. Y como él les había dicho que les ayudaría en lo que pretendían hacer, en esta segunda ocasión los talibanes le dejaron que regresara a su hogar.

Pero una vez en casa, el hombre huyó con su familia, impidiendo que sus antiguos secuestradores pudieran avisar al individuo que habían colocado en la escuela. Cuando llegó a Turquía telefoneó a un oficial de la policía, advirtiéndole del plan que tenían proyectado los talibanes y pudieran frenarlo. «Lo perdí todo», decía. «Pero me siento feliz por haber podido salvar la vida de los niños». Aseguraba que no regresaría a su país, y

que «si el gobierno griego me repatría, me mataré». ¿Qué significa estar en Europa?, le pregunté. «Me siento feliz por estar aquí y poder vivir en este país, porque ahora me siento a salvo», me dijo; y giró la cabeza para ocultar las lágrimas que rodaban por sus mejillas. Nos sentamos en silencio. Posteriormente, me mostró algunas cicatrices de las heridas en las piernas que le habían hecho los talibanes durante su tortura. Nos estrechamos la mano; y ya de vuelta, nos encontramos nuevamente con su familia. Me presentó a su esposa y a sus hijas, la mayor de las cuales llevaba puesta una vistosa gorra que, indudablemente, le había regalado alguien de la asociación de ayuda. Los cuatro regresaron al campamento, en unión familiar.

Entre los refugiados del campo de Moria hay un par de hermanos, procedentes de Ghazni, una región situada al sudeste de Afganistán. Dicen tener veinte y dieciocho años respectivamente, y que proceden de la etnia hazara, una minoría Shia que ha estado en el punto de mira de los Isis de Afganistán, y que ha sufrido decapitaciones por pertenecer a una secta «herética». Isis es la última desgracia que ha tenido lugar en su patria. Los talibanes quemaron ante ellos su escuela y, después, intentaron reclutarlos. Afirmaban los muchachos que Isis también había querido reclutarlos anteriormente, cuando sus grupos armados andaban por la zona. Les habían ofrecido la oportunidad de unirse a ellos, porque, o bien: «Os unís a nuestro grupo o mataremos a toda vuestra familia». Los muchachos huyeron a Kabul. Como sus padres están enfermos, les corresponde a ellos, por ser los mayores, la obligación de ayudar a la familia.

Mientras nos encontramos sentados en el pedregoso suelo de Grecia, todos los chicos afganos, y los hombres que han venido a reunirse con nosotros se ponen a jugar en el suelo. Un hombre de sesenta y dos años, que procede de la misma provincia de los dos hermanos, me dice que sufre problemas cardíacos, pero que espera encontrarse con una hija que tiene en Austria. Procede de Irán, en donde queda más gente perteneciente a la etnia hazara. Les digo que si Afganistán no es un país seguro, por qué no se han quedado en Irán. «No conozco a nadie en Irán», me dice, y sus ojos se llenan de lágrimas. «¿Qué podría hacer en Irán?». Al tiempo que hablamos, él va recogiendo tierra del suelo para rellenar los agujeros. Pero me he dado

cuenta de que mientras estamos hablando, el más joven de los dos hermanos de antes ha puesto un ceño que casi le cubre sus profundos ojos negros, y empieza a recoger piedrecillas que arroja con fuerza contra el suelo.

Los miembros de la etnia hazara, me explican los dos hermanos, se ven perseguidos allá adonde vayan. Incluso en Pakistán —en donde viven muchos hazara— la vida es muy dura. Les quitan el dinero y los secuestran, exigiéndoles hasta un millón de dólares por su liberación. Los dos hermanos entraron en Pakistán ilegalmente, después pasaron a Irán de forma igualmente ilegal, y del mismo modo entraron en Turquía. El mayor de los dos hermanos me explica que su otro hermano tiene problemas psicológicos. No es algo que me sorprenda. Cuando el más joven de los dos se pone a hablar no puede reprimir su exasperación. «En todos los países hay gente buena y mala», me dice en un determinado momento. «¿Por qué los europeos nos miran como si todos fuéramos criminales? No se portan bien con nosotros. ¿Por qué?». Se quejan de que mientras ellos se muestran tolerantes con los griegos, estos no los aceptan a ellos. En los autobuses los miran con recelo y se muestran hostiles. Me sigue diciendo el muchacho, muy quejoso, que en Moria los guardias del campo se burlan de ellos. Son muchos los que se quejan de las condiciones que hay en el campamento, porque, según me cuenta, hay serpientes que han hecho agujeros en las tiendas y ya han matado a dos migrantes; pero me asegura que las autoridades han tapado el asunto.

En un determinado momento de la conversación, y como de pasada, el mayor de los dos hermanos menciona el hecho de que su hermano fue violado por los talibanes, en Afganistán. El más joven comenta, cuando le preguntan, lo que ha visto en el viaje. «Somos afganos» —dice—, «lo hemos visto todo: las cabezas cortadas, los cadáveres. Todo». Asegura, al igual que los demás, que se suicidaría si lo devolvieron a su país. Al preguntarle qué le gustaría hacer si llegara a quedarse, el mayor de los hermanos dice que empezó a estudiar farmacia en la universidad antes de abandonar Afganistán. Le gustaría continuar la carrera. El más joven dice que todo lo que quiere es «encontrar una forma de vivir, en medio de estas circunstancias tan adversas».

Todos los afganos se muestran molestos con los sirios. Se llega a la conclusión de que existe un sentimiento generalizado de que los sirios han resultado favorecidos. Es cierto que en la invitación hecha por la canciller Merkel en el año 2015 incluía la concesión de asilo a los emigrantes sirios. «¿Por qué?» quisieran saber los afganos. «En Siria ha habido guerra durante cinco años. En Afganistán la padecimos durante quince». ¿No resulta comprensible que estos recién llegados deseen mejorar su vida? Uno de los afganos, que habla muy bien el inglés, responde: «Todos los días estalla una bomba en Afganistán. Sin embargo, ellos piensan que venimos aquí por placer. No existen problemas económicos en Afganistán». Sigue diciendo: «En Afganistán se puede ganar dinero. Pero existe un problema de seguridad».

Al escuchar cosas así, dichas por personas que estuvieron en esos lugares, la actuación de la canciller Merkel y de sus ministros, en el año 2015, puede parecer que está plenamente justificada. Tanto ella como sus colegas tienen cierta razón al reconocer que nuestro continente está haciendo probablemente la única cosa que un pueblo civilizado puede hacer, al rescatar a estas gentes del mar, al recibirlas amistosamente y al proporcionarles seguridad. Pero esta generosa disposición también puede mostrar —tanto para las gentes que han cruzado el océano como para las que viven en el continente que las ha acogido— que todo eso constituye tan solo la parte más fácil del viaje.

6

MULTICULTURALISMO

Fue el 31 de agosto, en Berlín, cuando la canciller alemana manifestó sus nuevos propósitos, e hizo una declaración de intenciones: «Wir schaffen das», («Nosotros podemos hacer esto»). No obstante, estas pocas palabras generaron problemas. ¿Qué era ese «esto» que ella quería hacer? ¿Cuál era su disposición y sus intenciones? ¿Se trataba de clarificar o de concluir un proceso? ¿Qué podría suceder con ese intento? Todas eran preguntas demasiado importantes para poder darles fácil respuesta. Porque esas tres breves palabras suyas implicaban cuestiones muy importantes. ¿Quiénes eran esos «nosotros»? ¿Quién esa entidad que había de llevar a cabo una cosa tan difícil de definir? Al hacer su afirmación, Ángela Merkel había dado por sentado la existencia de un «nosotros». Pero durante los años anteriores su discurso europeo había hecho un profundo y constante autoanálisis para dar respuesta a esa pregunta. Y esa vuelta constante al sillón del psicoanalista no estaba motivada por una cosa abstracta, sino que mostraba un aspecto urgente, que se encontraba continuamente estimulado por la conciencia —como había expuesto el autor alemán Paul Scheffer, ocho años antes— de que «sin un “nosotros” no se puede llevar a cabo la tarea[1]».

La propia canciller Merkel era muy consciente de todo eso. Cinco años antes de su gran gesto, había hecho un discurso en el que expuso otra de las grandes preocupaciones de su nación. Había conducido la estampida de los

líderes europeos, al decir que había sido un error el recuperar la política europea de la inmigración y la integración. En octubre del año 2010 Merkel había pronunciado otro importante discurso sobre «el estado de la nación», en Potsdam. Lo había hecho en medio de un intenso debate público que ya estaba en marcha en su país. Semanas antes Thilo Sarrazin, antiguo senador y miembro de la ejecutiva del Bundesbank, había publicado un libro titulado *Deutschland Schafft Sich Ab («Alemania se abole a sí misma»)* que constituía un tema explosivo en una sociedad que marchaba hacia el consenso. En su libro, Sarrazin explicaba cómo la baja tasa de natalidad entre los alemanes y el alto nivel existente entre la inmigración —inmigración musulmana, principalmente— estaba transformando la naturaleza de la sociedad alemana. Lo que quizás causó una mayor controversia fue su argumentación de que un nivel más alto de la tasa de nacimientos entre la población menos educada, y una tasa más baja en la sociedad más educada, estaba poniendo en riesgo la prosperidad y el éxito conseguidos por la Alemania de la posguerra.

Resultaba evidente que los migrantes en Alemania no llegaban a integrarse, como argumentaba Sarrazin. Pero tanto los políticos como la clase media se abalanzaron contra Sarrazin, por haber caído en semejante herejía al esgrimir tales argumentos. El resultado de todo ello fue que Sarrazin se vio obligado a dejar su puesto en el Bundesbank. Y pese a que el hombre procedía de la izquierda política alemana, su propio Partido (el Partido socialdemócrata) y la misma Angela Merkel, del CDU, se apartaron de él. Varias organizaciones musulmanas de Alemania intentaron llevarlo a los tribunales. Y lo más peligroso (aunque carente de fundamento) fue el hecho de verse acusado de antisemitismo. No obstante, su libro tuvo un gran éxito. Una encuesta realizada por esas fechas encontró que el 47 % de los alemanes estaba de acuerdo con la afirmación de que el Islam era algo extraño a Alemania. Y aunque los políticos alemanes establecieron un firme *cordón sanitario* en torno al debate de la inmigración, la integración y el Islam, los dos millones de ejemplares vendidos del libro de Sarrazin, entre otras cosas, sugerían que no se podía impedir que la sociedad pensara algo que sus representantes políticos no querían que se pensara.

Con su habitual habilidad política Merkel decidió hablar de este tema, tratando de hacer partícipe a la gente de los problemas existentes en su propio partido, y procurando al mismo tiempo corregir aquellos puntos de vista equivocados, tanto de Sarrazin como de los que lo apoyaban. En su discurso en Potsdam empezó por referirse al programa *Gastarbeiter* del país, y al masivo movimiento de turcos y otros migrantes que vivían y trabajaban en Alemania desde el inicio de la década de 1960. Estuvo de acuerdo en que el país —al igual que había sucedido con el mercado laboral de la inmigración de posguerra, tanto en Inglaterra como en otros países— «vivió un engaño durante cierto tiempo». Y continuó diciendo: «Nos dijimos "No van a quedarse, algún día se marcharán", pero esto no sucedió». Ella también se había equivocado al anticipar las posibles consecuencias de su política, y no dudó en criticar los errores más comunes cometidos en el tema de la inmigración en Alemania y en el debate sobre la integración.

El discurso fue comentado en todo el mundo. Lo que lo dotó de tanto interés periodístico fue el hecho de que en él se incluía el resumen más irrefutable realizado hasta la fecha por un político importante sobre los fallos habidos en la integración europea. Algunos de ellos se habían comentado en algunos corrillos políticos, pero nunca habían sido expuestos de forma tan clara. Al hablar de lo que no había funcionado en Alemania con sus inmigrantes, dijo la Canciller: «Evidentemente, el enfoque para construir una sociedad multicultural y poder vivir juntos, disfrutando unos de otros, ha fracasado, ha fracasado por completo». Esta era la razón, insistió, por la que «la integración resulta tan importante». Y siguió diciendo que quienes deseaban participar en la sociedad alemana debían respetar las leyes y la constitución de Alemania, y también debían aprender a hablar alemán[2].

La prensa alemana especuló sobre el hecho de que la canciller se estuviera posicionando ante las elecciones, que tendrían lugar la primavera siguiente. Una encuesta de opinión publicada el mismo mes mostró un agudo incremento en el porcentaje de los alemanes que se sentían preocupados por los niveles que estaba alcanzando la inmigración, y reveló que el 30 % de los encuestados temían que su país se viera «invadido por

extranjeros» que habían venido a Alemania, atraídos por los beneficios que les brindaban los servicios de la Seguridad Social[3].

La ingenuidad política que se apreciaba en el discurso de Merkel era que estas gentes oían, como casi todo el mundo, lo que deseaban oír en un discurso en el que se confiaba en los inmigrantes, y se insistía en lo bienvenidos que eran en Alemania. No obstante, lo que subyacía en esa idea —y el hecho de haber dicho dos veces que el multiculturalismo «había fracasado, fracasado por completo»— tuvo gran repercusión. Desde el momento en que el auditorio de Potsdam acogió sus palabras con una gran ovación, Merkel se sintió orgullosa por haber tenido el valor de haber hablado de un tema tan delicado. En toda Europa se la comparó favorablemente con otros líderes políticos, mientras la prensa internacional manifestaba que solamente la canciller alemana había tenido el valor y la fortaleza necesarias para hablar de un tema tan difícil.

Así pues no resultó sorprendente que otros líderes políticos quisieran aprovecharse de lo que habían oído, y se lanzaran a unas aguas que Merkel había demostrado que eran sorprendentemente cálidas. Al febrero siguiente, el primer ministro británico, David Cameron, pronunció un discurso en la Conferencia de Seguridad de Múnich, en el que declaró que: «De acuerdo con la doctrina de un estado multicultural hemos estimulado el hecho de que diferentes culturas vivieran vidas separadas, distintas unas de otras y lejos de la corriente principal. Hemos Fallacio al dar una visión de la sociedad a la que ellos desean pertenecer. Incluso hemos tolerado que estas comunidades segregadas se comporten de una manera enfrentada por completo a nuestros valores[4]».

Unos días más tarde, durante un debate televisivo, el presidente francés, Nicolás Sarkozy, también mencionaba el hecho de que el multiculturalismo era un «fallo». Y decía: «La verdad es que en todas nuestras democracias nos hemos sentido demasiado preocupados por la identidad de quienes han llegado, y no lo suficiente por la identidad del país que les da la bienvenida[5]». A estos líderes políticos pronto les siguieron otros, incluyendo el antiguo primer ministro australiano, John Howard, y el antiguo presidente del gobierno español, José María Aznar.

En el lapso de unos pocos meses, lo que aparentemente parecía indecible había sido dicho por casi todo el mundo. En todos los países, en todas las ocasiones, se abrió un gran debate. ¿Tenía razón David Cameron al equiparar el tema de la seguridad nacional con el de la cohesión nacional? ¿Trataba Merkel simplemente de responder a las presiones existentes e intentar ganarse al centro-derecha para su política? Fueran cuales fueran las razones, el debate sobre la idea de «el multiculturalismo ha fracasado» parecía estar marcando un momento en el que empezaba a surgir algún tipo de línea divisoria. No obstante, y a pesar de la prolífica naturaleza de estos debates, no estaba muy claro siquiera en ese momento lo que significaban esos debates. La palabra «multiculturalismo» (dejando a un lado el *multikulti* del alemán) ya empezaba a sonar de manera diferente en distintos países. Durante muchos años —e incluso hoy en día para mucha gente— el término parecía significar «pluralismo» o, simplemente, el hecho de vivir en una sociedad étnicamente diferente. Decir que usted estaba a favor del multiculturalismo, podía significar que no le importaba el hecho de que en su país hubiera distintos ambientes culturales. O podía significar también que usted creía que en el futuro todas las sociedades se iban a convertir en un crisol, en el que toda posible cultura podría prestar su contribución: una especie de Naciones Unidas en miniatura en cada país. Por otro lado, el decir que «el multiculturalismo ha Fallacio» podía haberle parecido a algunos votantes una concesión a la idea de que la inmigración de la posguerra, en su totalidad, había sido una mala idea; y que los inmigrantes nunca hubieran debido llegar. Incluso hubiera podido sonar como una llamada a frenar la inmigración masiva, e incluso revertir tales políticas. En cada país, estas diferentes interpretaciones de la misma frase fueron, sin discusión, beneficiosas políticamente, dando a los políticos la oportunidad de conseguir unos votos que, de otro modo, no hubieran logrado. No fue una coincidencia que cada líder político que dio ese paso perteneciera a la derecha, y tratara de mantener unidos a los díscolos que amenazaban con marcharse.

Pero la confusión que producían estos discursos también tenía una vieja causa, porque el término «multiculturalismo» había sido siempre una palabra muy difícil de definir. Hasta donde era posible establecer una clara

conclusión de sus discursos, se hubiera dicho que tanto Merkel como Cameron y Sarkozy estaban hablando de una variedad específica de estado multicultural. Las suyas no eran ciertamente unas críticas a una sociedad racialmente distinta, o a una sociedad que daba la bienvenida a la inmigración. Por el contrario, y al margen de las partes capitales de sus discursos, todos manifestaban su apoyo a una inmigración a gran escala. Lo que ellos criticaban era la idea del «multiculturalismo» como una política de Estado patrocinador; es decir, la idea de que el Estado animase a la gente a vivir vidas paralelas en el mismo país; más concretamente, a vivir bajo leyes y costumbres que se encontraban en oposición con aquellas que existían en los países de donde procedían. Parecía como si estos líderes políticos estuvieran clamando por una sociedad multicultural, en la cual se pudieran aplicar las mismas leyes y las mismas normas a todo el mundo[6]. Pero aunque se pudieran discutir ciertas cosas, tal vez se estuviera dando un paso significativo.

Muchos críticos, pertenecientes a la izquierda política, mostraron, sin embargo, su objeción a todo el debate. Alegaban que todos eran argumentos ficticios, e insistían en que o bien no existían tales problemas, o que de existir esas situaciones no eran tales problemas. Pero hacia el 2010 empezó a crecer la preocupación pública ante la posibilidad de que estuvieran desarrollándose esa clase de sociedades paralelas en toda Europa. La causa más profunda de esta preocupación fue el número cada vez mayor de ataques terroristas, y el hecho de que esos ataques estuvieran causados por personas nacidas y criadas en Europa. Pero si bien tales ataques eran motivo de la mayor preocupación, también existía otra por las manifestaciones violentas, o no tan violentas, a causa de las diferencias que se estaban produciendo; unas diferencias que no siempre las manifestaba una minoría.

En el 2006, las manifestaciones del ministro holandés de Justicia, Pier Hein Donner, causaron gran revuelo al sugerir en una entrevista que si los musulmanes quisieran cambiar, por medios democráticos, las leyes nacionales por la Sharia (es decir, cuando los musulmanes constituyeran una mayoría en el país) entonces podrían hacerlo. En 2004 ya había propuesto sucintamente la vuelta a las leyes sobre la blasfemia, tratando de atender a las demandas de algunos musulmanes. Posteriormente, en 2008,

se produjo en Inglaterra otro escándalo de idénticas proporciones cuando el arzobispo de Canterbury, Rowan William, dio una conferencia en las Royal Courts of Justice (la Audiencia Nacional) en la que promovía una legislación paralela en todo el país. Durante su conferencia, el arzobispo había sugerido que la adopción de algunos elementos de la ley de la Sharia en el Reino Unido «parece inevitable». Ante el creciente malestar de la opinión pública por sus palabras, el arzobispo insistió en que había sido mal comprendido. Pero en la entrevista mantenida en la BBC al día siguiente, cuando trataba de clarificar sus palabras llegó incluso más lejos al afirmar que la idea de que «hay una única ley para todo el mundo, y eso es todo lo que se puede decir» resultaba «un poco peligrosa[7]».

En los años siguientes, en medio de la preocupación creciente por la inmigración y la seguridad pública, se hubiera dicho que algunas de las bases de la civilización occidental se estaban sometiendo a negociación. Daba la impresión de que tuviera que revisarse el pasado. Tan solo una quincena después del discurso de Merkel en Potsdam, el presidente de Alemania, Christian Wulff, también pronunció otro en el «Día de la Unidad alemana». Al referirse a la respuesta que había dado Sarrazin al papel que desempeñaba el Islam en Alemania, Wulff afirmó que el Islam formaba parte de la historia del país, al igual que el cristianismo y el judaísmo. Su afirmación elevó un buen número de protestas en toda Alemania, incluso en su propio partido. Pero el Presidente no estaba solo a la hora de modificar el pasado, para adaptarlo a las realidades presentes.

El origen de todas las situaciones en las que se producía una reacción violenta contra comentarios como estos, se encontraba en el sentimiento generalizado de que se estaba pretendiendo que la Europa multicultural renunciara a gran parte de sí misma —incluyendo su Historia—, mientras que los recién llegados no tenían que aportar nada de sus tradiciones. Si esta pudiera ser realmente la única dirección que estaba tomando Europa, políticos de la derecha como Cameron, Merkel o Sarkozy, estaban dispuestos a trazar otra ruta. Ninguno de ellos negaba que el proceso de adaptación pudiera ser una vía de doble dirección, pero tenían muy claro lo que se debía esperar de los inmigrantes; en particular, que fueran capaces de hablar el idioma del país en el que se encontraban y atenerse a sus leyes.

La virulencia con la que se debatieron estas demandas básicas, constituyó también un recordatorio de que ninguna había sido planteada en los años de la posguerra. Todo ello constituía la última parte del proceso de «hagámoslo según vayamos viendo». Y esto significaba que incluso las formas estaban cambiando constantemente. Como afirmaba el historiador y estudioso del fenómeno del multiculturalismo, Rumy Hasan, en un libro publicado por aquellas fechas, las diferentes fases por las que pasaba la inmigración de posguerra en Gran Bretaña, era una demostración de ese hecho.

Durante la primera fase (desde los años 1940 a 1970) a las personas no blancas pertenecientes a la Commonwealth se las había conocido como «inmigrantes de color», considerándolos diferentes del resto de la sociedad. Posteriormente, entre los años 1970 y 1980, en un esfuerzo por enfrentarse a esta discriminación, dichas personas se convirtieron en «británicos negros», y empezaron a ser vistos como ciudadanos normales e iguales. Poco después, el país se fue convirtiendo en una sociedad «multicultural», en el sentido de que en ella había gente de diferentes culturas. Pero, como decía Hasan, llamarla sociedad «multirracial» o «multiétnica» hubiera sido una descripción mejor. Sin embargo, teniendo en cuenta el descrédito que ofrecía por entonces la idea de «raza», el término «multiculturalismo» parecía ser el más apropiado. No obstante, si sus intenciones eran las de unir al pueblo bajo el mismo marchamo, la nueva definición terminaba produciendo el efecto contrario. Realmente, en lugar de tratar de unificar la identidad, se producía un efecto de fracturación de identidades, con lo que se llegaba a una confusión de las mismas.

Una versión de esta «ciénaga» política se hizo presente en la sociedad. Tanto ciertas organizaciones como otros grupos interesados, afirmaron estar hablando y representando a todas las identidades culturales. Los más ambiciosos eran, por lo general, figuras autonombradas que decían desempeñar un papel de intermediarios entre las autoridades y una comunidad particular. No fueron los únicos en aprovecharse de esta circunstancia. Políticos nacionales y locales también pudieron sacar partido de un proceso que hacía más cómodas sus vidas, dando la impresión —como así fue— de que bastaba una llamada telefónica para conseguir los

votos de una determinada comunidad. Naturalmente, el estar del lado de una comunidad concreta creaba un valioso potencial, al poder conseguir de este modo sus votos; y, en algunos casos, esas comunidades se lo pensaban.

Como era inevitable, tanto los ayuntamientos locales como otras instituciones trataron de aportar fondos a determinados grupos religiosos o étnicos. Y aunque parte de ese dinero estaba destinado a ganar votos, otra parte también se donaba para buenas causas, de las que no era la menor un auténtico deseo de paliar cualquier tipo de discriminación existente. Sin embargo, incluso los grupos «antirracistas» tendían a conseguir fines que, en principio, no estaban previstos. Estos grupos que pretendían paliar la discriminación racial existente pretendieron, poco a poco, ir aumentando su influencia, sus derechos y su financiación. Y tenían muy presente que solamente podrían conseguirlo si no quedaba resuelto el problema que justificaba su existencia. Con el tiempo esta disposición tuvo el efecto de hacer que la discriminación fuese a peor —y se hiciera necesaria una lucha más enconada— cuando, precisamente, las cosas estaban mejorando. Las quejas contra la sociedad constituían una oportunidad para crecer. La satisfacción social constituía un negocio ruinoso.

Al mismo tiempo, la única cultura que no podía sentirse contenta era la que había permitido que todas las demás pudieran sentirse satisfechas. A fin de volverse multiculturales, los países se dieron cuenta de que estaban desvirtuándose y que tenían que evitarlo. Y por esta razón las naciones que se habían mostrado tan abiertas y liberales, y que habían permitido la migración a gran escala, se vieron tachadas ahora de racistas. Y aunque las demás culturas podían sentirse a gusto en Europa, el manifestar las cosas buenas que había en ella, estando en el mismo continente, se volvió algo sospechoso.

La era multicultural fue la era de la autoabnegación europea, en donde la sociedad anfitriona parecía retroceder ante sí misma, esperando que no se la desvirtuase por constituir una especie de buena asimiladora. Y fue por este motivo, entre otros, por los que el famoso politólogo americano Samuel Huntington escribió en su última obra: «El multiculturalismo es, en su esencia, una civilización antieuropea. Constituye básicamente una ideología antioccidental[8]».

En todos los países europeos, el tiempo en el que no se podía decir nada sobre este tema fue concluyendo a diferentes velocidades y en periodos similares. En el Reino Unido las *quangos*[*] intentaron frenar este proceso hasta el verano de 2001. En ese momento, debido en parte a las revueltas que se produjeron en el norte de Inglaterra en las que participaron jóvenes musulmanes, y en parte a los sucesos de Nueva York y Washington, la existencia de comunidades paralelas empezó a ser discutida de forma más amplia, y el concepto de «multiculturalismo» empezó a ser motivo de crítica. En Holanda los diques se rompieron un poco antes. En Francia las cosas se mantuvieron muy tensas, hasta que estallaron las revueltas de las *banlieu*[*] de 2005. En Alemania y Suecia tardaron un poco más. Pero en la década del 2000 las disidencias sobre el consenso multicultural empezaron a estallar por todas partes.

Algunos de los que rompieron esos consensos fueron políticos de la izquierda. Esta «apostasía» tuvo un impacto muy particular, porque mientras los políticos y comentaristas de la derecha se esperaba que manifestaran su disidencia con el multiculturalismo, y siempre podrían ser sospechosos de albergar tendencias proteccionistas, a los que pertenecían a la izquierda se los veía generalmente como personas que manifestaban motivos más abiertos y razonables, y en las que incluso se podía confiar. No obstante, las fricciones con estas ideas liberales (debidas, en no menor medida, a que permitían que otras personas expusieran también las suyas) procedían de ciudadanos europeos con antecedentes étnicos. En Inglaterra, la lenta apostasía de uno de los primeros líderes de las relaciones raciales, Trevor Phillips, abrió el camino para que otros, que hasta entonces no se habían atrevido, hicieran lo mismo. Su creencia de que el entramado de las relaciones raciales formaba parte del problema, y constituía, en cierta medida, el resultado de la postura de «sonambulismo hacia la segregación» que había manifestado el país, fue un punto de vista que pronto empezaron a compartir otros países del continente. Entre los disidentes del multiculturalismo que emergió durante la misma década hubo quienes entraron en política, mientras que otros se mantuvieron fuera de ella, desempeñando su papel de formadores de opinión.

Pero en la década del 2000 surgieron nuevos disidentes que también tuvieron un decidido efecto liberador. Entre ellos se encontraban Ahmed Aboutaleb y Ayaan Hirsi Ali, en Holanda, Nyanko Sabuni, en Suecia, Náser Khader, en Dinamarca, y Magdi Allam, en Italia. Todos ellos hablaban desde sus comunidades a países que necesitaban gente con ese criterio para romper el hielo. Y todos ellos se las compusieron para lograr éxitos de distinta envergadura.

En todas partes surgió una temprana visión crítica que se ocupó de los mismos temas. Las prácticas más extremas e inaceptables de algunas comunidades fueron la razón para que se rompiera con la ortodoxia imperante. Los asesinatos por «honor» y las mutilaciones genitales a las mujeres recibieron una atención especial, debido en parte a que mucha gente se sentía traumatizada por el hecho de que cosas así estuvieran sucediendo, si bien había tenido miedo de denunciarlas cuando tuvieron conocimiento de ellas. En parte también se debía al hecho de que estos temas eran las preocupaciones que más fácilmente se podían manifestar en una era multicultural. Y si bien no contaron con una completa aceptación, estos problemas fueron, cuando menos, capaces de unir la opinión del abanico político más amplio: desde los feministas del ala izquierda hasta los nacionalistas de la derecha. Casi todo el mundo estaba de acuerdo en que el asesinato de mujeres jóvenes era algo detestable. Y la mayoría pudo unirse para expresar su horror ante el hecho de que en pleno siglo XXI siguieran mutilándose los genitales a chicas jóvenes.

A lo largo de la década del 2000 fue creciendo en la sociedad europea la crítica a estos ejemplos extremos del multiculturalismo. Los europeos se preguntaban en donde estaban los límites de la tolerancia. ¿Deberían las sociedades liberales tolerar a los intolerantes? ¿O bien había llegado el momento en el que, incluso la sociedad más tolerante, debía decir «basta»? ¿Habían sido nuestras sociedades demasiado liberales y habían permitido que el antiliberalismo o el aliberalismo campara por sus fueros? En estas fechas, como señalaba Rumy Hasan, la era del multiculturalismo se había ido transformando en la era del «multifeitismo». La identidad étnica, que anteriormente había constituido el foco del debate multiculturalista empezó a retroceder, y la identidad de la fe, que mucha gente no sabía de dónde

había venido, se convirtió en el eje principal. Lo que había sido una cuestión de negros, caribeños o norteafricanos ahora se había convertido en una cuestión de musulmanes e Islam.

Y al igual que había sucedido con las etapas anteriores de los cambios de posguerra, los procesos que se estaban viendo en este periodo no se habían producido de la noche a la mañana. A los gobiernos europeos les había llevado décadas reconocer el hecho de que la era *gastarbeiter* no se había desarrollado como estaba planeada. De igual modo también les llevó tiempo darse cuenta de que si los inmigrantes iban a quedarse en sus países de adopción, eran necesarias leyes para que les protegieran de la discriminación. El periodo del multiculturalismo necesitó un par de décadas para que terminara desapareciendo. Pero como había sucedido anteriormente, aunque se reconociera, y en este caso se anunciara su muerte, no estaba claro lo que todo ello significaba, y qué sería lo que habría de reemplazarlo.

¿UNA CULTURA BÁSICA?

Una de las pocas personas que había pensado en esta situación fue Bassam Tibi. El académico que había emigrado a Alemania desde Siria, en 1962, empleó años intentando lograr la integración en Alemania de las comunidades minoritarias. Partiendo de una atmósfera que, inicialmente, se mostraba pesimista, trató de abordar el problema. Propuso que las naciones europeas deberían pasar de una política multicultural a otra que abogase por una *leitkultur* o «cultura básica». Este concepto —que propuso en los años 90— sostenía la idea de una sociedad multiétnica que englobase a gente de diferentes procedencias, pero que se sintiese unida en torno a una serie de temas comunes[9]. Como pasa en la música de *jazz*, el proyecto podría funcionar si todo el mundo conocía el tema que iba a tocar. Pero las cosas no irían bien si no se conocía a fondo el tema, se olvidaba o se perdía. En semejante situación, una sociedad no solo fracasaría al tratar de marchar unida, sino que se convertiría en una completa cacofonía.

Este fue uno de los primeros intentos para dar con una solución al problema de una Europa multicultural; en particular, a la cuestión de cómo se podría unir a gente procedente de ambientes tan dispares, como ahora estaba sucediendo en Europa. La respuesta más sencilla era que todos deberían unirse, no porque tuvieran unos antecedentes parecidos, sino por la idea de querer compartir los conceptos básicos de un estado moderno y liberal; conceptos como podían ser una legislación común, la separación de la Iglesia y el Estado, y los derechos humanos. No obstante, mientras personas como Tibi se preocupaban por resolver el problema, la mayoría de la sociedad tenía que seguir viviendo con él. Y si se produjo una lamentable dejadez a la hora de buscar una solución, se debió en parte a la existencia de las dolorosas disonancias que estaban en juego.

Cuando Europa comprendió que los inmigrantes se iban a quedar, se acogió a dos ideas totalmente contradictorias que, sin embargo, pudieron cohabitar durante bastantes años. La primera fue lo que los europeos empezaron a decirse entre ellos, desde los años 70 y 80 en adelante. Y esa idea era la noción de que los países europeos podrían constituir una nueva forma de sociedad multirracial y multicultural, en la que personas procedentes de cualquier parte del mundo pudieran quedarse, si así lo deseaban. Esta idea nunca fue muy bien recibida por la opinión general, si bien hubo cierta élite que la apoyó. Pero lo más importante es el hecho de que fue algo fomentado por la inoperatividad de los gobiernos, que miraron para otro lado una vez iniciado el proceso de la migración masiva. Durante las primeras oleadas migratorias (y, concretamente, mientras se pensó que muchos inmigrantes regresarían, en algún momento, a sus países de origen) pocos fueron los que se dieron cuenta de que los recién llegados no se integraban en el país. De hecho, eran muy escasos los que querían hacerlo.

Con ciertas diferencias en cada país, los recién llegados se instalaban generalmente en los suburbios de aquellas ciudades en las que esperaban encontrar trabajo. E incluso cuando la oferta laboral se redujo, la gente que procedía de las mismas comunidades trataba de quedarse en donde ya se encontraban sus coterráneos. Y si no lo hacían así, tampoco se les instaba a que procedieran de otro modo. Los gobernantes se quejaban de que se produjera esta segregación; pero lo que pretendían muchos inmigrantes —

un deseo perfectamente comprensible— era tratar de mantener sus propias costumbres en una sociedad con la que no se sentían vinculados.

Cuando la gente se dio cuenta de que los recién llegados no se iban a marchar, se produjo una cierta resistencia a su presencia y no pudo evitarse que se insistiera en que deberían cambiar sus hábitos. Si se iban a quedar deberían acostumbrarse a las normas de su nuevo hogar. Pero para hacer esto era necesario llevar a cabo una serie de cosas; aunque siempre resultaba más fácil hablar de ello en el plano abstracto que en el práctico. Al primer caso pertenecía el esfuerzo por adaptarse a la nación en la que residían. Algunas veces se trataba simplemente de un proceso de reescribir la Historia y de adecuarse a ella. En otras ocasiones, parecía como si se tratase de denigrarla.

Un esfuerzo de este tipo, como el realizado por el presidente Wulff, implicaba definir los aspectos más esenciales de las culturas no europeas, a fin de establecer un nivel de paridad con Europa. Así, por ejemplo, la mayoría de los ataques terroristas se produjeron cuando era mayor la influencia de los islamistas neoplatónicos, y mayor también la importancia prestada a la ciencia islámica. En los años posteriores a esos ataques, la regla del califato musulmán de Córdoba, en Andalucía, al sur de España, que existió entre los siglos VIII y XI, pasó de una oscuridad histórica a ser el mayor ejemplo de tolerancia y coexistencia multicultural. Este hecho, en sí mismo, requería una nueva versión de la historia. Pero siempre se conjuraba el pasado para proporcionar alguna esperanza al presente.

Tales aspectos de la cultura islámica pronto tuvieron que sostener un peso insoportable. Una exposición denominada «1001 invenciones islámicas», que tuvo lugar en el Museo de Ciencias de Londres, entre otros, hacía hincapié en el hecho de que casi todo, en la civilización occidental, había sido originado en el mundo islámico. Y si bien estas afirmaciones no eran en modo alguno históricas, sirvieron para estimular la creación de cierta aura de fe en ese mundo. La gente necesitaba que tales cosas fueran ciertas, y no las ponía en entredicho. El asunto se convirtió no solo en un tema de cortesía, sino que también sirvió para hacer hincapié en el hecho de reconocer cuántas cosas le debía la cultura europea a las culturas de las comunidades que ahora se veían más aquejadas de problemas.

Cuando en el año 2008, el académico medievalista francés, Sylvain Gouguenheim publicó un ensayo en el que comentaba que los textos de la antigua Grecia, de los que con frecuencia se había dicho que fueran salvados por árabes musulmanes que no tenían conocimiento de griego, (pero que en realidad habían sido preservados por cristianos sirios) el debate se convirtió en un tema político. En cartas y publicaciones se denunció a Gouguenheim por su «islamofobia» al tratar este asunto. Fueron pocos los académicos que se manifestaron apoyando su derecho a decir lo que mostraban los datos evidentes que él había proporcionado. Dejando a un lado la cobardía, el hecho constituía una demostración de la necesidad urgente —al igual que el argumento de que «siempre fuimos una nación de inmigrantes», que también se utilizó por entonces— de cambiar el pasado monocultural de Europa para encajarlo en su presente multicultural.

Al mismo tiempo había personas que llevaron estos métodos hasta sus últimas consecuencias. Pero a fin de tratar de establecer un punto de equilibrio entre las culturas entrantes y las de los anfitriones, era necesario hablar de estas últimas. Y un ejemplo sumamente notable de esto lo proporcionó la ministra sueca de Integración, Mona Sahlin, cuando habló, en 2004, en una mezquita kurda. La ministra socialdemócrata (que se había puesto un velo para la ocasión) dijo a su auditorio que muchos suecos sentían celos de los kurdos porque estos poseían una cultura rica y unificadora además de una Historia, mientras que los suecos solamente podían ufanarse de cosas tan necias como el festival de la Noche de san Juan[10].

Otra manera de lograr el mismo efecto fue insistir en el hecho de que, realmente, no existía lo que se podría entender como una cultura europea. En 2005, un periodista preguntó a Lise Bergh, secretaria parlamentaria del gobierno sueco y líder de integración oficial, si valía la pena preservar la cultura sueca. La respuesta que dio la entrevistada fue: «Bien, ¿qué es la cultura sueca? Con eso creo haber contestado a su pregunta[11]».

Resulta sumamente difícil condenar a los inmigrantes, solo por las confusiones que se han producido actualmente por el tema de la inmigración. Fueron las sociedades europeas que les permitieron venir las que no tenían ni idea de la actitud que deberían adoptar cuando esos

inmigrantes llegaran. Se necesitaron seis décadas de inmigración para que los líderes políticos de Francia, Alemania e Inglaterra (entre otros) se dieran cuenta del problema que entrañaba la normativa de que los inmigrantes deberían hablar el idioma del país en el que se encontraban. Tan solo unos pocos años antes, tal normativa habría sido —y fue— considerada «racista». Hubo que esperar hasta el año 2010, para que una canciller alemana admitiera el hecho de que la normativa de que los inmigrantes deberían atenerse a las leyes del país y la constitución alemana había constituido un fracaso, tanto por parte de los inmigrantes como de la propia Alemania. Pocos años antes, cualquiera que hubiera hecho tal declaración habría sido acusado de utilizar los razonamientos más bajos. No obstante, en los años anteriores a la era multicultural se dijo que tal normativa había concluido. Pero antes de que empezara a agitarse el campo político, hubo mucho debate.

El tema de si los inmigrantes debían asimilar la nueva cultura o, por el contrario, se les debía animar a que mantuvieran la suya propia creó confusión. Según lo tratado por la mayoría de los políticos en el año 2011, ¿qué se debería desechar de la cultura de los recién llegados y qué se debería adaptar? Presumiblemente, un motivo por el que no llegó a producirse un debate público sobre este tema, fue la conciencia de lo penoso que resultaría tal cosa para la mayoría de los europeos. ¿A qué partes de su cultura habrían de renunciar los emigrantes? ¿Qué beneficios obtendrían a cambio, y cuándo experimentarían los resultados de esos beneficios? Naturalmente, una idea así nunca fue sometida a la opinión pública porque los europeos, casi con toda certeza, nunca hubieran dado su aprobación. No obstante, subyacían peores suposiciones.

Si el país anfitrión no iba a ceder en algo, ¿deberían ser entonces los recién llegados los que lo hicieran? ¿Pero en qué deberían hacerlo, y quién iba a explicárselo? ¿Y cuáles serían las sanciones si no se cumplían las normas? Por ejemplo: ¿qué les pasaría a los migrantes que instalados ya en Europa se negaran a aprender el idioma del país? Si no se tomaba ninguna medida coercitiva en esos casos, una mera recomendación carecería de todo valor. Durante todo ese tiempo no estuvo claro el hecho de cuántos inmigrantes querían disfrutar simplemente de los derechos que había en

Europa, y cuántos querían en realidad convertirse en europeos. ¿Cuál era la diferencia entre las dos posturas, y cuál era la ventaja de escoger una de ellas? ¿Querían realmente los europeos que los recién llegados llegaran a ser iguales a ellos?

Durante todo ese tiempo, la postura oficial fue que una vez se tuviese el pasaporte o el visado de un país, el inmigrante adquiría los derechos de cualquier ciudadano. Y a lo largo de todo ese tiempo también, los diferentes gobiernos estuvieron debatiendo las medidas necesarias que habría que tomar para animar a millones de inmigrantes que se encontraban en Europa a que se convirtieran en auténticos europeos. Mientras tanto, los mismos europeos se hacían a la idea de que era necesario establecer un debate sobre el tema, aunque era posible que las cosas no llegaran a resolverse.

Esta situación también alentó el temor de los gobiernos a que todas estas medidas resultaran inoperantes; o que, si no todas, al menos muchas de las ya existentes fracasaran. Era una preocupación que estaba basada en la creencia de que de producirse la integración, el proceso llevaría mucho tiempo —tal vez siglos— y el convencimiento de que, en todo caso, se trataba de algo que jamás había sucedido en Europa. La experiencia diaria de los europeos era más importante que cualquier tipo de encuesta; y lo que estaban viendo con sus propios ojos era más importante que cualquier tipo de estadística gubernamental.

«LA GRAN SUSTITUCIÓN»

Un viaje a lo largo de miles de ciudades europeas podía disparar el miedo a lo que el escritor y filósofo francés Renaud Camus definió como «La gran sustitución». Tomemos, por ejemplo, el barrio de Saint-Denis, en la zona norte de París. Es este uno de los lugares más significativos de la historia y la cultura francesas, que recibe el nombre de la gran basílica catedral que se alza en el centro de la ciudad, y en la cual se guardan las reliquias del arzobispo del siglo III que es hoy el santo patrono de la ciudad. El edificio data del siglo XII, y es también famoso por otra razón: desde el siglo VI ha constituido la necrópolis de la familia real francesa. Sus tumbas,

que guardan un notable parecido en piedra con los personajes enterrados, incluyen las pertenecientes a la dinastía de los Merovingios, Capetos, Médicis y Borbones. Durante la Revolución francesa estas tumbas fueron violadas; pero actualmente en la cripta todavía se encuentran las tumbas del rey y de la reina que derrocó la Revolución: Luis XVI y Maria Antonieta.

No menos importante es el hecho de que entre las tumbas más antiguas existentes en Saint-Denis se encuentre la de Carlos Martel, el caudillo franco que un siglo después de la muerte de Mahoma, cuando el califato omeya trataba de apoderarse de Europa, rechazó el avance musulmán. La victoria de Martel en Tours, en el año 732, es famosa por haber impedido el avance del islam por toda Europa. Si el ejército franco no hubiera llegado a vencer, ningún otro país europeo hubiera podido impedir que los musulmanes conquistaran el continente. Cuando sus ejércitos cruzaron el estrecho de Gibraltar, en el año 711, uno de sus caudillos, Tariq bin Zayad, dio la orden de que se quemaran las naves en que habían llegado, diciendo: «No hemos venido hasta aquí para regresar. Conquistaremos estas tierras y nos estableceremos en ellas, o pereceremos». Martel se encargó de que perecieran; y de que los ejércitos árabes que ya habían conquistado el sur de España no extendieran el islam por el resto de Europa. Como escribió Edward Gibbon mil años más tarde, si no hubiera sido por la victoria del hombre conocido como «El martillo»: «Tal vez se estuviera enseñando la interpretación del coran en la Universidad de Oxford; y desde los púlpitos se enseñase a unos fieles circuncisos la santidad y la verdad de la doctrina de Mahoma». Y como el mismo Gibbon seguía diciendo: «De tales calamidades se salvó la cristiandad por el genio y la fortuna de un solo hombre[12]».

El visitante que hoy día acuda a la basílica en donde se encuentra la tumba de Martel, tal vez llegue a sorprenderse al comprobar que allí donde él triunfó, sus descendientes fracasaron. Lo que hoy día llama la atención en el distrito parisino de Saint-Denis es ver un barrio que recuerda más al de una ciudad del norte de África que a una francesa. El mercado que se extiende a las puertas de la basílica se parece más a un zoco que a un mercado europeo. En las tiendas se venden todo tipo de yihabs, y en los kioscos los grupos radicales te ofrecen folletos contra el Estado. Y aunque

se pueda ver dentro de la basílica a unos cuantos clérigos blancos de cierta edad, la mayor parte de los feligreses son inmigrantes no musulmanes procedentes de las antiguas colonias del Caribe, Martinica y Guadalupe.

Esta zona de París es la que tiene la población musulmana de Francia. Alrededor del 30 % de la población del distrito Sena-Saint-Denis, también conocido como distrito 93.º, es musulmana. No más de un 15 % es católica. Pero como la mayoría de los inmigrantes de esta zona proceden del Magreb y del África subsahariana, con una población joven cada vez más abundante, no es sorprendente que incluso en las escuelas católicas privadas del distrito, el 70 % de los estudiantes sean musulmanes. Mientras tanto la población judía de este barrio se ha reducido a la mitad.

Según el ministerio del Interior, este distrito tiene el 10 % de las doscientas treinta mezquitas que hay en Francia. Si usted llega a visitarlas podrá comprobar que en ellas se atiende a las necesidades de la comunidad musulmana. Los viernes, las plegarias se pueden escuchar por toda la calle, y un buen número de las mezquitas de la zona se afanan en facilitar las posibles demandas de sus fieles.

Por supuesto que si usted menciona Saint-Denis a cualquier persona en el centro de París, le pondrá mala cara. Todo el mundo conoce cómo están las cosas en ese barrio y nunca van a él. Con la única excepción del Estadio de Francia, tampoco hay muchos motivos para visitar la zona. Al quedar marcada por las oleadas de desindustrialización y reindustrialización, en los últimos años el Gobierno ha tratado de dotar al entorno de un ambiente un poco más social, estableciendo oficinas municipales en la zona, para que en ellas puedan trabajar empleados estatales. Pero, por lo general, la totalidad de estos empleados (alrededor de unos cincuenta mil) que tienen su trabajo en esa área metropolitana nunca viven en ella. Llegan por la mañana, procedentes de cualquier otro barrio de París, y se marchan por la tarde, cuando sus oficinas quedan debidamente cerradas con todas las medidas de seguridad. Es el reto inmigratorio de Francia centrado en un distrito de la capital.

El mismo fenómeno se puede presenciar en los suburbios de Marsella y de otras muchas ciudades de Francia. Pero es un fenómeno que igualmente puede apreciarlo cualquier visitante o residente —aunque no tenga deseos

de ir a Saint-Denis— que se desplace en los trenes suburbanos o en el metro de París. Al viajar en uno de esos trenes, que hacen pocas paradas y recorren largas distancias entre estaciones, uno tiene a menudo la sensación de que está viajando en el suburbano de una ciudad africana. La mayor parte de los usuarios son de raza negra que están desplazándose hacia los suburbios. Ciertas paradas de estos trenes en la zona central de París —Châtelet, por ejemplo— tienen fama de ser zonas problemáticas, especialmente por las tardes, cuando jóvenes conflictivos vienen de las afueras al centro. Uno siempre recuerda lo sucedido en el año 2005, cuando los altercados y la quema de vehículos de las afueras se repitieron en zonas del centro, como el distrito de Le Marais.

Sin embargo, si uno viaja en el metro en las líneas que llevan al centro de la ciudad, y en las que las estaciones están cerca unas de otras, parece como si se estuviera en otro mundo. La mayoría de los usuarios son blancos que van a sus respectivos trabajos; mientras que los trenes de cercanías están llenos de individuos que o bien van a trabajar en empleos mal pagados o parece que estén vagabundeando. Es una sensación que no se percibe en el centro de París, en donde no se pueden imaginar este tipo de ambientes.

Una desagradable experiencia de este tipo también puede percibirse al viajar por algunas ciudades del norte de Inglaterra, o por las barriadas de Rotterdam y Ámsterdam. Es algo que hoy en día también puede experimentarse en los suburbios de Estocolmo y de Malmö, que son lugares en los que viven los inmigrantes, y que no tienen parecido alguno con las zonas habitadas por los residentes locales.

Los políticos creen que esta clase de problemas podría resolverse con una planificación de las ciudades que resultara más innovadora y elegante; o, tal vez, con la actuación de un ministro de vivienda que fuera un poco más inteligente. A partir del año 2015 se ha venido intentando hacer algo así en las grandes ciudades, en las que algunos de sus barrios semejan campos de refugiados. Y aunque la policía trata continuamente de desalojar de ellos a los inmigrantes para que la ciudad tenga un buen aspecto, en París, en el año 2016, muchos norteafricanos se quedaron en estas zonas. En barriadas como Stalingrado, del decimonoveno *arrondissement*, se instalaron cientos de tiendas de campaña en las aceras de las calles. Cuando

la policía las desalojó, los inmigrantes se trasladaron a otros barrios. Pero incluso antes del año 2015, las teorías de los supuestos expertos y de los políticos tendentes a aliviar este urgente problema habitacional tuvieron que enfrentarse a la realidad que estaba sucediendo ante sus ojos.

La atención que cada día conllevaba este problema, al igual que la atención que requería su solución, superaba con mucho los peores pronósticos de muchos europeos. Porque al estudiar a tanta gente y ver la forma tan distinta de cómo llevaban a cabo sus vidas, uno podía pensar que algún día llegarían a ser los seres dominantes; pues una cultura de convicciones religiosas tan fuertes enfrentada a otra de las creencias más débiles podría frenarse en un principio, pero terminaría por hacerse notar de muchas formas. Además, tanto los estudios como las encuestas no suelen ser muy útiles a la hora de controlar esta sensación de cambio inminente.

En ocasiones se utilizan las encuestas para «demostrar» que las comunidades de inmigrantes terminan integrándose en la sociedad que los acoge. Pero si esa integración a la que se refieren tanto políticos como encuestadores llegara a suceder, entonces seríamos testigos de una realidad completamente distinta. Por ejemplo, los *pubs* ingleses que se encuentran cerca de las zonas en donde abundan tanto pakistaníes como otros migrantes musulmanes, terminan cerrándose. Si los recién llegados se convirtieran en «británicos como los demás» —tal y como los ministros del Gobierno y otras autoridades decían que así era— entonces los *pubs* seguirían abiertos, y los recién llegados tomarían sus consumiciones como lo hacían los que vivían en esa calle antes de que llegaran ellos. Sucedía lo mismo con las iglesias. Si los inmigrantes fueran tan «británicos como los demás», es posible que no fueran a la iglesia todos los domingos, pero irían para celebrar sus bodas, para algún bautizo y, muy probablemente, una vez al año por Navidad. Pero estaba claro que eso no era lo que había sucedido. Tanto las iglesias como los *pubs* se clausuraron, y esos locales tuvieron que dedicarse a otros menesteres.

Aunque se mantenía la costumbre de ir a la mezquita, el no abstenerse de la bebida constituía un paso de transición hacia las tradiciones de los nativos. Pero con semejantes características diferenciadoras era evidente que los resultados que pudieran conseguirse habrían de ser también muy

diferentes. Y las razones que subyacían a semejantes diferencias eran temas difíciles de tratar. Se podía tener también la misma visión y la misma actitud con los suburbios turcos y norteafricanos de Amsterdam, con barrios de Bruselas, como Molenbeek, zonas de Berlín como Wedding y Neukölln, y con otro buen número de ciudades de todo el continente. En cada uno de estos casos, el precio que la gente tenía que pagar por no hacer otra cosa que adoptar la actitud más positiva ante la llegada de cientos de miles de personas procedentes de otras culturas era ciertamente alto. Carreras completas, no solamente en el mundo de la política, sino en cualquier otra actividad, podían verse arruinadas por el mero hecho de reconocer lo que estaba teniendo lugar, aunque no se tomara ninguna solución al respecto. Y de este modo, la única cosa que la gente podía hacer —ya se tratara de simples ciudadanos, o de estamentos políticos— era ignorar el problema y aceptar los hechos.

En cierto momento, tanto los políticos como el público en general empezaron a aceptar la versión más optimista de lo que estaba sucediendo en el país. De este modo, un rasgo cultural sin importancia —como podía ser el hacer la cola, o quejarse del tiempo que hacía en Inglaterra— era algo bien aceptado. Porque el hecho de que ese inmigrante se acostumbrara a hacer cola o a comentar el estado del tiempo se consideraba como una demostración de que ese inmigrante —y, por extensión, todos los inmigrantes— habían logrado integrarse en la sociedad, como cualquier otra persona. Tras descubrirse que los autores de los ataques al London Transport, de julio del 2005, eran musulmanes nacidos en Inglaterra, se supo que uno de ellos había estado trabajando en un *fish-and-chips* y jugaba al críquet. Mucho se habló de este caso, si bien se guardó como el mayor de los secretos el hecho de que uno de estos asaltantes viviera como cualquier ciudadano inglés. El hecho de que ese hombre se hubiera adaptado al ambiente británico, como para trabajar en un establecimiento tan típicamente inglés, fue algo que prefirió relegarse para evitar los desagradables debates que podrían producirse al respecto.

A medida que empezó a quebrarse la era multicultural, se abrió un debate para identificar el país en donde el experimento de la asimilación cultural hubiera funcionado. Durante las secuelas de los ataques sucedidos

en Londres en el año 2005, los ingleses empezaron a debatir si el modelo de la *laicité* francesa no sería, quizás, la forma de tratar con los problemas de la integración. Pero entonces, tras el número creciente de ataques terroristas en Francia, se produjo un debate sobre si, tal vez, el modelo anglosajón tendría cierto valor. Mientras tanto, empezó a considerarse el modelo escandinavo como una posible solución, hasta que empezaron a manifestarse los problemas que también surgían en esos países. Por lo general, el público pudo ver lo que los políticos no veían; es decir, que a pesar de las diferencias que existían entre los países europeos, todos ellos habían fracasado en su intento de asimilar a los recién llegados.

Hubo críticas a la hora de debatir la técnica de planificación «donut», seguida en las ciudades francesas, consistente en instalar a los migrantes en las afueras de las ciudades. Pero surgieron idénticos problemas en países en donde se había intentado evitar tales programas de inserción. Y de este modo, cuando un político francés criticó las «comunidades paralelas» surgidas en Inglaterra, se pudo hacer la misma acusación en su propio país[13]. Se hubiera dicho que si bien las diferencias en las leyes de planificación de los diferentes países europeos constituían un tema de interés, en el fondo no resultaban decisivas. Sucedía lo mismo con los sistemas educativos de los distintos países y su énfasis en establecer distinciones en los currículums, que constituían temas de debate académico. Pero de nuevo, no parecía que ningún sistema hubiera funcionado especialmente bien, ni que uno fuera mucho mejor que otro a la hora de evaluar los resultados.

Y de este modo, los «cerebros» europeos seguían viviendo dos hechos contradictorios. El primero era la narrativa dominante establecida en una generación: que nadie podía venir a Europa y convertirse en un europeo, porque para hacerse europeo se necesitaba haber nacido en Europa. El otro sector de la mentalidad europea se había pasado todos estos años esperando y observando. Este sector reconocía que las nuevas llegadas no solamente englobaban cifras sin precedentes, sino que también traían con ellos un tipo de costumbres que, si no todas, la mayoría carecían de precedentes en Europa desde hacía mucho tiempo. La primera parte del razonamiento quería insistir en el hecho de que los recién llegados irían asimilando las

costumbres de su país de acogida y que, con el paso del tiempo, incluso los aspectos más difíciles de su cultura se irían adecuando a los europeos. Era esta una visión notablemente optimista. Pero los hechos apoyaron la otra visión, la de aquellos que se preguntaban, cada vez con mayor insistencia, si llegaría el momento en que se pudieran comprobar esos cambios.

Nadie se hubiera sorprendido al constatar que lo que subyacía en esta situación eran los miedos más oscuros y subterráneos. Al presente esto se veía muy claramente en Francia que, a finales de la Segunda Guerra Mundial, había padecido la misma falta de mano de obra que existía en otras naciones de la Europa occidental. El país respondió al problema de la misma manera que hicieron otros: abriendo sus fronteras a los trabajadores procedentes de todas partes.

Durante las décadas de 1950 y 1960, como consecuencia de la descolonización del norte de África, a Francia le resultó imposible detener la invasión de gente procedente de sus antiguas colonias; algo parecido a lo que le había sucedido a Inglaterra y a otros países en su momento. Y el flujo de gran cantidad de trabajadores manuales, de escasos medios económicos y poca preparación, fue cambiando de forma gradual la cultura y la forma de ser de Francia, como había pasado en otros sitios.

Una respuesta más o menos oculta a esta situación —respuesta que el filósofo francés Bernard Henri-Lévy había denominado como «el oscuro especialismo del país[14]»— fue la preocupación por la sustitución de la población. Con la mayor población musulmana per cápita de cualquier país europeo, y con la amenaza electoral de partidos procedentes de la familia del Frente Nacional de Le Pen, los debates y las manifestaciones de estas preocupaciones se produjeron con mayor frecuencia que en ningún otro país de Europa. No obstante, fue precisamente en Francia en donde surgió una de las formas más desconcertantes y proféticas de este miedo.

EL «OSCURO ESPECIALISMO»

En 1973 apareció en Francia una extraña novela que, poco a poco, se fue convirtiendo en un *bestseller*. El autor de *Le Camp des Saints (El*

campo de los santos) ya era conocido como novelista y escritor de viajes. La visión, curiosa, cultural y bien documentada de su obra más célebre le llegó una mañana en su casa de las orillas del Mediterráneo. En sus propias palabras, aquella mañana de 1972 tuvo la visión de «un millón de pobres desgraciados, armados tan solo con su debilidad y su número, abrumados por la miseria, cargados con sus hambrientos niños negros, dispuestos a desembarcar en nuestras costas; la vanguardia de multitudes que presionarían con dureza contra cualquier parte de nuestro cansado y sobrealimentado Occidente. Literalmente los vi; vi el gran problema que representaban, un problema absolutamente insoluble para nuestros niveles morales actuales. Permitir su entrada nos destruiría. Rechazarlos los destruiría a ellos[15]».

La novela en cuya redacción Jean Raspail empleó dieciocho meses, reflejó en cierta manera lo que iba a suceder en las siguientes décadas; y describió una Francia —y una Europa— a punto de ser inundada por la migración masiva procedente del Tercer Mundo. El catalizador general para la migración es la disparidad creciente entre las cifras de la gente golpeada por la pobreza del Tercer Mundo y el porcentaje cada vez menor de la población mundial que vive en el comparativo paraíso de Europa. Con los modernos medios de comunicación no es posible ocultar por más tiempo esta disparidad, y el Tercer Mundo se vuelca en Europa. Un millón de personas se lanza al mar en una flota de pequeñas embarcaciones. Pero otro millón más, del que no se habla, también está esperando a embarcarse. Todo depende de la reacción que tenga Europa ante ese primer millón. Por razones políticas y estratégicas (como él explicará más tarde), Raspail cuenta en su obra que esta migración no viene del norte de África, sino de Calcuta, de donde se dirige hacia la Riviera francesa.

El memorable inicio de la novela nos presenta a un anciano y culto profesor, sentado en su casa de la costa meridional francesa, que está escuchando a Mozart mientras esa flotilla de pequeñas embarcaciones arriba a puerto. El hombre cree que está solo, tras la anarquía causada por la espantada de la población local. Sin embargo, un joven de aspecto *hippy* llega a su estudio. El joven se siente feliz en el «nuevo» país que está a punto de surgir, un país que será todo un «renacimiento», y le dice al

profesor que «está acabado. Agotado. Sigues pensando y hablando, pero ya no hay tiempo para eso. Todo se acabó. ¡Entrégate!». Por su parte el profesor acepta que el joven tenga razón. «Es más que probable que mi mundo no vaya a vivir pasado mañana», le dice, «pero yo estoy completamente dispuesto a disfrutar de este momento final». Y dicho esto, dispara al joven[16].

En la novela de Raspail el catalizador específico de la migración masiva es un anuncio del gobierno belga en el que se dice que admitirá a cierta cantidad de niños necesitados del Tercer Mundo. Muy pronto algunas madres confían a sus hijos al cónsul general, en Calcuta. Bélgica trata de impedir que se lleven a cabo estos hechos, pero ya es demasiado tarde. Una gran multitud invade el consulado, causando la muerte del cónsul. De la multitud surge un individuo deforme que se erige en líder, y que incita al Tercer Mundo a que avance hacia Europa. «Las naciones se están alzando desde las cuatro esquinas de la Tierra, y su número es como la arena del mar», dice el hombre. «Marcharán sobre la ancha Tierra y rodearán el campo de los santos y la ciudad amada…»[17]. Al final hay una cita del Apocalipsis de san Juan, una cita que también se encuentra en el epígrafe de la novela. Es una cita adecuada, pues la novela es verdaderamente apocalíptica.

La obra resulta profundamente desagradable. La figura mesiánica que conduce al Tercer Mundo hacia la gran flota que los llevará a Europa es un «devorador de basura», un ser terriblemente deforme que está descrito de manera monstruosa. Por todas partes el inmenso océano de la Humanidad es casi igual de grotesco y deforme; su pobreza es imperdonable y su suciedad, endémica.

No resulta difícil adivinar por qué la novela de Raspail fue casi unánimemente rechazada por la crítica, al considerarla racista. Pero su incómoda precisión, y no en menor grado su descripción del fracaso de la sociedad europea al empezar la migración, impide que se la considere tan solo como tal.

Ante la amenaza que se le presentaba a Francia, todos los organismos estatales —al igual que los de sus vecinos europeos— se mostraron indecisos. Cuando se hizo evidente que la flotilla emigrante estaba en

camino, y que Francia se vería arrollada no por la fuerza, sino por gente que llegaba pacíficamente a sus playas, todo el mundo hizo sus propios cálculos. Los políticos se mostraban nerviosos e incapaces de adoptar la actitud adecuada, dudando entre la aceptación de esa flota y su intención de bloquearla. Cuando se ordenó a determinados estamentos militares que torpedearan las embarcaciones, estos se negaron a cumplir las órdenes. Mientras tanto, las autoridades eclesiásticas, abrumadas por la culpabilidad de su propia riqueza, solicitaron que se abrieran las fronteras. Y durante todo este tiempo las estrellas mediáticas más famosas del momento trataron de mantener su propia reputación, manifestando públicamente que el momento constituía una maravillosa oportunidad. Y Raspail, consciente quizás de que cualquier otro desenlace de su novela la hubiera convertido en una obra inaceptable para el público, se decidió a escribir que la flotilla de los inmigrantes llegaba finalmente a puerto. Francia no los rechazaba.

A pesar de constituir un *best seller* en Francia, los críticos literarios impusieron una especie de *cordon sanitaire* a la novela, por lo que *El campo de los santos* terminó fracasando en ciertos aspectos. A lo largo de los años siguientes se hicieron cierto número de traducciones de la obra, pero todas en pequeñas editoriales vinculadas a organizaciones antiinmigratorias. No obstante, y pese a su insoportable morbosidad, algo del libro quedó en la parte más profunda de la mentalidad de los lectores. Fuera cual fuera la actitud de los críticos o del sino publicitario de la obra, la visión distópica de Raspail sobre el futuro de Europa —cuya obra dos articulistas de la revista *The Atlantic* calificaron, en 1994, como «una de las novelas más turbadoras del siglo XX[18]»— tuvo la desagradable oportunidad de exponer el problema y, en ocasiones, de obtener cierta publicidad.

En el año 1985, Raspail volvió de forma un tanto curiosa al tema de su novela, en un artículo de la revista *Le Figaro*. En la portada de su artículo, escrito en colaboración con el renombrado demógrafo Gérard François Dumont, el autor se hacía esta pregunta: «¿Seguirá Francia siendo francesa en el 2015?»[19]. En la portada aparecía Marianne, símbolo nacional de Francia, cubierta con un velo musulmán. El artículo argumentaba, al referirse a la proyección demográfica, que la creciente inmigración y el

desproporcionado crecimiento de la población entre las comunidades inmigrantes, haría que la población de la Francia no europea crecería de tal manera, que pondría en riesgo la supervivencia de los valores culturales del país.

El artículo levantó toda una polvareda. Algunos ministros del Gobierno hicieron cola para denunciarlo. Georgina Dufoix, ministra de Asuntos Sociales, calificó el artículo como «una reminiscencia de las salvajes teorías nazis». El ministro de Cultura, Laurent Fabius, dijo en el Parlamento que «los inmigrantes han contribuido en gran medida a la riqueza de Francia. Aquellos que han manipulado las estadísticas de la inmigración están enfrentándose al auténtico interés nacional[20]». El ministerio de Dufoix expuso sus propias cifras para contrarrestar las del artículo. Entre otras cosas ambos afirmaban que tanto Raspail como Dumont habían exagerado el posible futuro demográfico, porque habían asumido que la tasa de natalidad entre los inmigrantes continuaría siendo alta, y que la de los nativos seguiría disminuyendo.

Los cálculos de Raspail y Dumont mencionaban, de forma interesada, un crecimiento anual neto de la migración en Francia de cincuenta y nueve mil personas. De hecho, y de acuerdo con las cifras oficiales francesas[21] de 1989, solamente la cifra de los que habían solicitado asilo era de sesenta y dos mil personas (un incremento triple del que se había experimentado al inicio de la década). En el año 2006, la cifra anual neta de la migración en Francia había alcanzado la cifra de ciento noventa y tres mil personas. En 2013, esa cifra habría ascendido a doscientos treinta y cinco mil (con un crecimiento de la población nativa de dos millones seiscientas mil personas en ocho años)[22]. Tal vez, y de forma muy controvertida, los autores del artículo del *Figaro* predijeron que para el año 2015, el islam sería la religión más importante de Francia.

En 1985, con la reimpresión de su famoso libro, Raspail reiteró el hecho de que había entendido y sentido la contradicción central, que hacía que su profecía de *El campo de los santos* se hubiera cumplido. Enfrentándose a la oportunidad de dar un portazo a los más necesitados del mundo dijo: «¿Qué hay que hacer, dado que nadie renuncia a su propia dignidad humana, para aceptar el racismo? ¿Qué se debe hacer también para que, del mismo modo,

todas las personas de todas las naciones puedan mantener el sacrosanto derecho de preservar sus diferencias e identidades, en el nombre de su propio futuro y de su propio pasado?»[23].

En 2001 una embarcación con refugiados kurdistaníes de Irak arribó a una playa del sur de Francia, a las cuatro de la madrugada. De los mil quinientos inmigrantes que venían a bordo, algunos desembarcaron y llamaron en las casas de los vecinos. Casualmente, la embarcación atracó a tan solo quinientos metros de la casa que Raspail tenía en la Riviera, y en donde había escrito su novela hacía casi treinta años. Diez años más tarde, la mayoría de los medios estaban de acuerdo en conceder cierto aire profético a la novela *El campo de los santos*.

Con ocasión de otra reimpresión de su novela, el autor, que para entonces contaba ochenta y seis años de edad, hizo su aparición en el programa de la televisión *Ce Soir* de France 3. En la entrevista mantenida, Raspail sugirió que tal vez algunos de los párrafos de su libro ya no resultaran tan controvertidos como lo habían sido en su momento, y recordó la llegada de inmigrantes de 2001, calificándola de «una señal». La única cosa en la que reconoció haberse equivocado, en su visión de aquella gente que llegaba en pequeñas embarcaciones, era la cifra de los inmigrantes. «Es cierto», concedió, «actualmente no hay una flotilla que llegue a transportar un millón de personas». Esto sucedía en el mes de febrero de 2011.

Mucho antes del 2015, la controvertida y denunciada visión de Jean Raspail, fue la que intuyó mucha gente en toda Europa. Incluso antes de que los medios de comunicación empezaran a mostrar diariamente las imágenes de las embarcaciones llegando a puerto, y las falanges de hombres jóvenes del Tercer Mundo caminando a lo ancho y largo del continente, el autor había destapado el miedo que ya existía. Y si el miedo —ese «oscuro especialismo»— parecía haberse desencadenado de forma más intensa en Francia, no se limitó solamente a ese país. Nombres conocidos de la política y de la cultura del momento, y de muchos años más tarde, se mostraron de acuerdo en cómo había que tratar el problema. Cualesquiera de esos temores podía responder tanto a una desestimación como a un consentimiento de los hechos.

De este modo, y al mismo tiempo que los políticos franceses consideraban la visión de Raspail racista y carente de fundamentos, rivalizaban entre ellos para ver quién mostraba una retórica más dura sobre cómo habría que limitar el flujo de migrantes y aumentar las repatriaciones. Durante años —tal vez, de un modo muy especial— los políticos socialistas del país participaron en este juego. Tanto si se daban cuenta como si no, del hecho de que eran responsables por haber fomentado una crisis en su propia nación.

Cada año los hechos cambiaban. Todos los años, la misma clase política, a través de sucesivos gobiernos de toda índole, seguía viendo un recrudecimiento cada vez mayor de los nacimientos de extranjeros en Francia. A lo largo de todo este proceso, las estadísticas oficiales continuaban manifestando los datos que afirmaban los políticos que se estaban produciendo, pero que la población veía con sus propios ojos que no eran verdaderos. Pero no todo estaba hecho con mala intención. Debido a una antigua legislación —que databa de los tiempos del gobierno de Vichy— a lo largo de las décadas de 1970,1980, y 1990, las estadísticas no recogieron las cifras de ciertas comunidades étnicas, raciales o religiosas para establecer la cifra de la población total francesa. Durante cierto tiempo, a partir del año 2000, se relajó esta ley en Francia. Pero el análisis de la población existente, sin que importara las proyecciones sobre futuros estudios demográficos, siguió estando cargado de un contenido político que era mayor en Francia que prácticamente en ningún otro país.

Incluso teniendo en cuenta la población musulmana, que estaba a punto de convertirse en la más elevada porcentualmente de toda Europa, y que se esperaba siguiera creciendo en los años siguientes, ningún demógrafo francés que no subestimara los posibles cambios de población los habría tenido en cuenta. Por ejemplo, una demógrafa muy respetada, Michèle Tribalat, vio muy cuestionada su reputación profesional cuando otro especialista, Hervé Le Bras, la tildó de ser «la novia del Frente Nacional[24]».

Resulta fácil afirmar que los hechos no mienten. Pero las estadísticas sobre la inmigración, dejando aparte las proyecciones demográficas, lo hacen a menudo; y en Francia más que en ninguna otra parte. Resulta difícil

sorprenderse de que un país en donde los hechos han llegado a ser tan maleables, sectores de la población pudieran llegar a creer en lo que veían sus ojos de las estadísticas, con unas consecuencias inimaginables hoy día.

Raspail y Dumont no acertaron en la predicción que hicieron en 1985 cuando afirmaron que en el año 2015 el islam sería la religión dominante en Francia. Al menos, no numéricamente. Una encuesta realizada el cuatro de febrero de 2016 por la agencia Ipsos para la publicación liberal *L'Obs* reveló que entre los estudiantes de bachillerato de Francia, el 32,2 por ciento se identificaba como cristianos, mientras que el 25,5 por ciento lo hacía como musulmanes. Pero ya nadie podía negar que en Francia era el islam el que iba viento en popa. La misma encuesta revelaba que menos de la mitad de los no musulmanes encuestados (y justamente el 22 % de los católicos) describía su religión como «algo importante, o muy importante» para ellos. Por el contrario, entre los jóvenes musulmanes, el 83 % afirmaba que su religión era «importante, o muy importante[25]».

Y, por supuesto, el millón de personas que Raspail había profetizado que vendría era una estimación baja. Las cifras, cuando los inmigrantes llegaron y no previamente en grandes buques, sino en flotillas de incontables embarcaciones pequeñas, arrojaban cifras muy superiores a esa visión distópica. Y esto sucedía antes de que se produjera la crisis migratoria. Cuando esta se hizo más intensa, a Francia ya estaba llegando esa cifra cada pocos años.

Las cifras oficiales decían que la inmigración legal a Francia era de doscientas mil personas anualmente; pero se creía que alrededor de una cifra similar llegaba al país de forma ilegal cada año. Algunos funcionarios franceses reconocían en privado que la única razón que tenían para evitar los niveles inmigratorios que había tenido Alemania en los últimos años, era la opinión ampliamente extendida entre los migrantes de que Francia era un país racista. Esta era una fama que incluso los funcionarios de la izquierda consideraban creíble en tiempos como estos.

Si bien en el año 2015 Marianne no se vio cubierta con el velo musulmán, el país pudo presenciar cosas que Raspail nunca hubiera llegado a imaginar, incluso en sus peores pesadillas. Él nunca habría imaginado el hecho de que muchos capitanes de embarcaciones migrantes arrojaran por

la borda a pasajeros cristianos a causa de su religión. Nunca se hubiera atrevido a contar en su obra que algunos migrantes le rebanaran el cuello a un sacerdote en plena misa. Ni tampoco hubiera predicho que una mañana de domingo del año 2016, en Saint-Denis, mientras el sacerdote estaba celebrando la misa, otros sacerdotes, al igual que las tumbas de los antiguos reyes franceses, tuvieran que estar fuertemente protegidos por soldados armados. Y no por primera vez en Europa, los profetas más pesimistas se quedaron cortos en sus predicciones.

7

YA ESTÁN AQUÍ

Cuando pronunció su discurso en Potsdam, en octubre del 2010, Angela Merkel parecía estar haciendo una concesión importante al pasado, e incluso que señalaba un cambio de dirección para el futuro, en la relación entre Europa y sus inmigrantes. Sin embargo, al cabo de pocos años estas manifestaciones tan aplaudidas dieron la impresión de no tener el menor sentido. En su discurso, la Canciller admitió que Alemania había fracasado a la hora de integrar a los inmigrantes que habían llegado hasta el momento. En el año 2010, Alemania tenía un total de 48 589 personas en demanda de asilo[1]. Tan solo cinco años más tarde Merkel permitió (si las estimaciones internas del Gobierno eran correctas) que un millón y medio de personas entraran en Alemania, en el transcurso de tan solo un año.

Si el multiculturalismo no había funcionado con unas cincuenta mil personas que pedían asilo anualmente en Alemania, ¿cómo se podía esperar que funcionase con una cifra treinta veces superior, que llegaba cada año? Si no se había hecho lo suficiente en 2010, ¿cómo se podía pensar que cinco años más tarde los organismos estatales de Alemania fueran treinta veces mejores? Y si Alemania había estado perdiendo el tiempo durante los años 60, al pensar que retornarían a sus países de origen los «trabajadores-invitados», ¿cómo podía engañarse pensando que todos cuantos estaban pidiendo asilo regresarían a sus hogares, en su momento? Resultaba

evidente que si el multiculturalismo no había funcionado bien en el año 2010, todavía funcionaría peor en 2015.

Una cosa parecida sucedía en Inglaterra. Si el multiculturalismo en este país había fracasado cuando el primer ministro, David Cameron, afirmó tal hecho en el 2011, ¿por qué no habría de fracasar en el 2015, cuando el Gobierno supervisó un nuevo récord de inmigrantes en el país[2]?. ¿Fue acaso mejor la relación habida entre Francia y su población inmigrante en 2015 de lo que había sido unos pocos años antes? ¿O en el caso de Suecia o en Dinamarca? Por toda Europa el aumento migratorio del 2015 arrojaba unas cifras que cualquier modelo de planificación de los líderes políticos demostraba que había fracasado. Nada digno de mención había ocurrido en esos años en los que se había establecido el modelo con respecto a lo sucedido en años anteriores.

En cierto momento de la crisis, la canciller Merkel telefoneó al primer ministro israelí, Benjamín Netanyahu. Se dice que ella le pidió consejo. Israel es el único país del mundo que ha logrado integrar con éxito a un número considerable de llegadas en un periodo de tiempo proporcionalmente comparable al de los países europeos, especialmente de judíos rusos que entraron en Israel a partir de 1990; por no mencionar las considerables llegadas acaecidas durante los decenios posteriores a la fundación del Estado. ¿Cómo se las había podido arreglar Israel para absorber a semejante cantidad de gente y seguir manteniendo unido el país, a pesar de tales circunstancias? Había varias razones que se podían dar para explicar esta situación; y no era la menos importante los lazos que se habían creado en Israel entre el ejército y el Gobierno, al fomentarse programas de inserción. Lo que, tal vez, la discreción diplomática impidió decir al primer ministro Netanyahu, pero que había sido la razón de lo sucedido, era que Israel tenía la ventaja de que casi todas las llegadas al país, a lo largo de décadas, tenían el lazo de unión de una herencia común, mientras que en los meses y años futuros, tanto Angela Merkel como su nación, tenían que reconocer que muy pocos de los inmigrantes llegados al país durante 2015 eran alemanes de religión luterana.

Aun cuando la inmigración a Europa había aumentado de forma exponencial, las justificaciones que dieron los organismos oficiales fueron

las mismas que se habían venido dando durante décadas; unas justificaciones que partían tanto de las organizaciones supranacionales como de los gobiernos locales. A mediados de agosto de 2015, cuando la canciller alemana se disponía a abrir las fronteras, el alcalde de la ciudad alemana de Goslar, en la baja Sajonia, insistió en decir que su ciudad recibiría a los migrantes «con los brazos abiertos». El alcalde de la ciudad, Oliver Junk —miembro del mismo partido de centro-derecha de Angela Merkel— hizo resaltar el hecho de que su ciudad había estado perdiendo anualmente una pequeña parte de su población.

A lo largo de la última década la población de la ciudad de Goslar, de unos cincuenta mil habitantes, había disminuido alrededor de cuatro mil personas; un factor debido al hecho de que la gente joven abandonaba la ciudad en busca de trabajo; y también por la disminución de la tasa de nacimientos entre los ciudadanos. En 2014 se había aceptado la llegada de cuarenta y ocho migrantes. Pero el alcalde aseguraba que, en su opinión, no venían suficientes migrantes a Goslar; y afirmaba que los que llegaran «lograrían dar un futuro a la ciudad[3]». Pero en lugar de encontrar una fórmula que pudiese crear trabajos que atrajeran a los jóvenes para que se quedaran en Goslar, el alcalde creía en la conveniencia de una política sensible que pudiera reemplazar la población nativa con gente completamente diferente.

Durante ese mismo mes de agosto de 2015, la Organización Internacional para la Emigración de la Unión Europea (IOM) escogió las páginas de *The Wall Street Journal* (edición europea) para reseñar otro argumento ya familiar. En opinión de Eugenio Ambrosi, presidente de la IOM, resultaba «preocupante» que el continente tuviera «dificultades» a la hora de aceptar la ola sin precedentes de emigrantes que estaba llegando cada año. Ambrosi afirmaba que Europa podía absorber fácilmente el efecto causado por la migración. El mayor de los escándalos, afirmaba, era que Europa estuviera «viviendo el sentimiento antimigratorio más extendido e intenso que se había visto en décadas». Insistía en que eso debería cambiar, y que una forma de conseguirlo era explicar el argumento básico que, tanto él como sus colegas, habían intentado potenciar; es decir, que el flujo de migrantes representaba una gran oportunidad para Europa. Los migrantes,

decía, aportaban «nuevas ideas y una alta motivación», y también «echaban una mano contribuyendo a nuestras economías, al ofrecer una buena oportunidad. Algunas veces poseen una mejor ética laboral que los propios nativos europeos». Y, seguidamente, venía el argumento familiar: «Europa está envejeciendo y pronto tendrá que enfrentarse a un serio recorte de gente trabajadora… Solamente Alemania podría tener una reducción de dos millones cuatrocientos mil trabajadores para el año 2020, según el Boston Consulting Group. Nuestro actual sistema de seguridad social no se ve amenazado por la migración. Todo lo contrario: la contribución de los migrantes asegurará que las prestaciones que los europeos están recibiendo actualmente pueda continuar en el futuro[4]». Era este otro argumento para defender la sustitución poblacional; en esta ocasión, adornado con el lenguaje de los cuidados paliativos.

Aún en el caso de que el descenso demográfico fuera tan serio como manifestaba el señor Ambrosi, la respuesta más evidente no pasaba por importar más gente procedente de culturas diferentes para conformar la siguiente generación. Si tanto Ambrosi como otras autoridades estaban tan preocupados por solucionar el vacío laboral que se podría producir en Alemania, seguramente también estarían de acuerdo en que, antes de obligar a otras gentes a cruzar medio planeta, podrían fijarse en ese 25 % o 50 % de jóvenes de España, Portugal, Italia y Grecia que no lograban encontrar trabajo en sus respectivos países por esas mismas fechas. Personas tan entregadas como Ambrosi a los argumentos del libre mercado no parecían darse cuenta de los hechos que estaban sucediendo. Y, de forma todavía más lamentable, parecían asumir que sus argumentos de libre mercado eran los únicos que realmente contaban; y que a la población juvenil de los países del sur de Europa, entre otros, no le importaría verse relegada ante los migrantes no europeos y de otras partes del mundo.

Y, por supuesto, cuando las migraciones hacia Europa alcanzaron un nivel jamás visto, todavía siguió habiendo quienes afirmaban que aquello era perfectamente normal. El único país que decidió aceptar la emigración de manera proporcional a su propia población, como ya lo había hecho anteriormente Alemania en el 2015, fue Suecia (1-2 % de la población). Las llegadas al país en 2015 alcanzaron una cifra que oscilaba entre ciento

sesenta y ciento ochenta mil migrantes, un número que no tenía precedentes históricos, incluso para un país con una historia reciente de acogida. Así pues, mientras que en 2004 Suecia había absorbido en torno a unos cuatrocientos niños refugiados, en 2015 se veía obligada a admitir treinta y cinco mil, con un coste de miles de euros anuales por cada niño.

Durante el verano del 2015, los migrantes llegaron al país diariamente, no solo a través del famoso puente danés de Oresund (entre Dinamarca y Suecia no existen fronteras), sino también desde el norte. La mayoría de los migrantes que llegaban no tenía documentos de identidad, y esta circunstancia no se debía a ningún tipo de accidente. Residentes de Malmö afirmaban haber visto bolsas en la estación de ferrocarril llenas de documentos de identidad destruidos.

Y mientras la población sueca estaba viviendo ese año anormal, las autoridades del país continuaban insistiendo en que tal cosa no era nada nuevo. En octubre de 2015, el Gobierno dio una conferencia en apoyo de su política migratoria, titulada «Suecia unida». El rey y la reina de Suecia asistieron al acto, acompañados por la mayoría de la clase política. Entre los oradores se encontraba Ingrid Lomfors, la directora del «Living History Forum» (una organización sobre el Holocausto). En su discurso, que fue muy alabado, Lomfors insistió en tres cosas: que la inmigración a Suecia no era nada nuevo, que todos eran en realidad migrantes, y que no existía en absoluto una cultura sueca[5].

De este modo, el «Living History Forum» fue analizando, uno tras otro, los problemas que había presentado la inmigración a través de Europa. Aunque los hechos estaban sucediendo de forma evidente, las autoridades se negaban a admitir que lo que estaba pasando fuera algo nuevo. Y cuando llegaban a aceptar el hecho, lo adornaban de tal forma que parecía como si aquello constituyera una oportunidad para el país. De ningún modo se aceptaba la justificación de una sospecha pública sobre las consecuencias de tales movimientos.

A partir de los años 50 el Continente se había unido en la tendencia de infravalorar el número de personas que se esperaba que llegasen; y, por otro lado, se sobrevaloraba la capacidad que tenía el país para integrar adecuadamente esas llegadas. Apenas se produjeron manifestaciones de

humildad por parte de los organismos que tomaban esas decisiones; ni siquiera cuando se hizo evidente la falta de buena voluntad, a la hora de mencionar el hecho de que los grupos de inmigrantes que llegaban a Europa podían discrepar no solo de la opinión general, sino unos de otros; y que tal cosa acarrearía inevitables consecuencias.

Nada mostraba mejor este fallo de la era multicultural y «postmulticultural» que el hecho de que las ideologías —tanto la política como la religiosa— de los recién llegados, fuera raramente objeto de debate. Y tanto era así, que en cada país el fenómeno de la inmigración de la posguerra solamente se trataba cuando había que hablar de un tema racial. Si se comentaban las identidades raciales de los recién llegados, y los problemas que podrían surgir de ello, el tema se consideraba antirracista. Pero lo que poca gente vio, o mencionó, fue que los antecedentes de los recién llegados eran poca cosa, al lado de lo que podría significar el problema religioso. Cuando llegaron los marroquíes por primera vez a Holanda en gran número, se habló mucho de ello; y lo mismo sucedió en Inglaterra cuando empezaron a llegar los pakistaníes, o cuando llegaron los turcos a Alemania. Pero cuando, con el cambio de milenio, dio la impresión de que a las diferencias religiosas ya no se les concedía importancia, y lo mismo sucedía con la raza de los migrantes, los europeos empezaron a preguntarse si el problema de la reinserción no radicaría, en el fondo, en el tema religioso. Esto fue un tema que cogió por sorpresa, tanto a los políticos como a los comentaristas de la Europa occidental.

A lo largo de los años 80 y 90 casi nadie pensaba que durante las primeras décadas del siglo XX habrían de producirse discusiones religiosas. El continente europeo, cada vez más secularizado, confiaba en ser capaz de dejar a un lado el tema de la religión; o, al menos, reconocía que, después de muchos siglos, el lugar que ocupaba la religión en un estado moderno ya había quedado suficientemente fijado. Si, más concretamente, en la última parte del siglo XX alguien hubiera dicho que en los primeros años del siglo siguiente surgirían debates en Europa sobre el tema de la blasfemia, y que incluso llegaría a considerarse la condena a muerte por haber blasfemado, se hubiera dudado del estado de salud mental del que hacía semejantes afirmaciones. Pero ¿no se trataba de que no se querían escuchar esas

advertencias? ¿Y cómo no se las tenía en cuenta? En todo caso, el problema resultante fue que se las ignoró totalmente.

Inglaterra tuvo uno de los primeros avisos, el día de san Valentín de 1989, cuando el líder supremo de la Revolución islámica de la República de Irán, el ayatollah Jomeini, lanzó una proclama en la que se «acudía a todos los fieles musulmanes del mundo» para que supieran que «tanto el autor del libro titulado *Versos satánicos* —que había sido redactado, impreso y publicado en contra del islam, del Profeta y del Qur'an— como todos aquellos que, conociendo su contenido lo habían publicado, estaban condenados a muerte». El ayatollah seguía diciendo: «Apelo a todos los fieles musulmanes, se encuentren en donde se encuentren, para que ejecuten esta sentencia rápidamente, a fin de que nadie se atreva a insultar a los santos musulmanes[6]». El líder iraní de esta «fundación caritativa» seguía diciendo que se concedería una recompensa de tres millones de dólares por el asesinato del novelista británico (una cantidad que se veía reducida a dos millones, si el asesino no era musulmán). De este modo, tanto Inglaterra como el resto de Europa conocieron por primera vez el significado de la palabra *fatwa*.

Rushdie tuvo que ocultarse en menos de veinticuatro horas, protegido por el estado británico. Muy pronto, miles de musulmanes ingleses se concentraron en las calles, para apoyar el hecho de que se impusieran en Inglaterra las leyes islámicas contra la blasfemia. En Bradford, una ciudad del norte del país, la novela de Rushdie fue clavada en un madero y quemada, en medio de una multitud de miles de musulmanes. Al hombre que, gracias a esta situación, se encontraba a punto de convertirse en un líder musulmán, Iqbal Sacranie (más tarde, *sir* Iqbal) le preguntaron si pensaba que el autor de *Los versos satánicos* merecía la muerte. «La muerte tal vez sea demasiado poco para él[7]» contestó. Al personaje británico más famoso convertido al islam, Yusuf Islam (conocido anteriormente como el cantante Cat Stevens), le preguntaron también, en un programa de televisión, si habría protegido a Rushdie, en el supuesto de que este hubiera llamado a su puerta. La respuesta que dio el cantante fue: «Habría tratado de ponerme en contacto con el ayatollah Jomeini y le diría en dónde se encontraba exactamente ese hombre». Cuando le preguntaron también si

iría a un acto en el que se quemara la efigie de Rushdie, contestó: «Hubiera deseado que se tratara de la persona real[8]».

A lo largo y ancho, tanto del mundo político como del cultural, la gente debatía el renacido tema de la blasfemia. Tanto en uno como en otro, y tanto en la derecha como en la izquierda política, había quienes creían que el novelista había trasgredido las reglas de la cortesía. En la derecha *tory*, lord Dacre (Hugh Trevor-Roper) escribió en un periódico: «No derramaría una sola lágrima si algunos musulmanes británicos —aunque deplorara su forma de proceder— le abordaran en una calle oscura y trataran de darle su merecido[9]». El Foreign Secretary[*], *sir* Geoffrey Howe, manifestó en una entrevista televisiva que no le había gustado *Los versos satánicos*, y que la obra se mostraba desagradable con Inglaterra. Otras personalidades fueron más críticas con los comentarios de Rushdie acerca de Inglaterra, concluyendo que las cosas se estaban complicando mucho. Parece que el príncipe de Gales dijo en privado que Rushdie se merecía todo lo que le pudiera pasar[10]. Mientras tanto, los líderes eclesiásticos trataban de apaciguar a la República islámica. El arzobispo de Canterbury, Robert Runcie, dijo que «comprendía los sentimientos de los musulmanes[11]». El rabino jefe, Immanuel Jakobovits, manifestó que tanto el señor Rushdie como el ayatollah Jomeini habían abusado de la libertad de expresión[12]. Se produjeron similares pronunciamientos por parte del jefe de la Iglesia católica, y también por otras personalidades.

Desde las posiciones de izquierda, John le Carré declaró que «no existe ley en la vida ni en la Naturaleza que afirme que las grandes religiones puedan ser insultadas con impunidad[13]». Y el miembro del Parlamento por el partido laborista, Bernie Grant —uno de las primeras personas de color que fue miembro del parlamento, en la Cámara de los Comunes— afirmó en una reunión de miembros del Parlamento que los blancos estaban tratando de imponer sus valores al mundo, y que si bien él no estaba de acuerdo con los ayatollahs, los musulmanes de Irán tenían el derecho a vivir sus propias vidas. Además, afirmaba que la «quema de libros no era un asunto de negros[14]».

No obstante, un reducido pero interesado grupo de personas se enteraba de lo que significaba el término *fatwa* y apoyaba al novelista, al que el

ayatollah Jomeini se refería como «ese bastardo blasfemo[15]». La escritora Fay Weldom se opuso frontalmente a los comentarios hechos por Cat Stevens y, muy sorprendida, señalaba que un superintendente jefe de la policía que también se hallaba en el estudio durante el programa, no se hubiera levantado para detener al cantante por incitar al asesinato. En un escrito posterior, Weldom denunciaba el hecho de que Inglaterra estuviera pagando un precio porque un reducido grupo de personas se hubiera cansado con la lectura del Corán, y se hubiera entretenido diciendo «tópicos» sobre «las grandes religiones universales[16]».

Estas manifestaciones fueron consideradas por algunos musulmanes ingleses como un discurso del odio. Incluso un escritor musulmán tan moderado como Ziauddin Sardar escribió que «parecía que Weldon podía decir todo lo que le viniera en gana y hacer una diatriba, simplemente porque los musulmanes hicieran juego limpio[17]». De hecho, solamente era un pequeño grupo de personas cercanas a Rushdie las que «hacían juego limpio».

En 1991 el traductor italiano de Rushdie fue apuñalado en su apartamento de Milán. En 1993 al editor noruego de *Los versos satánicos*, William Nygaard, le dispararon tres veces en Oslo. En Inglaterra fueron incendiadas dos librerías por tener ese libro. A otras tiendas, incluyendo los almacenes londinenses pertenecientes a la editorial Penguin, se les pusieron bombas. Y en 1989, un joven llamado Mustafá Mahmoud Mazeh murió en una explosión, destruyendo varios pisos del hotel londinense en que se encontraba, cuando estaba preparando una bomba con la que pensaba matar a Rushdie.

Había algunas personas, tanto en América como en Europa, que querían que se hablase del tema. Por ejemplo, la presidenta del grupo PEN de aquel año, Susan Sontag, organizó una reunión en la que escritores muy conocidos iban a leer la novela de Rushdie: «Aquí solo se necesita un poco de valor», como ella dijo[18]. Pero aunque no faltó ese valor, tanto a nivel civil como gubernamental, apenas se llegó a entender lo que estaba pasando. Actitudes como la de Weldon fueron muy poco frecuentes durante el tiempo en que se comprendió que Rushdie había tenido no solo la mala

suerte de hurgar en un avispero, sino de pinchar a un avispón que acababa de llegar al país, y que cada día se hacía más grande.

Cuando Hilaire Belloc publicó su obra *Las grandes herejías*, en 1938, dedicó todo un capítulo a «La gran y perdurable herejía de Mahoma». Era un texto que, en comparación, dejaba en mantillas a *Los versos satánicos*. Pero Belloc no había tenido que esconderse ni vivir bajo la protección de la policía durante diez años, porque en 1930 eran muy escasos los musulmanes que residían en Gran Bretaña. Pero en la época en que surgió el caso Rushdie, había casi un millón en el Reino Unido; una cifra que podría triplicarse en dos décadas. Inglaterra estaba enfrentándose de forma estrepitosa a las reglas del islam, como iba a suceder en todo el mundo en los años siguientes.

Gracias a las medidas de protección que rodearon a Rushdie, puestas por el gobierno británico, el escritor pudo sobrevivir al asunto de los *Versos satánicos*. Pero como dijo el autor Kenan Malik mucho más tarde, la sociedad en su conjunto —y la industria editorial, en particular— habían internacionalizado la *fatwa*[19]. Cosas que se habían publicado antes de 1989, ya no volverían a verse publicadas. Se impuso el veto de los asesinos; y muy pronto no solo se volvieron impublicables las obras que se mostraban críticas con el islam, sino novelas mucho más suaves que pudieran tocar el tema. En el 2008 las medidas de seguridad que se habían tomado convencieron a los mismos editores ingleses que habían publicado la novela de Rushdie a retirar de la publicación una novela sobre el fundador del islam cuyo título era *La joya de Medina*. Un pequeño editor independiente de Londres que adquirió la novela, enfrentándose a la censura, vio cómo su negocio era víctima de un atentado perpetrado por tres musulmanes británicos.

Aparte de que en la sociedad inglesa se generalizada el temor, a causa del asunto Rushdie, en Gran Bretaña tuvo lugar otro fenómeno importante. Se había establecido la idea de la «política de la comunidad», basada en líneas religiosas. Porque tan pronto como aparecieron miles de musulmanes airados en las calles de Inglaterra, surgió la pregunta de quienes eran los que, en realidad, estaban detrás de esa gente.

En Inglaterra el asunto Rushdie dio origen a la primera organización musulmana «representativa». La UK Action Commitee on Islamic Affairs (UKACIA)[*] unió sus esfuerzos para coordinar la lucha e impedir que se pudiera repetir el caso de *Los versos satánicos*.

En los años siguientes, esta actitud condujo a la creación del Consejo Musulmán de Inglaterra (MCB), la mayor organización que decía representar a los musulmanes británicos. Este organismo no solo era político, sino que también manifestaba un carácter sectario. Aunque el grupo estaba apoyado financieramente por Arabia Saudí, y posteriormente tuvo que disputar con Irán el puesto de potencia musulmana dominante, estaba formado por gente que había venido del Pakistán islámico, el grupo Jamaat-e-Islami. La creación de esta organización benefició evidentemente a quienes anteriormente habían salido del anonimato para promocionarse como «portavoces de la comunidad» (siempre hombres). Esto también benefició a la línea más dura del islam, con una escalada aparente o real de la crisis que apoyaba su actuación, y marginaba a los elementos más liberales e independientes de la comunidad[20].

A corto plazo, la creación de estos grupos pareció resultar útil al Gobierno. Lo mismo que se decía que había preguntado Henry Kissinger: «¿Qué número tengo que marcar para hablar con Europa?», el gobierno británico, durante la crisis de Rushdie, preguntaba: «¿Qué número tengo que marcar para hablar con la comunidad musulmana?». Los que aseguraban que esta actitud formaba parte de la política de la izquierda, se olvidaban de que en Gran Bretaña había sido el ministro conservador de Interior (Conservative Home Secretary) quien había estimulado la creación del MCB, y el que había creado un grupo de interlocutores del Gobierno. El supuesto éxito de este modelo hizo que se exportara a todos los países occidentales, en donde incluso Francia —a pesar de su tradición— prefirió estimular la organización de los Musulmanes Franceses y, de manera más destacada, el Consejo Francés del Culto Musulmán (CFCM). En Francia, al igual que en Inglaterra, esta política sirvió para crear un Gobierno de derechas y, en particular, el surgimiento de un político de esa tendencia, como era Nicolás Sarkozy.

Las desventajas de semejante actitud suelen mostrarse evidentes desde el principio, pero no fue esto lo que sucedió en el presente caso. Tales desventajas incluían el hecho de que los musulmanes corrientes tenían de repente una representación de su rama religiosa, que actuaba entre ellos y los representantes políticos. Este modelo organizativo también favoreció a quienes se encontraban políticamente comprometidos, estimulando a los que trataban de torpedear la política de la comunidad, dejándola en manos de grupos sectarios. De este modo se vieron favorecidos los más extremistas, los que se consideraban ofendidos, y todos aquellos que, como Jamaat, se encontraban mejor organizados. Un hecho que significó que el tipo de política sectaria, que a menudo había resultado impopular en su país de origen, se convirtiera en la portavoz de la representación musulmana en Europa.

Cuatro años después del 11 de septiembre del 2001[*], Rushdie concedió una entrevista en la que habló sobre los esfuerzos que estaban haciendo los extremistas para imponer su criterio en el tema de los *Versos satánicos*, y en particular para excluir las voces de los musulmanes «progresistas». «La gente no estaba interesada en oír hablar del tema», señaló, «y entonces se produjo lo del once de septiembre. Ahora son muchos los que dicen que, viéndolo en retrospectiva, la *fatwa* era el prólogo de lo que iba a venir, y que lo sucedido constituye su hecho capital[21]».

Pero incluso antes de que se produjera el «hecho capital», ya se habían producido señales de advertencia por toda Europa que hablaban de que en el siglo XXI el continente se iba a ver envuelto en las exigencias promovidas por una determinada religión, teniendo en cuenta el hecho de que sus afiliados habían llegado masivamente a Europa. Y una nación en la que se vivió desde el principio esta situación fue Holanda.

8

PROFETAS SIN HONOR

Cuando los puestos de trabajo en Holanda empezaron a verse reducidos, durante la década de 1960, la inmigración que llegaba al país procedía en su mayor parte de Marruecos y Turquía. Los inmigrantes traían con ellos a sus esposas y familiares, y en los años 90 la continua inmigración y la alta tasa de nacimientos en estas comunidades hizo que crecieran a un ritmo más rápido que ninguna otra del país. Hasta entonces la política del Gobierno había sido la de enfatizar en «la integración, sin ningún tipo de prejuicios raciales». Los pocos que, durante este periodo, se manifestaron públicamente en contra de las políticas de inmigración e integración no fueron bien vistos. En los años 80, un disidente político, Hans Janmaat, afirmó que Holanda estaba llena de inmigrantes y se opuso al modelo multicultural, insistiendo en que los inmigrantes deberían asimilar el modo de vida holandés o, de lo contrario, marcharse. Los puntos de vista de Janmaat no solo fueron rechazados, sino que en 1986 activistas pertenecientes a la izquierda política prendieron fuego al hotel de Kedichen, al sur del país, en donde su pequeño partido estaba manteniendo una reunión. La esposa de Janmaat, entre otros asistentes, se vio forzada a saltar del edificio por una ventana para poder salvarse. La mujer perdió una pierna en el intento.

Quizás debido en parte a su reputación de ser el país más liberal de Europa (gracias a la liberación de las drogas blandas y a la actitud liberal

que se mostraba hacia las minorías sexuales), durante los años 90 Holanda empezó a experimentar una serie de tensiones con, asimismo, un rápido crecimiento de los grupos políticos minoritarios. Durante este periodo cierto número de políticos se manifestaron de acuerdo —aunque siempre en privado— en que el creciente número de musulmanes en Holanda presentaba una serie de problemas demasiado profundos para que pudiera solucionarlos cualquier partido político; que la inmigración masiva y la integración en el país no estaban funcionando bien, y que el simple hecho de atacar a quienes mostraban su disconformidad no resolvería el problema. Muy pronto, la libre expresión de opiniones se convirtió en tema de enfrentamiento. El 5 de octubre de 1990, un líder religioso musulmán dijo durante un programa de radio de Amsterdam, en una emisora subsidiada por el país, que: «A quienes se resistan al islam, a los principios del islam, o a Alá y a su profeta, tenéis permiso para matarlos, colgarlos o desterrarlos de vuestra comunidad, tal como se dice en la Sharia».

En 1991, el jefe del Partido Liberal Holandés (WD), Frits Bolkestein, pronunció un discurso, al que siguió un artículo, en el que manifestaba lo que algunos otros líderes del arco parlamentario habían empezado a lamentar. Bolkestein afirmaba que el islam «no es solamente una religión, sino un modo de vida. Su visión se enfrenta a la separación liberal entre Iglesia y Estado». También señalaba las diferencias existentes entre las actitudes islámicas hacia las mujeres y las existentes en las leyes y costumbres holandesas. Y aunque reconocía que la reciente población musulmana de Holanda no iba a tener una gran significación, Bolkestein concluía diciendo que la única respuesta posible a la situación que estaba surgiendo en el país era su integración plena y real en la vida holandesa. Pero se presentaba un problema final: «El problema es que no podemos permitirnos equivocarnos[1]». Tanto el discurso como el artículo fueron criticados duramente. El Primer ministro, Ruud Lubbers, calificó el artículo de «peligroso», mientras que otro ministro acusaba a su autor de mostrarse «insultante con la comunidad musulmana». Un importante periodista afirmaba que el artículo mostraba «sentimientos racistas[2]».

En una cultura en la que todavía cuentan las ideas, el libro del sociólogo Paul Schnabel, publicado en 1998, *La ilusión multicultural: Una defensa de*

la adaptación y la asimilación, recogió muchos de estos temas vigentes en la opinión general; algo similar a lo que se decía en el ensayo «El drama multicultural» del académico y miembro del Partido Liberal Holandés, Paul Scheffer[3]. Pero seguía existiendo en el país una fuerte divergencia entre el público y los políticos. Una encuesta llevada a cabo en 1998 descubrió que casi la mitad de los holandeses creían que «el Occidente europeo y la forma de vida musulmana eran irreconciliables[4]». El liderazgo de Bolkestein y de otros, proporcionó al país la ventaja de tocar estos temas relativamente antes de lo que le tocaría enfrentarse a cualquier otro país de Occidente en la década siguiente. No obstante, en la clase política seguía habiendo una seria oposición a hablar del problema. Finalmente, le tocó a un popular profesor, perteneciente a la izquierda política, tratar de normalizar este debate.

Hasta el momento en que se ocupó del tema del islam, no había nada «de pertenecer a las derechas» que, siquiera remotamente, se pudiera decir de Pim Fortuyn. Profesor marxista de la universidad y homosexual, Fortuyn era también un notable abogado de la promiscuidad y de cualquier otra actitud libertaria. Solamente cuando empezó a ocuparse del tema del islam se convirtió al «ala de las derechas». Su libro de 1997, *Contra la islamización de nuestra cultura*, se centró en la serie de retos que, a su juicio, el islam presentaba a la sociedad holandesa[5]. Todos ellos eran temas que, hasta entonces, habían constituido puntos de la campaña política de la izquierda.

Estos temas incluían el hecho de que el islam no aceptaba la separación de Iglesia y Estado, que había sido uno de los logros de la sociedad holandesa; una separación que no solamente proporcionó a Holanda libertad de expresión, de prensa y otros derechos civiles, sino que sin ella el espacio público no podría haberse protegido contra la intrusión clerical basada en los textos «sagrados». Otra de las objeciones que hacía Fortuyn al islam eran las diferencias que este mostraba con respecto a los sexos. Argumentaba que las mujeres musulmanas de Holanda debían tener el mismo derecho a la emancipación que el resto de las mujeres holandesas. Y se enfrentó ardientemente a las actitudes que los islamistas mantenían contra las minorías sexuales. La sociedad holandesa había liderado al

mundo con su legislación, y con la creación de una cultura en la cual se había convertido en algo normal la igualdad entre hombres y mujeres, y entre heterosexuales y homosexuales. Las prácticas existentes en la mayoría de los países musulmanes demostraban, con distintos grados de austeridad, que tales principios no eran compatibles con el islam. No obstante, y pese a estas flagrantes diferencias, la sociedad holandesa pretendía que su tolerancia pudiera coexistir con la intolerancia de un cada vez más creciente sector de su sociedad. A juicio de Fortuyn esto no podía ser.

A través de artículos periodísticos y populares programas de televisión, Fortuyn se convirtió en un maestro no solo al expresar sus puntos de vista, sino también al manifestar las opiniones de otra gente. En un debate televisivo se mostró todo lo llamativo que pudo al enfrentarse a un imán holandés, hasta el momento en el que el imán no pudo contener su ira ante la homosexualidad de Fortuyn. La mayoría de los políticos holandeses también manifestaron lo que pensaban de él. Durante un debate televisivo, en 1997, sobre su libro de la «islamización», el jefe del partido laborista y antiguo ministro, Marcel van Dam, dijo a Fortuyn: «Usted es un ser humano de la especie más baja[6]». Y esto era tan solo una muestra del vitriolo que iba a venir.

Por la época de los ataques del 11 de septiembre a las torres gemelas de Nueva York, la sociedad holandesa se mostró acorde con los puntos de vista de Fortuyn, y este empezó a dedicar su energía al mundo de la política. Anteriormente, había sido expulsado del partido al que pertenecía cuando describió al islam como una cultura *achterlijk* («retrógrada»). Pero pronto creó su propio partido político, el Lijst Pim Fortuyn (LPF). Debido al sistema político holandés, más tolerante que el de ningún otro país europeo, resulta comparativamente fácil para los partidos que no están en el arco parlamentario entrar a formar parte de él. De este modo, y en cosa de pocas semanas, durante las elecciones nacionales de 2002, Fortuyn entró de lleno en la política holandesa.

Al no verse frenado por sus colegas, empezó a incrementar sus advertencias sobre el temor a que pudiera perderse la identidad holandesa y, en particular, la identidad liberal del país. Advirtió que el multiculturalismo no estaba funcionando, y que en su lugar él estaba viendo crecer sociedades

paralelas, especialmente los *ghettos* musulmanes. Avisó también de que estaban «a cinco minutos de la medianoche», y que Holanda disponía tan solo de este breve tiempo para cambiar de dirección. Combinando sus dotes innatas de *showman* con el rechazo a atenerse a las normas existentes en los medios y, por el contrario, jugando siempre con sus propias cartas, se hubiera dicho que en el periodo previo a las elecciones del 2002 los holandeses empezaban a confiar en Fortuyn. Sus adversarios políticos lanzaron contra él todo lo que encontraron a mano. Dijeron que era un racista. Dijeron que era Hitler. Sus oponentes más moderados lo compararon con Mussolini. En una entrevista televisiva, poco antes de su fallecimiento, Fortuyn mencionó las amenazas de muerte que estaba recibiendo; y advirtió que si algo le sucedía, sus adversarios políticos, que tanto le habían demonizado, compartirían la responsabilidad de su muerte por haberse alineado con sus asesinos.

Esto no era cierto, naturalmente. Pero justamente una semana antes de las elecciones, cuando Fortuyn abandonaba una emisora de radio tras su intervención, en Hilversum, un hombre de unos treinta años le disparó a la cabeza repetidas veces y desde muy cerca. La nación contuvo la respiración ante el temor de que el asesino pudiera haber sido un musulmán.

Pero el asesino resultó ser un vegetariano de la extrema izquierda que, en el juicio que tuvo lugar posteriormente, explicó que lo había matado porque pensaba que Fortuyn estaba poniendo en el punto de mira a los musulmanes. Las consecuencias de este asesinato fueron que los holandeses lamentaron profundamente su muerte, y en las siguientes elecciones concedieron al partido de Fortuyn un elevado número de escaños. Un regalo que tuvo que pagar al precio de una serie de luchas internas, y una completa incapacidad (tal vez inevitable dada la rapidez de su ascenso) para llevar a cabo su gestión.

El deseo de los holandeses de enfrentarse a sus retos en las urnas se vio tergiversado. Y aunque aquellos que recogieron la herencia política de Fortuyn, incluido Geert Wilders (que también había abandonado el partido «liberal», WD para formar el suyo propio), ninguno de los sucesores de Fortuyn fue capaz de recuperar el voto de la clase trabajadora y de los jóvenes empresarios que él había logrado aglutinar. Aunque el asesinato del

hombre, que más tarde sería considerado como el holandés más grande de todos los tiempos, clausuró una parte del espectro político, también permitió, sin embargo, ensanchar el debate en el conjunto de la sociedad. No era sostenible que Fortuyn hubiera sido un fascista, o que una gran parte de los holandeses hubieran apoyado a un fascista.

Una de las personas que continuaron hablando en el vacío dejado por Fortuyn fue el director de cine Theo van Gogh. Como buenos amigos que habían sido, los dos habían aparecido juntos en muchas ocasiones en programas de televisión y, por supuesto, en el *show* de Van Gogh «Una conversación agradable», al final del cual el presentador entregaba un cactus a su invitado.

Tras el asesinato de Fortuyn, Van Gogh estuvo trabajando en la realización de un film sobre el asesinato de su amigo, y continuó escribiendo libros y artículos sobre el tema. Su libro publicado en el año 2003 *Allah weet het Beter (Alá sabe lo que es mejor)* incluía una portada de Van Gogh llevando turbante y mostrando una mirada fija, como un remedo del fundamentalismo islámico.

Tanto en sus apariciones televisivas como en sus debates públicos, Van Gogh aceptaba enfrentarse a los islamistas más brillantes de Holanda, incluyendo en una ocasión al extremista de Hezbollah, Dyab Abou Jahja, al que describió como «el proxeneta del Profeta». Tras ese frustrado encuentro (que no llegó a celebrarse por la negación de Jahja a dialogar con Van Gogh), los acompañantes de Jahja oyeron decir a este: «Cazaremos a ese cerdo gordo y lo abriremos en canal[7]». Por aquel tiempo, en los actos públicos que incluían firmas de su libro *Alá sabe lo que es mejor*, Van Gogh empezó a mostrarse nervioso por su propia seguridad.

En 2004 rodó un film corto, titulado *Sumisión*, sobre el maltrato que recibían las mujeres islámicas. Había hecho el *script* de la cinta una joven emigrante somalí llegada a Holanda, Ayaan Hirsi Ali. Cuando el corto fue programado en la televisión holandesa, a finales de agosto, crecieron las amenazas contra todos los que lo habían realizado. Van Gogh rechazó la protección que entonces se le ofreció. Era de la opinión, según manifestaban sus íntimos, que ningún asesino islamista lograría acabar con «el tonto del pueblo[8]».

Tonto del pueblo o no, un asesino lo asaltó cuando iba en bicicleta a trabajar en Ámsterdam, una mañana del 2 de noviembre de 2004. El atacante, Mohammed Bouyeri, lo apuñaló en el cuello y en el pecho. En sus últimos momentos, Van Gogh todavía pudo decir a Bouyeri: «¿No podríamos hablar de esto?». El cuchillo clavado en el cuerpo de Van Gogh también constituía una amenaza para Ayaan Hirsi Ali. La mujer fue inmediatamente sacada del país por los servicios de seguridad, mientras que otros holandeses, asimismo críticos con el islam, incluyendo al académico nacido en Irán, Afshin Ellian, tuvieron que recibir protección policial.

Durante cierto tiempo, incluso los que se habían mostrado más críticos con el islam —como el académico holandés Paul Criteur—, guardaron silencio. Políticos, académicos, periodistas y demás comentaristas habían aprendido la dura lección de que el hecho de criticar al islam, de la manera en la que la sociedad holandesa era capaz de criticar a cualquier religión, era algo que podía cambiar peligrosamente tu vida, e incluso —a menos que tuvieras protección policial— causarte la muerte. La nación que en el pasado había estimulado la duda religiosa, y producido mentes racionalistas de pensadores y filósofos como Spinoza, se mostraba ahora sumamente preocupada por el tema religioso.

Este hecho generó todavía más presión sobre aquellos pocos que no querían someterse a las reglas de los asesinos. Entre los que preferían continuar desafiando a los extremistas se encontraba una joven holandesa, de origen somalí, que había llegado en avión a Holanda diez años antes, para huir de un matrimonio forzado. Hirsi Ali era en todos los aspectos una migrante modelo. Tras llegar al país, solicitó asilo político que le fue concedido. Mientras trabajaba en una fábrica aprendió holandés, y pronto pudo estudiar en la universidad. Lo hizo en la Universidad de Leiden, trabajando al mismo tiempo como traductora con otros inmigrantes. Diez años después de su llegada al país logró la licenciatura en Ciencias Políticas, y pudo trabajar como investigadora, formando parte al mismo tiempo del parlamento regional como miembro del partido liberal.

La suya fue la meteórica historia del éxito de una inmigrante. Un éxito que era debido a su inteligencia, carisma, trabajo duro y a una valentía excepcional. Pero la posibilidad de su ascenso en el mundo intelectual

también se debía al hecho de que la sociedad holandesa necesitaba desesperadamente que se produjeran brillantes historias de inmigrantes. No obstante, sorprendió a ciertas personas, en especial a algunas pertenecientes a la izquierda, que esta inmigrante se negara a decir las cosas que se esperaba que dijera.

La misma Hirsi Ali escribiría más tarde que los ataques del 9 de noviembre le habían obligado «a investigar si las raíces del mal no se encontrarían en la fe en la que había crecido; si aquellas agresiones no estarían causadas por el mismo odio inherente al islam[9]». Seis meses más tarde leyó un libro sobre ateísmo que tenía desde hacía varios años, y tuvo que admitir que ya no era creyente[10]. Al mismo tiempo, anunció en público su evolución religiosa. Pero la clase media holandesa, en particular, intentó presionarla para que dijera cosas que ellos nunca se atreverían a decir. En concreto, un entrevistador intentó que utilizara la misma palabra crucial que había pronunciado Fortuyn: *achterlijk*. ¿Se hallaba el islam atrasado, si se lo comparaba con la sociedad holandesa? Daba la impresión de que hubiera dos tendencias en Hirsi Ali. La primera, que procedía básicamente de la izquierda, quería que no dijera cosas por las cuales le pudieran atacar más tarde. Otra —que procedía tanto de la izquierda como de la derecha— quería que se manifestase libremente. Resultaba más difícil acusar a una mujer negra de racismo que a un hombre de raza blanca. No obstante, los que apoyaban el actual *status quo* buscaron la forma de afirmar que Hirsi Ali no sabía lo que estaba diciendo porque se encontraba «traumatizada» por sus propias experiencias; unas experiencias que, según insistían, eran totalmente insólitas.

Como víctima que había sido de una mutilación genital (tema del cual hablaba de forma muy gráfica en su autobiografía)[11] y como alguien que de quinceañera había creído que la muerte era un castigo adecuado para Salman Rushdie, una mujer que había sido obligada al matrimonio, y que conocía de primera mano los retos que existían en la integración racial, Hirsi Ali tenía que enfrentarse a los temas más complejos. Y una señal de que los próximos años no iban a ser muy buenos, fue el hecho de que esta inmigrante ejemplar se vio atacada no por un amplio arco de la clase

política holandesa, sino —y con el mayor odio— por la comunidad musulmana del país.

Al principio de su carrera política, un amigo preguntó a Hirsi Ali: «¿No te das cuenta de qué pequeño es este país, y qué explosivas resultan las opiniones que estás manifestando?». Y tal como cuenta en su autobiografía, ella le contestó: «¿Explosivas? ¿En un país en el que tanto la prostitución como las drogas blandas son legales; en donde se practica la eutanasia y el aborto; en donde los hombres lloran en los programas de televisión, la gente pasea desnuda por las playas, y el Papa es objeto de burla en la televisión nacional? ¿Un país en el que el famoso autor Gerard Reve es conocido por haber fantaseado diciendo que había hecho el amor con una mona, un animal que utilizó como una metáfora de Dios? Seguramente, nada de lo que yo diga se podrá considerar "explosivo" en semejante contexto[12]».

Pero lo era. Hirsi Ali había puesto el dedo en el punto más delicado de la sociedad holandesa. Una sociedad a la que le gustaba pensar de sí misma que era tolerante, abierta y decente, empezaba a preguntarse si esa tolerancia, apertura y decencia no habrían llegado demasiado lejos. ¿Cómo podrían establecerse los límites? Hirsi Ali les estaba diciendo que esos límites existían, y que ella los estaba viviendo. Y de este modo, y a pesar de las amenazas a su vida, tanto antes como después del asesinato de su colega Van Gogh, ella siguió pensando que «hay algunas cosas que deben decirse; y que hay ocasiones en las que el silencio se convierte en cómplice de la injusticia[13]».

Estas mismas preocupaciones iban creciendo por toda Europa. Durante décadas, en las que los gobiernos europeos permitieron la inmigración a los niveles que lo hicieron, pocas personas, si es que había alguna, esperaban que una consecuencia de todo esto podría ser el hecho de que habría de transcurrir gran parte del previsible futuro hasta que se lograra equilibrar las leyes islámicas con las exigencias impuestas por la cultura y la tradición europeas. No obstante, a medida que fue creciendo la población inmigrante, los problemas empezaron a surgir por todas partes. Algunas veces esto se debía a lo que se había podido descubrir en las entretelas de esas comunidades. En Francia, en el 2004, una joven musulmana, de nombre Ghofrane Haddaoui, murió apedreada en Marsella por rechazar las

propuestas de un joven musulmán. En el Reino Unido la policía reconoció haber fracasado a la hora de investigar las muertes de unas jóvenes musulmanas, porque esas «muertes por honor» eran competencia de la comunidad. En 2006 la Asociación Médica Británica informó que al menos setenta y cuatro mil mujeres en Inglaterra habían sido sometidas a mutilación genital.

Al mismo tiempo, personas pertenecientes a comunidades musulmanas europeas que habían hablado en público sobre algunos aspectos negativos de su cultura, o que había parecido que iban en contra de su comunidad en algún aspecto, fueron objeto de intimidación y de violencia. Desde el cantante noruego Deepika Thathaak, que fue atacado en un escenario de Oslo por su «inmodestia», hasta el columnista y activista Nosheen Ilyas en Italia, unas minorías, dentro de otras minorías, se turnaban para convertirse en elementos muy temibles. Y durante todo ese tiempo fue creciendo la idea de que los recién llegados a Europa podían no ser tan aceptables como los anteriores. A lo largo de la era multicultural se había llegado a asumir que las minorías habían de tener un estatus minoritario, que resultara común con otras minorías. La idea de que traerían con ellos sus antiguas animosidades, era algo que no creía ningún político. Pero a medida que las cifras de incidentes fueron creciendo, esta presunción empezó a desmoronarse.

En 2003 se le dio carpetazo a un informe sobre antisemitismo realizado por el European Monitoring Centre, cuando se descubrió que el auge de la actividad antisemita en Europa estaba causado por el incremento de los ataques a judíos por parte de jóvenes musulmanes. No obstante, y a pesar de los intentos por ocultar tales hechos, estos salieron a la luz, con frecuencia de la forma más brutal. En 2006 se produjo una oleada de horror en Francia cuando un joven judío francés, Ilan Halimi, fue torturado hasta morir durante tres semanas por una banda de musulmanes de París que se autodenominaban «los bárbaros». Los torturadores creían que podrían conseguir dinero de Halimi y de su familia porque «los judíos tienen dinero».

Durante los años de la migración masiva, los ataques a judíos experimentaron un auge en todas partes. De acuerdo con la organización que recogía los ataques perpetrados en Francia, la BNVCA (Bureau

National de Vigilance contre l'Antesemitisme), el número de ataques antisemitas en Francia se duplicó entre los años 2013 y 2014, llegando a los ochocientos cincuenta y un ataques en ese último año.

A pesar de constituir menos de un 1 % de la población total, los judíos fueron las víctimas en casi la mitad de los ataques racistas registrados en Francia. El día de la Bastilla, en 2014, los asistentes a una sinagoga de París fueron encerrados en ella por inmigrantes que cantaban, entre otras cosas «Muerte a los judíos». En 2012, un pistolero musulmán mató a tres niños y a un profesor, en la escuela judía de Toulouse. En 2014, otro pistolero musulmán mató a cuatro personas en el Museo judío de Bruselas. Un individuo mató a cuatro personas en un supermercado kosher de París. Y todavía otro musulmán armado mató al guarda de seguridad de la Gran Sinagoga de Copenhague, en 2015. Estas muertes, entre otros ataques, fueron causa de que el islamismo antijudío fuera, finalmente, objeto de estudio.

Pero en el caso del antisemitismo insurgente, al igual que lo que sucedía con todo un bloque de problemas renovados, el reconocimiento de lo que estaba sucediendo fue, voluntariamente, lento y casi inactivo. En Alemania, en 2013, se formó un nuevo partido político, Alternative für Deutschland (AfD). En cuanto se hizo evidente su postura antiinmigración, los medios de comunicación alemanes y la clase política trataron de demostrar que el partido era antisemita. No obstante, en 2004, no fueron los seguidores del AfD, sino básicamente los inmigrantes, quienes se congregaron en las calles de ciudades como Frankfurt, Dortmund y Essen cantando «Hamas, Hamas, todos los judíos al gas», y «judíos de mierda». No fue un político de AfD, sino un imán musulmán del barrio de Neukölln, de Berlín, quien se puso en pie en la mezquita, en 2014, para pedirle a Dios que «destruyera a los judíos sionistas; que matara hasta el último de ellos[14]».

En todos los países hubo gente que intentó advertir de la situación existente. Algunos, como Hirsi Ali, eran personas que habían crecido en la religión musulmana, pero que posteriormente la habían abandonado. Otros, que también habían nacido musulmanes, y que trataban de continuar fieles a su religión, intentaban impulsar reformas liberales desde dentro de la institución. Algunos europeos, no musulmanes, advirtieron de la situación e

insistieron en su derecho de hablar sobre lo que estaba pasando en su Continente.

Fueron pocos los que tocaron este tema con la pasión y el vigor mostrados por la famosa escritora y periodista italiana Oriana Fallaci. Siendo la única periodista occidental que había logrado entrevistar, a finales de 1999, a los estamentos iraníes que perseguían a Salman Rushdie, Fallaci contaba por entonces setenta y tantos años de edad. En el pasado, Oriana Fallaci había mantenido famosas entrevistas con personajes de la talla de Jomeini, el coronel Gadafi, el Shah de Irán, Henry Kissinger y otros; unas entrevistas que la habían convertido en la periodista más comprometida y conspicua del mundo[15]. Estos encuentros con personajes tan cercanos al poder, y sus viajes por las zonas más conflictivas del mundo, habían servido también para proporcionarle un sentimiento de ira hacia muchas cosas, y el islam se encontraba entre ellas.

Hija de un antifascista, Fallaci había crecido en la Italia de Mussolini. A través de su padre, se había visto envuelta en una serie de actividades antifascistas. Al final de su vida recordaba cómo, siendo todavía una muchacha, había escondido granadas en una bolsa de lechugas, y cómo había logrado también llevar armas a los cuarteles de la oposición[16]. Durante los años 1943 y 1944, cuando tanto su país como su ciudad natal —Florencia— estuvieron ocupados por los nazis, y a pesar de que era una muchacha quinceañera, Fallaci y su familia habían estado luchando para lograr que tanto su ciudad como su país pudieran verse libres. Así que cuando ella hablaba del fascismo, lo hacía con la experiencia de haberlo conocido de cerca.

Al cabo de tantos años de mantener una postura independiente, y de tantas entrevistas realizadas, Fallaci se animó a novelar los acontecimientos que había vivido, incluyendo una obra (*Inshallah*) basada en sus experiencias de la guerra civil de Líbano. En la década de 1990 decidió retirarse por completo de su actividad periodística, alojándose en el piso superior del edificio de su editor de Nueva York, y entregada a escribir una novela sobre su familia y su infancia.

Los ataques a las torres gemelas del mes de septiembre en Manhattan lograron despertar su latente espíritu literario. En el lapso de quince días

había completado un largo ensayo, que se publicó en un suplemento especial del periódico italiano *Corriere della Sera*. El ensayo constituía un sentido y furibundo ataque, muy característico de ella, contra los que habían logrado destruir las Torres Gemelas; contra aquellos que cerraban los ojos ante la amenaza inminente; contra los musulmanes de todo el mundo que celebraban el acontecimiento, y contra la propia religión islámica. Fue un ensayo apasionado y singular[17].

Aquella edición del *Corriere* se agotó de inmediato, y Fallaci decidió retomar la polémica en un libro que se publicó en 2002. De esta obra, titulada *La rabia y el orgullo*, se vendieron más de un millón de ejemplares solamente en Italia, y cientos de miles de traducciones en toda Europa. El argumento trataba de los fuertes contraataques llevados a cabo desde el principio, de una férrea defensa de los valores religiosos y también de aquellas otras personas que, al igual que Fallaci, eran ateas. En el flujo y reflujo de las modas intelectuales y políticas resulta fácil olvidarse o marginar «de la noche a la mañana sensaciones» como las producidas por libros como *La rabia y el orgullo*. Pero casi ninguna otra obra del momento tuvo un impacto tan grande sobre sus lectores, ni produjo un efecto tan fuerte sobre una sociedad avanzada.

Tomando desde su principio la forma de un «Yo acuso», o de un sermón a Europa, la novela de Fallaci atacaba a aquellos que propugnan el terror en nombre del islam, al creciente número de musulmanes que se encontraban en Occidente, y a aquellos europeos que no «tenían pelotas» para enfrentarse a esos intrusos[18]. «Me siento muy muy muy furiosa. Furiosa con un tipo de furia lúcida, fría, racional», escribía al inicio de la obra. «Una furia que descarta cualquier tipo de indiferencia o de indulgencia; una furia que me obliga a responder a esa gente escupiéndole a la cara[19]». El tono irascible no bajaba, a partir de ahí.

Al escribir sobre la lucha en la que tanto ella como su familia habían estado imbricados desde que era una muchacha, la comparaba con la reciente reacción del estamento oficial ante la «ocupación» de la plaza del Duomo, en Florencia, cuando los musulmanes somalíes se instalaron en tiendas de campaña alrededor de la catedral. Ese campamento se mantuvo durante tres meses y representó la mayor controversia habida en Florencia

en aquel momento. En su polémica, Fallaci hablaba de cómo se había puesto en contacto con todos los estamentos públicos de la ciudad, y después del país, exigiendo saber por qué no se podía limpiar ese lugar del centro de la ciudad, lo que demostraba en todo momento una gran incapacidad. Decía que, finalmente, había telefoneado a un policía y le había dicho que si no desalojaba la plaza de aquellas tiendas de campaña, iba a quemarlas por su cuenta, y que terminaría siendo detenida y encarcelada en su propia ciudad.

Semejante inoperancia por parte de italianos, europeos y occidentales en general eran tanto el blanco de la ira de Fallaci como lo podían ser los musulmanes. O como aquellos que intentaban establecer comparaciones o igualdades entre el mundo de Occidente y el mundo del islam. Aunque reconocía los fallos y los pecados de Occidente, Fallaci insistía: «Quiero defender mi cultura, no la suya. Y le informo que me gusta Dante Alighieri, y Shakespeare, y Goethe y Verlaine, y Walt Whitman y Leopardi mucho más que Omar Khayyam[20]». Y afirmaba sentir tanta veneración por cualquier obra de arte como cualquier musulmán pudiera tener por la Meca[21]. El orgullo cultural y el desafío lanzado por Fallaci tal vez pudieran parecer sorprendentes, porque resultaban muy raros en aquel momento.

No obstante, el estilo ardoroso de Fallaci se volcaba sin duda en algunas ocasiones sobre algo más. Al mencionar la desacralización de la plaza del Duomo por parte de los musulmanes somalíes, se sentía obsesionada por los excrementos y, en especial, por las marcas de orina que dejaban los acampados: «Los amarillentos trazos de orina que profana los milenarios mármoles del Baptisterio, al igual que sus puertas doradas, (¡Cielo santo! ¡Qué chorros más largos lanzan estos hijos de Alá!)»[22]. No obstante, Fallaci tuvo problemas cuando discutió las costumbres reproductoras que tenían los nuevos musulmanes de Italia.

La fijación que Fallaci sentía por la cantidad de musulmanes que venían a Europa, por el número de niños que traían con ellos, o por los muchos que tenían cuando ya se encontraban en el país, no eran cosas que surgieran de la nada. Ni tampoco lo era su idea de que esta migración o *hiyra* tuviera un propósito concreto por parte de algunos líderes musulmanes. En *La rabia y*

el orgullo citaba a los líderes islámicos que se enorgullecían de hacer lo que ella describía. Mencionaba a un erudito islámico que supuestamente había dicho en un sínodo del Vaticano, en 1999: «Gracias a vuestra democracia, os invadiremos; gracias a nuestra religión, os dominaremos». Era, según decía ella, «una cruzada al revés[23]».

Todas estas cosas, le hacían pensar que los musulmanes de Europa estaban intentando: «No solamente la conquista de nuestras almas, sino también la conquista de nuestro territorio». Y seguía diciendo: «Ellos tienen muchos hijos. Los italianos hemos dejado de tenerlos, los muy idiotas. Durante décadas hemos tenido, y seguimos teniendo los índices de natalidad más bajos de Occidente[24]». Esta era la versión suavizada que los editores de la Fallaci prefirieron publicar, cuando la autora tradujo su obra a su peculiar inglés. Pero en la versión original Fallaci había sazonado su obra con observaciones del tipo de «las musulmanas paren como ratas[25]».

Ciertas agrupaciones musulmanas de Italia presionaron para que Fallaci fuera juzgada por «vilipendiar su religión», entre otros delitos. Procesos parecidos trataron de llevarse a cabo en Francia. Cosas de esta índole estaban sucediendo en 2003, al mismo tiempo que se intentaba procesar a otras figuras públicas. De nuevo en Francia, Brigitte Bardot, la actriz que luchaba por los derechos de los animales, estuvo en el punto de mira del islamismo por haber hecho ciertas manifestaciones, entre las que figuraban sus ataques a la práctica del sacrificio del Halal[*][26]. Grupos de musulmanes franceses intentaron que se procesara a Michel Houellebecq por haber dicho en una entrevista que creía que el pensamiento religioso islámico era «la religión más estúpida», y que el Corán «estaba muy mal escrito[27]».

La perspectiva de ser acusada en su propio país de haber ofendido al islam, no fue la única amenaza que vivió Fallaci tras la publicación de su obra *La rabia y el orgullo*. Cuando regresó a Italia tuvo que ser protegida por los *carabinieri* las veinticuatro horas del día[28]. Tanto esta como otras circunstancias desagradables vividas en su propio país la obligaron a escribir textos algo menos comprometidos que *La rabia y el orgullo*. Su obra siguiente, *La fuerza de la razón*, obtuvo en Europa casi las mismas ventas que la anterior, creando parecidas preocupaciones. El argumento de

la obra no se refería a situaciones históricas o actuales, y defendía el punto de vista de la autora de que los musulmanes estaban tratando de dividir a los europeos, dentro de la misma Europa. Fallaci citaba al primer presidente argelino, Houari Boumédiène, quien, en el año 1974, dijo en la Asamblea de las Naciones Unidas: «Llegará un día en el que millones de personas dejarán el hemisferio meridional de este planeta para invadir el del norte. Pero no como amigos. Porque tratarán de conquistarlo, y lo conseguirán poblándolo con sus hijos. Lograremos la victoria gracias a los úteros de nuestras mujeres[29]». A su obra anterior siguió una tercera y última, en la misma línea de la precedente[30].

El sector más ruidoso de la izquierda italiana criticó duramente a Fallaci por sus últimas obras. Pero millones de personas prestaron atención a lo que decía y la respetaron por ello. En 2005, poco después de llegar al papado el nuevo pontífice, el anteriormente cardenal Joseph Ratzinger invitó a Fallaci a su residencia de verano, para hablar de la situación actual, bien entendido que nunca se haría público lo que trataran. Al año siguiente Oriana Fallaci murió del cáncer contra el que había estado luchando durante muchos años. Hasta el mismo final siguieron las causas establecidas contra ella. Y el debate en torno a la «Cassandra italiana» se aquietó durante unos pocos años, hasta que los acontecimientos volvieron a poner sus obras sobre el tapete.

En el año en que murió Fallaci, el nuevo Papa generó un conflicto con las mismas fuerzas que la escritora había vilipendiado. Pero el papa Benedicto no quiso servirse de las palabras de la escritora. En su lugar, y en el curso de un discurso sobre «fe y razón» en la Universidad de Regensburg, se limitó a citar unas frases del emperador bizantino Manuel II Paleólogo: «Mostradme lo que trajo de nuevo Mahoma, y en ello solamente encontraréis el mal y la inhumanidad, según su mandato de extender, mediante la espada, la fe que había predicado».

Antes de leer esta cita, el papa Benedicto dijo que la frase poseía «una dureza que encontramos inaceptable[31]». Y reiteró que se limitaba a repetir una cita histórica. Sin embargo, su discurso se interpretó como un insulto del Papa al islam. Se produjeron algaradas en todo el mundo musulmán, y una monja italiana de sesenta y cinco años fue asesinada en Somalia. Las

revueltas y las protestas por los dibujos sobre Mahoma publicadas en Dinamarca unos meses antes ya habían constituido un peligro. Pero ahora esas revueltas se unieron a las producidas por las palabras del Papa. Sin embargo, el hecho de que todo el mundo, desde los más radicales ateos europeos hasta el cabeza de la Iglesia católica se enfrentaran a las mismas fuerzas no parecía constituir, de momento, un serio peligro.

9

TEMPRANAS SEÑALES DE ALARMA

Otras sirenas estaban sonando por toda Europa. A principio de la década del 2000, tanto en Holanda como después en Noruega, el escritor gay estadounidense, Bruce Bawer, empezó a preocuparse por el número, cada vez más abultado, de escritores gay amigos suyos que en las ciudades más liberales de Europa (incluyendo Ámsterdam) estaban siendo atacados por musulmanes.

Bawer había dejado su país natal en los años 90, debido a que empezó a ver el auge de la influencia de los pastores cristianos que se oponían de forma virulenta a los derechos de los gais. En Europa, Bawer empezó a notar que existía una clase diferente de clero, perteneciente a una religión distinta de aquella a la que él estaba acostumbrado, que no pensaban solamente que a los gais no debería permitírseles casarse, sino que habría que arrojarlos desde lo alto de un edificio. Al igual que Pim Fortuyn, Bawer no dejaba de sorprenderse de que una sociedad que se enorgullecía de su liberalismo, pareciera mostrarse más preocupada por no ofender a los musulmanes que por dar protección a los gais. La homofobia islámica —un tema que pocas veces se había tocado en la prensa gay, y mucho menos en la prensa corriente— empezó a mencionarse ligeramente. Pero dio la impresión de que los grupos que defendían los derechos de los gais, que se

habían mostrado muy violentos en sus ataques a la Iglesia católica y a otras Iglesias cristianas, no solo trataban de silenciar su problema, sino que atacaban a gente como Bawer por suscitar la controversia. En dos libros y múltiples artículos intentó sacar a la luz el sorprendente hecho de las sociedades liberales que parecían mostrarse impasibles ante semejantes posturas intolerantes, simplemente porque procedían de comunidades de emigrantes. Bawer mostró que se habían producido una serie de casos de ataques a los gais, pero quedó derrotado por la postura musulmana.

Como sucedió con otras advertencias, Bawer fue muy atacado por manifestar semejantes problemas; ataques que con frecuencia procedían de una prensa gay liberal, de la que hubiera podido esperarse que le prestara cierta atención. Esto constituyó una demostración más del hecho de que cuando no se mataba al mensajero, se trataba de silenciarlo por otros medios y de la manera más eficaz[1]. No obstante, durante la primera década del siglo, fueron precisamente las sirenas de aviso sobre lo que se consideraba blasfemo y sobre la libre expresión las que parecieron hacerse más audibles.

La publicación de una serie de viñetas sobre el profeta del islam en un periódico danés de escasa circulación —el *Jyllands-Posten*— se convirtió en el punto crítico del momento. La «crisis de las viñetas» constituyó otra demostración, como el asunto Rushdie dieciséis años antes, de que los asuntos que tomaban cuerpo en la masa migratoria seguirían sorprendiendo a los europeos. Si un danés de los años 90 hubiera dicho que el asunto que atraería la mayor atención en su país, durante la década siguiente, hubiera sido posiblemente la «crisis de las viñetas» (una expresión que la gente utilizaba cada vez con cara más asustada) es probable que todo el mundo hubiera pensado que se trataba de un orate.

No obstante, esa «crisis» surgió en 2005, cuando un editor del *Jyllands-Posten* se enteró de que una publicación infantil danesa no lograba encontrar un dibujante que quisiera hacer ilustraciones para un volumen sobre el islam, en su colección de libros infantiles sobre las religiones del mundo. Sorprendidos por el hecho de que semejante tabú pudiera tener lugar en una sociedad libre y avanzada, los directores de la revista se propusieron comprobar si era posible romper semejante tabú. Y pudieron

comprobar que se podía hacer, pero con un coste elevado. Al mismo tiempo que se producían revueltas y quema de embajadas por todo el mundo islámico, también surgieron protestas de los musulmanes de toda Europa. Los manifestantes congregados en Londres frente a la embajada danesa portaban pancartas que decían «Al infierno con la libertad», «El 7/7 está en camino» y «Decapitemos a los que insultan al islam».

Tras fracasar en varios intentos contra la vida de Kurt Westergaard, uno de los dibujantes daneses, el día de Año Nuevo del 2010, un asesino musulmán entrenado por al-Shabaab, en África, penetró en la casa del dibujante con el propósito de cortarle la cabeza. Solo la habitación blindada que Westergaard había accedido a instalar en su casa, y en la cual se encontraba, le salvó de la muerte. Cosas de esta índole empezaron a ser noticia normal en Europa. Tras el asunto de Dinamarca, «la crisis de las viñetas» empezó a propagarse por toda Europa.

En 2006, en Noruega, el editor de la revista cristiana *Magazinet* decidió reproducir los dibujos daneses para mostrar a sus lectores el motivo de todo aquel altercado. El primer ministro noruego, Jens Stoltenberg, no solamente criticó al editor de la revista, Vebjorn Selbekk, por haber hecho una cosa así, sino que lo amenazó con llevarlo a los tribunales. Cuando una multitud quemó la embajada noruega, en Damasco, el primer ministro manifestó que Selbekk era también responsable de lo sucedido. Otras figuras del mundo político y cultural se alinearon para atacar la «provocación» y falta de respeto mostrada por la revista, y el mismo Selbekk se vio obligado a esconderse y a recibir protección policial.

Al año siguiente surgió en Suecia otra crisis cuando el artista Lars Vilks hizo un dibujo de Mahoma, y también tuvo que buscar refugio. Al igual que lo sucedido en el caso del *Jyllands-Posten*, durante los años siguientes se produjeron repetidos intentos para matarle. En 2011 la redacción de la revista satírica francesa *Charlie Hebdo* —una de las únicas publicaciones que habían reimpreso los dibujos daneses— fueron atacadas con bombas, en París. En el 2013 llegó un pistolero a la casa del periodista e historiador Lars Hedegaard —un destacado crítico del islam— que le disparó dos veces a la cabeza. El periodista, de setenta años de edad, logró sobrevivir al atentado porque la pistola del asesino falló. Hedegaard logró asestarle un

puñetazo al agresor, que pudo escapar y encontrar posterior refugio en Turquía.

Estos fueron tan solo algunos de los atentados que sucedieron a partir de 2005. Pero iban a suceder muchos más. El siete de enero, unos asesinos lograron acceder a la redacción del *Charlie Hebdo*, en París. Consiguieron pasar el sistema de seguridad del edifico, matar a los guardias que el Estado había asignado para proteger al editor, y masacraron a la mayor parte del equipo editorial en sus mismos puestos de trabajo. Tras años de amenazas a sus vidas por hacer dibujos del profeta del islam, los editores de *Charlie Hebdo* también habían sufrido años en los que fueron llevados a los tribunales por organizaciones musulmanas de Francia. El mes anterior a la masacre —el 15 de febrero— un pistolero danés de veintidós años atacó a los asistentes a una reunión de Copenhague en apoyo al dibujante sueco Lars Vilks. Del mismo modo que lo sucedido en los ataques de París del mes anterior, la fiebre asesina que había empezado con los ataques a los dibujantes concluyó con el ataque a un supermercado kosher de París y a una sinagoga de Copenhague.

Parecía no verse un final a tal cantidad de ataques, tanto físicos como judiciales. Por ello nadie se sorprendió cuando, en 2015, un artículo de la revista *The Atlantic* habló de «las interminables y agotadoras guerras de las blasfemias[2]». A pesar de las dos décadas de advertencias, desde el asunto Rushdie en adelante, nadie que tuviera un cargo político habría previsto semejante oleada de acontecimientos. Nadie que hubiera abierto las fronteras de Europa a la migración masiva del tercer mundo, hubiera pensado en este problema musulmán. Nadie estaba preparado ante la posibilidad de que los que llegaban no solamente no fueran a integrarse, sino que trajeran con ellos sus particulares puntos de vista, tanto sociales como religiosos, y que otras minorías pudieran convertirse en las primeras víctimas de tamaña carencia de previsión. Nadie que tuviera una posición influyente hubiera esperado que la avalancha inmigratoria llevaría a un incremento del antisemitismo y de las palizas a los gais. Nadie que hubiera dudado de las relajadas políticas inmigratorias hubiera podido prever que la blasfemia musulmana se convertiría en uno de los mayores problemas, tanto en el plano cultural como en el de seguridad, del siglo XXI europeo. Todos

aquellos que lo habían advertido habían sido ignorados, difamados, destituidos, sometidos a juicio o asesinados. Pocas veces, si es que hubo alguna, cambiaron los puntos de vista existentes, ni tampoco se mostró mucha simpatía hacia las víctimas.

Lo que realmente habían hecho la mayoría de los políticos y gran parte de los medios de comunicación, a lo largo de los años 2000, fue estimular el sentimiento de que quienes en Europa gritaban «fuego» eran los verdaderos incendiarios. Los esfuerzos para silenciar a la gente que elevaba su voz —ya fuera mediante la violencia, la intimidación o los tribunales— significaba que tres décadas después del asunto Rushdie no había casi nadie en Europa que quisiera atreverse a escribir una novela, componer una pieza de música o incluso dibujar una figura que pudiera excitar la ira musulmana. Además, ellos iban en otra dirección. Los políticos, y otros muchos, se salían de madre al mostrar lo mucho que admiraban al islam.

Por supuesto que a consecuencia de los ataques terroristas a gran escala —como los de Madrid en 2004, Londres en 2005, o París en 2015—, los gobiernos tuvieron que hacer algo, y necesitaron que se viera que estaban haciendo algo. La mayoría demostraban estar capacitados para dirigir los aspectos específicos del antiterrorismo. Pero seguían siendo prisioneros desesperados de sus políticas anteriores, y continuaban atrapados en un juego de su completa invención.

En el mes de junio de 2007, un médico del NHS[*] y otro musulmán que estaba haciendo el PhD[*], dejaron dos coches bomba en el centro de Londres. El primer artefacto se colocó en un coche a la entrada de un popular club nocturno de «mujeres de alterne». El segundo coche bomba se dejó un poco más abajo, para que pudiera matar a la gente que huyera de la primera explosión. Por fortuna, un peatón notó que salía humo del primer coche, y de este modo se descubrieron las dos bombas antes de que pudieran detonar. La nueva Labour Home Secretary[*], Jacqui Smith, dijo que hubiera sido un error considerar esos ataques como «terrorismo islamista», porque esos terroristas estaban comportándose de un modo totalmente contrario a su fe. Por ello, dijo, sería más apropiado describir tales hechos como «actividad antiislámica[3]».

Seis años más tarde, a raíz del asesinato a plena luz del día en el barrio londinense de Woolwich, de Lee Rigby, tambor del Regimiento Real de Fusileros, un primer ministro conservador (David Cameron) salió a la escalinata de Downing Street para decir: «Esto no es un ataque a Gran Bretaña, ni a nuestra forma de vivir. Es una traición al islam y a las comunidades musulmanas que tanto colaboran con nuestro país. Nada hay en el islam que justifique esta terrible acción[4]». Al año siguiente, en respuesta al asesinato de un colaborador británico de ayuda humanitaria, perpetrado por un yihadista nacido en Inglaterra, el mismo primer ministro afirmó: «Dicen que hacen esto en el nombre del islam. Eso es una tontería. El islam es una religión de paz. Estos individuos no son musulmanes, son monstruos[5]».

Los medios de comunicación también se propusieron firmemente no hacerse eco de lo que había sucedido. Al día siguiente del asesinato de Lee Rigby en las calles de Londres, perpetrado por dos seguidores del Corán, el periódico inglés *Daily Telegraph* —el diario más importante del centro derecha— siguió la línea política establecida por Cameron, Un columnista manifestaba que: «El hombre que portaba el cuchillo sangriento que habló ante una cámara de video en Woolwich no tenía claro lo que iba a hacer… nada de todo esto tiene sentido[6]». Otro articulista del mismo periódico escribía: «Para mí, el acto de terrorismo de ayer en Woolwich fue literalmente una cosa sin sentido. En realidad, nada de lo que sucedió tiene el menor sentido… Se pudieron ver cuchillos, helicópteros, armas y cuerpos. Nada de esto tenía el menor sentido». Seguía a esto una larga lista de las cosas que habían sucedido en la escena del crimen, de las que el autor del artículo afirmaba que carecían de sentido. «El asesino habló de “nuestra tierra”. Sin embargo, tenía un claro acento del sur de Londres. Y eso carecía de sentido… Nada de lo sucedido tenía sentido. Nada en absoluto». Y el periodista concluía enfáticamente que: «ayer fue una jornada sin sentido[7]». En la otra cara del espectro político, el comentario del *The Guardian* afirmaba que lo que había sucedido era sencillamente «un mero acto de violencia[8]».

Al igual que los políticos, la mayoría de los medios de comunicación de toda Europa parecieron mostrar, durante esos años, muy pocos deseos de

entender o de manifestar públicamente lo que podía estar sucediendo. Para la prensa, los motivos eran evidentes: una combinación de miedo, cobardía e internacionalización de las amenazas. Mientras tanto, los políticos no parecían saber enfrentarse a un problema, del que eran responsables por haberlo introducido en Europa.

Durante las décadas anteriores casi nadie había tenido en cuenta las ideologías o las creencias de la gente que estaba llegando al país o, al menos, no mostraba mucha curiosidad por saberlo. Tanto los políticos como los medios de comunicación, minimizaban las diferencias existentes entre el islam y cualquier otra religión. E insistían constantemente que la solución del problema, si es que existía, consistía en vincular el futuro de las sociedades europeas al futuro del islam, respaldando a «los moderados», de forma que pudiera prevalecer un «islam reformado».

Los políticos insistían en que de esta forma se solucionaría el problema, tanto para Europa como para el conjunto del islam. Pero parecía como si no fueran conscientes del hecho de que desde los seguidores de Mutza, del siglo X, hasta los iraníes de Ali Dashti, del siglo XX, la historia del Islam había vivido muchos movimientos reformistas y muchos reformadores, todos los cuales habían sido derrotados por la fuerza, por los argumentos y por las llamadas a la autoridad de los fundamentalistas. Lo que estuvieron haciendo los políticos europeos durante todo este tiempo fue vincular la seguridad del futuro de Europa a un movimiento reformista que había fracasado a lo largo de la Historia, y que muy probablemente volvería a fracasar.

No obstante, todos esos políticos siguieron sin inmutarse tratando de buscar sus argumentos. En un discurso de la conferencia del Partido Conservador, en 2014, la por entonces ministra de Interior, Theresa May, hizo lo que cualquier político hubiera hecho por entonces, que era insistir en la parte pacífica del islam, citando algunos de sus versos favoritos del Corán. Al ser testigos de la fiereza con la que muchos musulmanes estaban dispuestos a defender su religión, daba la impresión de que la actitud de la mayoría de la clase política europea quería pensar que la religión islámica tenía parte de razón, y que constituía una fuente de sabiduría y de guía. En 2016, uno de los más importantes aliados de Angela Merkel, el ministro

alemán de finanzas, Wolfgang Schaeuble, proponía la creación de un «islam germánico».

Los puntos de vista de quienes pensaban de otro modo no tuvieron tanto éxito. En Holanda, tras haber vivido mucho tiempo en barracas del ejército y en casas de acogida, el servicio de seguridad holandés permitió que, finalmente, Ayaat Hirsi Ali pudiera residir en un edificio especialmente protegido. Pero sus nuevos vecinos solicitaron que se la llevaran a otra parte, temerosos de que la presencia de aquella persona tan problemática pudiera acarrearles disgustos. Poco después, y basándose en las quejas manifestadas por una emisora de televisión, el ministro de Inmigración e Integración, que pertenecía al mismo partido de Hirsi Ali, el VVD, le retiró la ciudadanía. El país que había permitido la residencia a cientos de miles de musulmanes, sin esperar a que llegaran a integrarse, y que daba cobijo a algunos de los oradores y de las células más radicales de Europa, retiró la ciudadanía a una de las únicas inmigrantes que en realidad demostraba estar plenamente integrada en el país. Hirsi Ali se trasladó a Estados Unidos convirtiéndose en lo que Salman Rushdie calificó más tarde como: «Quizás la primera refugiada de Europa occidental desde el Holocausto[9]».

Parecía como si, por un momento, Europa hubiera llegado a la conclusión de que pudieran alejarse los problemas causados por los extremistas si se apartaba a las personas que los creaban. Sin embargo, aunque se pudiera matar, encerrar o expulsar de Europa a los emigrantes más extremistas, el problema seguía existiendo. Muchos de ellos tomaron muy en cuenta, de forma tanto implícita como explícita, las advertencias que se les hacían para poder quedarse en Europa, pero no se volvían europeos.

En un mitin en Colonia, en el año 2008, el primer ministro de Turquía (y luego presidente), Erdogan, dijo dirigiéndose a un auditorio de veinte mil turcos residentes en Alemania, Bélgica, Francia y Holanda: «Entiendo muy bien que estéis en contra de la asimilación. No se puede esperar que os asimiléis. La asimilación es un crimen contra la Humanidad». No obstante, dijo a los que lo estaban oyendo que deberían meterse en política y lograr una parcela de influencia, de modo que los cinco millones de turcos que

vivían en Europa pudieran convertirse en un «elemento constitucional» y no en meros «huéspedes[10]».

En Ámsterdam, en 2016, como en otras muchas ciudades europeas, existen barrios que constituyen auténticos enclaves musulmanes. En un día soleado, los edificios de esas zonas no parecen peores que los de cualquier otro barrio europeo; incluso la mayoría de sus casas son del tipo que muchas parejas de jóvenes europeos occidentales tratarían de conseguir como vivienda, antes de progresar en la escala social.

Este es el lugar en donde se congregan los trabajadores-invitados turcos desde el momento en que llegaron al país hace sesenta años. Hoy día, al igual que otros muchos barrios de Ámsterdam y Rotterdam, constituyen una especie de mini Turquía o mini Marruecos[11]. Las tiendas de comestibles son *halal*[*]. Las mujeres se cubren la cabeza con velo, y la vida se desarrolla de forma muy parecida a la que podría verse en Turquía o en Marruecos. En una de las casas de una calle tranquila y agradable vivía Mohammed Bouyeri; la casa de donde salió una mañana de hace diez años para asesinar a Theo van Gogh. No es una zona especialmente peligrosa. Es, simplemente, un barrio diferente. En muchas de las ventanas hay posters que muestran la cara de Recep Tayyip Erdogan.

10

LA TIRANÍA DE LA CULPA

En los primeros días de septiembre, cuando el cuerpo del niño sirio de tres años, Aylan Kurdi, quedaba bañado por las olas de una playa de Turquía, la reacción en Europa fue casi unánime. Como resaltaban en sus titulares diversos periódicos, aquello era «la vergüenza de Europa». Cuando se supo que la familia de Kurdi trataba de reunirse con los familiares que tenían en Canadá, que habían solicitado la visa para entrar en el país, pero que su solicitud había sido rechazada, la muerte de Aylan Kurdi se convirtió en tema de debate en Norteamérica. Algunas de las campañas para las elecciones que tendrían lugar en Canadá en los meses siguientes quedaron suspendidas. Los adversarios políticos del gobierno de Stephen Harper, que entonces estaba en el poder, se manifestaron insistiendo en los fallos que se produjeron para salvar la vida del pequeño de tres años. El gobierno de Harper perdió las elecciones siguientes.

Este sentimiento general de culpa y de vergüenza se fue extendiendo por Europa y Norteamérica, insistiendo en lo que se hubiera podido hacer por la familia de Kurdi, y de otras muchas familias que deseaban venir al país después de ella. Fue tan grande esta efusión de culpabilidad, que se relegaron por entero otros muchos factores. Y no fue el de menor importancia el hecho de que la familia de Kurdi hubiera emigrado de una nación segura, como era Turquía. El padre había decidido abandonar aquel país —en el que tenía un empleo remunerado— para reunirse con la familia

que tenía en Europa. Pero el cuerpo de su hijito había quedado bañado por las aguas de una playa que no era europea, sino turca. Y aunque hubo cierto duelo por la tragedia en los medios informativos de Turquía, aquel no se pudo comparar, ni siquiera remotamente, con las manifestaciones en las que se culpaba a los políticos y los medios informativos de Occidente.

Si bien sectores del mundo árabe y musulmán también se unieron al duelo por la tragedia, tal reacción no era comparable con el impacto político que ese hecho significó en Occidente. Además, la tragedia ponía de relieve, como poco, una extraordinaria disparidad no solo entre las reacciones habidas en Europa y en el Medio Este, sino también con las actitudes de asilo de ambas regiones. Pues si bien Líbano, Jordania y Turquía habían aceptado gran número de refugiados procedentes de las guerras desencadenadas en las vecinas Siria e Irak, y recibían una importante asignación económica de la comunidad internacional por tal apoyo, la actitud de gran parte de Oriente Medio a estas crisis humanitarias —por no mencionar otras crisis existentes en toda África y en el lejano Oriente— mostraba una oposición total a los gobiernos y a los medios de información europeos. Mientras Europa consideraba un cargo de conciencia la muerte de aquel niño de tres años, el mundo árabe —del cual procedía ese niño— y la opinión pública musulmana, permanecían sorprendentemente impasibles ante el hecho.

Por ejemplo, los seis países pertenecientes a la Cooperación del Golfo, que incluían a Kuwait, Bahrein, Qatar, los Emiratos Árabes Unidos, Arabia Saudí y Omán no habían concedido asilo ni a un solo refugiado sirio en 2016. Su actitud hacia los refugiados procedentes de Eritrea, Nigeria, Bangladesh y Pakistán tampoco era generosa. Únicamente pocos meses antes de la muerte de Aylan Kurdi, un oficial kuwaití, Fahad al-Shalami, explicó durante una entrevista en la emisora France 24 por qué los países del Golfo, como era el caso del suyo, rechazaban dar asilo incluso a los refugiados sirios: «Kuwait y los países del Golfo son caros, y no son adecuados para los refugiados», explicaba, «Solo les convienen a los obreros. El transporte es caro. El coste de la vida en Kuwait es elevado, mientras que el de Líbano o de Turquía es quizás más barato. Por consiguiente, les resulta más cómodo pagar a los refugiados (que tenerlos

allí). Usted no puede aceptar a personas que proceden de lugares diferentes y de ambientes distintos. Son personas que padecen traumas psicológicos». Y explicaba que a esa gente no se la podía instalar en las sociedades del Golfo[1].

No resulta sorprendente semejante actitud. Al-Shalami se limitaba a proteger la sociedad a la que pertenecía, de los problemas que consideraba inevitables si llegaban muchos refugiados. Lo que resulta extraño es que la actitud de Europa, siendo equiparable a la de los estados del Golfo y a otras sociedades, se mostrara infinitamente más dúctil. Nadie en Europa culpaba a Turquía o a Omán por la muerte de Aylan Kurdi. Y mientras el presidente del gobierno español, Mariano Rajoy, aseguraba, a raíz de otra embarcación hundida en el Mediterráneo, que Europa se arriesgaba a «dañar nuestra credibilidad si no somos capaces de evitar estas situaciones trágicas», pocos eran los que afirmaban que la credibilidad de Arabia o de los países africanos se encontrara por los suelos. De hecho, solamente durante la crisis de refugiados de Siria, casi nadie condenó a los países que estaban envueltos en aquella guerra civil —incluyendo a Irán, Arabia saudí, Qatar y Rusia— por el coste humano del conflicto. No hubo ninguna petición europea para que Irán aceptase una parte de los refugiados de aquella contienda; y, mucho menos, se produjo la menor presión para que Qatar hiciese lo mismo.

Existen muchas suposiciones, tanto políticas como estratégicas, que subyacen a este fracaso. Pero también existe un concepto moral que parece ignorarlo todo. Y esa especie de autoensimismamiento internacional no empezó con la crisis de los refugiados. Más bien es algo que subyace a las concepciones de toda la Europa contemporánea: un sentimiento permanente y, quizás finalmente fatal, de comprensión y de obsesión culpable.

En abril de 2015, tras el hundimiento de otra barcaza de migrantes en el Mediterráneo, la eurodiputada sueca Cecilia Wilkstrom intensificó su campaña para que a los migrantes se les proporcionaran rutas «legales y seguras» por Europa. Insistió en que el fracaso de esta medida sería comparado al Holocausto por las futuras generaciones. «Pienso que mis hijos y mis nietos me preguntarán por qué no se hizo más por ayudar a esta gente que huía del terror de Isis en Eritrea y en otras partes, cuando

sabíamos que estaban muriendo a miles. La gente se hará la misma pregunta que se hizo después de la guerra: “Si lo sabíais, ¿por qué no hicisteis algo?”. En Suecia permitimos que se utilizaran nuestros ferrocarriles para transportar a los judíos que iban a los campos de exterminio nazis. Hoy día hay más refugiados en el mundo que los que hubo durante y después de la Segunda Guerra Mundial. El mundo está ardiendo en este momento y es necesario que pongamos fin a esto[2]».

En Alemania, los políticos no necesitaban ser tan explícitos. Todos los alemanes sabían a qué se estaba refiriendo Angela Merkel, durante la importante advertencia que hizo el 31 de agosto de 2015, cuando dijo: «El mundo mira a Alemania como una tierra de esperanza y de oportunidades. Y esto no ha sido siempre así». Eran unas palabras que no dejaban de resonar en todos los oídos, porque se consideraban importantes. En aquellas jornadas cruciales de finales de agosto se habían producido protestas a las puertas de un centro de refugiados, y un ataque premeditado a unas instalaciones de migrantes en la ciudad de Heidenau, al este del país. Cuando, posteriormente, apareció la Canciller en la ciudad fue abucheada por la multitud. Muchos alemanes vieron horrorizados estos hechos y se dispusieron a mostrar una visión muy diferente de su país. En los primeros días de septiembre, cientos de miles de personas cruzaron desde los países del sur de Europa, a través de Serbia, Hungría y Austria, hasta Alemania, cuando la Canciller abrió las fronteras de su país, y sus conciudadanos aceptaron la situación como un auténtico reto. Tanto en la frontera como en las estaciones de tren de ciudades como Múnich y Frankfurt, cientos de personas se congregaban para dar la bienvenida a los migrantes.

Estas imágenes dieron la vuelta al mundo. Una auténtica multitud de alemanes se concentraba no solo para prestar ayuda a los migrantes cuando llegaban, sino para ofrecerles lo que se hubiera podido considerar como toda una fiesta de bienvenida. Por su parte, los migrantes, que habían atravesado un continente para llegar hasta allí, se quedaban atónitos y sin poder contener su alegría, al pasar entre aquella muchedumbre de alemanes que los aplaudían y los saludaban amistosamente en todas partes.

Al llegar los trenes a las estaciones y al descender los migrantes de los vagones y pasar entre la gente, los que se habían congregado allí los

recibían con silbidos de alegría y aplausos. Auténticas cadenas de voluntarios les entregaban comida y regalos, con dulces y juguetes para los niños. Aquello no era tan solo la expresión de la *Willkommenskultur* («cultura de bienvenida») que tanto le gustaba practicar a Alemania. Estos migrantes no eran simplemente bienvenidos, sino que se los homenajeaba como si fueran los ganadores de una importante competición futbolística, o los héroes que regresaban de una guerra. Y algunos de los receptores de semejante homenaje no podían por menos de levantar los brazos triunfalmente, a medida que iban pasando a través de aquella especie de guardia de honor.

Este espíritu acogedor no se limitó solamente a los alemanes. Venía gente de toda Europa para tomar parte en estos recibimientos, que se convertían en algo histórico por todas partes. Dos estudiantes ingleses llegaron a la frontera entre Austria y Hungría para llevar emigrantes a Múnich en su coche. Cuando los entrevistó la prensa, uno de ellos dijo: «Estamos aquí porque hemos visto escenas en la televisión de lo que sucedió en los años 40, y esto nos trae reminiscencias históricas. Piense lo que usted hubiera hecho entonces. Me gustaría preguntarle si no hubiera ayudado como lo estamos haciendo hoy nosotros[3]».

Este comportamiento multitudinario no se redujo solamente a Alemania. La similitud con la Segunda Guerra Mundial surgía por toda Europa. Desde Dinamarca los migrantes estaban llegando a Suecia en tren, por el puente Oresund, que unía a ambos países. No necesitaban pasaporte puesto que no existía frontera. Pero no todo el mundo encontraba esto como una imagen muy representativa. Durante la guerra, cuando los nazis deportaban a los judíos de Dinamarca, miembros daneses de la Resistencia pasaron a la neutral Suecia, de la forma más heroica y en plena noche, a muchos judíos pertenecientes a una comunidad hebrea de casi ocho mil miembros.

Y casi del mismo modo, una joven política danesa de veinticuatro años, Annika Holm Nielsen, llevó en 2015 en su yate a migrantes a través del estrecho de cinco millas existente entre Copenhague y la ciudad sueca de Malmö. En cierta ocasión también llevó a través de las embravecidas aguas a un emigrante, de nombre Abdul, que había venido de Alemania y al que ella encontró en la Estación Central de Copenhague. Fue un acto que la

prensa comparó con las acciones de la Resistencia de 1943. La misma Nielsen negó que su actuación hubiera sido algo «simbólico», e insistió en que a ella le había parecido sencillamente «que era la cosa más segura que se podía hacer[4]».

No importa el hecho de que el viaje de Abdul hasta Suecia hubiera sido más seguro y más cómodo si la Nielsen se hubiera limitado simplemente a dejar a este migrante en la Estación de Malmö, como se hacía con todos los demás. Lo que realmente importa es el hecho de que «gestos» como este, durante 2015, llenaban las páginas de toda una narrativa. Era la narrativa de tantas personas que daban la bienvenida en las estaciones de Alemania y que, en cierto modo, querían ser una compensación por lo que había sucedido entre 1930 y 1940. Este comportamiento, casi histérico, de la gente irradiaba un sentimiento no solo de alivio, sino de éxtasis, al comprobar que había muchas personas que migraban a Alemania, en lugar de huir de ella. Así pues, en vez de ser un país del que se huía para salvar unas vidas que corrían peligro, Alemania se había convertido en un lugar al que se venía, escapando de la guerra y de las persecuciones que padecían en sus países de origen.

Por supuesto que esta situación generaba serios problemas. La comparación entre los migrantes de 2015 y los judíos de la era nazi se venía abajo por varios conceptos. En primer lugar, los judíos que huían de Hitler buscaban desesperadamente un país en el que pudieran vivir. Los migrantes que llegaban en 2015 habían atravesado numerosos países —incluyendo muchos de Europa— antes de llegar a Alemania. En segundo lugar, aunque había muchos sirios, entre otros migrantes, y ciertamente estaba huyendo de sus países para salvar la vida, compararlos a todos ellos —incluyendo a los migrantes que huían por motivos económicos— con los judíos de los años 30 no era justo, pues menospreciaba el sufrimiento de los exilados de la Alemania de Hitler. Es necesario insistir en este caso que Europa no tenía otra opción que admitir a todos aquellos que quisieran venir. No hacerlo así hubiera sido una postura nazi.

Tanto si lo sabían como si lo ignoraban, los alemanes y otras muchas personas que llenaban las calles y las estaciones de sus países para celebrar estas nuevas llegadas, estaban tomando parte en un proceso histórico que

los superaba, aunque este acto emotivo llegara con la misma carga intelectual que pudiera tener cualquier otro argumento sobre la inmigración de la posguerra.

Entre los migrantes que eran entrevistados en los noticiarios de la televisión, un buen número de ellos explicaba que habían venido al país porque la reducida natalidad de Alemania y los problemas laborales «justificaban» el hecho de que el país aceptase a cientos de miles de nuevos trabajadores. Pero estos razonamientos parecían ser secundarios. Existían otras explicaciones que respaldaban la decisión que había sido tomada por los dirigentes de la nación. Y la más significativa era el hecho de que existía en un sector de la población, y en sus representantes políticos, una especie de instinto originario que constituía la expresión más visible de una carga histórica que muchos europeos creían que debían llevar.

LA MANCHA DE EUROPA

Quizás no fueran los europeos el único pueblo del mundo que sintiera que habían nacido con el pecado original, pero parece como si realmente sufrieran por haber caído en el peor de esa especie. Hoy en día los europeos creen, mucho antes de que nadie se lo haga ver, que cargan con una culpa histórica que engloba no solamente el hecho de la guerra y del Holocausto, sino también toda una gama de culpas anteriores. Estas incluyen, si bien no son las únicas, los perdurables pecados del colonialismo y del racismo. Y aunque todo esto le añade una carga enorme, no es algo que debamos soportar en solitario. En los últimos decenios, el mismo chantaje histórico que ha afligido a la Europa moderna también ha tenido que ser asumido por otro grupo de naciones. Lo que resulta sorprendente es que todos estos países que esperaban sufrir por los mismos pecados, sean naciones de cuya creación se le culpe a la misma Europa; de manera que se tiene la impresión de que la mancha de los europeos abarca a todo el mundo.

Mientras que para los europeos contemporáneos el colonialismo constituye un pecado de no mucha monta, para los australianos el colonialismo se ha convertido en el pecado original. Y no por el hecho de

que se acuse a las naciones europeas de haber explotado a otros pueblos en busca de sus riquezas, sino más bien por haber establecido un proyecto colonialista en las antiguas colonias. En Australia se dice, por ejemplo, que el colonialismo empezó en casa. A los escolares australianos de hoy día se les enseña que sean cuales sean sus virtudes actuales, su país se fundó sobre la base del genocidio y el robo. El hecho de que los ocupantes del país fueran también blancos y europeos, hace que el acto resulte mucho peor que si se tratase de la consabida historia de unos pueblos de piel oscura que invaden a otros, también de piel oscura. La conquista de un pueblo por otro, y el sufrimiento que padecen los vencidos a manos de los vencedores, constituye la historia de la mayoría de las naciones de la Tierra. Pero, para los australianos, el tratamiento histórico de los aborígenes y de otros «pueblos primitivos» es un tema que ha trascendido, en años recientes, de los márgenes del debate público al sentimiento más profundo del país, al considerarlo como un pecado fundacional. Sorprendentemente, esa narrativa de la culpa, parece que es algo deseado y bien recibido por la sociedad australiana.

Como suele suceder en algunos casos con aquello que se desea ardientemente, el paso del tiempo hace que se vayan alterando un poco los hechos. Y algo parecido sucedió en Australia cuando las actuaciones de los misioneros y de otros estamentos oficiales, que trataban de separar de sus padres a algunos niños aborígenes (la «generación robada»), se ha visto siempre como un «genocidio[5]».

Este hecho ha constituido el tema de muchos libros populares, de películas, investigaciones oficiales y repetidas apologías por parte de los políticos, incluyendo a primeros ministros[6]. Resulta difícil establecer impugnaciones, porque se aceptan sin restricción las mayores reivindicaciones del hecho, mientras que las contradicciones que puedan existir al respecto se consideran tan solo como pruebas de un racismo culpable. En consecuencia, todo lo que en Australia parece estar actualmente abierto a debate es la compensación que debiera darse a las comunidades aborígenes por el daño sufrido. El efecto acumulativo de esta arraigada culpa ha causado un cambio sustancial en la impresión que se tiene de Australia y de la propia imagen del país, pasando de ser un lugar

generalmente optimista y soleado, a otro notablemente más oscuro y más sensible con su pasado.

En años recientes esta idea se ha visto expresada en actos tan populares como las exposiciones del «Mar de manos», en la que cientos de miles de ciudadanos han costeado la realización de grandes manos de plástico, pintadas con colores aborígenes, colocadas sobre el césped que rodea a distintos edificios públicos, incluyendo el Parlamento de Camberra.

Otro de los rituales en los que han tomado parte miles de personas son las firmas dejadas en los llamados «Libros del perdón» nacionales. Desde 1998 también existe en Australia un «Día del perdón nacional[7]». Evidentemente, como sucede con todos los pecados originales, es posible que aquel por el que se les pide a los australianos que se arrepientan no haya sido perdonado del todo. Muchos de los actuales habitantes de Australia pueden ser descendientes de europeos y de otros colonos, aunque ellos mismos no sean culpables de ningún robo. Si han heredado propiedades, lo han hecho sin ningún tipo de opresión o de usurpación. Y aunque las oportunidades económicas y de empleo de los aborígenes del país están muy por debajo de las del resto de los australianos —y esto será así durante mucho tiempo— tal situación da pie a un enigma insuperable. Porque si bien tanto ahora como en el pasado, los australianos desean «corregir» su política hacia los aborígenes, no se puede hacer la cuadratura del círculo de cómo «preservar» el modo de vida indígena estimulándolos, u obligándolos, a que disfruten exactamente del mismo tipo de vida que todos los demás, cuando se está tratando de erradicar su cultura.

La moda australiana de autoculparse no constituye algo inusual. De hecho, la disculpa realizada en 2008 por el primer ministro, Kevin Rudd, ante los pueblos indígenas australianos, se produjo unos meses después de que el primer ministro de Canadá, Stephen Harper, hiciera algo similar ante los pueblos indígenas de su país[8]. Ambas disculpas fueron muy bien recibidas, al considerarlas como la expiación hecha por un estadista de un penoso periodo de la Historia. Pocas fueron las voces que disintieron de esta línea de actuación, e incluso dio la impresión de que, durante algún tiempo, se considerara que los archivos históricos no eran lo suficientemente honestos.

Tanto en casos similares de Canadá y Australia, el deseo de hablar claro sobre los crímenes cometidos en el pasado se consideró como una especie de concesión un tanto fuera de lugar. La actuación de cualquier persona, que siendo juzgada por determinados crímenes presumiera ante el tribunal de haber cometido otros incluso peores que aquellos por los que estaba siendo juzgada, sería considerada una actuación inadecuada. No obstante, si alguien que no se considera culpable, se disculpa por las faltas que cometieron sus predecesores, es posible que exagere un tanto la culpabilidad de estos. Pero los políticos de hoy día consideran que hay temas que deben ser tratados. Y cuanto mayor sea la falta, mayor es el ultraje cometido. Y cuanto mayor sea la disculpa, mayor será también el rédito político que se obtenga por expresar el dolor causado. Los líderes políticos pueden sentirse inocentes y beneficiarse, al mismo tiempo, de semejantes declaraciones de magnanimidad. Insistiendo, por supuesto, en que ellos no han hecho nada malo, y que aquellos que debieran recibir las disculpas ya están muertos.

Se trata, evidentemente, de una manía. Una específica y habitual manía europea. Parece como si el cálculo político por hacer semejantes manifestaciones fuera algo que no costase nada. Pero eso no es así. Porque puede dar la impresión de que las naciones cuyos líderes están constantemente disculpándose por la historia de su país, al final (en un mundo en el que tales disculpas resultan sorprendentes en determinados países) tienen motivo para sentirse culpables. Si Australia estuvo siempre dispuesta a pedir disculpas por su propio pasado, mientras que China guarda silencio, la impresión que pueden extraer de todo ello los niños australianos es que su país tiene muchos motivos para pedir perdón. Y aunque el considerar los notables errores del pasado pueda ser algo que carezca de coste alguno para los eruditos y los políticos ambiciosos, da la impresión de que una manera equivocada de obrar puede, finalmente, abrirse camino no solamente ante la visión mundial de una nación en particular, sino en el propio criterio de esa nación[9].

Más allá de un adecuado nivel de humildad histórica ¿qué se puede conseguir realmente al extremar semejante actuación? Incluso si Australia hubiera nacido del pecado, nada se puede hacer para rectificar ese hecho,

excepto que —después de siglos de su fundación— todos los habitantes del país lleguen a sentirse divididos a causa de su raza; y que a aquellos que son descendientes de los primeros colonos se les obligue a entregar parte de su riqueza a quien resultara ser (tras hacerse el adecuado test genético) descendiente de los pueblos indígenas. Aquellos individuos cuyos códigos genéticos demostraran que pertenecen a una raza mixta, quizás pudieran lograr, a través del correspondiente examen —de acuerdo con lo que se pudiera descubrir— algún tipo de compensación económica, pero dependiendo siempre de las pruebas de ADN que se les hiciera. Si hubo un robo, entonces el único castigo posible para los ladrones es que restituyan lo robado.

En ausencia de semejante, y poco probable, medida parece que lo que sucederá en el futuro será que los australianos seguirán viviendo en su país en un estado de perpetuo remordimiento; una actitud que será necesario mitigar mediante un tributo a la cultura aborigen, incluyendo el arte y la cultura autóctonas; y reconociendo siempre la pureza que pueda existir en ellas, aunque dicha pureza se vea un tanto desfavorecida si se la compara con la de la Australia actual.

Recientemente, esta formulación ha desarrollado en Australia una versión del mito del «noble salvaje[10]». Se trata de retratar lo que hubo en el pasado como algo mejor y más puro, aunque bien pudiera demostrarse que fue peor. Describe estos comportamientos como algo simpático, cuando en realidad carecieran de toda simpatía. Se trata de la moda de resaltar un primitivismo romántico que puede tener cierto éxito en Australia, aunque no solo exista allí. Es un país que, acusado en otro tiempo de exportar sus nativos a Europa, es el único que de acuerdo con criterios económicos, refleja el mayor éxito de todo el mundo.

Durante varios siglos, tras desembarcar en algún punto de las Bahamas, se consideró el «descubrimiento» de América por Cristóbal Colón como algo glorioso, y el propio Colón no dudó en celebrar su heroico descubrimiento. Asimismo, y también durante muchos siglos tras su llegada, los inmigrantes de América siguieron erigiéndole estatuas por suscripción pública[11]. Pero quinientos años después de ese acontecimiento, en 1992, los cálculos hechos anteriormente habían cambiado. Colón ya no

era el descubridor de América: en realidad había sido el destructor de América. El continente estaba lleno de una gente que parecía desear que «el descubridor» nunca los hubiera descubierto. Colón había dejado de ser un aventurero y un descubridor de éxito para convertirse en un colonialista y, por supuesto, en un genocida.

Una avalancha de libros publicados para que pudieran coincidir con el quinto centenario del Descubrimiento, plasmaron la idea de que los hechos de Colón eran los precursores de las acciones de los nazis. «En el camino a Auschwitz, la senda lleva directamente al corazón de las Indias y al Norte y al Sur de América», señala un autor[12]. Otro autor popular escribió un libro titulado *La conquista del Paraíso,* en el que presenta la América precolombina literal y metafóricamente como un jardín del Edén. Un lugar en el que el hombre y la Naturaleza vivían juntos y en una perfecta armonía. Colón fue el responsable de que la tierra que había descubierto «fuera destruida como ninguna otra de la Tierra[13]».

Recientemente, en América todo lo que tenía que ver con Colón se vio sometido a una fuerte revisión. Incluso fue atacada la fiesta nacional del Día de Colón. Actualmente son numerosas las ciudades, empezando por Seattle y Minneapolis, que han cambiado el nombre de «Día de Colón» por el «Día de los pueblos indígenas», para hacer recaer el foco de atención de la festividad en los pueblos que habitaban América antes de la llegada de Colón. Como dijo un descendiente de un pueblo indígena en una radio local de Oklahoma City, cuando se debatió el tema: «Esto es algo contra lo que hemos estado luchando durante mucho tiempo. El hecho de que nuestro país, nuestro estado y nuestra ciudad conmemoren a ese hombre que asesinó, esclavizó y violó a los pueblos indígenas, y terminó diezmando a toda una población[14]». Evidentemente nada de esto había sucedido durante la vida del denunciante, ni tampoco durante la vida de nadie que él hubiera conocido.

Una vez más, tanto los ejecutores como sus víctimas están muertos y pocos son, si es que queda alguien, que albergue semejantes sentimientos. Aunque una opción pueda ser, como sucede en el caso de Australia, indagar en esos mitos rurales y en las novelas que circulan por todo el mundo, pero que tienen su origen en las sociedades occidentales posindustriales. Son

precisamente estas las que contemplan el establecimiento de una civilización que no solo ha arruinado a los que un día fueron hermosos paisajes, sino que ha manchado con el pecado de la codicia humana a seres que hasta entonces no estaban corrompidos. Es una visión que estudió Jean Jacques Rousseau, si bien no fue él quien la inventó, y que adquirió una gran popularidad a finales del siglo XX y principios del XXI. De acuerdo con esta tesis fue Europa la que, con sus viajes y colonizaciones por todo el mundo, se convirtió en la destructora de seres edénicos.

Entre los pecados de que ahora se acusa a los europeos, por haberlo extendido por el mundo entero, se encuentra aquel que constituye el pecado capital de la esclavitud americana, que no es otro que el racismo. Decir que los presidentes de Estados Unidos han estado disculpándose durante décadas por tales hechos es quedarse corto. El país combatió y ganó una guerra civil por este motivo, hace más de siglo y medio. Sin embargo, en la visita que hizo el presidente Clinton a Uganda, en 1998, este se extendió excesivamente sobre el comercio de esclavos. Si alguno de sus consejeros tuvo la idea de que sus palabras resultarían acertadas, no pudo estar más equivocado.

A pesar de que el problema de la esclavitud había involucrado a tanta gente en Uganda, inicio de la cadena, como en Estados Unidos, al final de la misma, la idea de que los descendientes de los europeos que vivían en el país tuvieran que sentirse perennemente culpables por las acciones de sus antepasados es algo que se haya incrustado en sus ciudadanos, y que resulta una idea muy válida para quienes no son norteamericanos. En los últimos decenios, la situación de los negros norteamericanos ha ido mejorando lentamente, al mismo tiempo que la retórica del sentimiento de vergüenza ha ido creciendo. Estados Unidos ha tenido dos Secretarios de Estado de raza negra, pertenecientes a los dos partidos políticos; ha tenido asimismo presidentes negros de la Corte Suprema de Justicia, y un presidente de la nación también negro. Pero incluso durante el segundo mandato de Barack Obama se produjeron serias demandas para que se pagaran «indemnizaciones» a los negros estadounidenses. Y, además, esta pretensión tuvo entonces mayor apoyo del que pudiera haberlo tenido en generaciones pasadas[15]. Y como quedaba demostrado que, en realidad, no

se podía hacer nada para remediar los pecados del pasado, durante el sexto año del mandato presidencial de Obama, se extendió la creencia de que los actos de los antepasados de muchos americanos blancos deberían obligar a sus descendientes a que pagaran una indemnización por lo que habían hecho sus antepasados en los siglos anteriores.

El tema de las reparaciones a otros grupos étnicos que habían padecido similares ultrajes históricos no llegó a formar parte del consiguiente debate. Únicamente los europeos y sus descendientes recordaban la culpa. Y, de este modo, solamente los europeos y sus descendientes eran también los únicos que iban a pagar por ello.

En Estados Unidos, como en Australia, semejante sentimiento de culpa hace cambiar los sentimientos naturales que tiene la gente sobre su propio pasado. Transforma los sentimientos de patriotismo en vergüenza o, como poco, en un tipo de emociones profundamente mezcladas, y en las lamentables consecuencias que resultan de todo ello. Un país que cree que no ha hecho nada malo, es un país que puede obrar mal en cualquier momento. Pero un país que piensa que ha obrado mal, o que ha cometido una serie de faltas en el pasado, probablemente llegue a ser un país que se incline a pensar si será capaz de hacer algo bueno en el futuro. Este sentimiento hace dudar a ese país de su capacidad para obrar con sabiduría. El que una nación se sienta dominada por la idea de ese pecado original, es la mejor manera de alimentar su propia duda. Ese pecado nacional hace que se piense que es poco lo que se puede hacer correctamente, porque se está corrompido desde el principio.

Un país que se ha visto «condenado» por los europeos, y al que con frecuencia se lo miró como culpable de ese «pecado original» es el Estado de Israel. Desde su fundación, en 1948, su «pecado fundacional» ha ido creciendo. No se tiene en cuenta, por ejemplo, el hecho de que la fundación de Pakistán, país que se creó el mismo año que Israel, causara inimaginables masacres y necesitara del esfuerzo de millones de personas para recuperarse. Los traslados —y las ocasionales expulsiones— de miles de palestinos, a fin de que se pudiera crear el Estado de Israel en 1948, se ha convertido en su «pecado original» por excelencia, al querer crear exclusivamente un estado judío.

A medida que iban pasando los años, se fue haciendo popular un término árabe que describía esta situación: *nakba*, «catástrofe». Son muy pocos los estados que se han formado sin que se hayan producido masivos movimientos de gente. Muchos de los que se crearon en el siglo XX (Bangladesh, por ejemplo) fueron testigos de movimientos de población y de derramamientos de sangre muy superiores a los que se pudieron constatar en cualquier época anterior, desde la formación de Israel. Pero hoy en día es precisamente Israel al que se lo acusa de haber nacido con este «pecado original». Los ciudadanos de Pakistán o de Bangladesh pueden acusar a los británicos de muchas cosas, pero nunca se esperaría de ellos que se sintieran tan culpables como se puedan sentir todos los europeos y sus descendientes.

Naturalmente, en el caso de Israel (una nación comparativamente reciente) pueden resultar comprensibles las suposiciones más extremas. Y mientras serán muy pocos los que afirmen que todos los descendientes de europeos deban ser expulsados de América, no resulta extraño (e incluso constituye una política de muchos países de Oriente Medio) que muchos descendientes de europeos deban ser expulsados de Israel, a fin de que esa tierra «retorne» a sus propietarios auténticos, es decir, a las tribus árabes que originalmente vivieron allí (y que, en muchos casos, todavía siguen viviendo). Y si bien la historia de Oriente Medio tal vez sea algo más que la historia de las tribus y de los pueblos usurpadores, que fueron reemplazándose unos a otros sin la posibilidad de que ningún tribunal investigue lo sucedido, cuando uno se refiere a los palestinos, «el pueblo indígena», se presume que debe existir una respuesta adecuada. Y eso se debe a que la causa de su consideración como víctimas puede remontarse a los europeos. Y como sabrá cualquiera que haya viajado por la región, la visión más benevolente de cómo llegó a formarse el Estado de Israel, es la de que los europeos cometieron un terrible error con el Holocausto, y ahora los árabes tienen que pagar por ello.

Australia, Estados Unidos e Israel son tres países muy diferentes, de tres continentes asimismo diferentes, que tienen lazos comunes con Europa. Los colonizadores de América procedían de Europa. Los colonizadores de Australia también procedían de Europa. Y aunque la mitad de la población

de Israel sean judíos que tuvieron que huir de países árabes, los judíos israelíes creen por lo general que solo proceden de Europa. Por consiguiente, no se trata de una manía persecutoria, sino de una mera observación el hecho de que los europeos teman que el «mal» común en todos estos casos —entre otros muchos— no es que la gente, a lo largo de la Historia, haya realizado cosas malas, sino que han sido exclusivamente los europeos los que las hicieron. ¿Y quién no llegará a sospechar —al considerar a un pueblo que hizo tantas cosas malas y a semejante escala— que los europeos sean, en realidad, mala gente?

Es comprensible que los europeos modernos crean que poseen una cierta toxicidad. Constituyendo un caso prácticamente único entre todos los pueblos del planeta, los europeos parecen ser capaces no solo de hacer cosas terribles en su propio continente, sino de extender semejante mal por todo el mundo. Y como el mal puede reproducirse, también es capaz de generalizarse. Hay pocos crímenes intelectuales peores en Europa que su visión «generalizadora» o «esencializadora». No obstante, tal generalización y tal esencialización son conceptos que se vuelven admisibles cuando se habla de los europeos. Se podría llamar la atención a un europeo cuando condena los crímenes que unos africanos hacen a otros africanos, o a los asiáticos que cometen crímenes contra otros asiáticos. Pero las faltas cometidas a lo largo de la Historia de unos europeos sobre otros, constituye algo normal y aceptable.

Así pues, no resulta del todo sorprendente oír, incluso en Londres, que en un debate sobre la cultura occidental los oradores se dirijan a la audiencia diciendo que «nosotros», —no solamente los europeos, sino todos los occidentales— somos responsables del nazismo y del Holocausto[16]. El hecho de que entre la audiencia londinense haya muy probablemente descendientes de personas que lucharon contra la Alemania nazi (sin que se las pueda culpar, en modo alguno, por haber mantenido la menor complicidad o responsabilidad) se convierte en una circunstancia que no debe ser pasada por alto. El mundo —y los europeos en particular— podrá hacer generalizaciones sobre lo sucedido en Occidente, cuando se comenten también los puntos más lamentables de la historia de ese mismo Occidente. Y aunque cualquier honesto estudioso de la Historia pueda concluir que

todas las comunidades, razas y grupos de seres humanos no solo son capaces de hacer cosas terribles, sino que las han hecho, es necesario saber decidir dónde hay que poner el foco de atención en lo que se diga. En dónde es necesario hacerlo, y qué es lo que no merece que se le preste la menor atención.

LA DOBLE NORMA Y EL TRIUNFO DE LOS MASOQUISTAS

El Imperio otomano fue uno de los más largos de toda la Historia. Durante más de seis siglos gobernó una vasta extensión de tierras, impuso la religión islámica y sus ideas culturales a todos los que gobernaba, siguiendo el sistema de leyes musulmán, y castigando severamente a quienes las contravenían. Se impuso en el sudeste europeo, el Oriente Medio y el norte de África por la fuerza militar, y solamente gracias a una coalición de los ejércitos europeos pudo, gracias a la victoria lograda en la batalla de Viena del año 1638, evitar a Europa el yugo otomano.

Naturalmente, durante la Primera Guerra Mundial el Imperio otomano quedó marginado. Pero durante los años de la contienda los turcos cometieron una de las mayores atrocidades de la Historia, que constituyó el primer genocidio del siglo XX. La aniquilación de la población armenia de la Anatolia turca representó la masacre de más de un millón de personas, en el transcurso de un par de años. Cientos de miles más se convirtieron en apátridas. En 1973, cincuenta años después de la caída del Imperio turco, Turquía invadió un estado europeo: Chipre. Tras ocupar la mitad de la isla, el ejército turco masacró a los griegos chipriotas, y obligó a que muchos otros tuvieran que abandonar sus hogares. La ocupación de Chipre continúa hasta el día de hoy, a pesar de que Turquía es miembro de la OTAN y de que la mitad griega de Chipre es miembro de la Comunidad Europea. Se puede admitir que Turquía, como nación, no haya sido peor —aunque nunca mejor— que ninguna otra nación del planeta. Pero ¿no ha sido ese país el que llevó a cabo un auténtico genocidio, llegó a gobernar un Imperio dos veces mayor que el británico e invadió naciones soberanas en las últimas décadas? Sin embargo, no es esto lo que resulta sorprendente. Lo

que verdaderamente sorprende es que el pueblo turco no sienta el menor remordimiento por el papel histórico que ha desempeñado en el mundo.

Esto se debe, en gran parte, a que el gobierno turco se ocupa de que las cosas sean así. Una de las razones que justifican el hecho de que Turquía sea líder en el encarcelamiento de periodistas es que, de acuerdo con el artículo 301 del código penal del país, constituye un crimen «insultar a la nación turca». Cualquier mención al genocidio de los armenios viola esa ley, y el violador debe ir a la cárcel. Y si bien un numeroso contingente de griegos chipriotas continúa quejándose de la prolongada ocupación que sufre la parte norte de su país, esto no ha impedido a que tanto el gobierno británico, como algunos otros, sigan solicitando que Turquía sea miembro de pleno derecho de la Unión Europea[17].

Quizás no resulte sorprendente que el Gobierno turco nunca haya pedido disculpas por los excesos cometidos por el Imperio otomano. Y quizás tampoco sorprenda que ese mismo gobierno siga prohibiendo por ley cualquier mención a su historia reciente de ocupaciones y de limpieza étnica. Pero lo que realmente sorprende es el hecho de que sean tan pocas las personas que llegarían a utilizar estos hechos contra el pueblo turco. Si el tipo de historia que se enseña hoy día en gran parte de Europa trata de impedir que se repitan los peores aspectos del pasado, entonces deberíamos preguntarnos quién debe beneficiarse de esta postura. ¿Qué otra nación debiera atreverse a sentir vergüenza por su pasado? Y si no hay ninguna, porque no se quiere ofender el orgullo nacional y se impide toda investigación histórica, ¿no resulta extraño que sea Europa la única que se sienta, inusualmente, culpable?

El problema es todavía peor. Porque si los pasados errores históricos deben conllevar la expiación presente, entonces ¿cuál es el estatuto de semejantes expiaciones y a quién se debe aplicar? De acuerdo con la teoría de «el Imperio contraataca», se ha afirmado con frecuencia que Europa debe sufrir todas las consecuencias de la migración masiva, porque ello forma parte de un proceso de expiación por sus errores históricos. No obstante, si esa migración masiva constituye parte de la expiación por esos errores, como pueda ser el imperialismo, ¿por qué no tratamos a la Turquía moderna del mismo modo? ¿No debiera ser Turquía un país que merecería

ser reformado por completo? Si así fuera ¿a dónde deberíamos dirigir la emigración masiva que está llegando? ¿Deberían todos los turcos que no están de acuerdo con esa medida inmigratoria ser considerados como unos «racistas»? ¿Y cuándo debería dejar de tenerse en cuenta tal calificación? Además, si hemos de conceder el criterio de «diversidad» a ciertos pueblos por sus errores históricos, ¿no se debiera imponer también el mismo criterio a Arabia Saudí? ¿Por qué no ha de expiar Irán el hecho de que existan minorías iraníes disgregadas por todo el mundo que se oponen al régimen? Puesto que todos los países, pueblos, religiones y razas han hecho cosas terribles a lo largo de su historia, y puesto que la mayoría de las razas y culturas no han sido castigadas por ello ¿por qué no debiera verse una motivación antioccidental y antieuropea detrás de estos movimientos reivindicativos recientes? Una curiosa e inquietante idea se encuentra tras todo esto.

Si el concepto de culpa histórica tiene algún significado, eso quiere decir que una mancha de complicidad hereditaria puede pasar de una generación a otra. Es cierto que durante muchos siglos —debido a un simple versículo de los Evangelios— algunos cristianos consideraron al pueblo judío responsable en tal sentido[18]. Y hubo que esperar hasta 1965 para que un papa católico eliminara formalmente esa carga histórica[19]. Pero tanto en este como en otros casos parecidos, los tiempos actuales vieron a los descendientes de aquella culpa como seres repugnantes. El caso de los judíos es especialmente preocupante porque da idea de cuánto puede durar una *vendetta*. Por contraste, la culpa con la que ahora los europeos modernos han de cargar empezó tan solo en las décadas recientes. Se trata de una patología que viene del siglo XX. De modo que pudiera durar —como sucede con la idea de la herencia culpable de los judíos— un par de milenios más. E, incluso entonces, resultaría difícil imaginarse cómo podrían liberarse de ella.

En primer lugar, porque son muchos los europeos que parecen desear que el problema continúe. La culpa, como ha diagnosticado el filósofo francés Pascal Bruckner en su libro *La tiranía de la penitencia*, se ha convertido en la Europa de Occidente, en una especie de tóxico moral[20]. La gente se empapa en él porque le gusta hacerlo: se crecen con ello. Los

eleva y los exalta. En lugar de ser personas responsables de sus actos y de los seres que conocen, se convierten en representantes de los vivos y de los muertos; en los portadores de una historia terrible, y también en los potenciales redentores de la Humanidad. De ser nadie se convierten en ser alguien. En el año 2006 Gran Bretaña ofreció un curioso ejemplo de este tipo en la figura de Andrew Hawkins.

El señor Hawkins es un director de teatro que descubrió, en plena madurez, que era descendiente de un traficante de esclavos del siglo XVI llamado John Hawkins. En el año 2006 fue invitado por una sociedad benéfica, de nombre «Lifeline Expedition», («Expedición de salvamento»), que organizaba «viajes para sanar el pasado», a trasladarse a Gambia para llevar a cabo un «viaje de perdón[21]». El resultado fue que Hawkins se unió, en el mes de junio de aquel año, a un grupo de otros veintiséis descendientes de antiguos traficantes de esclavos, que desfilarían por las calles de la capital del país, Banjul, encadenados y con argollas en la garganta. Vistiendo asimismo unas camisetas con la inscripción «Lo siento mucho», entraron en el estadio deportivo de la ciudad, que tiene una capacidad para veinticinco mil espectadores. Llorosos y arrodillados, el grupo pidió perdón a los dieciocho mil asistentes, en inglés, francés y alemán, antes de ser ceremoniosamente «liberados» de sus cadenas por el vicepresidente de Gambia, Isaton Njie-Daisy[22].

Es justo decir que el hecho de tomar parte en una ceremonia de esta índole constituye una demostración de aflicción, tanto en el plano psicológico como en el moral. El señor Hawkins y sus amigos tuvieron suerte al encontrar unos receptores de su ceremonia tan benevolentes, como podían ser aquellos gambianos que, un tanto confusos, los estaban mirando. No todo el mundo se muestra tan benigno ante esa costumbre occidental de la autoflagelación.

Hace bastantes años, durante una de las poco frecuentes conversaciones de paz entre israelíes y palestinos, un periodista entrevistó a Yasser Arafat en su despacho de Ramallah. Hacia el final de la entrevista, uno de los ayudantes de Arafat entró en la sala en la que se encontraba el Presidente para anunciarle que había llegado una delegación norteamericana. El periodista, pensando en una posible exclusiva preguntó al Presidente

quiénes eran esos americanos que estaban esperando en la sala contigua. «Se trata de una delegación americana que está visitando el país para disculparse por lo que sucedió durante las Cruzadas», dijo Arafat. Y nada más decirlo, tanto él como su invitado soltaron la gran carcajada. Ambos sabían que poco, o nada, había tenido que ver Estados Unidos en las guerras de aquellos siglos medievales. Pero Arafat, en cualquier caso, se sentía feliz por poder perdonar a cualquiera que creyese haberse podido aprovechar de forma indebida de una situación políticamente ventajosa.

El deseo de vivir un sentimiento de culpa, podría encontrar su punto final en las modernas sociedades liberales europeas: las primeras sociedades de la Historia que cuando son golpeadas se preguntan si lo que hicieron merece ese trato. Esto hace que los europeos se consideren la parte culpable, aun siendo ellos los perjudicados.

Algunos años antes de la crisis producida por la última oleada migratoria, una política del ala izquierda noruega, Karsten Nordal Hauken (persona que se describía como «feminista», «antirracista» y heterosexual) fue violada brutalmente en su propio hogar por un refugiado somalí. Su atacante fue posteriormente capturado y convicto del delito, gracias a las pruebas de ADN. Tras cumplir con la pena impuesta de cuatro años y medio de cárcel, el atacante fue deportado a su Somalia natal.

En un artículo, escrito poco después, para la prensa noruega, Hauken relataba la pena que sentía por lo sucedido. Insistía en que su primera reacción había sido sentirse «responsable» por el hecho de que su violador hubiera sido devuelto a Somalia. «Tengo un profundo sentimiento de culpa y de responsabilidad», escribió, «Soy el motivo de que esta persona no pueda vivir nunca más en Noruega, y tenga que enfrentarse a un futuro incierto en Somalia[23]». Esta es una forma de intentar perdonar a tus enemigos. Pero, al mismo tiempo, es algo poco comprensible que, tras haber sido brutalmente violado, uno se lamente por el futuro incierto de su violador. Tal vez sea el masoquismo algo que siempre estuvo presente en algunas personas. Quizás el masoquismo, como la pobreza, siempre haya formado parte de nosotros. Pero una sociedad que premia a los que manifiestan semejantes tendencias, e incluso dice a la gente que las tiene que tales tendencias no solamente son justas, sino también una prueba de

virtud, es una sociedad que probablemente producirá un porcentaje más alto de masoquistas que la mayoría.

Evidentemente, todos los masoquistas, sean muchos o pocos, tienen un único problema al que deben hacer frente; y este es lo que pueda sucederles cuando se enfrenten a un sádico; cuando se encuentren con alguien que les diga: «¿Crees ser un miserable, un elemento terrible para el que no hay forma de redención? Bueno, pues estamos de acuerdo». Quizás no haya carencia de masoquistas hoy día, tanto en Europa como en los países de los que se sienten parcialmente responsables los europeos. Pero tampoco hay carencia de sádicos, que desean reforzar la idea de que consideremos nuestra propia miseria. Y esta es otra razón por la que —en los tiempos que corren— la culpa existencial es una calle de una sola dirección. La mayoría de la gente no desea sentirse culpable, ni tampoco quiere que otros los acusen de serlo, exceptuando a los que albergan malos deseos hacia sí mismos. Solamente los europeos modernos se sienten felices por albergar una especie de autoodio, en un mercado de sádicos.

Mientras las naciones de Europa y Occidente se hieran a sí mismas y esperen también que el mundo las pueda herir por el comportamiento que tuvieron sus antepasados, ninguna autoridad o gobierno serio podrá liberarlas de la responsabilidad sentida por la herencia de los crímenes cometidos por sus antepasados. Ni siquiera por los posibles crímenes actuales. Tal vez porque haya pocos sádicos en Occidente. O, más probablemente, porque no hay suficientes masoquistas en otros países para que semejante misión tenga alguna probabilidad de éxito. La invasión mongola de Oriente Medio, en el siglo XIII, sigue estando entre las peores brutalidades que recoge la Historia. Las masacres de Nishapur, en 1221, en Aleppo y Harem, y el saqueo de Bagdad de 1258, no solamente significaron la matanza de cientos de miles de hombres, mujeres y niños, sino también la destrucción de una cantidad inimaginable de conocimientos y enseñanzas. Si hoy solemos oír muchas cosas sobre las Cruzadas y relativamente poco de esas brutalidades, no es debido a que la idea de señalar y condenar a los descendientes de los mongoles sea una empresa difícil, sino por el hecho de que ningún descendiente mongol aceptaría la idea de ser condenado por las atrocidades que cometieron sus antepasados.

Únicamente las naciones europeas, y sus descendientes, se permiten autojuzgar los peores momentos de su pasado. Pero lo que hace que semejante autolaceración resulte todavía más siniestra, es que semejante juicio se hace al mismo tiempo en que se espera que los propios europeos juzguen al resto de las naciones por sus momentos más brillantes. Aunque resulta bastante corriente oír hablar de la Inquisición española o de las Cruzadas en cualquier debate sobre los extremismos religiosos, también debería hablarse alguna vez de las riquezas artísticas de Andalucía o del neoplatonismo islámico. No puede tratarse de una coincidencia que estas dos cosas —juzgarnos por nuestros peores momentos, y a los demás por los mejores— siempre hayan ido de la mano. Es una clara demostración de que lo que está sucediendo en Occidente es un tipo de aflicción, tanto política como psicológica.

Sin embargo, aunque se pueda ver la culpabilidad de la Europa moderna como algo inherente a sí misma, no existe la menor certeza de que eso sea así. ¿Han de sentirse culpables por su herencia los jóvenes alemanes, nietos, biznietos y hasta tataranietos de aquellos otros que vivieron en los años 40? ¿O, por el contrario, es posible que llegados a cierto punto, los jóvenes que no han hecho nada malo digan: «basta ya de tanta culpa»? «Basta ya» de sentimientos de sumisión a las cargas culpables que pesan sobre ellos; «basta ya» de que en su pasado no haya más que maldad; y «basta ya» de una Historia de la que nunca formaron parte, y por culpa de la cual se les dice lo que podrán hacer, tanto en el presente como en el futuro. Es posible. ¿O acaso no es posible también que el tema de la culpabilidad sea un fenómeno exclusivo de una generación, que deba ser reemplazado por quién sabe qué otra cosa?

11

EL PRETEXTO DE LA REPATRIACIÓN

En 1795 Immanuel Kant escribió que prefería el sistema de Estados al de una «monarquía universal». Porque, según él: «Cuanto mayor sea la esfera de su jurisdicción, más se perderá la fuerza de las leyes; y cuánto más ahogue el despotismo las semillas del bien, al final todo se hundirá en la anarquía[1]». Este punto de vista no ha sido compartido por los políticos que han venido gobernando Europa durante los últimos años del siglo pasado. «Las fronteras», afirmaba el presidente de la Comisión Europea, Jean-Claude Juncker, en agosto de 2016, «son la peor invención que hicieron jamás los políticos». Si se podía decir hasta qué punto eran los políticos los que en realidad «inventaron» las fronteras, en la época en que Juncker hizo esta afirmación, era evidente que esos mismos políticos podían hacer desaparecer las fronteras.

En 2015, cuando Angela Merkel abrió del todo una puerta que ya estaba entreabierta, los acuerdos firmados en el Continente hacían prevalecer los puntos de vista de Juncker sobre los de Kant. Cualquiera que viniese a Europa durante aquel año descubriría que una vez instalado en Europa ya no había fronteras. A partir de 1995, veintiséis países firmaron el Tratado de Schengen que establecía una zona sin fronteras. Desde Portugal, España, Italia y Grecia, al sur, estaba libre toda la ruta hacia Suecia, Finlandia y

Estonia, al norte, pasando por Hungría, Eslovaquia. Austria, Francia y los Países Bajos. Este tratado significaba que en Europa más de cuatrocientos millones de personas tenían derecho a moverse libremente por todo el Continente, sin verse obligadas a enseñar un pasaporte. Existía la condición de que todos los países miembros tenían la responsabilidad común de vigilar sus fronteras. De esta manera —con la excepción del Reino Unido y otros cinco pequeños Estados de la Unión Europea, que rechazaron su incorporación al Tratado de Schengen— el Continente se convirtió desde 1995 en una zona sin fronteras. Era el sueño de la integración y de la armonización de Europa.

Se vio el Tratado de Schengen como el augurio de una era de paz y de unidad. Resultaba difícil imaginar las desventajas de semejante «libre e ilimitado movimiento de personas, mercancías, servicios y capital». Era bueno para el comercio y también era bueno, por ejemplo, para un francés que quisiera ir a Bruselas a pasar la noche. Fueran cuales fueran las posibles desventajas, el Tratado de Schengen no solo representaba una facilidad para viajar, sino que constituía al mismo tiempo todo un mensaje. Porque si hubo alguna vez un Continente a cuya población se le pudiera convencer de que no existían fronteras, ese Continente era Europa. Constituía una dramática realidad el hecho de que en el siglo XX, y tan solo en el transcurso de veinticinco años, todo el Continente se hubiera visto involucrado en dos guerras, a causa de las fronteras. En 1914, y de nuevo a finales de la década de 1930, el tema de las fronteras había anunciado la catástrofe de un Continente. Si estos conflictos, en los que Europa había perdido por dos veces a toda una generación de sus jóvenes, habían estado causados por la existencia de fronteras, entonces ¿quién no hubiera deseado abolirías? De la misma manera que si la nación-estado era la causa de una guerra, entonces ¿quién no querría eliminar la existencia de las naciones-estado?

Entre los posibles fallos de este argumento están las desacertadas ideas de que las fronteras, en mayor medida que el militarismo alemán, fueron las causantes de la Primera Guerra Mundial (entre otros muchos y complejos factores); y que fue también el motivo de la agresión nazi, en la Segunda Guerra Mundial. Podría resultar conveniente para algunos —y no en menor medida para algunos alemanes— adoptar otras explicaciones alternativas.

Pero condenar a las fronteras como causantes de las guerras del pasado siglo es como condenar a los coches por ser causa de todos los accidentes de tráfico. Si algunas veces las fronteras son las causantes de un conflicto, eso no quiere decir que si no las hubiera el mundo estaría siempre en paz. Después de todo, antes de que se produjeran las guerras de las naciones-estado en Europa, el Continente se vio devastado por las guerras de religión.

Pero los defectos del Tratado de Schengen no se apoyan exclusivamente en suposiciones históricas. El terrible fallo de Schengen fue la manera en la que se pusieron en práctica sus principios. Por ejemplo, aunque los estados-miembro se comprometieron a cooperar en la vigilancia de las fronteras del Continente, en realidad esa tarea se dejó al cuidado exclusivo de los países fronterizos. A lo largo de los últimos años de las décadas de 1990 y 2000, a Italia, España y Grecia se las dejó solas para la realización de esa tarea. Incluso después de la creación en 2004 del Frontex —las fuerzas fronterizas de la Unión Europea— las naciones más meridionales de Europa tuvieron que hacerse cargo por su cuenta de la tarea. Como tuvo que recordar a sus colegas durante la crisis de Lampedusa de 2014 el exasperado ministro italiano del Interior, Angelino Alfaro: «La frontera del Mediterráneo es la frontera de Europa».

Pero no fue solamente la laboriosa tarea de vigilar las fronteras de todo el Continente la que agobió a los países mediterráneos durante ese periodo. También estaban las tres (hasta la fecha) repeticiones de la Regulación de Dublín sobre el tema del asilo; un acuerdo de toda la Unión Europea que había entrado en vigor en 1990. El espíritu de las repetidas versiones de la Regulación de Dublín era asegurar que los estados miembros en los que un migrante solicitara asilo estuvieran obligados a procesar esa solicitud. En teoría, se pretendía impedir con esa medida las múltiples solicitudes que hacían los migrantes a su paso por los diferentes países. Dada la ingente cantidad de migrantes que con o sin documentación estaban llegando para pedir asilo, en mayor cantidad a Italia y Grecia que a Holanda o Alemania, la Regulación de Dublín concedió a países como Italia y Grecia solamente unas pocas opciones potenciales de asilo.

Esos países tenían que procesar las solicitudes de asilo hechas por todos los migrantes que llegaran a ellos. Pero también debían comunicarles que no se les iba a conceder dicho asilo en su país, y que deberían continuar hacia otros en donde pudieran obtenerlo, una vez que se encontraran en ellos. Según la Declaración de Dublín III (que entró en vigor en 2013), el país en el que figuraran las huellas digitales del emigrante y su correspondiente petición de asilo, era el que debería proceder a tramitarlo. Con miles de personas que llegaban cada día a los países del sur de Europa, no resulta sorprendente que las naciones del norte confiaran en que sus vecinos del sur tomaran las medidas más adecuadas para resolver el problema, y no se desentendieran de sus compromisos. Una forma que se utilizó para este fin fue asegurarse de que el país de llegada no tomara las huellas digitales de los recién llegados. Si por el contrario las tomaban, se verían obligados a seguir con todo el protocolo del proceso y a tener que conceder asilo. Indiscutiblemente, resultaba mucho más fácil obligar a que los migrantes siguieran viaje hacia el norte, indocumentados y sin identificación alguna. No se conoce el número de personas que vivieron esta situación, pero los empleados de aduana reconocían en privado que era algo que sucedía continuamente. De este modo la declaración de Dublín III, que estaba concebida para agilizar el proceso, en la práctica sirvió tan solo para incentivar a los países a que no participaran en el sistema de asiló.

Y lo que todavía resultó más significativo fue que los migrantes que llegaron en el año 2015 sabían que si se dejaban tomar las huellas digitales tendrían que quedarse en el país en el que se encontraban; por tal motivo, cada vez eran más los que se negaban. Las autoridades griegas e italianas no podían obligarles a que lo hicieran; y a medida que se incrementó el flujo migratorio, tanto los migrantes como los países del sur de Europa dejaron de cumplir con los protocolos. Si un migrante expresaba su deseo de seguir hacia el norte de Europa, a las autoridades griegas y a las italianas les resultaba mejor no tomarle las huellas digitales. De lo contrario, tanto el migrante como el país de llegada se verían obligados a someterse a un procedimiento de asilo que no era deseable para ninguna de las dos partes.

Tanto la Regulación de Dublín como el Tratado de Schengen parecieron mostrarse adecuados mientras la migración al continente no superó unos

niveles normales. Pero resultaron catastróficos cuando la migración se convirtió en el fenómeno de proporciones bíblicas del año 2015. En todas partes los sentimientos parecían superar la realidad. La canciller alemana, que solo unos meses antes había explicado a la niña libanesa que «la política era una cosa dura», dijo haberse «emocionado» al ver un grupo de albanos, de sirios e iraquíes que habían sido filmados en la estación de tren de Budapest, el 1 de septiembre, gritando «Alemania, Alemania, Merkel, Merkel». Posteriormente, cuando fue personalmente a saludar a un grupo de migrantes recién llegados, la Canciller sonrió, con aspecto relajado y feliz, mientras posaba para las fotos que los recién llegados le hacían con sus teléfonos móviles.

Había muchas rutas posibles. Desde Grecia, los migrantes atravesaban Macedonia, y después seguían hacia el norte por Serbia. Desde Serbia podían continuar hacia Hungría y después hacia Austria para llegar, finalmente a Alemania. O bien, podían llegar al mismo destino atravesando Bosnia, Croacia, Eslovenia y Austria. Los que trataban de ir desde Italia a Alemania, o a los países del norte de Europa tenían la opción de subir por Italia hacia el oeste, pasar Génova y desde Ventimiglia seguir por la costa de Francia. O también podían ir por el otro lado de Italia y cruzar la frontera ítalo-austriaca.

En los primeros días de septiembre del 2015, las autoridades húngaras anunciaron que el país estaba sobresaturado por el número de migrantes llegados, y declaraba que la situación estaba a punto de descontrolarse. El gobierno húngaro trató de poner coto a tal estado de cosas deteniendo los trenes que partían de Hungría hacia Alemania. Catorce mil personas estaban llegando cada día a Múnich; y se calculaba que podrían llegar, solamente en el transcurso de un fin de semana, otras cuarenta mil. En esa ocasión, la canciller alemana manifestó, a través de su portavoz, que Alemania no rechazaría a ningún refugiado. Así pues, los migrantes se dirigieron a ese país desde Hungría, unos a pie y otros en tren o en camiones. El mundo podía contemplar cómo inmensas columnas de migrantes, sobre todo de hombres, atravesaban Europa. Fue entonces, durante el otoño del 2015, cuando los europeos empezaron a pensar que la idea de un Continente sin fronteras estaba tocando a su fin. Tras décadas en las que no habían existido

fronteras en Europa para los propios europeos, el continuo flujo de estos migrantes que no eran nativos, obligaba a pensar que era necesario restaurarlas nuevamente.

Hungría, entre otras naciones, fue elegida como centro de las críticas por parte de la canciller alemana, y de otros políticos de la Comunidad Europea, por volver a instaurar las fronteras. Pero el hecho era que el país había tenido que soportar una situación muy compleja. En el 2013 se habían registrado en el país unos veinte mil peticionarios de asilo. Al año siguiente, esa cifra se vio duplicada. Durante el primer trimestre de 2015 habían llegado a Hungría más migrantes que en todo el año anterior. A finales de año, la policía había registrado una cifra que rozaba los cuatrocientos mil. Casi todos los migrantes que se dirigían a Alemania o a los países escandinavos entraban en Hungría a través de Serbia o de Croacia, a un promedio de diez mil personas cada día. La mayoría eran migrantes que habían llegado desde Grecia y que deberían haberse registrado en ese país. Pero las autoridades húngaras creían que tal vez 10 % de la cifra total que llegaba a su territorio habían sido registrados correctamente en Grecia. Como las autoridades húngaras pudieron comprobar, los griegos se habían saltado las formalidades establecidas por ley en el Tratado de Schengen y en la Comunidad Europea.

En el mes de julio el gobierno húngaro empezó a construir vallas protectoras a lo largo de toda la frontera con Serbia. Esto fue causa de que se incrementara el flujo migratorio en la frontera croata; y a que, por consiguiente, también hubiera que establecer otra línea de vallas en esa frontera. Pero entonces el flujo de los migrantes se concentró en la frontera eslovena. Estas vallas defensivas, que se alargaban cientos de kilómetros, eran la única medida tomada por el gobierno húngaro para frenar la corriente migratoria. Fue, sin embargo, una medida rotundamente condenada por el gobierno austríaco, entre otros. No obstante, muy pronto otros países también empezaron a tomar medidas. En el mes de agosto, Bulgaria inició la construcción de vallas en la frontera con Turquía. En septiembre, Austria impuso controles en su frontera con Hungría, mientras que Alemania también introducía controles temporales en su frontera con Austria. Cuando el ministro alemán de Interior, Thomas de Maizière,

anunció, el 13 de septiembre, que su país reintroduciría controles fronterizos, nadie parecía saber quién era el que había dado esa orden. Incluso miembros del propio Gobierno se mostraron profundamente sorprendidos de la decisión que, al parecer, había tomado su Canciller.

A mediados del mes de septiembre, Hungría declaró un estado de emergencia y cerró su frontera con Austria. Posteriormente, también cerró la frontera con Serbia. Al cabo de poco tiempo, Austria empezó la construcción de una barrera protectora a lo largo de su frontera con Eslovenia. ¿En que se diferenciaban estas vallas de las puestas por las autoridades húngaras? De acuerdo con lo que confesaba el gobierno austriaco, un tanto avergonzado, todo se debía a que sus fronteras eran una especie de «puerta entreabierta». Muy pronto Eslovenia empezó a construir una barrera protectora a lo largo de su frontera con Croacia, mientras que Macedonia hacía lo mismo en su frontera con Grecia. Fue por entonces cuando la Comisión Europea empezó a presionar a las autoridades macedonias para que sellaran su frontera con Grecia en nombre de toda la Comunidad Europea, obligando de este modo a que Grecia abandonara de forma unilateral la zona Schengen.

Cualquier medida que tomara Berlín, creaba una reacción en cadena en todo el Continente. La llegada de cientos de miles de personas, muchas de las cuales carecían de todo medio de subsistencia tuvo consecuencias previsibles, algunas de las cuales eran de carácter práctico, como el alojamiento, la ropa y la alimentación para abastecer a los recién llegados. En Alemania, el Gobierno empezó a amenazar con incautaciones a los propietarios de edificios que estaban vacíos, si no los alquilaban al propio Gobierno para que este pudiera dar alojamiento a los migrantes.

En todo el Continente empezó a surgir una creciente preocupación por saber de dónde procedía, en realidad, la gente que estaba llegando. Las autoridades húngaras calcularon que aproximadamente la mitad de los recién llegados durante los primeros meses de 2015 procedían de los Balcanes occidentales, principalmente de Kosovo. Como solía suceder en todas partes, los migrantes carecían de documentación. Aproximadamente la mitad de los que esperaban en la estación de Budapest decían ser sirios. Pero tanto la policía como los voluntarios de la Cruz Roja que les hacían

preguntas sobre Siria descubrían con frecuencia que sabían muy poco, o nada, de ese país. Además, como sucedía frecuentemente en otras partes, la inmensa mayoría de los recién llegados (por lo general más del 60 %) eran hombres jóvenes.

Incluso la canciller Merkel pareció mostrarse preocupada por las medidas que había promovido. Pero tanto ella como el presidente Hollande, de Francia, se propusieron seguir adelante, si bien tratando de buscar una solución que pudiera aliviar la presión que estaba viviendo Alemania. Ambos mandatarios —con el apoyo de la Comisión Europea— intentaron persuadir a todos los miembros de la Unión Europea para que se hicieran cargo de una cuota de migrantes. Pero desde Gran Bretaña hasta Hungría los estados miembros rechazaron esa medida. Una de las razones que exponían era que habían comprobado que la cantidad de migrantes que se les había pedido que aceptaran no se adecuaba a las cifras reales. A la vista de ello, tanto la Comisión Europea como la misma Merkel intentaron persuadir a los países miembros para que firmaran un sistema de cuotas que, en principio, se mostraba inadecuado con respecto a las cifras de los migrantes que ya habían llegado. Los gobiernos que rechazaban la oferta hecha por Merkel y la Comisión Europea decían reflejar el deseo expresado por sus pueblos. Dos terceras partes de los húngaros encuestados durante este periodo manifestaron que su Gobierno estaba haciendo lo que debía hacer al rechazar la cuota establecida por Bruselas o Berlín.

Mientras tanto, uno de los ciudadanos húngaros más famosos, George Soros, gastó considerables sumas de dinero durante el año 2015 para presionar a grupos políticos e instituciones internacionales, con objeto de que se pudieran abrir las fronteras y se permitiera a los migrantes la libre circulación por Europa. Al igual que lo realizado por la *web site* «Welcome2EU», su fundación Open Society (Sociedad abierta) publicó millones de folletos informando a los migrantes de lo que deberían hacer para llegar a Europa, los derechos que tenían una vez se encontraran en ella, y lo que las autoridades podían o no podían hacerles. El grupo abogaba abiertamente por una «resistencia contra el sistema de fronteras europeo».

En el mes de octubre de 2015, el primer ministro húngaro, Viktor Orbán, criticó a Soros públicamente, diciendo que formaba parte de un

círculo de activistas que «apoyaban cualquier cosa que pudiera debilitar a los Estados». Soros respondió, de forma igualmente pública, confirmando que los numerosos grupos que estaba creando trabajan realmente para lo que había dicho Orbán. En un correo dirigido a la revista *Bloomberg*, Soros dijo que era su fundación la que estaba tratando de «defender los valores europeos», y acusaba a Orbán de intentar «minar esos valores». Y añadía que el plan de Orbán tenía por objetivo proteger las fronteras y considerar a los refugiados como un obstáculo; y que, por el contrario, el suyo tenía como objetivo proteger a los refugiados y considerar un obstáculo las fronteras nacionales[2]. Este diálogo entre ambos tocó a su fin antes de que le pudieran preguntar a Soros cuánto podrían durar esos valores europeos, una vez que la misma Europa se desmoronara por la llegada de tanta gente procedente de todas partes.

Pero entonces el argumento experimentó un cambio. Los medios de información de todo el mundo empezaron a describir a Europa como «doblada» por la presión de las nuevas llegadas, cuando la tarde del viernes 13 de noviembre París sufrió durante tres horas los ataques coordinados de grupos terroristas. Pistoleros montados en un coche y usando rifles de asalto tirotearon a grupos de parisinos que estaban comiendo en bares y restaurantes. Al mismo tiempo, terroristas suicidas se hicieron explotar en el estadio Stade de France, de Saint-Denis, en el que se encontraba el presidente Hollande viendo un partido de fútbol. Mientras tanto, estaba teniendo lugar otra serie de atentados y suicidios por bombas en distintos restaurantes. Tres pistoleros entraron en el teatro *Bataclan*, del Boulevard Voltaire, y mientras más de un millar de personas estaban escuchando un concierto de *rock*, los atacantes empezaron a disparar sus rifles de asalto contra los asistentes. Posteriormente alinearon a las personas discapacitadas sentadas en sus sillas de ruedas y fueron disparando a una tras otra. Después, trataron de dar caza a los asistentes que huían por todo el edificio. Una joven que sobrevivió al atentado, contaba más tarde: «Mientras me encontraba tirada en el suelo, en medio de los charcos de sangre de personas desconocidas, y esperaba que me llegara la bala que pondría fin a mis veintidós años, fui reviviendo mentalmente el rostro de los seres que

había amado, y susurrando “os amo”, una y otra vez, al tiempo que recordaba los puntos culminantes de mi vida».

Los terroristas continuaron disparando a la gente por todo el teatro hasta que hizo su aparición la policía. En ese momento los asaltantes se hicieron detonar sus chalecos suicidas. Al finalizar esa tarde, en París habían sido asesinadas ciento veintinueve personas, y otros muchos cientos habían resultado heridos.

El Estado Islámico de Siria se hizo responsable de los ataques. Y como había sucedido en anteriores ataques terroristas en Europa, el Continente contuvo la respiración y barajó la posibilidad del peor escenario. Al cabo de unos días se supo que los responsables de los atentados vivían en Francia y en Bélgica y que, tras el ataque, uno de los cabecillas había podido regresar sano y salvo a Bélgica. Asimismo fue significativo el hecho de que uno de los terroristas suicidas del Stade de France tuviera un pasaporte falso a nombre de «Ahmad al Mohammad». Los oficiales de Aduanas admitieron que una persona con ese nombre había entrado en Europa como solicitante de asilo, un mes antes de los atentados. Las huellas digitales resultaron ser las de un hombre que había estado usando ese nombre para entrar en Grecia en el mes de octubre. El citado individuo había sido recogido, junto con otros setenta migrantes, por un guardacostas griego a principios de aquel mes, de una barcaza a punto de hundirse. Parece que en noviembre había viajado desde la isla de Leros, atravesado Serbia, Croacia, Austria y Hungría para, finalmente, quedarse en Saint-Denis. Aunque las noticias fueron conociéndose de forma muy lenta, un año después del ataque se pudo comprobar que la mayor parte de los atacantes de París, incluyendo a sus cabecillas, no solamente habían recibido entrenamiento terrorista en Siria, sino que habían pasado desapercibidos en Europa, pasando por ser simples migrantes.

Cualquier deseo de hacer más cómodas y porosas las fronteras, empezó a disminuir. Del mismo modo que también disminuyó el interés por eliminar las fronteras en el Continente, una vez que se publicaron en la noche del ataque las noticias del libre movimiento de las células terroristas, dentro y fuera de Francia. No obstante, dos días después de los ataques terroristas de París, Jean Claude Juncker seguía diciendo, durante una

conferencia de prensa en Antalya, Turquía: «No hay motivo para revisar las políticas europeas en materia de refugiados». Y no dudó en asegurar que los atacantes de París eran «criminales», no «refugiados o peticionarios de asilo», añadiendo: «Invitaría a todos los que en Europa tratan de cambiar la agenda migratoria que hemos adoptado. Quisiera recordarles que seamos serios en este tema, y que no nos dejemos llevar por reacciones viscerales que no me agradan». Pero tanto si le agradaban como si no, las actitudes públicas y políticas fueron cambiando. Y si las ventajas de que disfrutaba un parisino que viajaba a París por la noche siempre habían sido evidentes, la gente empezaba a reconocer ahora los riesgos que presentaba un sistema que permitía a un musulmán belga trasladarse a París por la tarde, y regresar a su casa un poco después esa misma noche, sin que hubiera sido molestado.

Los ataques de París aceleraron un proceso de cambio que ya estaba en marcha. Noruega empezó a cambiar su política de asilo, y una quincena después de los sucesos de París incluso Suecia advirtió que introduciría controles en sus fronteras. A partir de ese momento las personas que entraran en el país necesitarían mostrar algún tipo de identificación. Una medida que nadie había conocido antes. Y cuando la primer ministro sueca, Asa Romson, del Partido Verde, hizo este anuncio, no pudo contener el llanto.

Por su parte, el presidente Hollande anunció también que Francia se encontraba en guerra «dentro y fuera de casa». Pronto se intensificaron los bombardeos contras las posiciones del Isis, en Siria. Pero la campaña en el extranjero era la parte fácil. Lo difícil se encontraba en casa. Se declaró inmediatamente el estado de emergencia, que se prolongó de forma indefinida. A lo largo de su campaña la policía francesa llevó a cabo, durante dos días, ciento sesenta y ocho ataques contra el terrorismo por todo el país. En uno de ellos efectuado en Lyon se descubrió un lanzacohetes. Otra incursión efectuada en Saint-Denis culminó con una mujer terrorista que se suicidó haciendo volar su chaleco explosivo. Se descubrió asimismo que uno de los terroristas que llevó a cabo el ataque al club *Bataclan* se escondía en la catedral de Chartres. En los días posteriores a los ataques del mes de enero contra la redacción del *Charlie Hebdo* y del supermercado

kosher, los políticos franceses comprendieron que había llegado el momento de dar una respuesta adecuada a las exigencias de seguridad que pedían los ciudadanos. Pero también eran conscientes de que la ciudadanía debía darse cuenta de que, en adelante, se tendría que convivir con una situación que nunca se había dado en el país.

Menos de una semana después de que se produjeran los ataques terroristas, el primer ministro francés, Manuel Valls, dijo que Francia no aceptaría más de treinta mil peticiones de asilo durante los dos años siguientes. Tras su reunión con la canciller Merkel en París, Valls anunció sin rodeos: «No fue Francia la que dijo "¡Venid!"». Y aunque la canciller Merkel seguía insistiendo en la importancia de establecer un sistema de cuotas para cada país, el señor Valls dijo a los periodistas «que no era posible seguir acogiendo en Europa "ni a un refugiado más"». No obstante, su ministerio manifestó más tarde que había habido un error en la traducción de lo manifestado, y que lo que en realidad había querido decir el primer ministro era que Europa no podía acoger a «tantos refugiados».

Al igual que lo que sucedía en Gran Bretaña y en otros países europeos, los franceses se mostraban muy escépticos respecto a tanta retórica y a tantas manifestaciones. En lo referente a la inmigración y a la integración de los inmigrantes, habían venido oyendo las mismas cosas durante decenios. Y a medida que seguía creciendo cada año el porcentaje de la población extranjera, los políticos franceses, como les sucedía a sus colegas del otro lado del Canal, trataron de mostrarse muy duros en materia de inmigración.

A lo largo de los decenios de 1970 y 1980, tanto Valéry Giscard d'Estaing, como François Mitterrand y sus colegas, habían estado compitiendo entre ellos para ver quién era el que se mostraba más inflexible en el tema de la inmigración. En 1948, Jacques Chirac, por entonces alcalde de París, ya había advertido: «Cuando se compara a Europa con otros continentes, el tema resulta terrorífico. En términos demográficos, Europa está desapareciendo. Dentro de veinte años, más o menos, nuestros países quedarán vacíos. Y no importa lo significativa que pueda ser nuestro potencial tecnológico, porque no seremos capaces de utilizarlo».

En 1989 fue el primer ministro socialista francés, Michel Rocard, quien dijo en una entrevista televisiva, al hablar del tema del asilo político, que Francia «no podía dar la bienvenida a toda la miseria del mundo». Ricard se vanagloriaba del número de peticiones de asilo que su gobierno había rechazado, y prometía que todavía se producirían más expulsiones en los años siguientes. Al igual que lo que había hecho Mitterrand antes que él, Ricard jugaba con el factor que, por entonces, constituía una inteligente maniobra electoral de la izquierda francesa, ante las próximas elecciones. Todas estas manifestaciones formaban parte del juego político, aunque eran pocas las que realmente tenían algún impacto en la población.

En 1985, cuando Jean Raspail y Gérard Dumont escribieron un artículo en el que se preguntaba a qué se parecería Francia en el año 2015, la izquierda francesa, dirigida por François Mitterrand, se encontraba desorganizada. Su paso de un socialismo fuerte a una política de economía de libre mercado había constituido un desastre político, al alejarse de lo que habían representado las premisas de su campaña electoral. La izquierda se encontraba dividida entre los socialistas y los comunistas de Georges Marchais. Y en el periodo previo a las elecciones parlamentarias de 1986 daba la impresión de que, siguiendo el sistema electoral de la V República, la izquierda se mostraba incapaz de gobernar.

La experiencia del presidente Mitterrand, como ministro de la IV República, le había preparado para llevar a cabo una maniobra electoral. En este sentido, a mediados de la década de 1980, estableció un plan para neutralizar a la derecha, y lograr la presidencia en las elecciones de 1988. El plan consistía en lograr que el parlamento socialista aprobara una nueva ley electoral sobre la base de una representación proporcional, y asegurarse de que el tema de la inmigración constituyera un papel fundamental.

En ese momento, Jean-Marie Le Pen y su Frente Nacional antiinmigración resultaron ser de excepcional ayuda para Mitterrand, quien se aseguró de que Le Pen —que hasta entonces había sido completamente marginado—, se expusiera políticamente lo más posible. Al principio Le Pen empezó a hacer apariciones regulares en la televisión, en las que aireaba sus puntos de vista. La otra cara del asunto fue que un movimiento

antirracista («*Touche pas à mon pote*»)[*] también empezó a manifestarse abiertamente.

En semejante estado de cosas Mitterrand manifestó su punto de vista, al afirmar que una izquierda dañada creaba también una derecha dañada. Sabía que el Frente Nacional solamente podía perjudicar a la derecha quitándole votos, que ningún partido de la derecha llegaría a aliarse con el Frente Nacional y que, menos aún, se atrevería a acercarse a la postura que tenía ese partido sobre el tema de la inmigración, la identidad nacional y el patriotismo, porque si se hacía de ese modo, Mitterrand sabía que se les catalogaría como fascistas, racistas y traidores a los valores de la República.

El plan de Mitterrand funcionó tan acertadamente en 1986 y en 1988 que continuó siendo la estrategia seguida por la izquierda durante los años siguientes. En cada periodo electoral, la intensa actuación del Frente Nacional seguía constituyendo la mejor manera de lograr que la derecha se mantuviera alejada del poder, limitada a hacer declaraciones sobre la inmigración y la identidad nacional, pero sin convertirse en un verdadero problema.

Durante todo ese tiempo, tanto Mitterrand como sus sucesores de la izquierda se preocuparon por manifestar lo que harían sobre el problema inmigratorio. Sin embargo y mientras tanto, las comunidades de migrantes de Francia siguieron creciendo. Finalmente, los políticos de la derecha también intentaron hacerse populares, con duras manifestaciones sobre la inmigración.

En 1993, siendo ministro y con responsabilidad sobre el tema de la inmigración, Charles Pasqua anunció que Francia cerraría sus fronteras y que se convertiría en un país con «inmigración cero». En ese mismo año, alardeó de las inminentes y enérgicas medidas que se iban a tomar con respecto a la inmigración ilegal: «Cuando hayamos devuelto a sus lugares de procedencia a los inmigrantes que vienen en las planeadoras, en las balsas y en los trenes, el mundo entenderá el mensaje». Pero resultaba dudoso que, incluso entonces, creyera en lo que estaba diciendo. «El problema de la inmigración se encuentra ante nosotros, y no a nuestras espaldas», dijo el mismo Charles Pasqua, poco tiempo después, reconociendo que en un futuro no muy lejano decenas de miles de jóvenes

africanos que se encontraban «sin futuro», probablemente se dirigirían hacia el Norte[3].

El debate político francés, a lo largo de estos años, fue único y profundamente representativo en toda Europa. Durante esas décadas, en lugar de ser capaces de enfrentarse a los graves problemas ocasionados por la migración masiva, la mayoría de los países de la Europa occidental se ocupaban de temas meramente simbólicos y carentes de importancia. En ocasiones se trataba simplemente de alardear. En otras, parecía que se estaban preparando «medidas urgentes» sobre los migrantes ilegales. Parecía como si el tener un planteamiento para tratar tales temas no solo permitiría a los políticos mostrarse especialmente duros sobre algo, sino que con ello liberarían de un peso a la nación. La secular tradición francesa hacía que, por ejemplo, los debates sobre cómo debería vestirse la gente se convirtieran en una auténtica controversia.

Sucedió algo similar con el primer debate surgido en Francia, en 1989, sobre el tema de los pañuelos de cabeza, cuando algunas escolares de la localidad de Creil, al norte de París, empezaron a llevar esos pañuelos a la escuela, y fueron excluidas del resto de sus compañeras. En el debate que surgió seguidamente, el Gobierno de turno recomendó que el tema de los pañuelos era algo que correspondía exclusivamente a la dirección de los centros escolares. El asunto volvió a ponerse sobre la mesa en los años 2000. Y dada la creciente popularidad de ese tocado entre las musulmanas francesas y, por consiguiente, la necesidad de que el Gobierno hiciera algo al respecto, el presidente Chirac se vio obligado (en el año 2004) a firmar una ley que prohibía llevar determinados símbolos religiosos en los edificios públicos. No obstante, el Gobierno no decidió prohibir dichos símbolos en las escuelas públicas y en los tribunales, debido al elevado número de judíos franceses que llevaban *kippahs*, o de mujeres cristianas que mostraban adornos de cruces en sus collares. A pesar de ello, el Gobierno mantuvo su decisión anterior, basándose en el incremento de mujeres que aparecían en público con velo. Y al reconocer que dicha costumbre simbolizaba un renacimiento del sentimiento conservador musulmán allí donde se produjera, el gobierno francés no dudó en adoptar

una línea de firmeza para frenar una costumbre que también afectaba, en cierta medida, a otras religiones.

Algunos años más tarde, en 2009, Suiza aprobó lo que parecía ser una medida formal en este sentido. La orden constitucional que prohibía la construcción de minaretes en todo el país fue sometida a plebiscito por el Gobierno, y aprobada por un 57,5 %, contra un 42,5 %. Al año siguiente, el sucesor de Chirac en el Gobierno, el presidente Nicolás Sarkozy, tuvo la oportunidad de encargarse plenamente de esta clase de temas. En el 2010, por ejemplo, se aprobó una ley que ilegalizaba el uso de llevar la cara cubierta en lugares públicos, tales como calles o centros comerciales. Por último, en el verano de 2016, un gran número de ciudades francesas prohibieron el uso del llamado «burkini» en sus playas. Y aunque la Corte Suprema suspendió la prohibición, el tema del burkini acaparó las noticias, durante el mes de agosto de ese año. Una de las alcaldías que prohibió este tipo de tocado (que ocultaba el cuerpo, aunque no el rostro) fue Niza. En cierto modo, todos estos asuntos constituyeron las decisiones que tomó Francia sobre problemas acarreados por la inmigración masiva.

Un mes antes de que se publicara la prohibición del burkini en Niza, un tunecino de nombre Mohamed Lahouaiej-Bouhlel, arrolló con su camión al público que estaba celebrando el Día de la Bastilla. Aquella tarde murieron ochenta y seis personas en la Promenade des Anglais, de Niza, y muchas más resultaron heridas. Inmediatamente, el movimiento revolucionario de Isis se reconoció autor del atentado terrorista, como respuesta a su llamamiento para que se llevaran a cabo ataques en toda Europa.

Una vez más, el gobierno francés amplió el estado de emergencia que había entrado en vigor en todo el país el mes de noviembre anterior. Pero fue algo curioso que durante las semanas posteriores a ese atroz ataque, el debate público siguiera centrándose en el tema de la prohibición islámica del traje de baño, algo que había surgido unos años antes. Hasta cierto punto resultaba sorprendente que el público se preocupara por cosas de pequeña monta, cuando los grandes problemas parecían irresolubles. Se puede impedir que alguien lleve un fusil Kaláshnikov, ¿pero cómo se puede localizar un camión? Y aunque usted pueda frenar la llegada de extremistas a su país, ¿qué puede hacer con los que ya se encuentran en él?

12

APRENDIENDO A VIVIR CON ELLO

La matanza de Niza fue tan solo el primero de una serie de ataques que tuvieron lugar, casi diariamente, en el verano de 2016. El lunes siguiente del ataque, un solicitante de asilo, llamado Mohammed Riyad, sacó un machete y un cuchillo en un tren de Baviera, Alemania, y al grito de «Allahu Akbar», («Alá es el más grande») se lanzó contra los pasajeros. Hirió gravemente a cinco personas antes de que fuera muerto a tiros por un policía. Se supo posteriormente que el atacante había jurado fidelidad al movimiento de Isis. También se llegó a saber que si bien decía proceder de Afganistán, cuando solicitó asilo en Alemania, grabaciones que se tenían de conversaciones suyas indicaban que procedía de Pakistán. Si Francia no se mostraba muy ducha a la hora de tocar estos temas, Alemania parecía mostrarse todavía peor. En el debate público que siguió al ataque del tren, el miembro del Partido de los Verdes de Alemania, Renate Künast, se preguntó si la policía del tren había hecho bien al matar al atacante, en lugar de haberlo herido simplemente.

Al día siguiente, un tal Mohamed Boufarkouch, profiriendo el mismo grito de «Allahu Akbar», apuñaló a una mujer francesa y a sus tres hijos (de ocho, doce y catorce años) cerca de Montpellier, en Francia, aparentemente por ir vestidos «de forma inmodesta». El atacante había nacido en

Marruecos. Pocos días después, el hijo de unos inmigrantes iraníes que vivían en Múnich, Ali David Sonboly, mató a nueve personas durante una juerga que había iniciado con otros siete adolescentes en un restaurante McDonalds. Los motivos de su acto siguen estando oscuros.

Un par de días más tarde, un solicitante de asilo sirio mató a una mujer embarazada, en Stuttgart, en lo que se consideró un crimen pasional. Al día siguiente otro solicitante de asilo sirio, Mohammad Daleel, fue expulsado de un festival musical de Ansbach, Baviera, porque no tenía entrada para el espectáculo. Regresó más tarde llevando una bomba preparada con clavos y tomillos, que hizo explosionar a la entrada de un bar. A escasas veinticuatro horas de ese atentado, dos hombres gritando el nombre de Isis, entraron en una iglesia de Ruán durante la celebración de la misa, tomaron como rehenes a unas monjas y asesinaron al sacerdote, el padre Jacques Hamel. Una de las monjas presentes dijo más tarde que los dos asesinos, jóvenes de diecinueve años, Adel Kermiche y Abdel Malik Petitjean, se reían mientras degollaban al cura con una navaja, dejando que se desangrara hasta morir, y diciendo esloganes sobre su cuerpo moribundo. Las palabras finales del sacerdote agonizante fueron: «Aléjate, Satanás».

Algunos de estos ataques fueron realizados por personas que habían llegado a Europa durante la oleada de migrantes de años recientes; otros atentados fueron cometidos por individuos ya nacidos en Europa. La investigación que se llevó a cabo para encontrar una respuesta fácil a tales ataques resultó tan elusiva como de costumbre. Aquellos que condenaban el terrorismo y lo achacaban a la falta de medidas integradoras en Europa, no sabían explicar el sentido que tenía aceptar tantas nuevas llegadas de migrantes en un continente que no había sabido asimilar a los que habían llegado anteriormente. Y aquellos que querían hablar solo de las recientes oleadas de migrantes, tampoco lograban explicarse por qué personas nacidas y criadas en Europa podían llevar a cabo semejantes ataques. Quienes trataban de razonar los motivos, se encontraban con la dificultad de no poder predecir quienes podrían ser los objetivos de los futuros ataques. Y quienes creían que los redactores de la revista *Charlie Hebdo*, tan bulliciosa y atea, habían provocado en cierto grado «el que fueran a por ellos» en enero de 2015, no lograban explicarse ahora las razones que

habían justificado el asesinato de un sacerdote que estaba diciendo misa, dieciocho meses más tarde del atentado perpetrado contra la revista. Una parisina de cuarenta y seis años de edad que fue entrevistada tras los ataques de noviembre de 2015 resumió, sin pretenderlo, la situación en la que se encontraba su sociedad. En una desacertada utilización del término «solo», dijo: «Todos los parisinos nos sentimos impresionados por estos ataques. Antes las víctimas eran "solo" los judíos, los escritores y los dibujantes de cómics[1]».

Si todo esto resultaba terrible para la visión que tenía Europa de sí misma y de su futuro, todavía era peor lo que podía descubrirse. Los ataques terroristas podían haberse presentado al público con razones que creaban una gran preocupación. Pero surgieron otras igualmente preocupantes y, en cierto sentido todavía más graves, sobre algo que quizás resultara incluso más complicado mencionar. Casi todo el mundo podía reconocer un ataque terrorista cuando este se producía, aunque se pudieran desconocer sus causas. Pero a medida que crecían las preocupaciones por la seguridad, y todo el mundo estaba de acuerdo en que se tenían que tomar medidas sobre el tema, surgió otro problema que nadie quería discutir y que atemorizaba a todo el mundo.

A lo largo de los años 2000, el problema de los ataques sexuales a mujeres locales perpetrados por bandas de inmigrantes, había constituido un secreto a voces. Era un tema del que nadie quería hablar, ni oír siquiera. Resultaba algo demasiado vil y repugnante para ser mencionado. Incluso el hecho de afirmar que los hombres de piel oscura sintieran deseos de abusar de mujeres blancas parecía ser algo originado en contextos racistas tan odiosos que resultaba imposible imaginarse, primero que una cosa así pudiera suceder, y segundo que debiera hablarse de ello. La policía inglesa se mostraba tan asustada ante el mero hecho de tener que mencionar semejantes actos criminales, que ningún organismo del Estado quiso ocuparse del tema durante años. Pero cuando el mismo problema surgió en el Continente, hubo que enfrentarse al asunto.

Incluso mencionar el hecho de que la mayoría de los que llegaban a Europa en 2015 parecía que fueran hombres jóvenes, era motivo de cierta vergüenza. Cuestionarse si todos esos individuos podían albergar puntos de

vista modernos sobre las mujeres, también era un tema que no se debía mencionar (especialmente en Inglaterra), porque daba la impresión de que se estaba hablando bajo un punto de vista de odio racista. El miedo a caer en un cliché racista, o a que se pudiera ser objeto de acusaciones racistas impedía a las autoridades y al público europeo admitir un problema que se estaba extendiendo por todo el Continente. Y cuantos más refugiados admitía un país, mayor se hacía el problema.

En el año 2004, empezó a crecer en Alemania el número de ataques sexuales a mujeres y niños. Estos ataques incluían, por ejemplo, la violación en Múnich de una joven alemana de veinte años, perpetrada por un peticionario de asilo de nacionalidad somalí de treinta años; la violación en Dresde de una mujer de cincuenta y cinco años por un joven marroquí de treinta; el intento de violación de una joven alemana de veintiún años por un peticionario de asilo senegalés de veinticinco años; la violación en Straubing de una muchacha de diecisiete años por otro peticionario de asilo iraquí de veintiún años; la violación, cerca de Stuttgart de una joven alemana de veintiún años por dos afganos peticionarios de asilo; y, por último, la violación en Stralsund de una joven alemana de veinticinco años, cometida por otro peticionario de asilo de Eritrea de veintiocho años. Y si bien tanto estos como otros casos de violación fueron llevados a juicio, por supuesto que muchos más no lo fueron.

A medida que iban creciendo los casos de violaciones de mujeres alemanas, también se fue incrementando el número de violaciones y asaltos sexuales que se cometían en los alojamientos de refugiados. Durante el año 2015, el gobierno alemán estaba tan escaso de establecimientos para alojar a los emigrantes que le fue imposible proporcionar instalaciones únicamente para mujeres. Algunas asociaciones femeninas de derechos humanos escribieron al Parlamento de Hesse comunicándole que las consecuencias de tal situación habían sido: «Numerosas violaciones y asaltos sexuales. También estamos recibiendo un creciente número de informes de casos de prostitución forzada. Se trata de un problema generalizado y no de casos aislados».

En las semanas siguientes también se dieron casos de violaciones en los refugios de emigrantes de toda Baviera. Y como había sucedido en

Inglaterra diez años antes, las autoridades se sintieron tan avergonzadas por las implicaciones que podían tener semejantes hechos que, en muchos casos, trataron de ocultarlos de forma deliberada. En un asilo de inmigrantes de Detmold, en donde se había producido la violación de una muchacha musulmana de trece años, la policía local guardó silencio sobre el hecho. Una investigación realizada por el periódico *Westfalen-Blatt* afirmaba que la policía ocultaba los ataques sexuales entre migrantes ante el temor de que pudieran utilizarse estos hechos como una crítica a la política de puertas abiertas del Gobierno. Sin embargo, se produjeron violaciones de niños en numerosas ciudades, incluyendo las ocurridas en un alojamiento de Bremen.

A medida que fueron aumentando estos delitos a lo largo de 2015, las autoridades alemanas no pudieron silenciar el creciente número de informes sobre violaciones llevadas a cabo por refugiados recientes contra mujeres alemanas y contra niños. Entre estos delitos se encontraba la violación de una chica de dieciséis años, en Mering, la de otra chica de dieciocho en Hamm, la de un muchacho de catorce en Heilbronn, y la de una joven de veinte años en Karlsruhe. En buen número de casos —incluyendo el de Karlsruhe— la policía guardó silencio sobre lo ocurrido, hasta que la historia se hizo pública, porque la dio a conocer un periódico local. Otro incontable número de asaltos y violaciones se registraron en Dresde, Reisbach, Bar Kreuznach, Ansbach, Hanau, Dortmund, Kassel, Hannover, Siegen, Rinteln, Mönchengladbach, Chemmitz, Stuttgart y otras ciudades a lo largo y ancho del país.

Finalmente, este tema que hasta entonces no se podía comentar se convirtió en algo tan acuciante, que en el mes de septiembre de 2015 la policía de Baviera empezó a advertir a los padres, a fin de que sus hijas no llevaran en público vestidos que pudieran resultar «sugerentes». En un aviso de las autoridades locales se advertía que «los tops o blusas demasiado reveladoras, los pantalones cortos y las minifaldas pueden ocasionar malos entendidos». En varias ciudades bávaras, incluyendo Mering, la policía advirtió a los padres de que no debían dejar salir solos a sus hijos pequeños. De igual modo, se avisó a las mujeres que no pasearan por la estación sin compañía. Diariamente, desde el año 2015, se dieron a

conocer violaciones en las calles de las ciudades alemanas, en edificios públicos, en piscinas y en otros muchos lugares. Sucesos similares tuvieron lugar en Austria, Suecia y otros sitios. Pero en todas partes las autoridades locales trataban de ocultar la nacionalidad de los agresores, y la mayoría de los medios de información europeos prestaban escasa importancia a tales hechos.

Sorprendentemente, en diciembre del 2015, *The New York Times* publicó la noticia de que en Noruega se ofrecían clases a los migrantes que quisieran aprender normas de educación para tratar a las mujeres. Estas clases tenían por objeto poner freno al creciente número de ataques de tipo sexual, explicando a los asistentes que si, por ejemplo, una mujer les sonreía o iba vestida de una forma desenfadada, eso no constituía una invitación a la violación. Estas clases que se daban a personas (en palabras de uno de los organizadores) que nunca habían visto a una mujer en minifalda, sino solamente en burka, confundía no poco a muchos migrantes. Un solicitante de asilo, de treinta y tres años, daba la siguiente explicación: «Los hombres son débiles, y cuando ven a una mujer que les sonríe, les resulta muy difícil controlarse». Y el mismo individuo afirmaba que en Eritrea, su país, «si un hombre desea a una mujer, puede tomarla y no por eso es castigado[2]».

Aunque este tipo de cultura sexual se estuvo manifestando durante años por toda Europa, seguía constituyendo un tema muy delicado del que se prefería no hablar. No obstante, el día de fin de año de 2015 se produjeron unos hechos tan graves que ya no pudieron ser ignorados por más tiempo.

No obstante, incluso lo sucedido en Colonia, en la víspera de Año Nuevo, fue comentado de forma muy soterrada. Para empezar, la mayoría de los medios de información no hicieron la menor referencia a los hechos, y solamente al cabo de varios días, y gracias a las noticias de los blogs, se pudo saber lo que había sucedido. En esa noche, una de las más concurridas del año, mientras la ciudad celebraba la festividad, numerosos grupos de hombres que, en ocasiones, llegaban a los dos mil individuos, asaltaron a mil doscientas mujeres en la plaza principal de la ciudad, junto a la estación del tren y la catedral de Colonia, y en las calles adyacentes. Pronto se supo

que asaltos similares habían tenido lugar en otras ciudades de Alemania, desde Hamburgo, en el norte, hasta Stuttgart, en el sur.

En los días que siguieron a los ataques, como la escalada y gravedad de los hechos resultaba dramática, la policía de Colonia y de otras ciudades, intentó desenmascarar la identidad de los culpables. Y solamente cuando las pruebas conseguidas mediante los videos y la evidencia fotográfica de los hechos se hicieron públicas, la policía tuvo que admitir que todos los sospechosos procedían del norte de África y de Oriente Medio. Tanto en Alemania, durante 2016, como en Inglaterra, a principios del 2000, el miedo a las consecuencias de identificar los orígenes raciales de los asaltantes, tenía prioridad sobre el cumplimiento de la labor de la policía.

Todo ello formaba parte de un estado de cosas que seguían sucediendo de un modo que parecía interminable. A lo largo del año 2016, la serie de violaciones y de asaltos sexuales se extendió por todas las ciudades de los dieciséis estados federales de Alemania. Se producían ataques prácticamente todos los días, sin que jamás se encontrara a los culpables. Según las manifestaciones del ministro de Justicia alemán, Heiko Maas, solamente se denunciaban 10 % de las violaciones, de las cuales iban a juicio y recibían condena un 8 %. Es más, surgieron diferentes problemas con esta situación; y no fue el menor el esfuerzo que se vieron obligadas a hacer las autoridades para eliminar datos sobre estos hechos criminales, cuando se sospechaba que los culpables podían ser emigrantes. Como finalmente tuvo que admitir el periódico *Die Welt* era «un fenómeno a escala de toda Alemania[3]». Y al igual que lo sucedido en Inglaterra diez años antes, daba la impresión de que en todo este asunto estaban involucrados grupos alemanes «antirracistas». En este caso habían presionado a la policía alemana para que se investigara el origen racial de los sospechosos, ante el riesgo de «estigmatizar» a todos los migrantes.

Se produjo también la curiosa situación —que no solamente se daba en Alemania— de algunas mujeres, e incluso chicas jóvenes, que habían sido asaltadas y que ocultaban la identidad de sus agresores. Uno de los casos más sorprendentes fue la de una joven de veinticuatro años que fue violada por tres migrantes en Mannheim, en enero de 2016. La joven era medio turca, y había afirmado que sus asaltantes eran alemanes nativos. Solo más

tarde, la joven —que resultó ser la portavoz de un movimiento juvenil de izquierdas— admitió haber mentido sobre la identidad de sus atacantes porque no quería «ayudar a fomentar un racismo agresivo». En una carta abierta que dirigía a sus asaltantes se disculpaba, y escribía:

«Quiero una Europa abierta, una Europa amistosa. Una Europa en la que se pueda vivir alegremente y en la cual todos nos sintamos seguros. Lo siento. Por todos nosotros lo siento profundamente. Vosotros no estáis seguros porque vivimos en una sociedad racista. Y yo tampoco me siento segura porque vivo en una sociedad sexista. Pero lo que realmente hace que me sienta dolida son las circunstancias, por culpa de las cuales los actos sexistas y transgresores que se me han infligido obliguen a que se os acose con un racismo cada vez más agresivo. Os lo prometo, os lo digo a gritos. No permitiré que esto siga sucediendo. No quiero seguir sin hacer nada y ver cómo ciudadanos racistas os consideran un problema. Vosotros no sois el problema. No lo sois en absoluto. Por lo general, sois seres humanos maravillosos que merecéis sentiros libres y seguros como todo el mundo[4]».

Alemania no fue el único país en el que sucedían cosas de esta índole. En el verano de 2015 una joven activista que trabajaba en el movimiento «Sin fronteras», en Ventimiglia, justamente en la frontera entre Italia y Francia fue asaltada por una banda de migrantes sudaneses. Sus camaradas del movimiento «Sin fronteras» la convencieron para que no hablara de ese ataque, a fin de que no se viera perjudicada su causa. Cuando finalmente la mujer admitió que había sido atacada, sus compañeros la acusaron de haber hecho pública su violación «por rencor[5]».

Mientras sucedían estas cosas, tanto en Alemania como en el resto de Europa, con frecuencia se dejaba que fueran las autoridades las que dieran respuesta a los desafíos que se estaban produciendo. No solamente tenían que proporcionar adecuados alojamientos a los migrantes, sino también plantearse una adecuada política. Un alcalde de Tübingen, al referirse al problema del recrudecimiento de violaciones de mujeres y niños en las piscinas públicas, solicitaba que se aumentara el número de vigilantes de piscina que fueran, precisamente, migrantes. Como él mismo escribió en Facebook: «Nuestro municipio ha adoptado medidas de gran integración y

prevención. Tenemos un vigilante sirio que puede hablar en árabe, y que tiene la suficiente autoridad para observar qué conductas están permitidas y cuáles no[6]». El público también tenía que encontrar respuestas al problema que les habían presentado sus políticos, y un cierto conocimiento de que si bien la política debía cambiar, el efecto que se estaba produciendo en la sociedad era irreversible.

Porque, después de todo, ¿puede un Gobierno darse plena cuenta de cuáles son las políticas que resultarán más eficaces? La respuesta de Alemania, como la de otros muchos gobiernos de todo el Continente, a lo largo de años, fue preocuparse solamente de la parte superficial del problema. Del mismo modo que los gobiernos franceses habían prohibido los pañuelos de cabeza, los burkas y los burkinis, las autoridades alemanas se centraron en el delicado tema del contra-terrorismo. Durante el periodo anterior y posterior de la crisis migratoria sus servicios de inteligencia mantuvieron una impresionante vigilancia sobre aquellas personas que se suponía formaban parte de los movimientos más radicales. Comparada con la de los franceses o la de los belgas, la agilidad de los alemanes en este campo era admirada en toda Europa. Pero semejante éxito también albergaba dudas. Los políticos alemanes, al igual que hacían los especialistas en contra terrorismo, se concentraban en muy escasos temas, tales como las llamadas «sendas de la radicalización», que si bien habían debatido todos los países seguía constituyendo el tema principal del debate alemán.

De este modo se fueron haciendo unos cálculos equivocados, al mismo tiempo que los políticos se olvidaban de los temas más importantes, temas que la gente hacía tiempo que se estaba preguntando. Porque todo el mundo parecía saber lo que los elementos oficiales no podían admitir. Se trataba de que la «radicalización» originada en una determinada comunidad, a medida que esta crecía, también crecía su «radicalización». Después de todo, había una razón para que el país europeo que tenía la comunidad musulmana más numerosa —Francia— hubiera sufrido el número de ataques más elevado por parte de los «radicales», mientras que un país como Eslovaquia, por ejemplo, apenas si había padecido semejantes problemas.

En ese momento, la brecha entre lo que la gente podía ver y lo que los políticos juzgaban conveniente decir, se hizo peligrosamente grande. Una encuesta que la agencia Ipsos publicó en el año 2016 estudió las actitudes que mostraba la gente hacia la inmigración. Revelaba, precisamente, cómo el público pensaba que la inmigración había tenido un buen impacto en la sociedad. A la pregunta de «¿Cree usted que la inmigración ha tenido, en general, un impacto positivo o negativo en su país?», un porcentaje extraordinariamente pequeño pensaba que la inmigración había resultado positiva en su país. Por el contrario, Inglaterra era el país que, comparativamente, había mostrado una actitud positiva, con un 36 % de personas que pensaban que la inmigración había tenido un impacto positivo, o muy positivo en el país. Por el contrario, solamente un 24 % de los suecos opinaba de igual manera, y el porcentaje se reducía a un 18 % en Alemania. En Italia, Francia y Bélgica, solamente un diez o un once por ciento de la población, pensaba que la inmigración había tenido un impacto positivo en sus respectivos países[7].

Tras semejantes oleadas migratorias que llegaban desde hacía décadas, con pequeñas variaciones sobre el tema, ¿cómo podían los gobiernos europeos esperar que se les prestara atención cuando hablaban, con gran fuerza y determinación, sobre temas como inmigración o integración? A parte de que para un Gobierno como el alemán semejante hecho entrañaría el repudio de unas políticas que se habían decidido en unos meses, estaba el problema de que la retórica hacía mucho tiempo que se había agotado. Y se había agotado porque los políticos de toda Europa, tanto los de derechas como los de izquierdas, desde Michael Howard y Gordon Brown, hasta Michel Rocard y Nicolás Sarkozy. Los europeos habían pasado muchos años presenciando la brecha que había entre la retórica y la realidad —las pomposas demandas y, simultáneamente, la inverosimilitud de semejantes demandas. Incluso habían oído en ciertas ocasiones la retórica muy fea del «enviadlos de vuelta»—, y se daban cuenta que tales proposiciones no eran muy sinceras.

En 1992 se produjo un incremento de la inmigración ilegal en embarcaciones llegadas a la costa meridional de España. La política seguida por el gobierno español fue devolver a Marruecos a los que habían entrado

en España de forma ilegal, estableciendo al mismo tiempo las normas más adecuadas con el entonces relativamente amistoso y cooperante gobierno marroquí. Pero el gobierno de Rabat rehusó aceptar a los que habían partido de sus costas pero no eran marroquíes. Y aunque esos migrantes ilegales podían permanecer en España durante cuarenta días, al cabo de ese plazo se les entregaba su documentación y se les conminaba a que abandonaran el país en el plazo de otros treinta días. Pero como había sucedido anteriormente, y volvería a suceder más tarde, la inmensa mayoría se quedaban en el país, con o sin papeles de expulsión.

Un periodista que estaba haciendo un reportaje sobre el tema de la inmigración entrevistó en 1993 a un joven argelino de diecinueve años. ¿Adónde pensaba dirigirse?, le preguntó. «Tengo muchos familiares en Francia», respondió el muchacho. ¿Y cómo pensaba llegar hasta allí? «Cruzando las montañas, naturalmente», contestó. Previamente, había enviado el pasaporte a sus familiares, de forma que no se lo pudieran intervenir por el camino.

Casi todos los inmigrantes momentáneamente detenidos por las autoridades españolas eran subsaharianos, y por lo general afirmaban que cuando les soltaran seguirían hacia el Norte[8]. Tanto entonces como ahora, las autoridades de ambos países hacían la vista gorda ante este movimiento de personas, tomando la decisión de que una vez que los migrantes se encontraban en Europa era más fácil que siguieran camino hacia otros países; por lo que los tratados establecidos y las soluciones propuestas para tratar el problema tenían muy poco valor.

Una situación parecida tenía lugar en toda Europa. En Inglaterra, el gobierno de Tony Blair decidió tomar medidas drásticas con el tema de la inmigración. En el año 2000 se produjeron treinta mil desestimaciones de asilo en el Reino Unido, un tercio de las noventa mil peticiones que se habían estudiado en 1999. En ese año, solamente siete mil seiscientas cuarenta y cinco peticiones habían sido desestimadas, devolviéndose a esos inmigrantes a sus países de origen. Se estimó entonces que el tema de la inmigración resultaba muy difícil de resolver y demasiado costoso, tanto en el plano político como en el económico[9]. A los partidos de la derecha —temerosos como estaban de que se les pudiera reprochar motivos de base—

les resultó todavía más difícil enfrentarse al problema. En el 2013, de forma casi heroica, y bajo un Gobierno de mayoría conservadora, el Home Office organizó una serie de camiones que recorrían los seis barrios londinenses en donde vivían buen número de inmigrantes ilegales, llevando pósteres de advertencia. En esos pósteres podía leerse: «¿Ilegalmente en el Reino Unido? Vuelve a tu país o enfréntate a la detención»; en ellos figuraba también el teléfono de ayuda estatal. Inmediatamente, esos pósteres fueron muy mal vistos en el plano político. La Secretaria de Estado laborista, a micrófono cerrado, Yvette Cooper definió esos carteles como «causantes de divisiones» y «desafortunados». El grupo perteneciente a la campaña Liberty calificó los mensajes no solo de «racistas» sino también de «ilegales». Al cabo de algunos meses se supo que la campaña disuasoria solamente había convencido a once inmigrantes ilegales, para que dejaran de forma voluntaria el país.

La por entonces Home Secretary[*], Theresa May, admitió que el planteamiento había sido un error y demasiado «contundente», por lo que no se repitió. Evidentemente, el planteamiento no se había pensado para persuadir al más de un millón de migrantes ilegales, que había por entonces en Inglaterra, para que regresaran a sus países de origen, sino para demostrar a la población británica que el Gobierno estaba tomando serias medidas en el asunto. Los esfuerzos que, posteriormente, se hicieron para arrestar a los migrantes que estaban trabajando de forma ilegal, tuvieron que enfrentarse a la campaña callejera que hicieron los izquierdistas. Todo ello parecía un tanto exagerado porque, como se podía comprobar, en Inglaterra solamente se habían producido unas cinco mil detenciones en todo el país, y las expulsiones forzosas habían alcanzado escasamente la cifra de cuatro mil. Y en esta cifra había que incluir a detenidos, solicitantes de asilo e inmigrantes transgresores.

Mucho antes de que se llegara al punto álgido de la crisis migratoria, los estamentos oficiales habían renunciado a la idea de deportar a la mayoría de los solicitantes de asilo que habían sido rechazados. Por tanto, no resultó sorprendente que, una vez pasada la crisis, incluso aquellos que se encontraban sin derecho de asilo creyeran que podrían quedarse en el país. A medida que las implicaciones de la crisis empezaron a superarlos, tanto el

gobierno de Alemania como el de Suecia creyeron disponer de un sistema que resolviera el problema de las llegadas de migrantes, a fin de discernir qué solicitantes podrían quedarse en el país y quiénes no. Pero al carecer de un sistema fiable para aclarar la entidad de los que llegaban, el planteamiento ni siquiera tuvo éxito a la hora de esclarecer las solicitudes que deberían ser rechazadas.

Estaba el caso de Mohammad Daleel, que había intentado un suicidio con bomba a las puertas de un bar de Ansbach, en julio de 2016, que se había registrado previamente en Bulgaria como refugiado, y del que se había cursado orden de deportación a su país de origen por las autoridades alemanas en 2014 y, posteriormente, en 2016. Como había sucedido en Suecia, en donde grupos de izquierda intentaran evitar cualquier tipo de deportación de los solicitantes de asilo cuyas peticiones hubieran sido rechazadas, un político del partido del ala izquierda alemana *Die Linke*, admitió más tarde haber intervenido en apoyo de Daleel, para impedir que fuera extraditado de Alemania a Bulgaria.

En el mes de agosto de 2016, dos policías belgas de la localidad de Charleroi fueron atacados en la calle por un argelino que enarbolaba un machete, al grito de «Allahu Akbar». Al parecer, el atacante tenía vínculos con el movimiento Isis. En medio de la crisis producida por ese atentado, el Secretario belga para el ministerio de Asilo, Migración y Simplificación Administrativa, Theo Francken, reveló que el atacante se encontraba en Bélgica desde 2012. Se le había cursado por dos veces orden de deportación, pero todo se había quedado en suspenso porque no había convenio de repatriación entre Bélgica y Argelia, y tampoco existían en Bélgica lugares adecuados para los detenidos.

Los casos de aquellos individuos de los que se sabía que habían tomado parte en ataques terroristas eran fáciles de identificar. Pero tras esos casos llamativos, estaba la otra realidad de los migrantes ordinarios que sencillamente permanecían en el país, y que quedaban olvidados entre otros cientos de miles.

En el mes de enero de 2016 dos políticos revelaron la auténtica dimensión del desastre. Durante una entrevista en la televisión holandesa, Frans Timmermans, vicepresidente de la Comisión Europea, admitió el

hecho de que la mayoría de los migrantes que habían llegado a Europa en el año anterior no habían sido solicitantes de asilo, sino meros migrantes. Citando cifras de la agencia Frontex, de la Comunidad Europea, Timmermans reconoció que, al menos, el 60 % de los migrantes que habían llegado en 2015 eran migrantes económicos, que no tenían ningún derecho para solicitar asilo político. Al referirse a los que llegaban de países norteafricanos como Marruecos o Túnez, dijo que «son personas de las que usted puede estar seguro que no tienen el menor derecho para que se les aplique el estatuto de refugiados».

Por entonces, el ministro sueco de Interior, Anders Ygeman, admitía que de las aproximadamente ciento sesenta y tres mil personas que habían llegado a Suecia el año anterior, solo la mitad tenían derecho a quedarse en el país. El señor Ygeman mencionaba el número de aviones que el gobierno sueco iba a necesitar para deportar a esos individuos; una medida que iba a llevar varios años. De aquellos inmigrantes que se encontraban en Suecia en el año 2015, y que el Gobierno había decidido expulsar del país, dijo: «Estamos hablando de sesenta mil personas aproximadamente, pero la cifra podría ascender a ochenta mil». Resulta terrible pensar que un Gobierno pueda llegar a tal situación, tras haber permitido la entrada de tanta gente en su país.

El gobierno alemán se vio finalmente obligado a encargar a la firma privada de consultores McKinsey que tratara de analizar su propio programa de repatriación. Tal vez necesitaba que una mirada más fresca revisara la confusión que él mismo había creado. Aunque dicho programa estuviera destinado al fracaso. Y cuando el Gobierno intentó deportar a trescientos solicitantes de asilo pakistaníes a su país de origen, Pakistán se limitó a rechazarlos, por lo que Alemania tuvo que aceptarlos de nuevo.

A finales del mes de mayo del 2016, Alemania tenía a unas doscientas veinte mil personas pendientes de una orden de deportación. Once mil trescientas fueron deportadas a otros países, entre los que se incluía el de su primera entrada (como era el caso de Bulgaria). No obstante, cuando el ministro de Interior alemán, Thomas de Maizière, se jactó en el Parlamento al decir: «Esto es mucho más que lo hecho en años anteriores», solamente

estaba revelando lo miserables que habían sido los esfuerzos realizados en esos años anteriores.

Si las cifras de Timmermans/Frontex eran correctas y también lo eran las estimaciones hechas por el gobierno alemán en 2015, Alemania debería prepararse para deportar a unos setecientos cincuenta mil migrantes, llegados tan solo en aquel año. Ninguna persona perteneciente a la burocracia del gobierno alemán estaba entonces —ni lo había estado nunca — preparada para llevar a cabo semejante tarea. Y mucho menos que el gobierno sueco estuviera realmente dispuesto a deportar de su país a ochenta mil falsos solicitantes de asilo, llegados a partir del año 2015. Todo el mundo en Suecia, y en el resto de Europa, sabía que ni siquiera lo iban a intentar. Las deportaciones masivas no estaban en la agenda en 2015 o 2016, como no lo habían estado nunca en el periodo de la postguerra. Pero lo que los políticos europeos no podían admitir era lo que sabía cualquier migrante que cruzara el Mediterráneo; es decir, que una vez que estabas en Europa te quedabas en ella.

Es más, Europa seguía siendo líder mundial no solamente en permitir que la gente se quedase en su territorio, sino también en ayudar a que esa misma gente defendiese sus derechos a quedarse, aun cuando estuvieran en el continente de forma ilegal. En 2016, Inglaterra todavía no había logrado resolver la deportación de un hombre reclamado en India por dos atentados con bomba, en 1993.

El comerciante Tiger Hanif, ejecutivo de la firma de los tés Bolton, llegó a Gran Bretaña de forma ilegal en 1996, y se las arregló para recibir más de doscientas mil libras de ayuda de los contribuyentes para evitar su repatriación[10]. Y la locura continental no acababa ahí. Cuando unos investigadores belgas estudiaron el caso de numerosos atentados terroristas ejecutados en Bélgica, descubrieron que gran parte de esos atentados habían sido perpetrados mientras sus ejecutores estaban recibiendo ayuda estatal. De hecho, Salah Abdeslam, sospechoso de ser el jefe de los ataques de Paris, en 2015, había recibido ayudas de desempleo por valor de diecinueve mil euros durante el periodo que precedió a los ataques. Sus últimas pagas las había percibido tan solo unas semanas antes, haciendo de tal suerte que

fuera la sociedad europea la primera de la Historia que pagara a criminales para que la atacaran.

Evidentemente, semejantes casos constituyen los más representativos de una gente que se hizo conocida por haber tomado parte en actos terroristas. De los cientos de miles de personas que llegaron a Italia en el 2015, aproximadamente la mitad solicitaron asilo en el país. Se emitieron treinta mil actas de expulsión, pero ni siquiera se llevaron a cabo la mitad. Y esas son las que se conocen en Italia. Nadie en Europa tiene la menor idea de en donde se encuentra hoy día el 50 % de la gente que no pidió asilo en Italia. No obstante, una vez que se empezaron a cerrar las fronteras la presión se hizo más fuerte.

En la frontera ítalo-austríaca, a las personas que no eran italianas se las expulsaba de Austria, en contra de toda clase de protocolos, pero de acuerdo con las normas vigentes en la nueva Europa. Otros migrantes trataban de burlar a los agentes franceses y lograban entrar en Francia. Cuando esas dos rutas quedaron bloqueadas, surgió la opción de cruzar las montañas de Suiza. Pero de nuevo se produjeron los atascos en la gestión migratoria, que parecían ser un problema de Italia. También Grecia se vio saturada con la llegada de inmigrantes. Ante el continuo flujo de estos, que ahora venían de Bulgaria, los distintos gobiernos de la zona trataron de modificar sus políticas migratorias. No obstante, solamente Grecia y otros pocos países fueron los únicos que vivieron las consecuencias de tales cambios. Y fue precisamente Grecia la que sufrió esta situación, al no lograr que los migrantes siguieran hacia el norte, ni tampoco poder devolverlos a sus países de origen.

¿Y qué podía decir sobre esta situación la persona que tenía la máxima responsabilidad de que se hubiera producido semejante confusión? En septiembre del 2015, la canciller alemana recibió un doctorado honorario de la Universidad de Berna, en Suiza. Tras un breve discurso, se invitó a los asistentes a que hicieran preguntas.

Una señora, de la edad aproximada de la Canciller, hizo una pregunta sobre algo que había dicho Merkel. Un minuto antes la Canciller había estado hablando sobre la responsabilidad que tenían los europeos hacia los refugiados. ¿Pero qué sucedía con la responsabilidad que tenían también los

europeos de proteger el estado de bienestar de los suyos? El incremento de las personas procedentes de países islámicos, que actualmente estaban llegando a Europa constituía una preocupación para muchos europeos, aseguró la mujer. ¿Cómo podía proteger la Canciller a los europeos y a la cultura europea de este influjo?

Merkel se aclaró la garganta antes de decir que debido al número de combatientes que desde Europa habían ido a engrosar las filas de grupos terroristas, como Isis, los europeos no podían afirmar que todo ese problema nada tuviera que ver con ellos. Pero eso no era lo que estaba preguntando la demandante. Sin embargo, la Canciller continuó diciendo: «El miedo es un mal consejero, tanto en la vida social como en la personal». Y entonces, refiriéndose a las palabras que anteriormente había dicho acerca de que el islam estaba formando parte de Alemania, añadió: «Vivimos el debate de si el islam es parte de Alemania. Cuando se tienen cuatro millones de musulmanes en el país, yo no puedo preguntarme si esos musulmanes forman parte de Alemania y el islam no; o si, por el contrario, el islam también forma parte de Alemania».

Pero fueron las palabras que dijo seguidamente, las que resultaron más extraordinarias:

«Evidentemente, todos tenemos la posibilidad y la libertad de venerar nuestra propia religión», afirmó la Canciller. Y continuó diciendo:

»Y si he omitido algo en mis palabras, no es porque esté reprendiendo a nadie por mostrarse fiel a su fe musulmana, sino porque nosotros hemos de mostrarnos lo suficientemente valientes como para decir que somos cristianos; y lo suficientemente valientes también, para decir que somos capaces de establecer un diálogo. Pero siempre sobre la base de mantener nuestras tradiciones; de ir de vez en cuando a un servicio religioso; de conocer un poco la Biblia; y, quizás, también de saber explicar el contenido de una pintura religiosa. Si ustedes preguntaran en Alemania por lo que significa el Pentecostés, yo les diría que el conocimiento que tienen los cristianos de Occidente no es muy grande. Y me resulta un poco extraño que se quejen de que los musulmanes conozcan mejor su Corán. Quizás este debate nos pueda llevar a que consideremos un poco más nuestras propias raíces y las conozcamos mejor».

»La historia europea ha sido tan rica en horrendos conflictos dramáticos, que deberíamos ser muy cuidadosos a la hora de quejarnos de lo que haya podido suceder en otras partes. Hemos de ir en contra de todo esto, hemos de tratar y de luchar contra ello, pero sin dejarnos llevar en modo alguno por la arrogancia. Y digo todo esto como canciller de Alemania[11]».

Los medios informativos alemanes fueron unánimes a la hora de elogiar el coraje y la sabiduría de la Merkel.

13

CANSANCIO

Generalmente, los alemanes tienen una palabra para definir cierto estado de ánimo: *Geschichtsmüde*, que significa «harto de Historia». Es una sensación de cansancio que los europeos modernos pueden experimentar con frecuencia. Algunos lo vivirán continuamente, mientras que otros lo experimentarán en oleadas y, a menudo, de forma sorprendente.

En un reciente vuelo que hice a Budapest, sentí de golpe esa clase de cansancio, al aparecer un mapa en la pantalla del avión que tenía frente a mí. Estábamos volando sobre Alemania, y ese mapa móvil nos situaba sobre el centro de un triángulo de ciudades muy significativas: Núremberg, Regensburg y Bayreuth.

En ese momento me resultaba fácil identificar las referencias de semejantes ciudades: Núremberg, evidentemente, por los juicios de la posguerra, pero también por la obra de los *Meistersinger*[*]; Regensburg, por el significativo mensaje del papa Benedicto; Bayreuth, por sus referencias culturales[*]. Pero la aparición de ciertos pensamientos me trajeron a la mente, sobre todo, dos cosas: el recuerdo de lo viejo que es nuestro Continente, y la cantidad de posos de Historia que contiene. Y muy ligado a todo esto se encontraban aquellas cosas que también nos producen un cierto cansancio: el miedo del que uno no se puede librar, y el hecho de

que esos recuerdos estén siempre ahí, capaces no solo de estallar, sino también de devorarnos.

No es necesario que uno sea alemán para vivir todo eso, aunque el hecho de serlo ayude.

No se trata en absoluto de un fenómeno nuevo. A lo largo de los siglos Europa ha tenido términos, incluso términos pseudomédicos, para describir esa apatía personal, esa fatiga que engloba distintas clases de agotamiento nervioso. En el siglo XIX estuvo de moda diagnosticarla como «neurastenia». Pero incluso en ese siglo, tal clase de agotamiento no se debía solamente a una tensión nerviosa, sino más bien a un cansancio existencial. Fue un tema del que se ocuparon gran parte de los pensadores y literatos alemanes, mucho antes de que tuvieran lugar las catástrofes del siglo XX. En los últimos años del siglo XIX y principios del XX, Friedrich Nietzsche, Sigmund Freud, Thomas Mann y Rainer Maria Rilke escribieron sobre ello.

En esos momentos se produjo el consenso general de que la rapidez y variedad de las presiones existentes significaban, entre otras cosas, que se había producido un socavamiento del espíritu que era típico de la vida moderna. Aquellos que se ocuparon de ese problema, o lo padecieron, trataron de encontrar un tipo de cura y un diagnóstico para él. Y lo encontraron en una amplia gama de cambios en el estilo de vida; unos cambios que incluían desde el ejercicio físico hasta la cultura de los sanatorios, las modificaciones de la dieta y una devoción especial por el *muesli*. Otros buscaron distintas soluciones, y terminaron por identificar semejante estado de desgana como algo que originaba una singular «fatiga europea». Algunas de estas personas se volvieron hacia Oriente en busca de una solución para su problema. En aquellas tierras lejanas los agotados europeos podían liberar sus almas del agobiador peso de su propio pasado y presente.

Aunque en las décadas siguientes se formuló de otra manera el problema, este nunca llegó a desaparecer. Hoy día, en el mundo de las nuevas tecnologías, se ha producido en Alemania ese cansancio existencial que corresponde al término de «quemado». Quizás porque esa palabra resulta algo más leve que «agotamiento»; y porque se libera de ese modo al

que padece de tal sintomatología de las implicaciones que suelen acompañar a quienes dicen sufrir de «fatiga» o de «hastío». Después de todo, y entre otras cosas, porque «quemado» sugiere que la persona que padece dicho síntoma puede dar de forma desinteresada mucho de sí misma, haciéndolo por el bien general. No obstante, y aunque el término pueda haber cambiado, los síntomas y las causas del viejo «agotamiento» y de la nueva «quema» siguen siendo los mismos. Incluyen un cansancio producido por la peculiar velocidad y la complejidad de los cambios del mundo moderno, y por unos hábitos de trabajo que son consecuencia del capitalismo moderno y de la información tecnológica. Pero ese término de «quemado» también se ha atribuido al trastorno que produce el secularismo contemporáneo. En años recientes, han aparecido en Alemania tantos libros y artículos de prensa sobre el tema del «quemado», que algunas personas se han quejado de lo «quemado del término quemado[1][*]».

Si corrientemente se acepta sin problemas que una persona pueda sufrir el síntoma de la «quema», ello es debido a que hoy día tal cosa parece menos frecuente que aceptar el hecho de que las sociedades puedan sufrir de algo parecido. Si se admite que la carga que representa el trabajar por un pequeño salario en una sociedad muy compartimentada tiene un decidido efecto sobre el individuo, ¿cómo no ha de tenerlo también sobre la sociedad en su conjunto? O por decirlo de otra manera, si bastantes personas están sufriendo de una forma agotadora ¿no terminará también por agotarse esa sociedad en la que se vive?

Escritores y pensadores de otras épocas no se mostraron tan reticentes, como lo son actualmente, a la hora de adoptar semejante posibilidad. Una de las obras decididamente más pesimistas del pensamiento alemán de principios del siglo XIX, *La decadencia de Occidente*, de Oswald Spengler, trataba precisamente de ese problema. Spengler afirmaba que las civilizaciones, al igual que los pueblos, nacieron, florecieron, decayeron y murieron; y que Occidente se encontraba, en cierto modo, en los últimos estadios de ese proceso. Incluso si se rechaza el espenglerismo —una de las características más notables de la cultura occidental es precisamente que teme encontrarse en ese declive—, es posible que en algún momento de autocompasión, Occidente no pueda hallar una base sólida en la cual

apoyarse. La generación anterior a Nietzsche había calculado la misma posibilidad, y pudo ver algunas de las mismas señales de alarma. «Ya no somos capaces de seguir acumulando», escribía el filósofo en sus últimas notas, «Estamos malgastando el capital que nos legaron nuestros antepasados, incluso en el campo del conocimiento[2]».

Gracias a semejantes pensadores resulta fácil reconocer que lo que estuvo afectando a Alemania a finales del siglo XIX no fue un cansancio causado por falta de *muesli* o de aire fresco, sino un agotamiento producido por una falta de significado; una conciencia de que la civilización «ya no estaba acumulando», sino que vivía de su pasada riqueza cultural. Si tal fue el caso en el pasado siglo XIX, entonces mucho más fuerte es la situación hoy día, cuando estamos viviendo de los restos de esa herencia, y nos movemos cada vez más alejados de las fuentes que dieron energía a aquella cultura.

En Europa, durante siglos, uno de los mayores —si no el mayor— recursos de tal energía procedía del espíritu religioso del Continente. Llevaba a los pueblos a la guerra y los estimulaba a defenderse. También encaminó a Europa a las más altas cimas de la creatividad humana. Animó a los europeos a construir la basílica de san Pedro, en Roma, la catedral de Chartres, el Duomo de Florencia y la basílica de san Marcos en Venecia, e inspiró las obras de Bach, Beethoven y Messiaen, el retablo de Grünewald, en Isenheim, y la *Madona de las rocas*, de Leonardo.

No obstante, en el siglo XIX ese impulso creador recibió dos golpes trascendentales de los que nunca se recuperó, dejando una brecha jamás resuelta. Las consecuencias de la oleada de criticismo bíblico que barrió las universidades alemanas a principios del siglo XIX, todavía se sigue apreciando dos centurias más tarde. Cuando Johann Gottfried Eichhorn, en Göttingen, empezó a examinar los textos del Antiguo Testamento, con la misma capacidad de escrutinio que hubiera aplicado a cualquier otro texto histórico, su trabajo tuvo unas consecuencias que no son, hoy día, enteramente apreciadas. Europa había conocido los grandes mitos; sin embargo, la historia del cristianismo era el mito fundacional del continente, y como tal había sido inviolable.

En 1825, cuando la Universidad de Oxford envió al joven Edward Pusey para que descubriese en qué estaban trabajando los investigadores alemanes, el inglés se dio cuenta inmediatamente de la importancia de aquella investigación. Al final de su vida recordaba a su biógrafo el impacto que le habían causado los descubrimientos hechos en Alemania: «Puedo recordar la habitación de Göttingen en la que me hallaba sentado, cuando sentí en mí el impacto producido por el pensamiento religioso de Alemania». Me dije: «Todo esto debería hacerse en Inglaterra. ¡Y cuán poco preparados estamos para hacerlo!»[3]. Pusey se sentía sorprendido por la «completa insensibilidad» de Eichhorn, en la que vio «la importancia real de la narrativa», en una época en la que una ola de insensibilidad abarcaba también el Nuevo Testamento, gracias en gran medida a David Friedrich Strauss y a su *Vida de Jesús examinada a la luz de la crítica* (1835).

Finalmente, esa ola de insensibilidad llegó a Inglaterra, como antes había llegado a muchos otros sitios. Y como sucede con los clérigos islámicos, que hoy día luchan para alejar cualquier elemento crítico del fundamentalismo de su fe que pueda afectar a sus fieles, del mismo modo los sacerdotes cristianos de toda Europa trataron de alejar cualquier crítica de su rebaño. Pero no lo consiguieron; igual que los sacerdotes de hoy día que no pueden evitar la oleada de críticas que les llegan. Es un movimiento que baña todo el Continente, como seguramente ya lo había advertido Pusey.

No se trataba simplemente de lo que habían descubierto los eruditos alemanes. Se trataba de que había fracasado el propósito de mantener a la Biblia alejada de toda crítica; y no porque los interrogantes que se habían presentado a los investigadores más conspicuos de Alemania fueran exclusivos de ellos, sino porque tales interrogantes también se les hacían presentes a muchas otras personas. Ahora tales dudas se hacían públicas, y en adelante la Biblia se vería sujeta a una investigación crítica como cualquier otro texto. Desmontados por el estudio de la comparación histórica, tanto los temas de autoridad como los de fiabilidad, la nueva generación de creyentes después de Strauss tendría que encontrar una nueva adecuación para esos descubrimientos. Algunos pretendían afirmar que tales cambios no habían ocurrido, que no eran relevantes, o que todas esas

dudas ya habían sido resueltas. Pero una gran parte del clero empezó a darse cuenta de que se había producido un cambio fundamental en la gente, y que ellos también debían cambiar.

Evidentemente, la erudición textual no realizó este trabajo en solitario. Gozó del apoyo, en 1859, de otra visión sumamente crítica con la fe cristiana: la obra *On the Origin of Species by Means of Natural Selection (Sobre los orígenes de las especies por medio de la selección natural)*, de Charles Darwin. Y, tal vez, incluso más importante que el contenido del libro en sí mismo, fue el proceso científico que aceleró Darwin. En lugar del designio divino, que hasta entonces había sido el inspirador de todo, Darwin hizo una proposición enteramente novedosa: que como Richard Dawkins había dicho: «Con el tiempo suficiente, la supervivencia no aleatoria de las entidades hereditarias (que en ocasiones la alteran) generará complejidad, diversidad, belleza y una ilusión de diseño tan persuasiva que resultará casi imposible distinguirla de cualquier otro diseño deliberadamente inteligente[4]».

El descubrimiento de Darwin resultó tan fuertemente discutido en su momento, como lo es ahora. Pero tal reacción estaba condenada al fracaso. La condición del argumento de un planteamiento divino, según Darwin, no era convincente. No se trataba de un simple descubrimiento, ni siquiera de rellenar una larga brecha existente en el conocimiento humano. Era sencillamente la primera explicación completa del mundo en el que vivimos, que no tenía necesidad de Dios. Y aunque el origen de la vida siga siendo un misterio, la idea de que todo ese misterio queda resuelto por las afirmaciones de la religión resulta, cada vez, menos y menos plausible. Todavía es posible hallar sabiduría y sentido en las Escrituras, pero la Biblia, en el mejor de los casos, se asemeja a una obra de Ovidio o de Homero: contiene grandes verdades, pero no es verdad en sí misma.

Aunque actualmente casi todo el mundo en Europa conoce alguna versión de esos hechos, todavía no hemos encontrado una forma fiable de hacerlos nuestros. La realidad de la pérdida de las creencias y de la fe, a lo largo y ancho del Continente, es algo que se comenta frecuentemente y que se da por sentado. Pero, con frecuencia, las consecuencias de semejante hecho no suelen ser tenidas en cuenta. En pocas ocasiones, si es que hay

alguna, se reconoce que el proceso anteriormente descrito significa, sobre todo, una cosa evidente: Europa ha perdido su historia fundacional. Y la pérdida de un sentido religioso en Europa no solamente deja un vacío en el panorama del Continente, también deja un vacío en su geografía. Digamos que, a diferencia de los Estados Unidos, la geografía de Europa es una colección de ciudades y pueblos. Abandone usted una ciudad, e inmediatamente tropezará con otra. Y en cualesquiera de ellas se podrá ver una iglesia, situada en el corazón de la comunidad. Hoy día, sin embargo, si esos centros religiosos no se encuentran totalmente muertos y convertidos en meras viviendas, están a punto de morir. Y la gente que todavía vive en ellos tiene la sensación de que está a punto de agonizar.

En donde todavía exista un sentimiento religioso, tal sentimiento será totalmente uniforme —como sucede en las comunidades evangélicas— o bien se verá debilitado. En muy pocos lugares se mantiene la fe y la confianza de los tiempos pasados, y no se ve tendencia a que eso cambie. La corriente de los tiempos fluye en una única dirección, y no parecen existir otras corrientes que se muevan en sentido contrario. Incluso Irlanda, que en tiempos recientes todavía tenía algunos de los políticos más religiosos de Europa, se ha convertido, en poco menos de una década —en parte debido a los grandes escándalos del clero—, en un país en el que la oposición a un sentimiento religioso constituye la tendencia dominante.

LOS SUEÑOS QUE SOÑAMOS

Sin embargo, a pesar de haber perdido el sentido de nuestra historia, todavía seguimos aquí. Y seguiremos viviendo entre los restos de esa fe. Pocos de los turistas que multitudinariamente visitan París van a rezar a Notre-Dame; sin embargo, allí está esa fe. La abadía de Westminster y la catedral de Colonia siguen dominando el paisaje de sus correspondientes ciudades, y si bien han dejado de ser centros de peregrinaje todavía significan algo, aunque no sepamos muy bien lo que es. Podemos ser turistas o eruditos, para estudiar la historia de esos monumentos ya sea como *amateurs* o como profesionales. Pero su significado se ha perdido o

se ha malinterpretado. Y, por supuesto, las gloriosas ruinas en las que vivimos no son solamente físicas sino también morales e imaginativas. El teólogo ateo inglés Don Cupitt escribió en 2008 que: «Ninguna persona en Occidente puede ser totalmente no cristiana. Usted puede decir que lo es, pero los sueños que usted sueña siguen siendo sueños cristianos[5]».

En ninguna forma se siente más intensamente el miedo a las consecuencias de todo esto, que cuando se experimenta el miedo a lo que —en lugar de fe— se alza como fundamento de lo que se da en llamar «valores europeos». Puede ser, como dijo también Cupitt, que «el secular y moderno mundo occidental sea *en sí mismo* una creación cristiana[6]». Tras un periodo de alegre rechazo de cualquier idea de ese tipo, en años recientes un número significativo de filósofos e historiadores han vuelto a aceptar esa idea. Si esto es así, entonces las implicaciones de ese hecho siguen mostrándose profundamente inquietantes. La cultura de los derechos humanos de la posguerra, de la que tanto hablan sus devotos y a la que consideran una fe, parece querer ser un intento de desarrollar una versión seglar de la conciencia cristiana. Tal vez sea un acierto parcial el pensar de ese modo. Pero se trata de una religión que necesariamente debe encontrarse enferma al descansar en sí misma, porque no son muy seguros sus asideros. El lenguaje es una revelación. Y a medida que el lenguaje de los derechos humanos se hace más y más grande, y sus manifestaciones se vuelven más y más insistentes, la incapacidad del sistema para hacer aquello que pretende hacer se vuelve más evidente.

Un fallo tan notorio y la sensación de perder amarras puede ser —tanto para el individuo como para la sociedad— no solamente causa de preocupación, sino también la muestra de un proceso emocional exhaustivo. En donde hubo una vez una explicación fundamental (pese a los problemas que trajo) ahora solamente existe una fundamental falta de certeza. Y no podemos olvidar nuestros conocimientos. Incluso aquellos que lamentan su incapacidad para conectar con la fe que en un tiempo utilizaron para que les diera cierto impulso, no pueden volver a creer ahora para que les impulse de nuevo. Y como Europa pudo aprender de filósofos como John Locke, no es posible «forzar» la fe[7]. Sin embargo, nuestras sociedades siguen

marchando, evitando en gran medida el hacerse esas y otras preguntas, o tratando de pensar que tales cosas carecen de importancia.

En Alemania, más que en la mayoría de las sociedades, la pérdida de Dios no encontró algo que pudiera reemplazarlo. Allí, parte del propósito de la religión —en particular la búsqueda de la verdad y el convencimiento de que debería ser buscada— continuó entendiéndose, en cierta medida, a través de los filósofos nacionales y la cultura. Sin embargo, esta medida también fracasó, incluso de manera más significativa que la religión. Partiendo de los principios del filósofo Ludwig Feuerbach y de otros, Richard Wagner tomó la idea del arte, recuperándola de donde la había dejado la religión; en la creencia de que el arte podía representar algo más que la religión y que, incluso, podía ser mejor que esta. Sobre todo, porque el arte podía vivir sin los «estorbos» de la religión. Como señalaba, al principio de su ensayo de 1880, *Religión y arte*: «Mientras que el sacerdote hace su mayor apuesta al manifestar que las alegorías religiosas deben ser tomadas como hechos consumados, el artista no se preocupa en absoluto por eso; desde el momento en que, de una manera libre y abierta, divulga su trabajo como producto de su propia inventiva». De este modo Wagner trataba de resolver el gran enigma de Arthur Schopenhauer (expresado en su obra *Diálogo sobre la religión*) del sacerdote que no puede admitir que todo sea una metáfora.

Para Wagner, el papel del arte era «salvar el espíritu de la religión». Lo que intentaba expresar, tanto con su música como con sus ensayos, era que había otra voz universal y subconsciente que nos estaba hablando, que nos formulaba preguntas y nos requería respuestas. Desde *Tannhäuser* hasta *Parsifal*, tanto su ambición como sus logros crearon una clase de religión que podía apoyarse y sostenerse por sí sola. Él, más que ningún otro compositor, consiguió su propósito. Sin embargo, esto no fue suficiente y también terminó por hundirse, evidentemente. Fracasó al no conseguir en el individuo un estado de ánimo plenamente religioso; ya que quienes intentaron vivir de acuerdo con la religión wagneriana tuvieron unas vidas desgraciadas. Y su fracaso resultó todavía más público, porque todo el mundo —ya fuera de un modo justificado o no— llegó a darse cuenta un

día, gracias al mismo Wagner, que la cultura, por sí sola, no podía hacer al ser humano mejor, ni más feliz.

Todavía quedaba la filosofía. Pero, precisamente, la filosofía alemana se encontraba en la misma raíz del problema. El sentimiento de neurastenia vivido a finales de siglo XIX había sido creado, en parte, por el cansancio de la filosofía. Y no solamente porque de repente se hubiera comprendido que era necesario prestar mucha atención a demasiadas cosas, sino porque el pensamiento alemán ya se estaba caracterizando por una pesadez que demasiado pronto se convirtió en cansancio y fatalismo. Existen, por supuesto, muchas razones para esto. Pero entre ellas se encuentra la peculiar e incansable búsqueda de llevar las ideas hasta su punto final, sea este cual sea.

Esta tendencia también tiene una expresión en alemán: *Drang mach dem absoluten* («la vía hacia el absoluto»). No es una frase que el inglés o la filosofía inglesa suelan utilizar, pero resume de modo adecuado el hábito de empujar y empujar las ideas hasta que lleguen a lo que puede constituir un punto final inevitable e, incluso, predeterminado. Una vez que ese punto se torna evidente ¿qué se puede hacer para evitarlo? Hay un texto de Hegel que puede llevar al lector a este punto; a la idea de que la misma Historia es una fuerza a la que sencillamente hemos de someternos.

En esta visión de la filosofía —y de la política— puede resultar más acertado describir no tanto la vía hacia el absoluto, como el «*tirón*» hacia el absoluto. Desde el siglo XIX, como mínimo, la filosofía alemana tuvo una tendencia a presentar ciertas ideas y teorías como verdades reveladas, ejerciendo casi una fuerza gravitacional a la que, sin embargo, no era posible resistirse por duro que fuera el vivir con tales verdades. El tenaz hábito de empujar las ideas hasta su punto máximo, hizo que la filosofía alemana se adelantara a la mayoría de las filosofías del momento. Esa fue la razón de que se extendiera no solo por la Europa occidental, sino también por Rusia y, finalmente, por las universidades americanas. Además, la filosofía alemana rigió casi todo el mundo filosófico durante cierto tiempo. Y también ayudó a que este se hundiera de forma estrepitosa.

Las verdades simplemente están ahí, y la gente tiene que encontrar la forma de vivir con ellas. A diferencia del esquivo liberalismo —que

permite a todo el mundo condenar cualquier cosa— un concepto absoluto, cuando se hunde, lo arrastra todo en su hundimiento: no solo a la gente y a los países, sino también a las ideas y teorías dominantes. De los escombros de esas teorías que están hundiéndose constantemente surge un cierto cansancio que resulta, en ocasiones, inevitable. En el siglo XIX, y a principios del XX, desde Bismarck hasta la Gran Guerra, Alemania vivió esta clase de hundimiento de forma repetida. Y el hecho era que la catástrofe producida por cada uno de estos hundimientos facilitaba la posibilidad de que se generase, probablemente, el siguiente.

El escritor británico Stephen Spender vivió en Berlín durante los años 30. En el año 1939 reflejó en su diario lo que estaba viendo. Antes de que se produjera la última catástrofe, comentó lo que había vivido con las personas que conoció mientras residía en aquella ciudad. Según escribió: «El problema que se presenta con toda la gente encantadora que conocí en Alemania es que se mostraban o bien cansados o débiles[8]». ¿Por qué se sentían tan cansados y débiles? El cansancio existencial no constituye un problema porque produzca solamente un tipo de vida apática; el problema se encuentra en que puede tolerar casi cualquier cosa para seguir en ese estado.

Algunas personas pueden considerar poco probable que la filosofía, que es algo que conocen tan solo unos pocos, pueda tener un efecto tan generalizador. Pero el fracaso de las ideas y de los sistemas que esas ideas crearon tiene una indiscutible consecuencia. Tanto las ideas religiosas como las seglares tienen su comienzo en unos pocos, pero acaban por filtrarse en toda una nación. Una forma habitual de comportarse en la vida es que si bien uno no pueda hallar la respuesta por sí mismo a las preguntas que se formula, de algún modo habrá alguien que podrá dársela. Pero las consecuencias que se producen cuando a aquellos que conocen las respuestas —ya sean artistas, filósofos o sacerdotes— se los considera individuos equivocados, están muy lejos de ser estimulantes. Y mientras algunos sistemas pueden deteriorarse con el paso del tiempo, como ha sucedido con los monoteísmos en la mayoría de los países de la Europa occidental, también pueden verse desacreditados, de forma comparativamente rápida, como lo han sido las teorías raciales y

eugenésicas[*]. Las ideas, tanto las filosóficas como las políticas, pueden constituir el sueño de unos pocos, pero cuando fallan sus fundamentos, todo lo populares que pudieron haber sido se convierten rápidamente en fruto de la desolación. Tal fue el caso de la mayoría de los sistemas filosóficos más populares, que terminaron siendo visiones políticas totalitarias.

Gran parte de la miseria política de la Europa del siglo XX, procede del esfuerzo secular por tratar de conseguir un absolutismo político. De hecho, una de las cosas que hizo al marxismo tan cercano a la religión no fue su vinculación con los textos sagrados o con sus profetas, sino la tendencia al cisma y a la contienda intrareligiosa. La lucha por ser el detentor de la llama auténtica y el intérprete más fiel de la fe, constituyó uno de sus atractivos, y también una de sus debilidades finales.

Pero el sueño de Marx, y desde Marx los sueños del comunismo y del socialismo, fueron los intentos más sinceros del momento para sugerir y llevar a la práctica una teoría que lo abarcara todo. Los escritos interminables, los panfletos y el evangelismo en cada país de Europa fueron un intento más de soñar un sueño que tenía sentido, capaz de resolverlo todo y abordar todos los problemas. Fue, como lo describía memorablemente T. S. Elliot, el esfuerzo de «soñar un sistema tan perfecto que nadie necesitará ser bueno[9]».

Como siempre, el proceso de disolución de la fe llegó por etapas. La herejía de León Trotsky, las hambrunas de Ucrania y el convencimiento de muchos comunistas, durante los años 30, de que las sociedades modelo no eran tan modélicas, ya que apenas eran sociedades. Los esfuerzos realizados para purgar a los disidentes y a otras fuerzas que, supuestamente, respaldaban la verdad, tuvieron cierto éxito durante algún tiempo; no solo para estimular el ánimo de algunos de los seguidores del sistema, sino también para simular ante la gente que existía un sentimiento noble y universal al que había que retornar. En la época del espectáculo de los juicios organizados por Genrikh Yagoda y otros, a finales de la década de 1930, con la pretensión de que ya no quedaba nada excepto una voluntad de poder, se fue convenciendo a los comunistas más sensibles de que debían abandonar el Partido. A aquellos comunistas que todavía no se habían visto

defraudados con la invasión de Hungría, en 1956, o con la decisiva Primavera de Praga, de 1968.

Esos acontecimientos demostraron a todo comunista que tuviera ojos y oídos, que lo peor que hubiera podido ver y oír —y todavía más— era cierto. Todo cuanto llegaba de Rusia y del bloque del Este —historias tan continuas y parecidas, que solamente podrían ser rechazadas por el más fanático de los seguidores— demostraron que si el comunismo había sido una pesadilla para el mundo, había sido también una auténtica catástrofe para el pueblo que pretendía gobernar.

En su obra de referencia, de 1970, *Ni Marx ni Jesús*, Jean-François Revel pudo decir con conocimiento de causa que «nadie hoy día, incluso dentro de los partidos comunistas del mundo occidental, puede afirmar que la Unión Soviética sea un modelo revolucionario para otros países[10]». Si los auténticos comunistas estaban desilusionándose de forma gradual, el desmoronamiento fue total cuando en 1989 cayó el muro de Berlín, y resultaron evidentes las sirenas de alarma que venían anunciando la caída del sistema desde hacía años. Era la confirmación de que ya difícilmente podría creerse en lo que habían intentado hacer los auténticos comunistas, en su esfuerzo por soñar el sistema perfecto. Los millones y millones de cadáveres, las vidas destruidas —de vivos y muertos— que el comunismo dejaba tras de sí como testamento de sus grandes logros, eran suficientes para hacer reflexionar al más sensato. Todavía quedaban algunos sinceros creyentes, como el historiador británico Eric Hobsbawm. Pero el mundo reaccionó por lo general ante ellos con la incredulidad que hubiera merecido un individuo que, alzándose sobre una pila de cadáveres, prometiera que con solo unas cuantas muertes más conseguiría que todo funcionara bien.

A lo largo de las diferentes etapas de su colapso, el comunismo no solamente reveló sus propios horrores, sino que también mostró la locura de varias generaciones que parecían encontrarse entre las más inteligentes y bien informadas del Continente. Desde los tiempos de Marx hasta el año 1989, mucha de la gente más brillante del momento se vio contaminada por su aprobación del sistema comunista. Desde George Bernard Shaw hasta

Jean Paul Sartre, casi todos los profetas seculares se convirtieron en apologetas del peor sistema de su tiempo.

Si hubiera que dar una explicación semidecente de por qué tantas de esas figuras permanecieron fieles al sistema, y cómo pudo sobrevivir este durante tanto tiempo, habría que decir que en parte fue debido a las fuerzas políticas contra las que lucharon durante cierto tiempo. El sueño fascista, al igual que su primo comunista, empezó siendo un esfuerzo sincero para dar respuesta a los graves problemas de la época; en particular, a los que tenían que ver con el desempleo y las necesidades económicas de una Europa devastada tras la Primera Guerra Mundial. El fascismo nunca arrastró a la clase intelectual, como sucedió con el comunismo, pero fue capaz de engatusar del mismo modo a unos cuantos románticos y sádicos. Y si bien se derrumbó antes que su homólogo comunista, la devastación que dejó tras de sí fue muy grande.

Italia pudo sobrevivir a la catástrofe, en parte porque su fascismo había sido una bestia ligeramente distinta de la alemana, y en parte porque sus seguidores más fanáticos nunca habían llegado a tener la importancia que tuvieron sus aliados del norte. También fue posible restar importancia al fascismo italiano, dado el profundo caos que reinaba en el país; un caos que aquellos que habían planificado el Estado italiano de la posguerra se ocuparon de que continuara. En todo caso, los italianos bebieron en la fuente de la historia italiana y romana para justificar su Estado y su papel histórico; una fuente que no parecía haber sido contaminada o envenenada, desde su mismo origen, como lo había sido, y en gran medida, en Alemania.

La pregunta tantas veces formulada de cómo fue posible que Alemania, con una cultura tan aquilatada, se convirtiera en un país tan violento, ha sido siempre una cuestión muy complicada. Aunque cabe la posibilidad de pensar que fue precisamente la sofisticación de su propia cultura, la que hizo posible un cambio tan brutal. Ciertamente, no fueron ni la cultura ni la filosofía alemanas las contaminadas por el nazismo, sino que fue el acontecer de las cosas lo que permitió esa contaminación. Porque, en el fondo, el manantial siempre había estado contaminado.

En aquellos años todavía seguían vivas incontables heridas, algunas de las cuales se habían hecho más visibles con el tiempo. Por ejemplo, ahora

que ya han transcurrido décadas, resulta más fácil entender la lucha que existió en el siglo XX entre dos visiones totalitarias, en el marco de un mundo descreído. Pero también hubiera sido fácil entonces haber sentido miedo de esas ideologías, o de cualquier otra. Si dos aparentes opuestos (como eran en ese momento ambas ideologías) pudieron gobernar en sus respectivos países, entonces es posible que cualquier otro sistema hubiera podido gobernarlos. ¿No radicará el problema, en el fondo, en la existencia de las ideologías y las certezas?

Es posible que la polución política e intelectual del siglo XX europeo no llegue a desaparecer nunca. Tal vez se trate de un pecado que no pueda lavarse, porque todavía se encuentren presentes las fuerzas que lo contaminan, algunas de las cuales no pueden pasarse por alto. La mayor parte, la constituyen las teorías raciales que han fascinado a algunos escritores y genetistas europeos hasta la década de 1940, aunque perdieron su atractivo tras lo sucedido en Bergen-Belsen. Otras fuerzas que entran en el lote incluyen cosas que los europeos tal vez puedan necesitar en los años futuros. Por ejemplo, el mismo concepto de la nación-estado, y el sentimiento de la nacionalidad y de las ideologías nacionalistas, como una forma de hipernacionalismo. El nazismo, en su momento, se aprovechó de todo ello; y, de algún modo, toda esa concepción política devoró la posibilidad del patriotismo. La catástrofe de la Primera Guerra Mundial había hecho de ese patriotismo algo imperdonable y carente de sentido. La catástrofe de la Segunda Guerra Mundial dejó claro que el patriotismo podía ser la fuente de la propia maldad.

¿Qué más cosas destruyeron estos conflictos y el fragor de sus ideologías? Si no fueron los últimos vestigios de la religión, entonces fue ciertamente el último refugio de la idea de un Dios misericordioso. Y si esto no se logró en el barro de los campos de Flandes, entonces se completó ese juicio de Dios, como lo describió Elie Wiesel, en los campos de exterminio de Auschwitz.

Los judíos pudieron continuar las tradiciones de su pueblo, y también pudieron creer en su gente, incluso habiendo perdido la fe en su Dios. Pero la cristiana Europa había perdido la fe no solo en su Dios, sino también en su gente. Cualquier rastro de fe que el hombre pudiera tener en el hombre

quedó destruido en Europa. A partir de la época de la Ilustración europea, a medida que se fue desvaneciendo la fe en Dios, se fue sustituyendo parcialmente por la fe y la confianza en el hombre. La creencia en un hombre autónomo se había ido acelerando a partir de la Ilustración, que había fortalecido únicamente la sabiduría potencial de la Humanidad. Sin embargo, quienes habían permitido que fuera la razón su única guía se veían ahora tan ridículos como todos los demás. «Razón» y «racionalismo» habían llevado a los hombres a cometer los actos más irracionales y excesivos. Había sido tan solo la utilización de otro sistema utilizado por los hombres para controlar a otros hombres. La creencia en la autonomía del hombre había sido destruida por los hombres.

Así pues, a finales del siglo XX se podía perdonar a los europeos que mostraran un cierto cansancio, tal vez por haberlo heredado. Habían probado la religión y la antirreligión, las creencias y las anticreencias, el racionalismo humano y la fe en la razón. Habían propiciado casi todos los grandes proyectos, tanto políticos como filosóficos. Y Europa no solo había ensayado y sufrido todo eso, si no que —y quizás de la forma más devastadora— había visto lo que había en el fondo de todo ello. Mientras tanto, estas ideas habían dejado cientos de millones de muertos, no solo en Europa, sino por todo el mundo en donde se hubiera intentado poner en práctica cualquier versión de esas ideas. ¿Qué podía hacer nadie con semejantes desgracias, o con semejante conocimiento? Cualquier individuo responsable de tales errores se habría visto obligado a rechazarlos o morir de vergüenza. Pero, ante todo eso, ¿qué hace la sociedad?

En la primera década del presente siglo se tuvo la impresión, por un momento, de que este cansancio de Europa podía encontrar algún alivio en lo que dio en llamarse «liberalismo muscular»: una organizada y, algunas veces, incluso violenta defensa de los derechos liberales del mundo. Inglaterra se adhirió a esta idea, del mismo modo que lo hicieron otros países europeos incluyendo, en ocasiones, a Francia. Pero tras las intervenciones en Irak, Afganistán y Libia, todas en defensa de los derechos humanos, nos dimos cuenta de que habíamos dejado tras de nosotros un buen número de estados fallidos. Antes de que nos diéramos plena cuenta de ese hecho, un ministro del gobierno alemán me dijo en cierta ocasión

que su país también debería enfrentarse un día al hecho de que existen ciertos valores que merecen que no solamente se luche por ellos, sino que incluso se mate. Una afirmación sorprendente en un país que todavía se muestra profundamente antimilitar. ¿Podía mencionar yo que se había dicho eso, aunque sin atribuírselo a él? «Por supuesto que no», fue la respuesta. Se dejaba la opción de que yo sopesara la eficacia de una política en la que se puede decir que se está dispuesto a luchar, a matar y morir por sus creencias, pero diciéndolo siempre de manera no oficial. El tiempo de mostrar un fuerte liberalismo, vino y se fue. Y cuando Siria quedó hecha pedazos, sin que hubiera habido la menor intervención europea, creímos haber reconocido que la situación global se encontraba fuera de nuestro control, y que ser condenados por intervenir, o por no intervenir, era mejor que no hacer nada. Todo lo que los europeos tocaban se convertía en polvo.

ÍCARO CAÍDO

Tras la caída de la Unión Soviética, la filósofa francesa Chantal Delsol hizo la más inolvidable analogía del estado en el que se encontraban actualmente los europeos modernos. En su obra *Le Souci Contemporain* (1996) traducido al inglés como *Icarus Fallen (Ícaro caído)* indicaba que la condición del hombre de la Europa moderna era la misma condición que habría tenido Ícaro si hubiera sobrevivido a su caída. Nosotros, los europeos, hemos intentado alcanzar el sol, hemos volado demasiado cerca de él y nos hemos precipitado a la tierra. Ciertamente hemos fracasado en el intento; posiblemente nos quedamos aturdidos por el golpe recibido pero, en cierto modo, hemos podido sobrevivir: todavía estamos aquí. A nuestro alrededor están los restos del naufragio —metafórico y real— de todos nuestros sueños, de nuestras religiones, de nuestras ideologías políticas y de mil otras aspiraciones, todas las cuales se mostraron falsas llegado el momento. Y aunque no nos han quedado ni ilusiones ni ambiciones, todavía seguimos aquí. Así pues. ¿Qué debemos hacer?

Existen un buen número de posibilidades. La más obvia es que los Ícaros caídos pudieran entregar exclusivamente su vida al placer. Como

afirmaba Delsol, esta postura no es nueva entre aquellos que han perdido a sus dioses. «El gran colapso de los ideales produce con frecuencia una cierta clase de cinismo: si se ha perdido toda esperanza ¡divirtámonos al menos!». Como ella señala, eso es lo que los líderes soviéticos, entre otros, hicieron cuando perdieron la fe en sus ideales utópicos. Cuando vieron que el sistema en el que tenían puesta toda su fe, y al que habían dedicado sus vidas, no solo era impracticable, sino una mentira, una élite perteneciente al Imperio soviético se dedicó, pese a la inimaginable miseria que había por todas partes, a lograr su comodidad personal. No obstante, como también señala Delsol, nuestra situación está incluso más allá de aquella en la que se encontraban los líderes soviéticos que decidieron dedicarse a la buena vida cuando vieron que su dios había fracasado. «Para nosotros no solamente está ahora la imposibilidad de conseguir de nuevo aquellas verdades que nos dijeron que abandonáramos», asegura, «No nos hemos convertido en unos cínicos "absolutos", pero nos hemos convertido en unos profundos recelosos de todas las verdades[11]». El hecho de que todas nuestras utopías fracasaran de forma tan estrepitosa no solamente destruyó nuestra fe en ellas, destruyó también nuestra fe en cualquier tipo de ideología.

Da la impresión, al vivir hoy en cualesquiera de las sociedades de la Europa de Occidente, que esa clase de juicio ha tenido éxito. Porque no solamente la industria del ocio, sino también la industria de la información, hablan a la gente, de una manera más bien sutil, del placer personal. En el eslogan de una campaña inglesa proatea que figuraba en un autobús, se podía leer: «Probablemente no haya Dios. Así que ahora deja de lamentarte y disfruta de la vida». La pregunta de cómo podemos disfrutar de la vida queda contestada con un «Sin embargo, haz lo que debas». Quién sabe lo que podrá suceder en ese vacío. Pero por el momento parece que la respuesta generalizada es la de disfrutar de nuestra cultura consumista, comprando generalmente cosas perecederas, y comprando después nuevas versiones de esas mismas cosas para sustituir a las anteriores. Todo ello no impide que podamos irnos de vacaciones, y que tratemos de disfrutar lo máximo posible.

Sean cuales sean sus ventajas, tal estilo de vida depende de ciertas cosas. Una de ellas se refiere al mayor número de personas que puedan

sentirse realizadas de esa manera, y que no pretendan otra cosa. Otra es que se deberá obrar así mientras se pueda, porque tal actuación solamente se podrá mantener mientras la situación económica vaya en alza. Si uno de los prerrequisitos para poder evitar los extremismos políticos es asegurar que la economía no marche mal, entonces los europeos van a tener que trabajar sumamente duro para que la economía pueda ir bien. Esta es una explicación de que resulte tan popular el argumento de que la migración masiva constituye un factor económico positivo. Si los migrantes permiten que podamos seguir manteniendo el estilo de vida al que estamos acostumbrados, proporcionándonos un constante suministro de mano de obra joven y barata, entonces estaremos en disposición de poder soportar una serie de desventajas. Si la economía no marcha bien y el nivel de vida de los europeos decae, entonces cualquier líder político inteligente sabrá cómo tocar aquellas motivaciones que puedan resultar significativas para la gente. Sin embargo, y de momento, una posible respuesta a todo eso es saber deslizarse sobre la superficie de esos miedos e intentar disfrutar lo más posible, aunque esta no sea la mejor de las propuestas.

Podría constituir una generalización terrible decir esto, pero es necesario reconocer que bajo esa existencia superficial, todo cuanto se refiere al pensamiento y a la filosofía europeas resulta caótico. Y lo es hasta el punto de que aunque se pueda ver en qué cosas estaban equivocados algunos de los pensadores de los siglos XIX y XX, es posible revisar sus ideas con un sentimiento de envidia. ¡Cuánta razón tenían! ¡Cuánto más seguros estaban que sus predecesores! La inmensa brecha existente entre ellos y nosotros no deja de impresionarnos en ciertos momentos. Pensemos en la biografía de John Donne (1640)[*] escrita por Izaak Walton[*].

Al terminar su corta obra, Walton habla de los últimos días de su amigo, y describe cómo su cuerpo «que en un tiempo fuera un templo del Espíritu Santo, se ha convertido ahora en montón de polvo cristiano». Y después viene la última línea del escrito: «¡Pero he de verlo reanimado!».

Algunas veces nos comportamos como si poseyéramos las certezas de nuestros antepasados, aunque no tengamos ninguna, y tampoco ninguno de sus consuelos. Incluso el menos sobresaliente de los filósofos alemanes del siglo XIX se vería hoy con respeto, al lado de sus descendientes actuales.

Porque, al presente, la filosofía alemana, como el resto de la filosofía del Continente, ha sido devastada no solamente por la duda (lo cual resultaría acertado), sino por décadas de deconstrucción. Se ha destruido a sí misma, y a todo lo demás, sin tener la menor noción de cómo recomponerlo nuevamente. En lugar de sentirse atraídos por el espíritu de la verdad y de la investigación de los grandes temas, los filósofos del Continente se han sentido hechizados exclusivamente por cómo poder evitar las grandes preguntas. Su deconstrucción, no solamente de las ideas, sino también del lenguaje, ha conducido a un esfuerzo que nunca va más allá de lo que puedan aportar las herramientas de la filosofía. De hecho, parece como si el evitar los temas trascendentales fuera el único objetivo de la filosofía. En su lugar figura la obsesión por dificultades que presenta el lenguaje, y la desconfianza por todas las ideas establecidas. El deseo de cuestionarlo todo para que, finalmente, no se llegue a ninguna parte, parece ser el único objetivo, tal vez debido al deseo de rechazar tanto palabras como ideas, por miedo a llegar al lugar al que ambas puedan llevar. También en esto subyace una enorme desconfianza.

Fue hace ya algunos años, durante una conferencia en la Universidad de Heidelberg, cuando se me hizo patente de forma inesperada la catástrofe del actual pensamiento alemán. Un grupo de académicos, y otros especialistas, se habían reunido para debatir la historia de las relaciones existentes entre Europa, el Medio Este y África del Norte. Pronto resultó evidente que nada se había aprendido de todo aquello, porque nada podía decirse. Una serie de historiadores y filósofos emplearon su tiempo tratando de comentar algo que pudiera resultar atractivo. Y cuanto menos interesante era lo que decían, mayor era la tranquilidad que producían sus palabras. No había el menor intento de expresar una idea valiosa, de una historia o de un acontecimiento que, previamente, no hubiera gozado de la aprobación de la Academia. No se trató de nada que resultara interesante. Porque no era solamente la historia y la política las que se encontraban bajo sospecha. También la filosofía, las ideas y el mismo lenguaje habían sido acordonadas, como si todo aquello fuera la escena de un crimen. Cualquier observador podía darse cuenta de los límites que presentaba aquella escena. Y el trabajo de los académicos consistía en vigilar esos cordones sanitarios,

al tiempo que se procedía a distraer al público con algún tipo de comentarios que le impidieran entrar de lleno en el terreno de las ideas.

Cualquier término que tuviera cierta relevancia era objeto de discusión. La palabra «nación» constituyó un claro problema. «Historia» fue otra palabra que produjo inmediatas interrupciones. Cuando alguno de los asistentes fue lo suficientemente imprudente como para utilizar el término «cultura», las cosas se complicaron todavía más. La palabra tenía connotaciones tan diferentes y tan problemáticas que su utilización se prestaba a múltiples interpretaciones. Sin embargo, la propia esencia de la palabra no podía significar cualquier cosa. El espíritu de este juego —porque juego era, al fin y al cabo— consistía en mantener la pretensión de una investigación académica; si bien resultaba imposible que se produjera un debate enriquecedor. Y del mismo modo que sucedía en muchos centros académicos de toda Europa, el juego continuó para la satisfacción o la tranquilidad de sus participantes. Y para la frustración e indiferencia de todos los demás.

Si realmente existe una idea fundamental, es que las ideas constituyen un problema. Si hay algún juicio de valor que pueda considerarse válido, es que los juicios de valor suelen estar equivocados. Si todavía nos queda alguna certeza, es la desconfianza en las certezas. Y si esto no se puede aplicar a la filosofía, se puede aplicar a la actitud: lo que es superficial probablemente no logrará sobrevivir a un ataque serio, pero siempre resultará bastante fácil adoptarlo.

No obstante, la mayoría de la gente busca en sus vidas un poco de certeza. La religión, la política y las relaciones personales figuran entre las pocas materias con las que se intenta crear tales certezas, ante el caos que vemos que nos rodea. La mayoría de la gente que vive fuera de Europa —o en aquellas sociedades en las que hemos influido— no comparte ninguno de estos miedos, desconfianzas o dudas. No desconfían de sus propios instintos, o de sus acciones. No temen actuar en su propio interés, o pensar que sus propios intereses, o los intereses de su gente, no deban fomentarse. Tratan de mejorar sus vidas; aspiran a conseguir los niveles de vida que ven en otros. Y, mientras tanto, tienen sus propias ideas —como les sucede a la mayoría de los europeos—, que les llevan a conclusiones diferentes.

¿Qué efecto tiene todo ello sobre esa gente que viene a Europa en grandes cantidades, y que no ha heredado las dudas ni las intuiciones de los europeos? Nadie lo sabe ahora, ni posiblemente se sepa nunca. De lo que podemos estar seguros es que todo ello tendrá su efecto. Situar decenas de millones de personas, con sus propias ideas y contradicciones, en un continente que, a su vez, tiene sus ideas y contradicciones es algo que ha de tener sus consecuencias. La presunción de aquellos que creen en la integración es que, con el tiempo, cualquiera que llegue a nuestro continente se volverá europeo. Una presunción poco probable por el hecho de que son muchos los europeos que no están muy seguros de querer ser europeos. Una cultura que tiene sus propias dudas y su propia desconfianza es poco probable que logre convencer a otros para que adopten su actitud. Mientras tanto, es posible que muchos de los recién llegados se atengan rápidamente a sus propias certezas; o incluso, que lleguen a atraer a los futuros europeos a esas determinadas certezas. También es verosímil que muchos de los que llegan disfrutarán de una nueva forma de vida, tomarán parte en las aspiraciones y en los frutos de las mejoras económicas, mientras eso continúe; y que, sin embargo, más tarde terminen por rechazar la sociedad a la que han venido. Pueden utilizarla —como dijo el presidente Erdogan, al referirse a la democracia— como se utiliza un autobús; y bajarse de él cuando les haya llevado al destino al que querían llegar.

Encuestas realizadas sobre distintas actitudes sociales, muestran que las comunidades de emigrantes procedentes de países no europeos, manifiestan puntos de vista sobre el liberalismo social de Europa —por no decir libertarianismo— que aterrorizarían a los europeos, si tales puntos de vista procedieran de personas pertenecientes a sus propias comunidades. El liberalismo de la Europa moderna también dota a estos emigrantes de ostensibles justificaciones para tener semejante actitud. El padre musulmán no quiere que su hija se vuelva como las mujeres occidentales, porque él ha visto cómo se comportan esas mujeres y sabe lo que hacen. No quiere que su hija se obsesione con la cultura del consumo, cuando él ve lo que tal cultura produce. Todo lo que él habría rechazado se encuentra por todas partes a su alrededor. Quizás con el tiempo, en vez de volverse como la sociedad a la que han llegado, muchos de esos emigrantes se afianzarán

todavía más en sus propias costumbres, debido precisamente a lo que ven en la sociedad en la que se mueven. Al mismo tiempo, la evidencia existente hasta la fecha, indica que no es probable que los europeos vayan a defender sus propios valores ante los recién llegados. A un país como Inglaterra le ha llevado muchos años oponerse a la mutilación genital femenina de las emigrantes. A pesar de ser una costumbre ilegal durante treinta años, y a pesar de que más de treinta mil mujeres sufrieron en Inglaterra ese bárbaro tratamiento, todavía no existe una acusación formal para ese acto criminal. Si a la Europa de Occidente le resultó muy difícil oponerse a otras medidas más sencillas, parece muy poco probable que alguna vez sea capaz de defender valores todavía más complejos.

No obstante, y aun cuando todos los recién llegados constituyeran una clara amenaza; aun cuando los europeos pensaran que los migrantes serían gente que les resultaría molesta, incluso en ese caso, se adoptó una postura pasiva, cuando la actitud que debiera haberse tomado sería la de una verdadera reacción, incluso la de una rebelión. Pero en vez de esto se adoptó la postura de indolencia que los europeos ya habían sentido anteriormente, y de forma más evidente, en los años posteriores a la Gran Guerra. ¿Era posible que después de haber perdido tanto, todavía pudiera surgir otro problema, tal vez mayor? ¿Nos proporcionaría semejante sacrificio una especie de relax en el gran calendario de la historia?

La carencia de preguntas y debates sobre los cambios que se estaban produciendo en Europa podía resumirse fácilmente en esto: es mejor no hacer preguntas, porque las respuestas que se puedan dar son malas. Seguramente eso ayudaría a explicar los extraordinarios niveles de vergüenza que colmaron las voces disidentes, en la era de inmigración masiva. Esto explica la firme creencia de que si se silenciaba o se detenía a la gente conflictiva, el problema que tales personas significaban, desaparecería. Tras el ataque de 2011 a la redacción de *Charlie Hebdo*, el ministro de Asuntos Exteriores, Laurent Fabius, criticó a la revista. «¿Tiene sentido echar gasolina al fuego?», preguntaba. Nadie le preguntó tampoco a él quién había puesto a la sociedad francesa en semejante fuego.

En una era que no temiera las consecuencias de sus decisiones, no se habría intentado silenciar las voces que todavía aconsejaban calma. Sin

embargo, el peso del cansancio puede caer incluso, o de manera especial, sobre aquellos que hacen sonar las alarmas de la crítica. En una entrevista de un periódico italiano, en 2016, le preguntaron a Ayaan Hirsi Ali sobre la situación que se vivía en Holanda, su anterior país de adopción. Después de que ella se marchó del país, ¿qué les había pasado a los que hablaban de los temas que ella había puesto sobre la mesa? Todos aquellos escritores, artistas, dibujantes, intelectuales y periodistas, ¿habían guardado silencio, todos ellos? La respuesta que Hirsi dio fue la siguiente: «La gente en Holanda que escribe y habla sobre el islam y esos temas está cansada[12]».

POR QUÉ EL ESTE ES DIFERENTE

De todo esto surge otra pregunta: ¿Por qué la Europa del Este es tan diferente? ¿Por qué manifiesta una actitud ante la crisis migratoria, hacia las fronteras, hacia la soberanía nacional, la cohesión cultural y otros muchos temas, tan completamente distinta a la de la Europa Occidental? A lo largo de la crisis, como había sucedido en los años anteriores, resultaba inimaginable que los líderes de derechas de la Europa Occidental hubieran dicho la mitad de lo que dijeron los de las izquierdas de la Europa del Este. A partir del verano de 2015, y hasta el presente, ante cualquier tipo de amenaza e imprecación que pudiera hacer el gobierno alemán y la Comisión Europea, el Grupo Visegrad de Eslovaquia, Polonia, Hungría y la República Checa, adoptó una línea totalmente distinta a la sostenida por Angela Merkel y Bruselas. Criticaban la cortedad de miras de la Canciller y se mantenían firmes en su rechazo a aceptar cuotas de migración dictadas por Berlín y Bruselas.

En el mes de enero de 2016, cuando las autoridades suecas, la Comisión Europea y otras instituciones empezaron a reconocer públicamente que la mayor parte de los migrantes que habían aceptado durante los años anteriores no tenía derecho al asilo en Europa, Jean-Claude Juncker siguió insistiendo a la Comisión en proponer un sistema de cuotas para repartir a los migrantes entre todos los países. Eslovaquia siguió en su rechazo de tomar parte en lo que su Gobierno describió como una «tontería» y un

«completo fiasco». Y aunque aceptaban de forma voluntaria cooperar con unos trescientos guardias en las fronteras exteriores de la zona Schengen, siguieron manteniéndose firmes en no aceptar ninguna cuota de migrantes. El primer ministro eslovaco, de izquierdas, Robert Fico, dijo con tono un tanto desesperado: «Siento como si en la Unión Europea nos encontráramos actualmente a punto de suicidarnos, y estuviéramos como si tal cosa[13]». Los demás países del grupo Visegrad tenían el mismo punto de vista que Fico. Las diferencias con los socios de Europa Occidental no podían ser mayores. ¿Qué era lo que hacía que el Este y el Oeste del mismo continente pensaran de manera tan distinta sobre temas tan importantes?

Chantal Delsol apuntaba las semillas de estas diferencias, a mediados de los años 90. Tras pasar algún tiempo en la Europa del Este, después de la caída del muro de Berlín, pudo ver que los europeos orientales «nos consideraban, cada vez más, como criaturas de otro planeta; si bien, en cierto sentido, desearían ser como nosotros. Posteriormente me convencí de que era en esas sociedades de la Europa del Este en donde debería buscar algunas respuestas a nuestras preguntas… las divergencias entre nosotros y ellos me hacen creer que los últimos cincuenta años de buena suerte han borrado por completo nuestro sentido de la dimensión trágica de la vida[14]». Esta dimensión trágica de la vida no había quedado borrada en el Este. Y en ninguna parte se hacían más evidentes las consecuencias de todo ello que en la actitud mostrada hacia la crisis migratoria por los líderes de la Europa del Este, que se veían respaldados en este tema por sus respectivos pueblos.

Todos estos países deseaban formar parte de la Unión Europea; y todos ellos también deseaban la máxima integración posible con las naciones europeas a fin de beneficiarse del libre comercio y de otras ventajas económicas que les proporcionaría el ser miembros. Pero cuando la canciller Merkel abrió las fronteras de Europa, todos estos países se rebelaron, y no solamente discreparon de esa medida, sino que se opusieron firmemente a ella.

El 15 de marzo de 2016, el primer ministro húngaro utilizó su discurso ceremonial de la fiesta nacional para explicar la visión completamente diferente que el Este tenía sobre migración, fronteras, cultura e identidad.

Viktor Orbán dijo a los húngaros que los nuevos enemigos de la libertad eran diferentes de los sistemas imperiales y soviéticos del pasado; y que si bien actualmente no sufrían los bombardeos y las prisiones de antaño, les estaban amenazando y chantajeando. Pero «tal vez las naciones europeas hayan entendido finalmente que se están jugando su futuro». Y añadió:

«Finalmente, las naciones europeas, que han estado entregadas al sueño de la abundancia y de la prosperidad, han entendido que los principios vitales que Europa había estado construyendo hasta entonces se encontraban en peligro de muerte. Europa es una comunidad de naciones cristianas, independientes y libres; en la que existe igualdad entre mujeres y hombres; libre competencia y solidaridad; orgullo y humildad; justicia y compasión.

»El peligro de esta época no resulta tan evidente como lo fueron las guerras y los desastres naturales, que nos quitaban de golpe el suelo bajo nuestros pies. La emigración masiva es una lenta corriente de agua que, poco a poco, va erosionando nuestras costas. Se enmascara tras la faz de una causa humanitaria, pero su propósito es ocupar el territorio. Y lo que constituye territorio ganado para ellos, es territorio perdido para nosotros. Muchos de los defensores de los derechos humanos tienen prisa por criticarnos y por establecer alegatos contra nosotros. Supuestamente somos para ellos xenófobos hostiles; pero la verdad es que la historia de nuestra nación es también una historia de inclusión y de interrelación de nuestras culturas. A quienes han tratado de venir aquí como nuevos miembros de la familia, como aliados, o como personas desplazadas que temen por sus vidas, se les ha permitido que establecieran un nuevo hogar. Pero quienes han venido con la intención de cambiar nuestro país, de transformarlo a su imagen y semejanza, aquellos que han venido de forma violenta y contra nuestra voluntad, han tenido que enfrentarse a nuestra resistencia».

El país más poderoso de Europa no podía aceptar esta forma de ver las cosas que tenían los húngaros, porque no solamente estaba en contra de la política del gobierno alemán del momento, sino de cualquier política inmigratoria que pudiera haber tenido cualquier gobierno alemán desde la Segunda Guerra Mundial. La presión ejercida desde Berlín era implacable. No obstante, seguían manteniéndose los diferentes puntos de vista entre el

Este y el Oeste. En aquel mes de mayo, justamente treinta días antes de que su país ejerciera la presidencia de la Unión Europea, Robert Fico defendió la negativa de Eslovaquia a aceptar las cuotas de migrantes establecidas por Bruselas y Berlín. A pesar de la amenaza de las enormes multas que se impondrían por cada migrante no aceptado, el primer ministro eslovaco se atrincheró en su postura: «El islam no tiene cabida en Eslovaquia», dijo, «los migrantes modifican el carácter de nuestra nación. Y no queremos que se vea modificado el carácter de este país[15]».

Estas naciones habían bebido en las mismas fuentes que las de la Europa Occidental a lo largo de su Historia, aunque ahora manifestaran una actitud claramente distinta. Quizás no sentían, o no habían tenido que absorber la culpa de la Europa Occidental y, por tanto, no pensaban que se les pudieran achacar todas las faltas del mundo. O tal vez no habían sufrido el desgaste y el cansancio que había afligido a los países de la Europa Occidental. O que, incluso, al no haber tenido una inmigración masiva durante el periodo de posguerra (a pesar de tener mucha), habían logrado mantener un sentimiento de cohesión nacional que los europeos occidentales querían ahora imaginar o recordar Tal vez estuvieran viendo lo que sucedía en Europa Occidental, y sencillamente habían decidido que no deseaban que tales cosas sucedieran en sus países.

Tal vez fueran todas esas cosas. Y quizás bajo todas ellas subyaciera el hecho de que los países que habían firmado el acuerdo de Visegrad sufrieran ahora los efectos del torpor que Occidente había padecido anteriormente. Pero con seguridad eran los únicos países europeos que conservaban viva la memoria de las dimensiones trágicas de la vida, algo que sus aliados occidentales habían olvidado. Sabían que todo cuanto podía ir en un sentido, también podía ir en otro; que, en definitiva, la Historia no le concede tiempo a un pueblo, aunque él crea que se lo merece.

Mientras tanto, el resto del Continente permanecía tan prisionero de la Historia como siempre. Las autoridades francesas trataron de cerrar sus fronteras a nuevas oleadas de migrantes, que llegaban desde sus puntos de desembarco en Lampedusa y Sicilia. A medida que se activaban las restricciones, muchos migrantes se dirigieron al Norte, escogiendo para ello la ruta de Suiza. Durante el invierno esos puertos de montaña podían

resultar sumamente peligrosos, si bien durante el verano las estrechas veredas que cruzaban la frontera entre Italia y Suiza se hacían más transitables. Aquel verano, el periódico italiano *La Stampa* hablaba de lo que comentaban los vecinos de la localidad de Dumenza, una población situada entre el lago Mayor y la frontera suiza. Muchos de ellos se habían dado cuenta de que aquellos pasos de montaña volvían a ser utilizados en la actualidad. Uno de los vecinos de más edad, recordaba que eran los mismos senderos que habían utilizado los judíos italianos que huían de su país, durante la guerra[16].

Pensar en esos migrantes era pensar también en lo que había sucedido tiempo atrás. Reflexionar sobre cómo se atravesaban esas rutas hacia Alemania, era también pensar en aquellos otros migrantes que habían tenido que hacer ese recorrido, pero en sentido inverso, mucho antes que ellos. Pensar en los migrantes de hoy día era, en fin, pensar también en los judíos de ayer: algo que no podía evitarse.

14

ESTAMOS ATADOS A ESTO

El 19 de marzo de 2016 la policía belga detuvo a un ciudadano francés nacido en Bélgica y de ascendencia marroquí, que había sido el cabecilla de los pasados ataques de noviembre en París. Tras llevar a cabo dichos ataques, Salah Abdeslam había viajado a Bélgica en donde se hallaron sus huellas digitales en, al menos, dos apartamentos en el barrio musulmán de Molenbeek, de Bruselas. Finalmente pudo ser arrestado en otra vivienda de Molenbeek, en la que había estado viviendo con una familia local. Como consecuencia de esta detención la policía belga tuvo que hacer frente a una serie de revueltas callejeras promovidas por los «jóvenes locales», que aclamaban a Abdeslam como su héroe y protestaban por su detención.

Tres días después del arresto de Abdeslam se produjeron tres ataques suicidas de sus seguidores que, finalmente, se inmolaron en la capital belga. Najim Laachraoui e Ibrahim el-Barkaoui hicieron explotar sus chalecos suicidas en las dependencias del aeropuerto de Bruselas, al mismo tiempo que el hermano de Ibrahim, Khalid el-Barkaoui, hacía lo mismo en la estación del metro de Maelbeek, justo al lado de las oficinas centrales de la Comisión Europea. En esta ocasión, los tres suicidas eran una vez más elementos «locales». A consecuencia de su ataque se produjeron treinta y dos víctimas, de todas las edades y nacionalidades.

A lo largo de todo el continente se inició la clásica investigación que pudiera ofrecer una explicación a semejantes hechos. Hubo grupos, organizados por nativos belgas del distrito de Molenbeek que condenaban los ataques, achacando los hechos a la falta de planificación y de «aburguesamiento» de la zona. Otros manifestantes hacían responsable a la política belga, remitiéndose a la historia del viejo colonialismo belga, o al «racismo» de su sociedad.

Tras los primeros debates surgidos a raíz de este tema, el *New York Times* publicó un artículo en el que apuntaba que los ataques se debían a una serie de fallos de la política belga. Entrevistaron a Yves Goldstein, un joven de treinta y ocho años, hijo de refugiados judíos, que era actualmente miembro del ayuntamiento de Schaerbeek y jefe del consejo del ministro-presidente de la región de Bruselas Capital. En sus declaraciones Goldstein insistió en que era un error culpar al islam por los ataques, pero criticó sin embargo a los fallos de la gente que, como él mismo, no eran capaces de impedir el auge del «radicalismo existente en la juventud». Afirmaba que: «nuestras ciudades están enfrentándose a un grave problema, quizás el mayor desde la Segunda Guerra Mundial. No es posible que personas nacidas aquí, en Bruselas, o en Paris, puedan considerar héroes a individuos que se dedican a la violencia y al terror. Este es el verdadero problema al que hay que hacer frente».

No obstante, el señor Goldstein pasaba por alto una cuestión de interés. Amigos suyos que daban clase en colegios de bachillerato en zonas predominantemente musulmanas de Molenbeek y Schaerbeek le comentaron que cuando sus alumnos veían imágenes de los terroristas que se habían suicidado en sus ciudades, «el 90 % de los estudiantes, de diecisiete y dieciocho años de edad, los consideraban héroes[1]». En una entrevista con *De Standaard*, el ministro belga de Seguridad, Jan Jambon, manifestó que «un importante sector de la comunidad musulmana festejaba cuando se producía un ataque».

Como era frecuente, Jambon recibió críticas por parte de sus colegas del Parlamento y también por los medios de comunicación. Él replicó que había obtenido su información de diferentes servicios de seguridad belgas. Pero cuanto afirmó, al igual que las manifestaciones hechas por el señor

Goldstein, constituía una visión de lo que se hallaba bajo la superficie de lo que conocía el público sobre los actos de terrorismo en Europa. Porque si bien las bombas, las pistolas y los cuchillos con los que se llevaban a cabo los ataques constituían la preocupación máxima, existía otra preocupación (que a la larga tal vez fuera de mayor importancia) que era el tema de la relación existente entre el escaso número de extremistas que llevaban a cabo los actos terroristas y el resto de la población de su mismo entorno.

Una encuesta realizada en Gran Bretaña en el 2006, el año después de que se publicaran los dibujos daneses, mostraba que el 78 % de los musulmanes británicos creían que los editores de los citados dibujos debían ser procesados. Una cifra muy reducida opinaba que nadie debía ser perseguido por insultar al islam. La misma encuesta mencionaba que casi un quinto de los musulmanes británicos (el 19 %) sentía respeto por Osama bin Laden, con un 6 % que mostraba «un alto aprecio hacia él[2]».

Nueve años más tarde, cuando dos miembros de al-Qaeda, de la península arábiga, entraron en la redacción de la revista *Charlie Hebdo*, en París, y masacraron al personal de la redacción por publicar caricaturas de Mahoma, el 27 % de los musulmanes británicos dijeron que mostraban «cierta simpatía» por los motivos de los atacantes. Aproximadamente un 24 % afirmaron que creían que la violencia contra aquellos que publicaran imágenes de Mahoma podía estar justificada[3]. La BBC, que fue quien realizó esta encuesta, comentaba en su noticiario que «la mayoría de los musulmanes británicos» se oponían a las represalias llevadas a cabo por los dibujos sobre Mahoma.

La combinación de esos acontecimientos tan significativos, y la conciencia de que lo que subyacía al terrorismo constituía un grave problema, significaba que en los años recientes los puntos de vista del público europeo había experimentado una creciente divergencia de la ofrecida por sus líderes políticos. Casi tras cada ataque terrorista los gobernantes europeos informaban a sus respectivos públicos que todo lo sucedido no tenía nada que ver con el islam, y que este (el islam) era, en cualquier caso, una religión pacífica. Pero, aparentemente, el público en general no parecía estar de acuerdo con esa idea.

En junio de 2013 la compañía de sondeos estadísticos, ComRes, llevó a cabo una encuesta para la BBC Radio 1 en la que se preguntaba a un millar de jóvenes británicos sobre sus actitudes hacia las religiones más importantes del mundo. Cuando, tres meses más tarde, se publicaron los resultados, estos causaron cierto furor. De los entrevistados, el 27 % afirmaba que no confiaban en los musulmanes, y un 44 % decía que los musulmanes no compartían los mismos puntos de vista que el resto de la población. Tanto la BBC como otros medios de información británicos se interesaron por descubrir qué es lo que se había hecho mal, y de qué manera Inglaterra podría afrontar el hecho de que tanta gente pensara de ese modo. La abrumadora respuesta a la encuesta realizada fue la preocupación por el hecho de que la gente joven pensara de ese modo, y la necesidad de un debate sobre cómo se podría cambiar esa clase de percepciones.

Se produjeron nuevas sorpresas sobre los resultados obtenidos, y no fue la menor el hecho de que el 15 % de los encuestados dijeran que no confiaban en los judíos, el 13 % que no confiaban en los budistas, y el 12 % que no confiaban en los cristianos. La pregunta de qué es lo que habían hecho los budistas en los últimos meses para poder molestar a tantos jóvenes británicos no llegó a ser contestada. Pero en lugar de pensar en un programa de reeducación en la población juvenil, una clave de por qué los jóvenes británicos habían contestado de aquel modo puede encontrarse en el momento en que se llevó a cabo la encuesta. Esta se había realizado durante el 7 y el 17 de junio del 2013[4].

Solamente habían pasado unas cuantas semanas desde que Drummer Lee Rigby, un joven soldado de permiso de la guerra de Afganistán, fuera atropellado por un coche a plena luz del día en los alrededores de las barracas del ejército, al sur de Londres. Michael Adebolajo y Michael Adebowale salieron del coche, arrastraron al atropellado hasta el medio de la carretera y despedazaron el cuerpo con sus machetes. También intentaron decapitarlo, pero no lo lograron. Mientras esperaban a que llegara la policía militar, con las manos que portaban un machete todavía ensangrentadas, Adebolajo filmó la «hazaña» que acaban de hacer. Tras ser arrestado, la policía le encontró encima una carta (empapada en sangre). Estaba dirigida a sus hijos, y en ella justificaba sus actos. Esta carta se leyó en el posterior

juicio. Entre otras cosas decía: «Mis queridos hijos. Sé que combatir a los enemigos de Alá es una obligación». Y seguía diciendo: «No malgastéis vuestros días en una disputa inacabable contra la cobardía y la locura, si eso significa que se demorará vuestro encuentro con los enemigos de Alá en el campo de batalla». La carta concluía con una nota en la que figuraban un par de docenas de referencias a los pasajes del Corán, las cuales Adebolajo consideraba como una justificación al contenido de su carta[5].

Tal vez sea posible que el ser intolerantes sea suficiente para sacar conclusiones, sin la menor evidencia, sobre la entidad de las personas, por lo general jóvenes, que simplemente son culpables por escuchar las noticias de Radio 1. Después de todo, ¿no hubiera sido mucho más sorprendente conocer el nivel de desagrado producido en personas judías o cristianas, si dos extremistas judíos, o fundamentalistas cristianos, hubieran masacrado a un soldado británico a plena luz del día tan solo unos días antes? Y aunque pueda resultar muy lamentable, la gente a la que se le preguntó su opinión en esa encuesta, y que enlazaba al islam y a los musulmanes con la violencia, opinaba de ese modo porque hacía muy poco que el islam se había asociado con la extrema violencia.

Un caso parecido sucedió poco después, cuando la dirección de una escuela de Dundee, en Escocia, pidió a algunos de sus alumnos que escribieran términos que ellos asociaban con los musulmanes. Entre los calificativos escritos por los muchachos abundaban los de «terroristas», «tremebundos» y «9/11[*]». Los asombrados profesores, a la vista de tales respuestas, decidieron contactar con un centro musulmán para pedirle que enviaran a alguna persona que pudiera corregir los puntos de vista de los alumnos. Rápidamente, un centro benéfico se puso al tanto del asunto y decidió enviar a mujeres musulmanas a las escuelas escocesas para que pudieran «corregir» las opiniones que los escolares tenían sobre el islam y los musulmanes[6].

Desgraciadamente para aquellos que se preocupaban por reeducar al público, esta clase de esfuerzos tuvieron que enfrentarse a la cada vez más creciente problemática de la mentalidad general. Casi la totalidad de las instituciones políticas europeas, al igual que los medios de comunicación, habían fracasado en su intento de persuadir a la gente de que el problema

había sido exagerado. Y tal problema se debía en parte a que Internet había diversificado los orígenes informativos pero, principalmente, al simple paso de los acontecimientos. Cuando usted contrasta lo que los líderes políticos de Europa dicen y hacen con lo que su gente piensa, la división que se produce resulta sorprendente.

Una encuesta llevada a cabo en Holanda en 2013 reveló que el 77 % de los encuestados decía que el islam no enriquecía su país. Un 73 % aseguraba que «existe una relación» entre el islam y los ataques terroristas, y el 68 % respondía a la encuesta diciendo que pensaban que había «demasiado» islam en Holanda. Esta opinión no se limitaba a los votantes de un determinado partido político, sino que era compartida por la mayoría de todos los partidos políticos holandeses[7].

Opiniones parecidas se podían encontrar en el resto del Continente. En Francia, en ese mismo año —una fecha anterior en dos años a los ataques terroristas de París de 2015— el setenta y tres por ciento de la gente encuestada aseguraba que veían al Islam de forma negativa[8]; y el 74 % afirmaba que veían al islam como una religión intolerante[9]. A este respecto vale la pena recordar que alrededor del 10 % de la población francesa es musulmana.

En estas mismas encuestas, el 55 % de los votantes holandeses dijeron que no deseaban a ningún musulmán más en su país; el 56 % de los alemanes afirmaron que asociaban el islam con ciertas influencias políticas, y el 67 % de los franceses dijeron que creían que los valores islámicos resultaban «incompatibles» con la sociedad francesa[10]. En el año 2015 una encuesta mostró que solamente el 30 % del público británico estaba de acuerdo en que los valores islámicos eran «compatibles» con los de la sociedad británica[11]. Otra encuesta efectuada en la misma época revelaba que solamente el 22 % del público británico estaba de acuerdo con la apreciación de que los valores islámicos y los británicos eran «generalmente compatibles[12]».

Esto era igual en todas partes. Una encuesta realizada en Alemania en el año 2012 mostró que el 64 % de los encuestados asociaban el islam con la violencia, mientras que el 70 % lo asociaba con fanatismos y radicalismos. Solamente un 7 % de los alemanes asociaba esta religión con apertura,

tolerancia o respeto por los derechos humanos[13]. Como ha manifestado el estudioso americano del islam, Daniel Pipes, las opiniones de las encuestas en estos temas muestran una trayectoria en constante alza. Las encuestas realizadas entre el público europeo nunca revelaron que hubieran disminuido sus preocupaciones por estos temas. En realidad, se trataba de una vía de sentido único. Así pues, en el año 2010 tan solo la mitad (el 47 %) de los alemanes dijeron que estaban de acuerdo con la afirmación de que «el islam no pertenece a Alemania». En mayo del 2016 la cifra de alemanes que estaban de acuerdo con semejante declaración había subido al 70 %[14].

Estas opiniones generalizadas se han producido, a pesar de que los gobernantes de los países de la Europa Occidental han estado diciendo al pueblo que está equivocado. De hecho, la respuesta más habitual de los políticos de Europa Occidental ha sido que la gente que piensa de ese modo no ha experimentado adecuadamente el hecho de la diversidad, y que no conocen suficientemente el islam, pues si lo conocieran pensarían de modo diferente. Pero las encuestas muestran lo contrario. Cuantos más practicantes del islam hay en una sociedad, más desconfianza y desagrado existe hacia esa religión. La respuesta de las clases políticas ha tenido siempre algo en común, que ha sido su insistencia en que a fin de tratar con este problema se ha de considerar también la opinión pública. Su prioridad se ha establecido en no tomar fuertes medidas sobre el tema y en clarificar la situación. Si se quisiera encontrar un ejemplo clásico de una política equivocada, este será uno.

En el año 2009, el regimiento Royal Anglian, a su regreso de Afganistán, realizó un desfile en la ciudad de Luton. Esta es una de las ciudades inglesas en la que los «británicos blancos» constituyen una minoría (el 45 %), y en donde existe una comunidad musulmana muy importante. Muchos de los vecinos mostraron su desagrado al ver cómo extremistas pertenecientes al grupo islámico al-Muhajiroun protestaban e insultaban a los soldados cuando estos desfilaban por el centro de la ciudad. Entre otros insultos, ese grupo de extremistas los increpaba llamándolos «criminales» y «asesinos de niños». Parte del público intentó enfrentarse a los que protestaban, pero la policía inglesa protegió a los manifestantes y

amenazó con arrestar a los ciudadanos que protestaban. Durante las semanas siguientes, algunos de estos ciudadanos intentaron organizar otra manifestación contra los islamistas, pero se les impidió llegar al ayuntamiento, al que previamente había acudido al-Muhajiroun. Y aunque este aleccionaba a sus seguidores en las mezquitas con toda impunidad, la policía impidió al resto de ciudadanos que lanzaran folletos manifestando su protesta.

A la vista de semejante situación, y en las semanas que siguieron a estos hechos, se formó un grupo conocido como Liga de Defensa Inglesa (EDL). Posteriormente este grupo organizó protestas en numerosas ciudades de todo el Reino Unido, muchas de las cuales terminaron violentamente. Estos hechos se debían en parte a la gestión del líder principal del grupo (llamado «Tommy Robinson»), en parte a la cantidad de gente que hacía tales protestas, y en parte también porque se fueron formando en muchos lugares grupos de «antifascistas», en los que tomaban parte numerosos musulmanes, y que promovieron numerosos enfrentamientos violentos.

Estos grupos «antifascistas» tenían el apoyo de algunos políticos, incluyendo al Primer Ministro. Habían realizado anteriormente marchas y mítines «antifascistas», en alguno de los cuales uno de los que habían tomado parte en el asesinato de Lee Rigby se dirigió a la multitud en un alegato público. Pero lo más importante que se puede decir sobre el EDL no eran tanto sus actividades como la actitud mostrada finalmente hacia el grupo por las autoridades. Tanto la policía, los gobiernos locales, la policía nacional y el Gobierno estaban de acuerdo en que había que tomar medidas con el EDL. En este sentido, se formó una coalición con grupos opuestos al EDL, incluso con grupos extremistas y violentos. Por último, el Gobierno tomó cartas en el asunto y ordenó la prohibición del EDL y el enjuiciamiento de sus líderes.

En cierta ocasión, uno de los jefes del EDL fue arrestado por pasear provocativamente con un camarada, por la zona mayoritariamente musulmana de Tower Hamlets. En otra ocasión, la misma persona fue arrestada, tras organizar una protesta que excedió en tres minutos el tiempo permitido. Y, desde el principio, las autoridades hicieron todo lo posible para complicarle la vida al jefe del grupo. A partir del momento en que

Robinson creó la organización, sus cuentas bancarias quedaron bloqueadas. Tanto su casa como la de sus familiares más próximos fueron objeto de vigilancia por la policía, al tiempo que se les incautaban archivos y ordenadores. Finalmente se le encontraron irregularidades en la hipoteca que tenía, por lo que fue juzgado y condenado a prisión[15].

Por esa misma época se produjeron constantes amenazas por parte de grupos islamistas. También hubo repetidos ataques de bandas musulmanas a los dirigentes del EDL, a los que pretendían matar. En el mes de junio del año 2012 la policía detuvo un coche que llevaba a seis islamistas, miembros de una célula terrorista. El vehículo contenía bombas, rifles, cuchillos y mensajes en el que se atacaba a la Reina. Los terroristas regresaban de un acto del EDL en el que planeaban llevar a cabo el atentado; pero debido a que aquel día la asistencia de público había sido reducida, el acto concluyó antes de lo previsto. Como ya había sucedido en ocasiones precedentes, la simpatía hacia el movimiento EDL era muy escasa debido a su actuación terrorista. Y como respuesta optimista a la escasez de iluminación a la que se veía sometida la ciudad a causa de los ataques de las bandas musulmanas y del EDL, el Ayuntamiento organizó un acto, llamado «Love Luton», («Amemos a Luton»). Se trataba de celebrar la «diversidad» y el «multiculturalismo» existentes en la ciudad, con abundancia de puestos de comida y atracciones.

Esta clase de actividades, con algunas variaciones, venían celebrándose en toda Europa. En Alemania, por ejemplo, se había creado en la ciudad de Dresde, en el 2014, un movimiento que se autodenominó Pegida. Su agenda era muy parecida a la del EDL y a otros movimientos populares de protesta existentes en toda Europa. Se manifestaban en contra de los musulmanes radicales y a la inmigración masiva, si bien insistían en mostrar su apertura a la inmigración en general (especialmente, en el caso de Pegida, a la hora de legitimar a los solicitantes de asilo). Como sucedía con EDL, entre sus filas se incluían destacados miembros de las minorías étnicas y sexuales, aunque raramente se les mencionara en la prensa.

Las protestas manifestadas por Pegida se centraban en su oposición a la inmigración indiscriminada de musulmanes y a cuantos predicaban el odio, a los salafistas y a otros extremistas. Al igual que el EDL, los símbolos

fundamentales del grupo eran no solamente antislamistas, sino también antinazis, intentando distanciarse desde el principio de cualquier conexión con los horrores del pasado. Y aunque tales conexiones se establecían insistentemente en los medios de comunicación, en diciembre del 2014 la cifra de los que tomaron parte en las protestas de Pegida creció hasta superar los diez mil participantes, y empezó a extenderse por toda Alemania. A diferencia del EDL, que había atraído casi exclusivamente a la masa trabajadora británica, Pegida parecía ser capaz de aglutinar un sector más amplio de participantes, incluyendo a profesionales de la clase media. Finalmente (aunque en número mucho más reducido) el movimiento se expandió por otras partes de Europa.

Las reacciones de las autoridades alemanas fue la misma que la de sus homólogos británicos. A pesar de —o, tal vez, debido a— de la opinión de los encuestadores que indicaban que más de un 12 %, aproximadamente, de los alemanes se unirían a la manifestación de Pegida, si esta tenía lugar en su ciudad, el movimiento se redujo en toda Alemania. En su punto más álgido, alrededor de diecisiete mil seguidores de Pegida se manifestaron en Dresde, el lunes anterior a las Navidades. De modo sorprendente, para un movimiento que había atraído en sus protestas a un número comparativamente muy reducido del público alemán, la Canciller utilizó su mensaje de Año Nuevo para dar una respuesta adecuada a Pegida. Ese año de 2014 había resultado extraordinariamente positivo para Alemania, aunque no tan extraordinario como la Merkel hacía ver. Sin embargo, las cifras oficiales de los que buscaban asilo, en ese año 2014, rozaban las doscientas mil personas, una cifra cuatro veces superior a la de los que lo habían solicitado dos años antes, lo que representaba un notable incremento.

La Canciller aprovechó su mensaje de Año Nuevo no para abordar ciertos temores, sino para criticar a quienes los expresaban. «No es necesario decir», manifestaba, «que necesitamos a esa gente, y que aceptaremos a todos los que busquen refugio en nuestra patria». Y advertía al pueblo alemán sobre la actividad de Pegida. Según Merkel, movimientos de ese tipo discriminaban a la gente por el color de su piel o por su religión. «No vamos a aceptar a individuos que se manifiestan de ese modo»,

advertía la Canciller al pueblo alemán, «porque sus corazones están llenos de frialdad y, a menudo, de prejuicio e incluso de odio».

El lunes siguiente, Pegida hizo una manifestación de protesta en Colonia. Los directivos de la catedral anunciaron previamente que el monumento apagaría su iluminación en señal de desacuerdo con la manifestación. Pocos habitantes de Colonia dejarían de advertir el simbolismo de un hecho que, casi un año antes, había sido todo lo contrario, como manifestación de protesta por el hecho de que cientos de ciudadanas habían sido insultadas, violadas y robadas por migrantes en las mismas calles en las que, un año después, las autoridades de la catedral se oponían, de distinta forma, a los manifestantes de Pegida.

Esta costumbre de atacar a los síntomas secundarios de un problema, en lugar de al problema en sí, tiene muchas causas. Y no es la menor de todas el hecho de que resulte infinitamente más fácil criticar en general a la gente de piel blanca, especialmente si se trata de clase trabajadora, que criticar de forma general a la gente de piel oscura, sea cual fuere su origen. Y no solamente resulta más fácil, sino que eso eleva el nivel de la crítica. Cualquier clase de crítica al islamismo o a la masa inmigratoria —incluso críticas de terrorismo y ataques sexuales— puede ser considerada por cualquiera como una demostración de racismo, xenofobia o intolerancia. La acusación, aunque sea falsa, puede proceder de cualquier parte y siempre puede conllevar cierta mácula moral. En contraste, cualquiera que catalogue a alguien como racista o como nazi queda elevado a la posición de juez y jurado, al considerarlo como un antirracista y un antinazi. Se aplican, así pues, en estos casos diferentes estándares de evidencia.

Así, por ejemplo, el decano del Centro Islámico de Luton, Abdul Qadeer Baksh, es también el director de la escuela local, está vinculado con políticos locales, incluyendo a miembros del Parlamento, y trabaja con miembros del «Luton Council of Faiths», una red que incluye a distintos credos religiosos. Este sujeto cree también que el islam lleva mil cuatrocientos años de guerra contra «los judíos»; que en una sociedad ideal los homosexuales deberían ser condenados a muerte, y ha defendido la amputación de manos a los ladrones, y el apedreamiento de las mujeres según la «hudul» islámica, o leyes de castigo. Sin embargo, ninguno de

estos hechos —todos ellos fácilmente comprobables, todos ellos conocidos o conocibles— le convirtieron en un paria o en un ser intocable. La policía local nunca llegó a registrar las casas de sus familiares, tratando de encontrar alguna posible excusa para arrestarle. Por el contrario, desde el momento en que surgió la figura de Tommy Robinson, se deseó acusarle de «racista» o de ser un nazi, hiciera lo que hiciese. Los islamistas que se enfrentaban al EDL y otros movimientos similares lo consideraban inocente, aun cuando se lo encontró culpable; mientras que aquellos que se enfrentaban a ellos siempre eran culpables, aun cuando fueran inocentes. Los gobiernos europeos intentaron evitar que se considerara a los islamistas culpables, pero cambiaron de opinión tratando de encontrar otros movimientos que lo pudieran considerar culpable. La mayoría de los medios de comunicación aceptaron un parecido orden de prioridades, constituyendo el ejemplo más llamativo de lo que es el deseo de demostrar antisemitismo, por parte de cualquier movimiento reaccionario. De este modo, al mismo tiempo que se ignoraba un antisemitismo real en una primera instancia, se lo atacaba posteriormente.

Así pues, aunque todos los medios de comunicación alemanes se esforzaban en demostrar que los líderes de Pegida o sus miembros eran antisemitas, el gobierno alemán se mostró tan lento en sus actuaciones como cuando trató de identificar el antisemitismo existente en los salafistas y en otros a los que Pegida atacaba. Tan solo después de que el Gobierno permitiera la corriente migratoria del año 2015, empezaron a decir algunos miembros del Gobierno y ciertos medios de comunicación alemanes que el antisemitismo existente entre los migrantes de Oriente Medio, en particular, podía constituir un problema.

Pero esto no era solamente un deficiencia política, constituía también un fallo público. Cuando el antifascismo se impone en la mayoría de los países de Europa occidental, parece constituir un problema de oferta y demanda: la exigencia de que los fascistas abandonen sus apoyos reales. Uno de los escasos fundamentos de la política de la posguerra fue el antifascismo; la determinación de que no se volvería a tolerar que surgiera de nuevo el fascismo. Con el paso del tiempo esta determinación pareció constituir la única certeza existente. El antiguo fascismo se perdía en los confines de la

Historia, pero los pocos fascistas visibles estaban expuestos a la condena, por lo que la mayoría se proclamaban antifascistas, aunque necesitaran el fascismo para mantener algún tipo de identidad. Resultaba políticamente útil describir como fascista a gente que no lo era, del mismo modo que resultaba políticamente útil considerar racistas a elementos que no lo eran. En ambos casos se aplicaron esos calificativos de forma sumamente generosa. Y en ambos casos aquel que fuera acusado de semejante mal pagaba un elevado precio, tanto política como socialmente. Sin embargo, el acusar injustamente a la gente de tal condición no acarreaba ningún problema, ni en el plano social ni en el político. Se trataba de un ejercicio sin coste alguno, que podía proporcionar a quien lo hiciera ventajas personales y políticas.

No obstante, aunque pudiera apreciarse que nunca había existido ningún fervor «anticomunista» en Europa Occidental, o que hubiera podido disminuir allí en donde se supusiera que había existido previamente una «caza de brujas», los antifascistas de Europa no siempre se mostraron descuidados; una actitud que formaba parte de la complejidad de los problemas sociales de Europa. En Estados Unidos cualquier movimiento de protesta popular, incluido alguno que tuviera que ver con la inmigración o con el islam, probablemente hubiera atraído solamente a gente excéntrica o incluso alocada y carecería de toda consistencia, excepción hecha de un movimiento nazi.

Cuando el miembro del parlamento holandés, Geert Wilders, se separó del Partido Liberal Holandés (VVD), en el año 2004, debido a que ese partido había apoyado la entrada de Turquía en la Unión Europea, formó el suyo propio. El Partido para la Libertad (PVV) consiguió nueve escaños de los ciento cincuenta del Parlamento holandés, en la primera elección del año 2006. Las encuestas de opinión del 2018 afirmaron que ese partido era el más popular en Holanda. A pesar del creciente número de parlamentarios, Wilder siguió siendo, de momento, el único miembro real de su partido. Cuando se incorporó por primera vez al Parlamento, aseguró que esta era su auténtica presentación. Pero ni el público en general ni, finalmente, los miembros del Parlamento pertenecientes a su propio partido decidieron unirse a él. Con el tiempo Wilders fue gastando una gran

cantidad de los fondos estatales (unos fondos que en Holanda dependen de la importancia del partido político). La única razón por la que a Wilders se le acusara de ese modo fue, según él mismo explicó en privado, porque su postura con respecto a los *skinheads* que había en Holanda le habían apartado de los grupos que le eran más afines[16]. Afirmaba que no iba a permitir que un pequeño grupo de neonazis destruyera la perspectiva política de todo un país.

Todo esto apunta a un profundo problema existente en la Europa moderna, y constituye un importante reto para cualquier movimiento popular comprometido en desafiar a los temas cruciales europeos. Una historia parecida se repitió en otros partidos parlamentarios y en los movimientos callejeros. Poco tiempo después de fundar el EDL, Tommy Robinson afirmó que un partido nazi, establecido en el extranjero, trataba de introducirse en el país y asociarse con él para lograr un mayor desarrollo. Robinson rechazó la oferta, corriendo ciertos riesgos, y gran parte de su tiempo en el EDL lo dedicó a apartarse de esa gente, a pesar de que no se hubiera concedido mucho crédito a sus intenciones. Tampoco se le creyó cuando se le acusó de haber sido el promotor del ataque del 2011, gracias al testimonio de una persona que afirmó que, en realidad, era un neonazi. Si los medios informativos y los políticos afirman que un movimiento es de extrema derecha, tal partido atraerá evidentemente a la gente que piensa de ese modo, incluso si los organizadores de tal partido tratan sinceramente de apartarse de tales gentes[17]. Pero eso sucede también en los países europeos en donde haya pequeñas agrupaciones racistas y fascistas.

Todo esto genera numerosas preguntas en Europa. La respuesta, a corto plazo, para aquellos que se oponen a las consecuencias de la inmigración masiva ha sido el ostracismo de todo posible debate, al verse calificados de racistas, nazis y fascistas. Está comprobado que, al menos, algunos a los que se les adjudica semejante etiqueta no se la merecen; pero es un precio que, al parecer, tienen que pagar. Pero ¿qué hace la clase política y los medios de información, cuando descubren que la opinión que han tratado de mantener al alejarse de sus iniciales criterios políticos es, de hecho, la opinión de la mayoría de la gente?

15

CONTROLAR LA REACCIÓN VIOLENTA

Una forma de acceder a la respuesta del problema, sería considerar lo que pudiera decir o hacer la gente «corriente» que se opone a la inmigración masiva en sus sociedades, y estudiar algunas de las consecuencias negativas que tal hecho conlleva. ¿Qué se pensaría de una honrada movilización que expusiera semejantes preocupaciones? ¿Se le permitiría tenerla a la clase trabajadora? ¿Debería permitirse a cualquier persona con un título universitario, o a quien no lo tuviera, mantener discrepancias sobre el giro que está tomando su país, sin que se le catalogase de «nazi»?

En el año 2014, la canciller Merkel pudo haber iniciado ese proceso. En lugar de emplear su mensaje de Año Nuevo para condenar a Pegida por la frialdad de su corazón, pudo haber dicho al pueblo alemán que los salafistas y otros movimientos radicales hacia los que Pegida mostraba su clara oposición tenían una inmensa frialdad en sus corazones; un problema para el que los alemanes debían encontrar una respuesta, sin tener que verse obligados a rechazar a todos los refugiados del mundo. Era la misma respuesta que había dado la institución política alemana a la recientemente creada Alternative für Deutschland (AfD). El concentrar sus ataques en contra de la opinión de la AfD y sus adláteres, mientras crecían de forma

masiva los motivos de su preocupación, constituía una política cortoplacista. No obstante, el combatir toda clase de manifestaciones de preocupación o, en todo caso, frenar sus causas —atacar el problema secundario y no el principal— se convirtió en una costumbre durante esos años, y una señal de los importantes problemas que iban a surgir.

La mayor parte de los medios de información europeos padecían el mismo mal. Habiéndose internacionalizado la *fatwa* contra Rushdie, las revistas danesas y *Charlie Hebdo*, los medios europeos supieron que se corre un riesgo, tanto físico como de imagen, si se trata de profundizar en los temas islámicos. Mientras se oculten tras las defensas del «buen gusto» en tales temas, siempre encontrarán materiales que puedan tratar. El «resurgimiento de la extrema derecha», en particular, es un tropo periodístico que siempre se puede utilizar, aun cuando tal extrema derecha se halle colapsada, como sucedió en Inglaterra durante la última década. No obstante, el poderoso tropo recibe frecuentemente un nuevo matiz, como cuando se afirma que la derecha, o la extrema derecha, están «en marcha». Los titulares que proclaman que: «La extrema derecha está en marcha en toda Europa» han sido utilizados de forma promiscua durante los últimos años, tanto si la gente en cuestión pertenece a la derecha, como si no. Como señaló el escritor Mark Stein en los días del auge de Pim Fortuyn, en el 2002, el lema «Profesores gay en marcha» no tiene el mismo matiz[1].

Al mismo tiempo, la obsesión por el auge del racismo en Europa obliga a que las noticias diarias se encuentren dominadas por semejantes temas. Cualquier día, y en cualquier país europeo, en que se tome al azar un periódico se encontrarán titulares como los del diario holandés *De Volkskrant*, del verano del año 2016: «Hoe racistisch is Nederland?», («¿Cuán racista es Holanda?»)[2]. La respuesta habitual es «mucho»; y fija la responsabilidad de ese país, en la puerta de Europa, por cualquier tipo de fallos de integración o de asimilación. De modo que los europeos son culpables por lo que les está sucediendo, se les niega cualquier forma legítima de defensa, y los puntos de vista de la mayoría se muestran no como justamente peligrosos, sino como marginales. De todos los países europeos que intentaron este experimento, Suecia constituye uno de los ejemplos más interesantes, por poseer el más rígido consenso entre políticos

y medios de comunicación que pueda tener cualquier país europeo. A pesar, o por eso mismo, la política cambia en ese país más rápidamente que en cualquier otra parte.

A primera vista, la situación en Suecia puede que parezca diferente a la de otros países europeos. El único país que ha tenido tasas de inmigración comparables a las de Alemania, en el año 2015, Suecia, a diferencia de Alemania, no parece que se doblegue por el peso de su historia. Por el contrario, se presenta a sí misma en consonancia con los términos de su clase política: como liberal, y como una «superpotencia humanitaria y benevolente». Con una población que no llega a los diez millones de habitantes, esta avanzadilla septentrional de Europa es famosa por su presupuesto en bienestar social, elevados impuestos y alta calidad de vida. Pero los problemas a los que se enfrenta con la inmigración son los mismos que en cualquier otra parte.

Como cualquier otro país europeo, a finales de la Segunda Guerra Mundial, Suecia empezó a admitir mano de obra migrante. Las oleadas de refugiados ocasionales durante los años de gobiernos comunistas en la Europa del Este (especialmente en 1956 y 1968) persuadieron a muchos suecos de que no solamente podían dar trabajo a esas personas, sino también tener éxito con tal elección. A lo largo de ese periodo, creció la fama de Suecia como un refugio seguro para los solicitantes de asilo de todo el mundo, cosa que sirvió para bruñir no solamente la imagen del país dentro del mismo, sino también su imagen en todo el mundo.

No obstante, bajo esta apariencia subyace otra verdad. Pues aunque a primera vista pudiera considerarse que Suecia admite a los migrantes por razones de buena voluntad, la culpabilidad sentida en Europa se vuelve más sutil en la sociedad sueca que en sus vecinos meridionales. Al ser un país con una escasa tradición colonialista, Suecia no tuvo que sufrir el serio legado de una culpabilidad colonialista. Y al haber permanecido neutral durante la Segunda Guerra Mundial, no tuvo que padecer los daños de las acciones militares. Sin embargo, su culpabilidad durante esos años sigue estando presente. Aunque Suecia muestre ahora su neutralidad durante el conflicto como un ejemplo de la más alta moralidad, a partir de los años 40 esa neutralidad se volvió altamente discutible, y el hecho real es que las

cosas no fueron exactamente como asegura este país. Y no solamente porque permitiera que los trenes nazis cargados de pertrechos bélicos cruzaran su territorio durante la ocupación de la vecina Noruega, sino porque también suministró a Alemania materias primas que permitieron a los nazis seguir luchando.

El periodo de la posguerra arrojó ciertas sombras sobre la imagen del país. La extradición de Suecia de los combatientes de los países bálticos que habían luchado contra los soviets constituye un episodio que, si bien no fue muy importante, resulta significativo. Los suecos eran de la opinión de que los refugiados podían constituir una posible carga para el país; tan grande como la de aquellos otros exilados que no habían sido admitidos en primera instancia, aunque una vez instalados en el país resultaron beneficiosos para este. O, al menos, así pensaron los suecos durante algún tiempo.

El orgullo que mostraba Suecia por su capacidad para constituir un paraíso seguro para los buscadores de asilo empezó a cambiar durante la década de 1990, cuando el país se vio obligado a admitir a decenas de miles de refugiados procedentes de las guerras de los Balcanes. Por primera vez, estos refugiados trajeron importantes problemas sociales. Las actividades de los *gangs* bosnios empezaron a llenar los titulares de los medios de información suecos. A pesar de estas señales de advertencia, los índices de migración durante la primera década y parte de la segunda del siglo XXI se vieron incrementados de forma exponencial. El lento crecimiento de la población sueca —incluyendo el debido a la población inmigrante— causaba habitualmente problemas en los servicios públicos. Las cifras oficiales indicaban que la población sueca en 1969 era de ocho millones, se calculaban diez millones para el año 2017, y de continuar ese ritmo de crecimiento la población sería de once millones en el año 2024. Esto significaba que, de continuar el normal incremento de la población, Suecia necesitaría 71 000 nuevas residencias en el año 2020 para satisfacer las necesidades del país, lo que implicaba un total de 426 000 nuevas residencias para esa fecha[3].

Aunque exista la idea de que el pueblo sueco, al igual que sus élites políticas, se muestra a favor de la migración, los hechos manifiestan otra cosa. En 1993, el periódico *Expressen* rompió uno de los grandes tabúes de

la política sueca al publicar una encuesta de opinión sobre los actuales puntos de vista del país. Bajo el epígrafe «Expulsarlos», el periódico revelaba que el 63 % de los suecos querían que los inmigrantes regresaran a su país de origen. En el artículo que acompañaba esta noticia, el editor en jefe del periódico, Erik Mansson, manifestaba que «el pueblo sueco tiene una firme opinión sobre la inmigración y la política de refugiados. No obstante, las fuerzas políticas tienen la opinión contraria. Esto es algo que carece de sentido, al manifestar su criterio sobre el problema que constituiría el que se fueran los inmigrantes. Por ello estaremos escribiendo sobre este tema, empezando desde hoy, para decir justamente lo que está pasando. En negro y blanco. Antes de que explote la bomba». Y aunque se trató de demostrar este punto de vista, el único resultado que obtuvieron semejantes manifestaciones fue que los propietarios del *Expressen* pusieran de patitas en la calle al editor en jefe del periódico.

Cuando la migración a Suecia empezó a crecer de forma significativa en los años 2000, el debate público quedó controlado no solamente por la uniformidad de la clase política, sino también por la de la prensa sueca. Quizás más que ningún otro país de Europa, los medios de información suecos vieron los debates relacionados con la inmigración con un cierto sentido de desprecio y también como un peligro. Las investigaciones realizadas entre los periodistas suecos sobre sus simpatías políticas revelaron que en el año 2011 casi la mitad (el 41 %) simpatizaban con el Partido de los Verdes. Los únicos partidos políticos que se le acercaban en las preferencias de los periodistas eran el Partido de Izquierda (15 %), el Partido socialdemócrata (14 %) y el conservador liberal Partido Moderado (14 %). Solamente un 1 % de los periodistas manifestaba simpatía por el partido de los Demócratas Suecos, todo lo cual se halla dentro de un margen de error[4].

No obstante, en 2016 este último partido, que había sido tan injuriado por la clase periodística, se convirtió en el primero de las encuestas suecas. La historia de cómo llegó a ese puesto, constituye un auténtico interrogante dentro de los dilemas de la Europa moderna. Cuando se fundó el Partido, en los años 80, este mostraba unas ideas incuestionablemente racistas, dentro de una tendencia nacionalista. Sus alianzas y políticas estaban alineadas con

las de los movimientos de extrema derecha existentes en Europa, incluyendo aquellos que abogaban por la supremacía racial blanca. Se lo consideraba en la misma línea en que se veía al British National Party del Reino Unido, y nunca se le tuvo muy en cuenta en el mundo político. En la década de los años 1990 hubo un consciente esfuerzo para reformar el partido, expulsando de él a aquella gente que estaba envuelta en los movimientos neonazis. Durante los años 2000 un grupo formado por cuatro jóvenes, nacidos en los años 70, buscaron una fórmula para romper el *statu quo* sueco.

Jimmie Akesson y sus colegas tuvieron la idea de formar un nuevo partido o de hacerse cargo del que ya existía. Se decidieron por la segunda opción, y a lo largo de los años 2000 se esforzaron por expulsar a los elementos de extrema derecha existentes en el partido de los Demócratas de Suecia y convertirlo en un partido nacionalista, pero no racista. Sus esfuerzos no obtuvieron la menor credibilidad. Tanto los medios de comunicación como otros políticos siguieron considerando al partido de los Demócratas de Suecia como de «extrema derecha», «racista» y «xenófobo», y continuaron considerándolo como una organización neonazi. En el año 2010, en las elecciones generales consiguieron un 5 % de los votos y entraron en el Parlamento por primera vez. Los otros grupos parlamentarios se sintieron horrorizados por tales resultados y trataron a los nuevos miembros del Parlamento como parias, rechazando tener tratos o cooperar con ellos, incluso evitando hablarles.

No obstante, durante los años posteriores a las elecciones, los temas sobre la inmigración y la identidad que los Demócratas de Suecia estaban considerando llegaron al Congreso. Hasta entonces el país había experimentado los mismos síntomas que el resto de Europa, aunque podrían ser peores que los de cualquier otra parte. Su cultura de autonegación era especialmente fuerte. En el año 2006, el primer ministro del país, Frederik Reinfeldt (perteneciente al partido conservador «Moderado») manifestó: «Solo la barbarie es genuinamente sueca. Cualquier otra posible forma de desarrollo ha llegado de fuera». Todas las comunidades religiosas de Suecia reforzaron estos mayoritarios puntos de vista políticos. Por ejemplo, el arzobispo de la Iglesia de Suecia, Antje Jackelén, entre otros prominentes

clérigos, insistió en que las políticas inmigratorias del país deberían tener presente que «el mismo Jesús fue un refugiado».

Con una repetida previsibilidad estos tiempos fueron testigos de un crecimiento exponencial de los ataques antisemíticos en Suecia. A medida que creció la población inmigrante musulmana en la ciudad de Malmö, también empezó a duplicarse el número de judíos en la ciudad (que hasta entonces había sido un paraíso). Las construcciones judías, incluyendo la sinagoga del cementerio judío de la ciudad, fueron incendiadas, y en el año 2010, cuando la población hebrea había descendido por debajo del millar, al menos el 10 % de los establecimientos judíos fueron asaltados en el transcurso de un año. Ante tales hechos, algunos ciudadanos decidieron escoltar a los judíos que llevaban kippah[*], cuando estos acudían a sus servicios religiosos o a otras reuniones comunales.

A pesar de estas señales de advertencia, a partir del año 2010 la emigración a Suecia se aceleró rápidamente. Potenciales migrantes procedentes de todo el mundo veían a Suecia como un país especialmente deseable, lo que produjo nuevas llegadas de una gente a la que no solamente se le ofrecía alojamiento y bienestar, sino también la atractiva posibilidad de un programa de reunificación familiar. En las elecciones del año 2014 los demócratas suecos alcanzaron más del doble de su previsión de voto, llegando a convertirse de este modo en el tercer partido más importante, con casi el 13 % de los votos. Y como cualquiera podía ver lo que estaba sucediendo en el país, la prensa sueca aceleró su esfuerzo por evitar cualquier tipo de historias que pudiera dañar peligrosamente la narrativa de los demócratas suecos. Los resultados fueron, como se preveía, trágicos.

En el verano del año 2014, se celebró el festival musical «Somos Estocolmo», como era habitual. Habitual, si se exceptúa el hecho de que durante el acontecimiento, docenas de muchachas de catorce años se vieron rodeadas por bandas de emigrantes, en especial afganos, que las molestaron e, incluso, llegaron a violar. La policía local encubrió el hecho, evitando mencionarlo en su informe sobre el festival que había durado cinco días. No hubo detenciones, y la prensa evitó también cualquier mención de los atropellos cometidos.

Parecidas violaciones, llevadas a cabo por bandas de emigrantes, se produjeron en los festivales musicales del 2015, tanto en Malmö como en otras ciudades. Las cifras resultaban sorprendentes. Mientras que en el año 1975 se habían producido cuatrocientas veintiuna violaciones, reportadas por la policía sueca, en el 2014 el número de violaciones ascendió hasta la cifra de seis mil seiscientas veinte[5]. En el año 2015 Suecia tenía el nivel más alto de violaciones per cápita de cualquier país del mundo, después de Lesotho. Cuando la prensa sueca mencionó estos hechos, se cuidó hábilmente de alterarlos. Por ejemplo, tras la violación de una muchacha en un ferri que iba de Estocolmo a Abo, en Finlandia, se dijo que los culpables era «jóvenes suecos», cuando en realidad eran somalíes. Lo mismo sucedía en todos los países vecinos. Investigaciones realizadas en Dinamarca durante el año 2016 mostraron que los varones somalíes eran veintiséis veces más proclives a cometer violaciones que los jóvenes daneses de la misma edad[6]. No obstante, en Suecia, como en muchas otras partes, este tema resultaba inabordable.

En el 2015, durante la víspera de la festividad de Año Nuevo, se produjeron ataques similares en Colonia; unos hechos que fueron silenciados por los medios suecos, de la misma manera que también lo habían sido los sucesos acaecidos durante los festivales musicales de Suecia. No solamente fue un ocultamiento de la policía —a cuyos hechos finalmente tuvo que referirse—, sino también un silencio por parte de la prensa sueca que, al cabo, también se vio obligada a mencionar tales hechos, debido a la labor de un buen número de revistas y blogs.

Todo esto estaba sucediendo con un telón de fondo de nuevas llegadas diarias de inmigrantes, incluso en el año 2014. Un hecho que obligó a que, en el mes de agosto de ese mismo año, el primer ministro tuviera que admitir que con la cantidad de solicitantes de asilo que llegaban al país: «No nos es posible hacer mucho más». «Porque», seguía diciendo Reinfeldt negándose a cambiar la política del Gobierno, «es una gente que trata realmente de salvar sus vidas». Aquella Nochebuena el entonces ex primer ministro dio una entrevista en la que dijo que el pueblo sueco «mostraba poco interés», que las fronteras eran construcciones «ficticias» y que Suecia pertenecía a la gente que había llegado para lograr una vida mejor, en un

país en el que sus propios ciudadanos habían gozado de bienestar durante generaciones.

Incluso con tales estándares de vida, lo que Suecia sufrió en el año 2015 resulta algo inédito en la historia de la nación. Con un contingente de diez mil personas que llegaron al país en algunos días de septiembre del 2015, tras el anuncio de la canciller Merkel, durante un cierto tiempo el país quedó casi paralizado. Y si bien ciento sesenta y tres mil personas solicitaron asilo solamente en aquel año, una cifra desconocida de personas llegó al país y desapareció en él sin dejar rastro.

La gente que frecuentaba los cuartos destinados a lavandería de sus propios edificios en las barriadas de Malmö, se encontraba frecuentemente con refugiados que estaban viviendo allí. La ciudad había alcanzado la base impositiva más baja de todo el país, con zonas como la de Rosengard en la que vivían pocos nativos, y algunas otras en las que solamente había un 15 % de residentes con empleo. Sin embargo, estas no eran las zonas más desagradables. Existían barrios de clase obrera mejor abastecidos en muchas otras ciudades europeas. Y cuando aquellas zonas urbanas se convirtieron casi exclusivamente en barrios de inmigrantes, muchos trabajadores suecos dejaron de comprar casas en ellos. Cualquier propuesta de integración resultaba imposible. Incluso antes del 2015 en Rosengard, ni uno solo de los chiquillos que asistieron a la escuela local, a lo largo de quince años, había tenido el sueco como lengua materna. Incluso antes del año 2015 los servicios de emergencia rechazaban entrar en esas zonas sin acompañamiento policial, porque los residentes atacaban las ambulancias o quemaban sus motores.

Cuando se sintieron alarmadas por la gran concentración de emigrantes que había en algunas ciudades, las autoridades suecas intentaron otra táctica. Decidieron enviar a los recién llegados a ciudades y aldeas alejadas, concretamente al norte del país. Enviaron a doscientos migrantes a la aldea de Undrom, en la región de Solleftea (una aldea que contaba tan solo con ochenta y cinco habitantes). Colocaron a otros trescientos migrantes en la aldea de Trensum, en la región de Karlshamnm (aldea con ciento seis residentes). Otras remotas aldeas triplicaron su población de la noche a la mañana. Pero, evidentemente, los migrantes no habían llegado a Suecia

para vivir en lugares tan remotos y extraños, y la policía se veía obligada muchas veces a sacarlos de los autobuses en los que trataban de largarse.

No obstante los políticos suecos insistían en que su país disponía de espacio suficiente para albergar a los migrantes. Y solo cuando se hubo incrementado la política migratoria tuvieron que reconocer los fallos que encerraba esa idea. Los presupuestos del año siguiente anticiparon el coste de la migración estimándola en cincuenta mil millones de coronas suecas, solamente en costes directos (lo que constituía tan solo una parte del definitivo coste final).

Para poner esas cifras en contexto, conviene decir que el presupuesto del Departamento de Justicia sueco para el año 2016 era de cuarenta y dos mil millones de coronas, y que el de Defensa era de cuarenta y ocho mil millones. Suecia es un país un tanto raro en este respecto. Durante la época de crisis había sido capaz de tener un presupuesto con superávit. Ahora, en una etapa de crecimiento, el país se enfrentaba a la posibilidad de tener una economía con déficit.

Enfrentadas a tales realidades incluso las justificaciones humanitarias más conspicuas empezaron a derrumbarse. Entre las nuevas llegadas de 2015 hubo un gran número de indocumentados y de menores que no estaban acompañados. Aunque entre ellos había niños, los trabajadores sociales dijeron que quizás tres de cada cinco de esos «niños» afirmaban cumplir años el 1 de enero. Y, naturalmente, la inmensa mayoría de estos recién llegados (el 92 %) eran varones. Pero los oficiales de la policía sueca trataron de ignorar estos hechos si bien resultaban sumamente patentes. Pero en agosto de 2015 un solicitante de asilo cuyo expediente había sido rechazado mató a dos suecos con una navaja en un establecimiento de Ikea, en Vasteras. Y a medida que iban pasando los meses la paciencia de algunos suecos empezó a colmarse.

En octubre de 2015 los centros de acogida de emigrantes de Munkedal, Lund y una docena de localidades más de todo el país fueron incendiados por los propios ciudadanos suecos. El Gobierno decidió entonces mantener en secreto esas ubicaciones en el futuro. Pero en el mes de enero siguiente, cuando una joven trabajadora social fue apuñalada mortalmente en uno de esos centros de asilo por un muchacho migrante, que resultó ser

posteriormente todo un adulto, la opinión pública se agrió notablemente. El tema de las llamadas «zonas prohibidas» se convirtió en un problema nacional; aunque se negara con fuerza que hubiera zonas de Suecia en las que no podían entrar las fuerzas públicas, si bien tanto los residentes como los servicios de emergencia, a las que se llamaba de forma regular cuando se producía un enfrentamiento, supieran que tal cosa sucedía.

Aquel mes de agosto, un niño de Birmingham, de ocho años de edad, cuya familia procedía de Somalia, murió en Gotemburgo mientras visitaba a sus familiares, a consecuencia de una explosión durante un ataque de bandas armadas. Lo mismo había sucedido un año antes, debido a la explosión de un coche bomba que causó la muerte de una niña de tres años. La violencia étnica de esta clase de sucesos se había convertido en una especie de rutina. En el año 2016 corrió el rumor de que el 80 % de los miembros de la policía se estaban dando de baja en el Cuerpo, debido a los peligros que entrañaba su trabajo, al tener que enfrentarse con un número cada vez mayor de maleantes, en las zonas del país en las que predominaban los migrantes.

Del mismo modo que lo que sucedía en otros países, tanto el Gobierno sueco como los medios de información aseguraban que estos migrantes llegaban porque tenían profesiones cualificadas. Pero, en realidad se trataba de gente sin preparación, que no hablaba el idioma y a la que se le había permitido innecesariamente la entrada en el país. Y aunque finalmente el Gobierno decidió tomar medidas al respecto, endureciendo los controles de admisión, tanto los políticos como los directivos de las diferentes comunidades insistían en que no debían ponerse fronteras y que la inmigración debería ser total. El arzobispo Jackelén afirmaba que Jesús no habría aprobado que el Gobierno pusiera restricciones a la inmigración.

En el verano del 2016, encontrándome en Suecia, asistí a una conferencia regional del Partido Demócrata Sueco, en Västeras, en el interior del país. Como si se tratase de una conferencia académica, se reunieron varios cientos de miembros del Partido, para escuchar los discursos que se daban diariamente. En estos eventos se mezclaban los miembros del partido con sus líderes; todos ellos manifestaban sus ideas nacionalistas y no se les apreciaba el menor sesgo de racismo o de

extremismo. Se habló mucho de cómo había que limitar la política de inmigración del Gobierno, pero sorprendió la postura moderada de la mayoría de los líderes más jóvenes cuando se manifestaron en privado. También, de forma privada, querían conocer las opiniones de Viktor Orbán y de otros líderes europeos que, al igual que ellos, ponían trabas a la migración. ¿Hasta qué punto estaban de acuerdo? ¿Quiénes eran los aliados, y quiénes eran realmente los «extremistas»? Este partido, que tanto los medios de información suecos como los de fuera del país seguían considerando de «extrema derecha» y «fascista», se mostraban tan preocupados por los verdaderos fascistas como todos los demás.

Fueran cuales fueran sus puntos de vista, el reciente éxito del Partido resultó apenas sorprendente. La política del país había ido cambiando suavemente, porque la demografía también había cambiado de la misma manera. Según el economista sueco doctor Sanadaji (de origen kurdo-iraní), en 1990 los inmigrantes no europeos constituían el 3 % de la población sueca. En el 2018 ese porcentaje había ascendido al 13-14 %, y sigue creciendo entre uno y dos puntos al año. En Malmö —la tercera ciudad más importante del país— los residentes suecos de distintas etnias ya constituyen casi la mitad de la población. Según Sanadaji, dentro de una generación otras ciudades tendrán esta misma proporción; y el porcentaje de suecos en las ciudades más importantes será una minoría, en parte como resultado de la inmigración, en parte como resultado del mayor número de nacimientos entre los inmigrantes, y en parte también como consecuencia del abandono de los suecos de las zonas en las que dominan los inmigrantes. Y no constituye al aspecto menos interesante del tema, el hecho de que las encuestas de las actitudes de los suecos sea la de que aún cuando el llamado «vuelo blanco» siga creciendo, el promedio de los suecos continúe afirmando que es importante vivir en zonas multiculturales. Pero lo cierto es que aquellas personas que se han marchado de zonas «multiculturales» no está muy de acuerdo con la idea de vivir en ellas[7].

Existe una notable brecha en Suecia, como en otros muchos países del Continente, entre lo que piensa la gente y lo que realmente cree que piensa. Y mientras las actitudes de los europeos sigan marchando en la misma dirección, y a distintas velocidades, sus líderes políticos continuarán

tomando decisiones que harán que esos puntos de vista cambien todavía más rápidamente. Suecia constituye una demostración extrema de esta tendencia.

A lo largo de 2016, a medida que los planes políticos y sociales europeos fueron cambiando, el liderazgo de Europa continuó su mismo inexorable curso. En el verano de ese año el tratado con Turquía había ralentizado la migración a través de la ruta griega, con el resultado de que se incrementó el movimiento migratorio a través de Italia. En agosto de ese mismo año, seis mil quinientos migrantes fueron rescatados, en una sola jornada, por los guardacostas italianos fuera de las aguas territoriales libias. El guardacostas realizó más de cuarenta misiones de rescate a doce millas de la ciudad libia de Sabratha. Los pasajeros de los botes —especialmente eritreos y somalíes— saludaban cálidamente a sus rescatadores, a medida que eran recogidos. Por entonces los traficantes de personas ni siquiera llenaban los depósitos de combustible de sus embarcaciones con la mitad del que necesitaban para llegar a Lampedusa. Pues sabiendo que serían interceptados antes o después por los buques de rescate europeos, los traficantes llenaban sus tanques solamente con el combustible necesario para encontrarse con los navíos de rescate. A los europeos les tocaría hacerse cargo del resto de la travesía[8].

Los políticos continuaron con sus mismas ideas, atrayendo más y más gente a lo que ellos mismos consideraban un modelo fallido. Pero en Europa la actitud de la gente había empezado a cambiar. En el mes de julio del 2016, después de menos de un año del gran gesto de la canciller Merkel, una encuesta mostró que menos de una tercera parte de los alemanes nativos (el 32 %) seguía creyendo en el concepto de la *Willkommenskultur* y seguían admitiendo la inmigración masiva en su país. Una tercera parte de los alemanes afirmaba que el futuro de la nación se veía amenazado por la migración, y otra tercera parte creía que la mayoría de los migrantes eran migrantes económicos y no refugiados. Incluso antes de que se produjera el primer suicidio por bomba y otros ataques terroristas, en el verano del 2016 la mitad de la población alemana temía seriamente el terrorismo, como resultado de la llegada de emigrantes. Quizás lo más interesante fuera señalar que entre los extranjeros nacidos en Alemania, el 41 % deseaban

que continuase la inmigración masiva, mientras que el 28 % querían que se le pusiera definitivamente fin. En otras palabras, Merkel había perdido la aprobación de los migrantes por su política migratoria[9].

Al mes siguiente, la tasa de aprobación pública de la Canciller había descendido del 75 % (como había sido en el mes de abril de 2015) al 47 % [10]. La mayor parte de los alemanes se mostraban ahora en desacuerdo con la política de su Canciller. En las elecciones regionales del mes de septiembre en Pomerania, el partido de Alternativa para Alemania (AfD), aunque solamente tenía tres años de existencia, dejó al partido de Angela Merkel en tercer lugar. Se consideraron semejantes resultados como terremotos metafóricos, pero aunque de hecho crearon ciertos temores, no significaron cambios de importancia. La gente en Europa se había opuesto a la inmigración masiva desde el momento en que empezara a surgir. Pero ninguno de sus líderes políticos, de la tendencia que fuera, se había preocupado por reflejar este hecho, o por cambiar sus políticas. Aunque la canciller Merkel había acelerado un proceso, eso no era más que parte del *continuum* que había habido en el Continente durante décadas. Los efectos de todo esto se hicieron llamativamente claros.

El 19 de diciembre de 2016, durante los últimos días de las compras de Navidad, un tunecino de veinticuatro años, llamado Anis Amri secuestró un furgón de la policía, mató al conductor, y dirigió el vehículo contra un concurrido mercado navideño en el Kurfürstendamm, la zona comercial más importante de Berlín. A consecuencia del atropello producido murieron doce personas y muchas más resultaron heridas. Tras abandonar el vehículo, Amri huyó: y a pesar de ser la persona más buscada del continente, el criminal logró huir atravesando primero Holanda, y entrando posteriormente en Francia, un país que se encontraba todavía en estado de máxima alerta, en su segundo año de estado de emergencia nacional tras los atentados sufridos en su territorio. Posteriormente, Amri viajó a Italia. En Milán, dos policías le pidieron sus documentos de identidad; el perseguido sacó su revólver y mató a uno de los policías antes de que el otro pudiera dispararle, matándolo. Se supone que Amri —que había prestado juramento al Isis antes del ataque— había desembarcado en Lampedusa en el 2011. Rechazado su permiso de residencia por las autoridades italianas, fue

posteriormente encarcelado por incendiar una instalación estatal para refugiados. En el año 2015, tras quedar en libertad, había entrado en Alemania y se había registrado como solicitante de asilo utilizando, al menos, nueve nombres diferentes. El fallo de las autoridades locales alemanas al no ponerse en comunicación entre ellas, unido a la carencia de fronteras entre los diversos países europeos había facilitado las diferentes huidas del fugitivo. Claro está, que esos mismos fallos no le habían resultado tan provechosos a los desafortunados vendedores de los mercadillos navideños de Berlín.

Aunque atrocidades con alto número de víctimas como las mencionadas llenaron las cabeceras de los periódicos y galvanizaron a la prensa europea durante mucho tiempo, lo cierto es que los hechos sobre el terreno estaban cambiando todo el Continente. Las autoridades alemanas registraron seiscientas ochenta mil nuevas llegadas de emigrantes a su país solamente durante el año 2016. Semejante tasa de inmigración masiva unida a la alta tasa de nacimientos entre los inmigrantes, y a la reducida entre los nativos europeos aseguraba que los cambios que se estaban produciendo se iban a acelerar en los años por venir. El pueblo alemán había demostrado en las encuestas que, políticamente hablando, incluso Merkel era mortal. Pero ella había ayudado a alterar el Continente, y a cambiar por completo una sociedad; con las consecuencias que habrían de pagar las generaciones futuras.

16

LA SENSACIÓN DE QUE LA HISTORIA SE HA ACABADO

Es bueno saber cuando tus enemigos están tramando algo. Hoy en día los antagonistas de la cultura y de la civilización europea lanzan muchas acusaciones sobre el Continente. Ellos saben muy bien que nuestra historia ha sido especialmente cruel, aunque menos que la de algunas otras civilizaciones. Aseguran que actuamos solamente para nuestros intereses, cuando resulta dudoso que alguna otra sociedad histórica no se haya mostrado deseosa de defender los suyos propios, o incluso de asumir las opiniones de sus detractores. Y seguimos estando entre las únicas culturas de la Tierra abiertas a la autocrítica y al recordatorio de nuestras propias iniquidades, cosa que somos capaces de hacer, por más que nuestros mayores detractores puedan negarlo. Pero en una sola cosa es posible que nuestros críticos sigan una pista interesante. No llegan a identificarla bien, y cuando no la identifican tratan de prescribir los peores remedios. Pero sigue siendo un problema identificarla adecuadamente, sobre todo cuando es necesario que busquemos respuestas.

El problema es más fácil de sentir que de demostrar; pero tiene que ver, más o menos, con esto: la vida en las modernas democracias liberales es en alguna medida delicada, y esa vida en la moderna Europa Occidental en particular ha perdido su objetivo. Esto no quiere decir que nuestras vidas

sean completamente inútiles, ni que la oportunidad de una democracia liberal que dé sentido a nuestro concepto de la felicidad esté equivocada. En un esquema del día a día la mayor parte de la gente encuentra un profundo significado y amor en sus familias, en sus amigos y en muchas otras cosas. Pero todavía quedan algunas otras que siempre han sido fundamentales para todos nosotros, y que la democracia liberal no puede responder por sí misma, ni tampoco quiere hacerlo.

«¿Qué estoy haciendo aquí? ¿Qué sentido tiene mi vida? ¿Tiene esta algún propósito más allá de ser vivida?». Son estas preguntas que siempre han apremiado a los seres humanos; preguntas que siempre nos hicimos y que todavía nos seguimos haciendo. No obstante, para los europeos occidentales las respuestas a estas cuestiones que nos hemos venido haciendo durante siglos parece que se han agotado. Felices como nos sentimos al reconocer que estamos muy lejos de saber que somos nuestra propia historia, y que hemos agotado las mismas cuestiones que nos preocupaban. Incluso el hecho de preguntar tales cosas se ha convertido hoy día en algo de mal gusto. Y aquellos espacios en los que semejantes preguntas se pueden formular —aunque no contestar— han ido desapareciendo, no solamente en número, sino también en el deseo de que sean contestadas. Si la gente ya no busca respuestas en la iglesia, hemos de confiar simplemente en que podamos encontrar suficiente sentido a nuestra vida en la visita ocasional a una galería de arte o a una librería.

El filósofo alemán Jürgen Habermas estudió un aspecto de todo esto en el año 2007, cuando dirigió un debate en la Escuela Jesuita de Filosofía en Múnich titulado «Una conciencia de lo que está faltando». En tal debate intentó identificar una brecha producida en el centro de nuestra «edad postsecular». Mencionaba cómo, en 1991, había dirigido la celebración de un funeral por un amigo en una iglesia de Zúrich. El amigo había dejado instrucciones para ese momento que fueron fielmente seguidas. El ataúd estaba presente y dos de sus amigos hicieron sendos discursos. Pero no estuvo presente sacerdote alguno y tampoco se hicieron oraciones. Las cenizas fueron «esparcidas por el campo» y no se dijo ningún «amén». El amigo fallecido —que había sido agnóstico— había rechazado la fe religiosa, al mismo tiempo que había demostrado que el punto de vista no

religioso también había fracasado. Tal como Habermas interpretó las ideas de su amigo, «la iluminada edad moderna ha fracasado a la hora de encontrar una adecuado sustituto a la vía religiosa, limitándose tan solo al rito del paso de la vida hacia su final[1]».

El reto que planteaba el amigo de Habermas puede escucharse en nuestro entorno en la Europa contemporánea, del mismo modo que siguen sin verse contestadas las respuestas a muchas preguntas. Quizás seamos precavidos a la hora de mantener este debate, sencillamente porque ya no creemos en las respuestas y hemos decidido aceptar ciertas variantes del viejo adagio que afirma que si no tenemos nada válido que decir mejor será que nos callemos. O también puede ser posible que seamos conscientes del nihilismo existencial que subyace en nuestra sociedad, y que esta encuentra tan desagradable. Sea cual fuere la explicación, los cambios que han sucedido en Europa durante las recientes décadas y que alcanzaron una velocidad exponencial en los últimos años, no permiten que tales cuestiones queden desatendidas por más tiempo. La llegada de grandes contingentes de personas que muestran actitudes totalmente diferentes hacia la vida y sus objetivos, exige que se deban atender estas cuestiones con renovada urgencia. Una urgencia que se ve justificada por la certeza de que las sociedades, al igual que la Naturaleza, aborrecen el vacío.

De vez en cuando una corriente política parece reconocer algunos de los temores que han empezado a salir a flote, concediendo cierta urgencia a semejantes problemas. Pero tales reconocimientos llegan en forma de un fatalismo terrible y exhausto. Por ejemplo, el 25 de abril del 2016, un mes después de los ataques en Bruselas, el ministro belga de Justicia, Koen Geens, dijo en el Parlamento europeo que los musulmanes superarían «muy pronto» en número a los cristianos en Europa. «Europa no se da cuenta de esto, pero es una realidad», afirmó ante el Comité de Asuntos Internos y de Justicia del Parlamento. Su colega de gabinete Jan Jambon, ministro del Interior, añadió que según sus estimaciones la «inmensa mayoría» de las setecientas mil personas que formaban la comunidad musulmana compartían los valores de Bélgica. «He dicho mil veces que lo peor que podemos hacer es convertir al islam en un enemigo. Sería lo peor que pudiéramos hacer».

En alguna parte, y bajo todas estas afirmaciones, se encuentra el sentimiento de que, a diferencia de otras sociedades —incluyendo, de momento, a los Estados Unidos—, esto podría cambiar fácilmente en Europa. Habiendo sido, como señala el filósofo inglés Roger Scruton, una cristiandad en decadencia, existe la posibilidad de que nuestras sociedades se tornen enteramente complejas o se lancen hacia costas muy diferentes. En cualquier caso, cuestiones muy perturbadoras yacían bajo la superficie de nuestras sociedades incluso antes de que estas empezaran a cambiar tan rápidamente como lo están haciendo.

Existe, por ejemplo, el dilema que Ernst-Wolfgang Böckenförde expuso en la década de los años 60: «¿Existe el estado libre y secularizado, establecido sobre la base de proposiciones normativas que él mismo no puede garantizar?»[2]. Resulta raro escuchar esta pregunta que surge en nuestras sociedades. Quizás sintamos que la respuesta es «sí», pero no sabemos qué hacer si ese fuera el caso. Si nuestras libertades y derechos resultan inusuales y de hecho debemos mantener unas creencias que hemos dejado ¿qué es lo que deberemos hacer? Una respuesta —que ha dominado en Europa durante los últimos años del pasado siglo— fue negar esta historia, insistir en que lo que tenemos es normal, y olvidarnos de los hechos trágicos que conllevan tanto la civilización como la vida. Personas cultas e inteligentes parecen ver esto como su deber, no para apuntalar y proteger la cultura en la cual han crecido, sino para negarlo, para atacarlo, o en todo caso acallarlo. Durante todo este tiempo ha venido creciendo un nuevo sentimiento orientalista en nuestro entorno: «Podemos pensar mal de nosotros mismos, pero deseamos pensar excepcionalmente bien de cualquier otro».

Y entonces, en algún momento de la última década, las corrientes de opinión empezaron a soplar suavemente en la dirección contraria. Empezaron a afirmar lo que los renegados y disidentes sugirieron en los decenios de la posguerra; y admitieron, a regañadientes, que las sociedades liberales de Occidente pueden, de hecho, deberle algo a la religión de la que surgieron. Esta admisión no fue hecha porque la evidencia hubiese cambiado: puesto que esa evidencia siempre estuvo allí. Lo que había cambiado era la conciencia creciente de que otras culturas, ahora muy

desarrolladas entre nosotros, no compartían todas nuestras pasiones, prejuicios o presunciones.

El intento de pretender que lo que ha sido creído y practicado en la Europa moderna es norma, ha recibido repetidos golpes. A lo largo de algunos momentos de sorprendente aprendizaje —un ataque terrorista aquí, un asesinato «por honor» allá, unos cuantos dibujos burlones en alguna otra parte—, creció la conciencia de que no todo el mundo que ha llegado a nuestra sociedad comparte nuestros puntos de vista. No comparten, por ejemplo, nuestro criterio sobre la igualdad entre los dos sexos. No comparten nuestros puntos de vista sobre la primacía de la razón sobre la revelación. Y no comparten nuestro criterio sobre la libertad. Para decirlo de otro modo, el acuerdo inusual europeo, heredado de la antigua Grecia y Roma, catalizado por la religión cristiana y refinado por el fuego de la Ilustración, se convirtió en nuestra más alta herencia.

Mientras que muchos europeos occidentales se pasan años resistiéndose a esta verdad o a sus implicaciones, la realidad llega de todos modos. Y aunque algunos sigan resistiéndose, en la mayor parte de los sitios se ha hecho posible reconocer que la cultura de los derechos humanos, por ejemplo, debe más a las palabras predicadas por Jesús de Nazaret que, digamos, a las dichas por Mahoma. Uno de los resultados de este descubrimiento ha sido el deseo de llegar a conocer mejor nuestra propia tradición. Pero aunque uno pueda abrirse a estas preguntas, estas no se resuelven. Porque la cuestión de si es sostenible la posición social, sin referencia a las creencias que le dieron nacimiento, sigue mostrándose importante y conflictiva para Europa. Simplemente, por el hecho de que usted forme parte de una tradición, eso no quiere decir que ha de creer lo que creían quienes la originaron, incluso si a usted le gustan tales creencias y admira sus resultados. La gente no debe forzarse a sí misma a tener una fe sincera; y eso tal vez se deba a que no nos hacemos las preguntas más profundas. Y no solo porque no creemos en las respuestas que se acostumbran a dar, sino porque sentimos que nos encontramos, en cierto modo, en un periodo de interinidad de nuestro propio desarrollo, y que nuestras respuestas pueden hacerlo cambiar. Después de todo, ¿durante cuánto tiempo puede sobrevivir una sociedad, una vez que se ha liberado de

sus orígenes fundacionales y dirigentes? Quizás nos encontremos en el proceso de descubrirlo.

Una encuesta reciente realizada por la agencia Pew mostró que la afiliación al cristianismo está reduciéndose en Inglaterra más rápidamente que en ningún otro país. La previsión de la misma agencia para el año 2050 dice que esa misma afiliación religiosa descenderá a un tercio en el Reino Unido, de los dos tercios que tenía en el año 2010, y que ya por primera vez presentaba la afiliación más baja de los últimos años. Pew también indica que Inglaterra tendría la tercera población musulmana más alta de Europa, superior a la de Francia, Alemania o Bélgica. El experto demógrafo de izquierdas, Eric Kaufmann, escribía en el año 2010 que incluso en Suiza, a finales de siglo, el 40 % de los muchachos de catorce años de edad serán musulmanes[3]. Por supuesto, todas estas predicciones están sujetas a posibles variaciones. Por ejemplo, se calcula que los cristianos seguirán mostrándose poco religiosos mientras que a los musulmanes no les sucederá tal cosa, aunque esto puede ser así o no. Pero semejantes estadísticas también fallan a la hora de tener en cuenta la creciente masa inmigratoria, al no considerar el incremento experimentado en los años recientes. En cualquier caso, estos son movimientos —como los sucedidos en toda Europa y en Estados Unidos (en donde los musulmanes superarán a los judíos en el año 2050, entre la población americana)— que no pueden dejar de tener importantes repercusiones.

Los estudios demográficos muestran que los suecos nativos serán minoría en Suecia en el transcurso de la vida de la mayor parte de la gente que vive actualmente, lo que genera la fascinante pregunta de si la identidad sueca tiene alguna posibilidad de sobrevivir a esta generación. Son estas preguntas a las que también tienen que enfrentarse otros países de la Europa Occidental. Europa se siente orgullosa de tener «ciudades internacionales», ¿pero cómo reaccionará la gente ante la posibilidad de tener «países internacionales»? ¿Qué pensaremos de nosotros mismos? ¿Y quién y qué seremos «nosotros»?

El referirse o, incluso, reconocer el significado de estas preguntas se ha convertido en algo tan poco común que su ausencia parece cuando menos algo deliberado, como si nuestros problemas no sirvieran más que para

producir una especie de distracción o de enojo. A pesar de las incomparables oportunidades de que disponemos, nuestros medios de comunicación y nuestros medios sociales no pueden dejar de suministrar interminables rutinas y chismorreos. Sumergirse en la cultura popular durante algún tiempo es regodearse en una insoportable superficialidad. ¿Se consiguieron en Europa todos esos logros y se realizaron todos esos esfuerzos para terminar en esto? Todo cuanto nos rodea no es otra cosa más que una demostración de superficialidad. En donde nuestros antepasados construyeron las grandes estructuras de Saint-Denis, Chartres, York, San Giorgio Maggiore, San Pedro y El Escorial, las grandes edificaciones de hoy día solo tratan de competir en ser tan altas, tan brillantes o tan llamativas como aquellas. Los edificios municipales parecen diseñados no para inspirar, sino para deprimir. Los rascacielos de las ciudades europeas sustraen las miradas de la gente de unas perspectivas más nobles para llevarlas ahora a otras que son enanas. En Londres el gran edificio erigido para conmemorar el cambio de milenio no fue una estructura construida para durar, sino una inmensa mole vacía. Si es cierto que la mejor prueba para definir a una civilización son las edificaciones que deja tras de sí, nuestros descendientes tendrán una visión muy pobre de nosotros. Nos comportamos como un pueblo que ha perdido el deseo de inspirar, porque no tenernos nada que inspirar a nadie.

Al mismo tiempo, los fines más elevados de nuestra cultura parecen contentarse con decir —en el mejor de los casos— que el mundo es complejo, y que simplemente debemos aceptar esa complejidad y no tratar de buscar respuestas. En el peor de los casos dice abiertamente que todo está irremediablemente perdido. Por supuesto, vivimos en una edad de extraordinaria prosperidad, que nos permite sentirnos confortablemente incluso cuando estamos desesperados. Pero puede que no siempre sea así. Incluso hoy, cuando el sol de las ventajas económicas todavía brilla sobre nuestras cabezas, hay gente que se da cuenta de la brecha que existe en nuestra cultura y trata de encontrar un modo de llenarla.

Durante algunos años me he sentido especialmente sorprendido por los numerosos acontecimientos que he oído de primera mano, y que también he podido leer de personas que escogieron convertirse al islam. Algunas de

esas historias resultan sorprendentes porque son muy similares. Casi siempre son variantes de una historia que cualquier muchacho podría contar. Por lo general son algo parecidas a esto: «Tenía ya cierta edad (por lo general veinte, o cerca de treinta años) y me encontraba en un club nocturno, estaba bebido y pensé: "La vida debe ser algo más que esto"». Casi nada en nuestra cultura dice: «Pero naturalmente debe haberlo». Y a falta de semejante voz la gente joven busca, y descubre el islam. El hecho de que escojan el islam constituye una historia en sí misma. ¿Por qué esos muchachos y muchachas jóvenes (muy a menudo muchachas) no buscan encontrar algo en el cristianismo? En parte es debido a que la mayoría de las ramas religiosas de la Europa cristiana han perdido la confianza en hacer prosélitos o, incluso, en creer en su propio mensaje. Para la Iglesia de Suecia, la de Inglaterra, la luterana alemana y para otras muchas ramas de la cristiandad europea, el mensaje de la religión se ha convertido en una forma de política de izquierdas, con diversidad de acciones y proyectos de bienestar social. Tales iglesias hablan de «fronteras abiertas», aunque se muestren circunspectas a la hora de mencionar los textos que una vez citaron como revelados.

También existe otra causa. El análisis crítico y erudito que se ha realizado sobre las raíces del cristianismo no ha tenido lugar todavía, y en el mismo grado, con las raíces del islam. Una campaña mundial de intimidación y asesinato ha resultado excepcionalmente exitosa a la hora de rechazar este hecho. Incluso hoy en día, en Occidente, las escasas personas que trabajan sobre los orígenes del Corán y realizan un serio estudio coránico —tales como Ibn Warraq y Christoph Luxenberg— publican sus trabajos bajo seudónimo. Y aunque ninguno de ellos considera haber blasfemado contra la religión del islam, en el mundo de mayoría musulmana comprobarán que su vida corre peligro; del mismo modo que en Europa la gente que se ha comprometido con la crítica de los orígenes del islam y de su fundador se encontrará bajo una amenaza que, o bien la detiene, o el sujeto tendrá que esconderse, o, —como Hamed Abdel-Samad, en Alemania— tendrá que vivir bajo protección de la policía. Ciertamente todo esto tiene un efecto a la hora de proteger el islam durante cierto tiempo, y ralentizar la marea de críticas sobre sus orígenes y creencias, que

seguirán su propio camino. Desde 1989 los textos, las ideas e incluso las imágenes del islam han sido tan severamente vigiladas, incluso en Europa occidental, que resultaría comprensible que si un joven se volviera política y religiosamente consciente en las últimas décadas, podría haber llegado a la conclusión de que una cosa que nuestras sociedades actuales consideran que se debe ridiculizar o criticar son las proclamas y enseñanzas de Mahoma.

Pero la policía no puede detener para siempre la marea de la crítica. Ha crecido un gran deseo por la investigación crítica de los orígenes del islam, e Internet, entre otras herramientas informáticas, ha hecho más fácil desarrollar y diseminar este trabajo de manera más fácil que en ninguna otra época de la historia. Por ejemplo, el último extremista danés, Morten Storm, abandonó sus creencias islamistas y su pertenencia a al-Qaeda cuando en un rapto de ira un día abrió su ordenador y buscó el epígrafe «contradicciones del Quran» y empezó a leer. Más tarde, escribió: «Toda la construcción básica de mi fe era como un construcción de naipes que se apoyaban unos en otros. Quita uno de ellos, y los demás se derrumbarán[4]». Storm era, en todo caso, un típico musulmán, pero el temor que sentía al investigar en los orígenes y contenido del islam, y la necesidad de satisfacer ese deseo, es algo que sienten muchos musulmanes. Muchos de ellos luchan contra ese apremio y lo rechazan y tratan de convencer a otros para que hagan lo mismo, porque conocen los riesgos que implica su fe. Usted puede tener una idea de ese temor al escuchar lo que el clérigo Sheik Yusuf al-Quaradawi dijo en una entrevista de 2013, al afirmar que si los musulmanes se deshicieran del castigo de pena de muerte que conlleva el abandonar su religión, «El islam no existiría hoy». Semejantes líderes islamistas saben lo que sucede y lucharán con cuantos medios tengan a su alcance por mantener sus creencias. Si fracasaran —como probablemente les sucederá — entonces los mejor que podrían esperar para el islam es que en algún momento a su religión le suceda lo que les ha sucedido a muchas otras religiones: quedar herida y carente de sentido. Esto resolvería un problema; pero aunque esto aliviaría los problemas de la Europa Occidental, no los resolvería.

El deseo de un cambio radical, y el sentimiento de vaciedad que vive la gente, como le sucede a esos conversos, continúa existiendo. También existe un deseo de encontrar certezas. No obstante, incluso esos deseos innatos se tienen que enfrentar a las aspiraciones y presupuestos de nuestro tiempo. La búsqueda de significados no es algo nuevo. Lo que sí es nuevo es que casi nada en la moderna cultura europea se preocupa por ofrecer una respuesta. En ninguna parte se dice: «Aquí está una herencia del pensamiento, de la cultura, de la filosofía y de la religión que ha nutrido a la gente durante miles de años, y que también puede nutrirte a ti». En lugar de esto, esa voz, en el mejor de los casos, dice: «Encuentra tus razones donde quieras». En el peor, puede escucharse la voz nihilista: «La tuya es una existencia sin sentido en un universo que carece de sentido». Es muy posible que cualquier persona que crea en tales afirmaciones no haga nada. Es probable también que las sociedades en las que se dé esa circunstancia tampoco hagan nada. Y mientras el nihilismo pueda ser algo comprensible en algunos individuos, el crédito que se origina en una sociedad es fatal.

Y seguimos buscando respuestas en los sitios equivocados. Los políticos, por ejemplo, tratan de devolvernos, de algún modo, nuestros propios pensamientos y de hablar muy extensamente para decirnos prácticamente nada. También se pueden poner a hablar de temas que carecen de sentido, y dedicarse a ello bajo el manto de la organización intelectual. Algunos aspectos de esa organización, tales como puede ser la educación, son importantes. Pero son pocos los políticos que tienen una visión amplia de lo que tiene sentido en la vida, o lo que pudiera tenerlo. Y no debiera ser así. Sin embargo, aunque la sabiduría de nuestro tiempo sugiere que la educación, la ciencia y la neta accesibilidad a la información debiera estimularnos, tanto estos temas como la necesidad de darles respuesta no nos ha movilizado el espíritu, por mucho que pretendamos otra cosa.

La forma en que la ciencia, esa voz dominante de nuestro tiempo, nos habla y también habla de nosotros, resulta reveladora. En las primeras páginas de su obra, escrita en 1986, *The Blind Watchmaker*[*], Richard Dawkins afirmaba: «Este libro está escrito con la convicción de que nuestra propia existencia significó en cierto momento el más grande de todos los

misterios, pero ya no lo es porque está resuelto. Darwin y Wallace lo resolvieron». Justamente ahí está la brecha que existe entre la visión aceptada del mundo ateo y secular de nuestra cultura, y la realidad de cómo la gente vive y experimenta sus vidas. Porque aunque Dawkins pueda pensar que el misterio de nuestra existencia se haya resuelto —y aunque la ciencia haya logrado resolver parte de él— la mayoría de nosotros no lo sentimos así. No vivimos nuestras vidas y experimentamos nuestra existencia como seres resueltos y esclarecidos. Por el contrario seguimos experimentándonos a nosotros mismos, como lo hicieron nuestros antepasados, como seres tornadizos y contradictorios, con una serie de aspectos vulnerables acerca de nosotros y de nuestro mundo que no podemos comprender.

Del mismo modo, mientras que una persona no inteligente pueda rechazar lo que ahora sabemos que es nuestro parentesco con el reino animal, pocas serán las personas que se alegrarán al verse consideradas como meros animales. El último escritor ateo, Christopher Hitchens[*] a menudo solía utilizar, para describirse a sí mismo cuando hablaba en público, con el término «mamífero». No obstante, aunque pueda sorprendernos, e incluso estimularnos, recordar nuestros orígenes y los materiales de los que estamos hechos, también sabemos que somos más que meros animales, y que vivir como simples animales sería degradar esto que somos. Tanto si estamos acertados o equivocados en esto, es algo que intuimos. Del mismo modo que sabemos que somos algo más que meros consumidores. Nos resulta insoportable hablar de nosotros mismos como si fuéramos simples dientes de una rueda. Nos revelamos, no porque no seamos esas cosas, sino porque sabemos que no somos solamente esas cosas. Sabemos que somos algo más, aún cuando no sepamos muy bien qué es ese algo más.

Evidentemente la gente religiosa considera que el hablar de esa forma resulta frustrante, porque para los verdaderos creyentes la pregunta siempre ha sido «¿Por qué no crees?». Sin embargo, esta última pregunta ignora el daño probablemente más irreversible que la ciencia y la crítica han hecho a las proclamas de la religión, e ignora el hecho de que a la gente no se la puede forzar a creer. Mientras tanto, los no religiosos de nuestra cultura se

sienten temerosos de que cualquier debate o discusión pueda hacer alguna concesión a lo religioso, no permitiendo que la discusión basada en la fe pueda introducirse en el espacio público.

Esto puede constituir un error, y no en menor medida porque estimule a la gente a ir a la guerra contra aquellos cuyas vidas y criterios —tanto si gustan como si no— descienden del mismo árbol. No hay razón por la que siendo heredera de una civilización judeo cristiana y del siglo de las Luces, Europa debiera gastar mucho, o algo, de su tiempo luchando contra quienes todavía sostienen la fe de la cual tantas creencias y derechos nacieron. Del mismo modo, no tienen mucha razón aquellas personas pertenecientes a la civilización judeo cristiana y a la Europa progresista que mantienen entre sí una forma diferente de comprender las cosas, decidiendo que aquellos que literalmente no creen en Dios son sus enemigos. Y no en menor grado porque todavía podemos hacer frente a nuestros oponentes, no solamente con nuestra cultura, sino también con toda nuestra forma de vivir. Quizás por esto Benedetto Croce[*] dijo a mediados del pasado siglo, y Marcello Pera[*] lo reiteró más recientemente, que debemos llamarnos cristianos[5].

A menos que los no religiosos sean capaces de trabajar a favor —en lugar de ir en contra— del origen del que procede su cultura, es difícil ver un camino intermedio. Después de todo, aunque la gente pueda intentarlo, resulta improbable que alguien sea capaz de inventar una nueva serie de creencias. En ausencia de estas, y con un nuevo sistema de las mismas, no es justo que perdamos nuestra capacidad para hablar de las verdades y de su significado. Incluso hemos perdido nuestras metáforas.

La cultura popular está repleta de charlas sobre los «ángeles» y sobre un amor que durará «para siempre». Las velas y otros objetos religiosos tienen cierto sentido. Pero el lenguaje y las ideas se encuentran vacíos de significado. Es la metáfora de las cosas a las que se refieren: síntomas de una cultura que corre hacia el vacío.

Sin embargo no es solamente el aporte religioso de nuestra cultura lo que se ha convertido en un enigma sin sentido. Durante muchos años estuvo presente la suposición de la gente que se podía describir a sí misma como una cierta clase de liberales, consideraba que las lecciones otorgadas por la Era del progreso —las glorias de la razón, la racionalidad y la ciencia—

resultaban tan atractivas que tenían éxito a la hora de convencer a todo el mundo acerca de sus valores. De hecho, para mucha gente de finales del último siglo y principios del XXI el hecho más importante que tenía Europa era la creencia en el «progreso» humano, una creencia en la que la Humanidad se seguía afianzando, sostenida no solo por el progreso tecnológico, sino también por el acompañamiento de un progreso de la mente. La presunción de que al estar más «iluminados» que nuestros antepasados y al saber más acerca de cómo habíamos llegado a este mundo, y en qué consistía el universo que nos rodeaba, podíamos evitar sus errores. Era esperable que los atractivos de un conocimiento adquirido a través de la ciencia, la razón y el racionalismo resultaran tan autoevidentes que, de la misma forma que sucedía con el liberalismo, se suponía que la vida sería como una calle de una sola dirección. Una vez que la gente empezara a caminar por ella y disfrutara de sus beneficios por sí misma, resultaría imposible creer que alguien (y, menos aún, alguien que estuviera familiarizado con sus placeres) habría de volver sobre sus pasos.

Sin embargo, en la era de las migraciones masivas la gente que pensaba así empezó a darse cuenta de la realidad que tenía ante sus ojos, debido a los progresivos movimientos de otras gentes, de que seguían existiendo personas que sí estaban dando vuelta a la calle. Toda una amplia masa de gente estaba caminando en sentido contrario. Gente que pensaba que la batalla por conocer el hecho de que la evolución era una realidad en Europa, descubría que toda aquella gente que había llegado después no solamente no creía en la evolución, sino que estaba decidida a demostrar que tal evolución era falsa. Aquellos que creían que el sistema de «derechos», incluyendo los derechos de las mujeres, los derechos de los gais y los derechos de las minorías religiosas eran «autoevidentes», vieron de repente que había un número de personas, todavía mayor, que pensaba que tales derechos no solamente no eran autoevidentes, sino que estaban fundamentalmente equivocados y eran desacertados. De este modo, la conciencia liberal llegó a pensar que era posible que llegara un día en que habría más gente que, presumiblemente, caminara contra lo que era la marcha de la Historia, que haciéndolo con ella; y que como resultado de todo ello, la dirección de la marcha emprendida por todo el mundo podría

cambiar, y que los que se consideraban liberales quedarían totalmente superados por los otros. ¿Y qué pasará entonces?

Si ese miedo surge alguna vez, no lo hará para tranquilizar los instintos de muchos liberales. Aunque los liberales de las democracias de la Europa Occidental se pasen años discutiendo los aspectos, cada vez más importantes, de los derechos de las mujeres y defendiendo los movimientos gay, continuarán enfrentándose a la importación de millones de personas que piensan que, en primer lugar, tales derechos no tienen por qué ser considerados. Y mientras en la segunda década del siglo presente el tema de transgredir los derechos empezó a preocupar a quienes pensaban en términos de progreso social, esas mismas personas hicieron campañas para traer a más millones de personas que pensaban que las mujeres no debían tener los mismos derechos que los hombres. ¿Era esto una demostración de la fe en los valores humanos? ¿Una creencia en que los valores del liberalismo son tan fuertes, tan persuasivos que, con un poco de tiempo, podrán convertir a los eritreos y a los afganos, a los nigerianos y a los pakistaníes? Si así fuera, entonces las noticias de los diarios europeos de los años recientes merecen una reprobación por sus manifestaciones diarias.

El reconocimiento de todo esto debe causar un gran dolor para quienes lo viven. Algo que en sí mismo puede conducir a distintas direcciones. Puede terminar siendo una negación de estas realidades (por ejemplo, mediante las manifestaciones de que todas las sociedades son, de hecho, igualmente «patriarcales y opresivas»). O puede llevar a insistir en el «*Fiat justitiam ruat caelum*», («Deja que la justicia nos llegue del cielo»): un noble sentimiento que está muy bien, hasta el momento en que empiecen a caer los primeros escombros. También están los que detestan tanto a Europa —a lo que esta es y a lo que ha sido— que están deseando que venga alguien y se haga cargo de la situación.

En Berlín, durante el auge de la crisis, hablé con un intelectual alemán que me dijo que el pueblo alemán era antisemita y tenía muchos prejuicios, y que por esta razón debería ser reemplazado. No consideraba la posibilidad de que alguna gente, llegada para reemplazarla, pudiera hacer que muchos alemanes de la mitad de siglo —sin considerar a los más recientes— fueran vistos como dechados de virtudes.

Más probable es la aceptación creciente de la idea de que la gente es diferente, de que gente distinta cree en cosas distintas y que nuestros propios valores pueden no ser valores universales. Este es un reconocimiento que incluso podría llevar a más sufrimiento. Porque si los derechos que surgieron del progreso social conquistado en el siglo XX no son algo que deba ser preservado por todo el mundo, entonces eso significa que estos no son sistemas universales, sino un sistema como cualquier otro. Esto significa también que tales sistemas pueden no triunfar, sino que pueden ser barridos como lo fueron muchos otros antes que ellos.

No es una exageración decir que para mucha gente el colapso de este sueño es, o será, tan penoso como la pérdida de la religión lo es para quienes la pierden. El moderno sueño liberal siempre ha tenido una ligera aura religiosa. No es que realizara las mismas proclamas por sí mismo, pero sí adoptó algunos de sus mismos tropos. Posee su propio mito creacional, por su insistencia (una especie de «*big bang*» del despertar intelectual, opuesto a la larga y desordenada emergencia de particulares escuelas de pensamiento). Y lo más importante es que tenían su propio mito de la aplicabilidad universal. Hoy en día se le han enseñado a mucha gente de la Europa Occidental estos mitos, o los han adquirido, debido a su atractivo casi religioso. Proporcionan no solamente algo para creer, sino algo para vivir. Ofrecen un objetivo y un medio de organización de la vida. Y si bien no pueden proporcionar la otra vida ultraterrena que prometen las religiones, al menos pueden sugerir —casi siempre de forma errónea— un venero de inmortalidad inducida por la admiración de sus coetáneos.

En otras palabras, el sueño liberal puede resultar tan arduo que sirva para cruzar las manos de la gente, como lo hace la religión, porque comparte las mismas irremplazables ventajas. Es posible que en tiempos de paz y de tranquilidad semejante religión popular llegue a considerarse inofensiva, y aquellos que no creen en ella puedan permitir que otros crean sin necesidad de molestarlos. Pero en el momento en que tales creencias dañan la vida de cualquier persona es quizás el momento en que surgirá una actitud menos generosa y ecuménica hacia tales creyentes. En cualquier caso, el gran hueco dejado por la religión puede hacerse todavía más grande por la brecha ocasionada por el último sueño no religioso de Europa. Y

después de esto, privados de cualquier clase de sueño, pero buscando todavía respuestas, seguirán permaneciendo vivas todas las preguntas y deseos.

EL ÚLTIMO ARTE

Hoy en día la respuesta más obvia a todo esto —la respuesta del siglo XIX— resulta más notable por su ausencia. ¿Por qué el arte no se hace cargo, sin el «estorbo» de la religión, de lo que las religiones han dejado? La respuesta yace en el trabajo de quienes todavía aspiran a esa llamada. Casi todo tiene el aspecto de una ciudad destruida. Predecesores como Wagner parecen haber tenido la idea de aspiraciones similares, que finalmente resultaron fútiles, cuando no peligrosas.

Quizás fue la constatación de este hecho lo que persuadió a tantos artistas contemporáneos a dejar de conectar con cualesquiera verdades duraderas, abandonar todo intento de perseguir la belleza o la verdad y, en su lugar, decirle al público: «Yo me encuentro tan metido en el barro como tú». Ciertamente hubo un momento en la Europa del siglo XX en el que tanto el espíritu del artista como las expectativas del público sufrieron un cambio. Resultó evidente en la forma en la que aquel se acercó al arte, llevado desde la admiración («Quisiera poder haber hecho eso») al desdén («Incluso un niño podría hacer eso»). La ambición técnica disminuyó de forma significativa y, frecuentemente, incluso llegó a desaparecer. Y las ambiciones morales del arte realizaron la misma trayectoria. Uno puede condenar todo esto al ver la obra de Marcel Duchamp y su escultura *Fuente* (un orinal). Pero gran parte de la cultura artística del Continente se derrumbó para sugerir que otros desearan continuarla.

Hoy en día, si usted recorre una galería de arte como la Tate Modern, en Londres, lo único que sorprende más que la falta de destreza artística en la obra expuesta es la falta de ambición. Las obras de arte más atrevidas pueden intentar decirnos algo sobre la muerte, el sufrimiento, la crueldad o la pena; pero pocas tienen en realidad algo que decimos sobre estos temas, a

no ser la afirmación de que tales procesos vitales existen. Ciertamente no nos dan respuestas a los problemas que tales hechos presentan.

Todo adulto está convencido de que el sufrimiento y la muerte existen, y si no lo estuviera, entonces difícilmente podría convencerse de ello con el arte que se exhibe en una galería. Pero el arte de nuestro tiempo parece haberse colapsado a la hora de querer sugerir algo en nosotros. En particular ha entregado ese deseo de conectar con nosotros a algo como puede ser el espíritu religioso, o a esa emoción producida por el reconocimiento —que Aristóteles denominaba «anagnórisis»— que le garantiza a usted el sentimiento de haber conectado con esa verdad que siempre ha estado esperándole.

Es posible que todo esto solamente suceda si usted se beneficia de una profunda verdad, y de que el deseo de hacerlo así sea algo para lo que los artistas, como casi todo el mundo, se muestran un tanto sospechosos o incapaces. Visite cualesquiera de los templos de la moderna cultura y podrá ver a gran cantidad de gente dando vueltas en busca de algo, aunque no está muy claro lo que harán más tarde. Hay facetas del arte que pueden hacer pensar a la gente en cosas más grandes.

En cierta ocasión, mientras vagaba un tanto desanimado y poco sorprendido por una galería de arte, oí la melodía de *Spem in Alium*[*] y me dirigí hacia el lugar de donde procedía la música. De repente me di cuenta de la razón por la que la galería estaba tan vacía. Todo el mundo se había ido hacia el lugar en donde se podía oír la misma «música ambiental», una composición de Janet Cardiff[*] consistente en cuarenta locutores dispuestos en óvalo, cada uno de los cuales se turnaba para hacer la voz de un cantante en el coro. La gente permanecía de pie como si estuviera hipnotizada.

Las parejas batían palmas y una de ellas estaba sentada, abrazándose. Esto sucedía antes de que las referencias a la obra musical de Thomas Tallis apareciesen en las novelas sadomasoquistas de E. L. James[*]; de lo contrario no se sabe qué hubiera podido suceder.

Resultaba profundamente emotivo, aunque también sorprendente, que la gente pensara que el éxito se debía a Janet Cardiff, en lugar de a Thomas Tallis. Pero era la anagnórisis que, justamente, estaba sucediendo allí. Tal vez uno no pudiera sentirse muy seguro de cuántas personas de las que allí

había conocían las palabras o el significado de la pieza musical de la cual estaba extraída «la música ambiental». Pero allí estaba sucediendo algo extraño y atemporal. Una de las escasas obras contemporáneas que producen un efecto parecido es la escultura de Antony Gormley que lleva por título *Another Place (Otro lugar)*, que consiste en cien figuras humanas, de tamaño natural, que están mirando el mar en Crosby Beach, cerca de Liverpool. Toda la instalación artística —que se ha hecho permanente, a petición de los residentes locales— se puede apreciar mejor cuando baja la marea, o cuando las figuras están iluminadas por la luz de la puesta de sol. La razón es, en parte, la misma. En este caso se trata de una imagen del día a día que hace referencia a una historia (en este caso, la resurrección) que surge del mismo corazón de nuestra cultura. Quizás esta no le pueda dar una respuesta a esa historia, pero la recuerda.

Tales obras son, no obstante, tan solo el lado artístico del problema de Ernst-Wolfgang Böckenförde[*]. Lo que resuena es debido a lo que le sucedió antes, y no debido a algo intrínsecamente grande en su trabajo. En realidad cuando tales obras tienen éxito, ello se debe a que son parasitarias obras de arte. Y lo que son lo han conseguido gracias a una tradición que ellas mismas ya no pueden profesar o sostener. No obstante, obras como estas hacen que nos acerquemos a los grandes temas de los que se ocupa la religión. Sus respuestas pueden resultar más borrosas y su fidelidad más tímida que lo que hubo antes, pero al menos tratan de hablar de las mismas necesidades y de las mismas verdades. La corriente más original del arte europeo es la que trata de los traumas que subyacen en el Continente. Esto forma parte de la tradición actual, pero al mismo tiempo también constituye una completa parada.

Incluso antes de la Primera Guerra Mundial hubo una corriente en la música y en el arte europeo —en Alemania más que en ninguna parte— que partió de la madurez a una sobre-madurez, y después hacia otra cosa. Los últimos compases de la tradición romántica austro-alemana —ejemplificada por Gustav Mahler, Richard Strauss y Gustav Klimt— casi parecieron haberse destruido a sí mismos para alcanzar un tono de madurez del cual nada podría seguir más que un fracaso completo.

Esto no se debía simplemente a que el material que trataba esta corriente artística estuviera tan obsesionado por la muerte, sino a la tradición sentida como si no se pudiera llegar a algo más, o a innovar alguna otra cosa sin quebrarla. Y de ese modo se quebró, cayendo en el modernismo y, posteriormente, en el posmodernismo. Hay la sensación de que desde el pasado y exitoso arte europeo, y del alemán en particular, este solamente ha podido seguir existiendo con los restos de aquella gran explosión, sin que se pueda encontrar otra salida.

Los artistas visuales más importantes de la posguerra alemana han realizado sus carreras trabajando en medio de los escombros de la catástrofe cultural. Tanto si son famosos porque la abordan, o la abordan para conseguir la fama, resulta llamativo que los artistas más renombrados sigan inmersos en aquel desastre. La carrera artística de Gerhard Richter, por ejemplo, nacido en 1932, empezó realmente en los años 60 con una serie de óleos y acuarelas tomadas de fotografías ya existentes. Algunas de sus obras eran más fáciles de ser comprendidas que otras. Entre las más evidentes y famosas de ellas se encuentra el inolvidable cuadro, realizado a partir de una fotografía, de un hombre ligeramente cojo vestido con un desastrado uniforme nazi, que lleva por título *Uncle Rudie* (1965), (*Tío Rudie*). Otros cuadros se refieren a temas igualmente ominosos, aunque el espectador no conozca el tema de que se trata. *Herr Heyde* (1965) solamente muestra a un viejo que se mete en un edificio, perseguido por un policía. Pero incluso aun cuando no sepamos nada del nombre, no necesitaríamos que se nos dijera que el cuadro se refiere a Werner Heyde, un médico de las SS que fue capturado tras pasarse cerca de quince años huyendo, y que se suicidó en su celda de la prisión. Otros, como la *Familie Liechti* (1966) muestran unos trazos más borrosos. ¿Estamos buscando una familia de verdugos o de víctimas? En cualquier caso, ellos vivieron en aquellos años. Algo debió de haberles sucedido. Más allá de la habilidad técnica, el talento de Richter a la hora de captar la realidad a través de estos cuadros se refleja en el hecho de que un manto está cubriendo todo lo acaecido durante el tiempo en que fueron pintados. Un manto de culpa y de condena, como una niebla, cubre toda la cultura alemana de esta época[6].

Lo mismo sucede con la obra de Anselm Kiefer. Nacido trece años después que Richter, en el mismo año en que concluyó la Segunda Guerra Mundial, su obra está dedicada, de forma más obvia, a recordar la cultura en el naufragio de su propia destrucción. Su vasto *Interior* (1981), al igual que la obra de Richter de los años 60, recuerda obviamente el horror. En este caso el visitante que contempla el cuadro por primera vez probablemente pueda adivinar, por la grandiosidad del cuarto y el tratamiento de la imagen —la vista abrumadora del techo de cristal, las impresionantes paredes del gran recibidor— que se trata de una sala nazi. Una visión más detallada nos indica que en realidad es uno de los despachos de la Nueva Cancillería del Reich, diseñada para Hitler por Albert Speer. Pero la sensación de que es la vista panorámica (la pintura tiene unos nueve metros cuadrados) de una sala en la cual ha sucedido algo terrible, resulta algo tan obvio como descubrir al culpable en un careo policíaco. Otras obras más recientes, como *Ages of the World (Las edades del mundo)* también constituyen cuidadas descripciones de una ruina social. En este caso, las lonas desgarradas se ven apiladas sobre más lonas desgarradas, en medio de un amasijo de desechos y metales retorcidos. Es como si después de la catástrofe se pudiera hacer poco con todo eso, excepto considerar el hecho de que todo es efímero, de que todo puede ser destruido y que casi nada puede ser salvado[7].

Lo que viene tras este completo paro en la tradición es algo que nadie puede contar. Una de las razones por las que parece resultar tan difícil para los artistas ir más allá de la catástrofe, no se encuentra simplemente en la equivocación, tanto de la política continental como del arte, sino en el miedo (que casi se abastece a sí mismo) de que la política se vuelve errada, porque el arte también ha errado. Por supuesto que esto concluiría en una cierta reticencia, como el miedo que existe en el tema que estamos tratando.

De momento, el mundo de la eximia cultura permanece aislado de la amplia escena del crimen europeo. Tanto los artistas como otros profesionales pueden revolver entre los escombros para hacer un cálculo sobre lo que ha sucedido. Pero saben que cualquier continuación de la tradición corre el riesgo de remover las brasas y hacer que vuelva a producirse el crimen. La única respuesta es concluir que lo que ha sucedido

se produjo a pesar de que el arte, y en otras palabras ese arte en especial, no tuvo absolutamente impacto sobre la cultura. Si eso es así, y realmente el arte no hace que las cosas sucedan, entonces en el análisis final la cultura carece de toda importancia. Al final esto es una explicación de por qué el mundo artístico juega corrientemente los mismos juegos de la fácil deconstrucción en los que se ha ocupado la academia. Y por qué, en parte, el arte importado de Nueva York, ese arte irónico, ingenuo o de insinceridad guasona, llena tantas galerías y se vende por sumas de dinero tan enormes.

Estos tres movimientos del arte contemporáneo —lo parasitario, lo obsesionado y lo insinceramente estudiado— no son aberraciones de la cultura. Todos ellos representan la cultura demasiado bien. El primero no puede sostenerse en sí mismo, el segundo aparece con tal carga opresiva que nadie logra quitársela de encima y el último carece de sentido. Podemos testimoniar los resultados que todo esto ejerce sobre nosotros. Vaya usted a cualesquiera de las ciudades mencionadas en este libro y encontrará ese acto de liberación apresurada.

Aunque algunos conciertos tengan lugar normalmente en ciertas ciudades, en todas partes existe el intento de acomodar los cambios que se están produciendo. Cierta noche en Malmö, el único concierto que se daba en la ciudad era un concierto-fusión que tenía algo que ver con el falafel[*]. La cultura debiera reflejar el estado de la sociedad, y la sociedad ha cambiado. Los programas del concierto reflejaban todo esto, del mismo modo que lo hacía el vado de las sinagogas. Ambas eran demostraciones de lo que estaba sucediendo, y sugerían de modo adecuado los tiempos que estamos viviendo.

El hecho de esta transición, el paso de una cultura a otra cosa, es la mayor refutación posible de las suposiciones hechas por las recientes generaciones. En contra de todos los presupuestos y expectativas, la gente que viene a Europa no se adhiere a nuestra cultura llegando a formar parte de ella. Ellos traen su propia cultura. Y lo hacen así en el momento preciso en que nuestra propia cultura se encuentra a punto de perder la fe en sí misma. De hecho se ve con cierto alivio el que muchos europeos den la bienvenida a semejante circunstancia, que felizmente va cambiando con los tiempos, que se impregna de ella o que cambia por completo.

UNA LUCIDEZ DEPRESIVA

Nadie sabe, por supuesto, qué es lo que vendrá. Podría suceder que la situación presente se prolongue durante bastante tiempo. O podría ser que todo cambie y que la marcha a través de ese vacío espiritual y cultural experimente un cambio excepcional. Una de las razones por las que Michel Houellebecq pueda haber incidido en el hecho de ser el escritor de nuestro tiempo, no es que sea el cronista y ejemplo de un nihilismo total, sino que ha sugerido de forma persuasiva y contundente lo que pueda suceder.

Para Houellebecq y sus personajes la vida es un trabajo inútil y solitario, carente de interés, de alegría o de comodidad, al margen de un trabajo ocasional, conseguido generalmente de forma prostituida. El hecho de que el cronista de semejante existencia pueda haber sido premiado por sus colegas con el Premio Goncourt, entre otras recompensas, quizás resulte menos sorprendente que el hecho de que un escritor así haya podido llegar a ser tan popular. Durante casi dos décadas sus libros han sido *best sellers* tanto en Francia como en otros países.

Cuando los libros se venden tan bien —especialmente cuando tienen calidad, y no son mera bazofia literaria— es porque hablan de algo que concierne a nuestro tiempo. Puede tratarse de una versión extrema de nuestra existencia presente; pero incluso la naturaleza vigorizante del nihilismo de Houellebecq no sería una atracción suficiente si sus lectores no lograran, al menos, un destello de su autoreconocimiento.

Su primera novela importante, *Atomizado* (1998), traza lo que constituye un escenario en el que se describe una sociedad y un conjunto de vidas que carecen del menor propósito. Las relaciones familiares están envenenadas, cuando no están ausentes. La muerte, y el miedo que engendra, llena el espacio que en otro tiempo se dedicó al tema de Dios. En un cierto momento de la novela, el protagonista, Michel, se queda en cama durante dos semanas, preguntándose mientras fija la mirada en un radiador de la calefacción, «¿Durante cuánto tiempo continuará la civilización

occidental sin religión?». Naturalmente, no se produce ninguna revelación, excepto la continua mirada al radiador.

En medio de lo que se describe como «lucidez depresiva» no hay —aparte del sexo— ningún momento de placer. Christine, con la que Bruno ha estado teniendo una conversación vacilante y carente de sentido, interrumpe el silencio sugiriendo que se vayan a una orgía en una playa nudista. El estado filosófico de su cultura se ha desvanecido y se ha visto como sumergido bajo su propia carencia de sentido. En un cierto momento de la obra podemos leer: «En mitad del suicidio de Occidente, está claro que no tenían otra oportunidad». Aunque las alegrías del consumismo ciertamente no son suficientes, pueden proporcionar diversión. Mientras se supone que Bruno está preparando la ceremonia de la incineración del cuerpo de su madre, se pone a jugar en una maquinita. «Final del juego», dice la máquina, y toca una «encantadora tonada».

Aunque los temas y personajes de *Atomizado* se repiten en *Plataforma* (publicada por primera vez en inglés, en 2002) también tienen algo en qué centrarse. De nuevo el sexo gráfico, las repeticiones y variaciones de lo mismo, constituyen la única luz en la penumbra. Valerie, una mujer que desea hacerlo todo en el sexo con el personaje principal, Michel, constituye un buen hallazgo y una fuente de esperanza. Aún así, los genitales —según se deja claro— constituyen una «magra compensación» de la desgracia, brevedad y sinsentido de la vida. No obstante, en *Plataforma* se impone otra visión en los personajes de Houellebecq.

Tras concluir su puesto como funcionario, Michel se lleva de vacaciones a Tailandia, a Valerie. Odia la decadencia del turismo y de los que lo practican, aunque también sea él uno de ellos. Cierto día unos terroristas islamistas —que también desprecian la decadencia que ven, pero que tienen una idea clara de lo que han de hacer al respecto— asaltan la playa y masacran a muchos turistas, entre los que se encuentra Valerie. A partir del 2002 los ataques terroristas consideraron este particular escenario de Bali como algo clarividente. Pero lo que Houellebecq pudiera haber obtenido de este hecho se vio mitigado por el problema que el libro produjo en Francia. Tras la masacre, el desprecio por el islam aparece claramente en este párrafo:

Es ciertamente posible seguir vivo, sintiéndose animado simplemente por el deseo de venganza; mucha gente ha vivido de ese modo. El islam ha arruinado mi vida, y el islam era ciertamente algo que yo podía odiar. En los días siguientes me dediqué a intentar sentir odio hacia los musulmanes. Era muy bueno en esto, y de nuevo empecé a seguir las noticias internacionales. Cada vez que me enteraba de que un terrorista palestino, de que un niño o un mujer palestina embarazada habían muerto de un disparo en la Franja de Gaza, sentía un estremecimiento de entusiasmo por el hecho de que era un musulmán menos. Sí, es posible vivir con tales sentimientos.

Por este párrafo y por otros juzgados asimismo ofensivos, expresados en entrevistas y en su obra *Atomizado* (en donde un personaje describe al islam como «la más estúpida, falsa y oscura de todas las religiones»), Houellebecq se encontró con que era la diana de los procedimientos legales de Francia. Tanto si fue por este motivo, o por el deseo, citado a menudo, de reducir sus impuestos, Houellebecq abandonó Francia para residir en Irlanda.

Quizás fue la estupidez lo que le ahuyentó. Después de todo, aquel que realmente lea a Houellebecq —al contrario de aquellos trabajos que se consideran ofensivos— podría ver que los personajes de sus novelas resultan infinitamente más duros en sus críticas y desprecio del Occidente moderno que de los preceptos y proclamas del islam o de los musulmanes. El desprecio de Houellebecq no tiene fronteras, incluyendo a los homosexuales, heterosexuales, chinos y la mayoría de las nacionalidades. Llevar a Houellebecq a un juzgado por mostrarse violento con los musulmanes fue la demostración de un torpe juego de cartas, pero también mostró una ignorancia literaria. No solamente por llevar a un autor ante los tribunales por sus expresiones, sino por el hecho de que la burla o el desprecio de Houellebecq va más allá de las súplicas y los gemidos de los grupos especialmente interesados: es una rabia y un desprecio dirigidos contra esta época y contra la especie humana en su conjunto.

Sin embargo, por grande que sea la pirotecnia y la acrobacia en una literatura de esta índole, sucede siempre que en algún momento o madura o se queda en nada. La evidencia de que Houellebecq no iba a quedarse en

nada llegó con *El mapa y el territorio* (2010), la historia de un artista que se hace fabulosamente rico gracias a un trabajo ocasional. La riqueza le permite retirarse de una Francia condenada, para crear en un futuro inmediato una especie de parque temático cultural para los nuevos ricos rusos y los chinos superricos. La obra no es solamente una exploración de los tradicionales temas de Houellebecq (la vida de una familia disfuncional, el sexo vacío, la soledad), sino una profunda sátira de la cultura moderna. Incluye un devastador e hilarante autorretrato, una especie de recordatorio de la verdad que los críticos más salvajes siempre arrojaron sobre sí mismos. El artista visita al borracho escritor Michel Houellebecq en su remoto y poco atractivo retiro irlandés.

El autorretrato es notablemente preciso. Disoluto, alcohólico, depresivo y lleno de digresiones mentales, el retrato de Houellebecq en el *Mapa y el territorio* muestra una vida casi ofensivamente desecada. Es también una vida que genera enemigos. Un detalle curioso es que en un cierto punto de la novela se encuentra a «Houellebecq» muerto, decapitado, despellejado y mutilado. En el 2016 semejante escena adquiría unos tonos muy poco divertidos.

Sumisión fue publicada el siete de enero de aquel año. Incluso antes de su publicación había causado una controversia política y crítica. El argumento se refiere a los políticos franceses hacia la década de los años 2020. El presidente François Hollande está llegando al final de su desastroso segundo mandato. El partido del Frente Nacional, de Marine Le Pen, está encabezando las encuestas. La derecha moderada del UMP (Unión para un Movimiento Popular) colapsa, al igual que los socialistas. Pero otro partido ha surgido en los últimos años, un partido musulmán dirigido por islamistas moderados que gozan del apoyo de la cada vez más creciente población musulmana de Francia. Como sus avances se hacen progresivamente más notorios se le hace evidente a los otros partidos que la única forma de mantener al Frente Nacional alejado del poder es unirse tras el partido islamista. Lo hacen así, y el partido islamista gana las elecciones. Utilizando a algunos viejos franceses de la izquierda como cobertura, los islamistas se disponen a transformar Francia, no solamente tomando el control de la educación, sino transformando (con la ayuda de sustanciosos

fondos llegados del Golfo) todas las universidades públicas, incluyendo la Sorbona, en instituciones islámicas. De forma gradual, incluso el personaje más importante de la novela, J. K. Huysmans, ve el sentido que tiene el hecho de convertirse al islam.

En los pocos comentarios públicos que hizo sobre su libro, Houellebecq se mostró pesado al manifestar su admiración por el islam; otra demostración, quizás, de las intimidaciones y temores que se muestran en el libro. Se podía esperar que tales súplicas acabarían con las amenazas, si no llegaran a hacerlo las razones que se traslucían del libro. Entre los que atacaron y ridiculizaron a Houellebecq se encontraba la revista semanal *Charlie Hebdo*, por entonces poco conocida fuera de Francia. La revista —que tema una larga tradición de izquierda, de seglar, y de una iconoclastia clerical— había logrado llamar la atención internacional en los últimos años por sus caricaturas del profeta del islam (una arriesgada disposición en solitario, tras el asunto de los cómics daneses del año 2005). A pesar de los asaltos, amenazas legales y ataques con bombas incendiarias a su editorial de París, la publicación seguía mostrándose firme, como lo había sido anteriormente en sus críticas al Papa, a Marine Le Pen y a otros.

Estaban en vísperas del lanzamiento de la nueva novela con la caricatura de un Houellebecq, repugnante y con pinta de gnomo, en la cubierta de la revista, cuando en aquella mañana de un día de enero, dos pistoleros islámicos forzaron la entrada de la redacción del *Charlie Hebdo* de París y mataron a diez personas de la redacción y a dos policías. Cuando los pistoleros, musulmanes franceses entrenados en Yemen, abandonaron la redacción de la revista, se les oyó gritar: «Hemos vengado al profeta Mahoma y Allahu Akbar». Entre las víctimas de aquel asalto a la revista se encontraba el economista Bernard Maris, amigo íntimo de Houellebecq.

Los editores de Houellebecq anunciaron que su *tour* publicitario quedaba cancelado y que el propio autor había buscado un refugio secreto. Desde entonces ha estado acompañado siempre por guardaespaldas. Y aunque el Estado francés trata de protegerlo, de ningún modo lo ha hecho de forma intensiva. Inmediatamente después de los ataques a *Charlie Hebdo*, el primer ministro, el socialista Manuel Valls, hizo unas declaraciones en las que dijo, «Francia no es Michel Houellebecq… no es la

intolerancia, el odio ni el miedo». Obviamente, —a menos que lo hubiera hecho apresuradamente poco antes— el primer ministro no había leído la novela. Aunque no fuera asunto de un primer ministro el que la novela fuera provocativa, como lo era, *Submission* no es una mera provocación. Y resulta infinitamente más sutil y sofisticada que *El campo de los Santos*, de Jean Raspail, u otras novelas distópicas.

La vida del protagonista de esa novela, François, no es solamente un tipo seco, a la manera houellebequiana, es una persona que se encuentra dolorosamente necesitada de ayuda. A medida que la sociedad y la cultura francesa se van hundiendo en su entorno, se alzan ante él dos revelaciones particulares. La primera se produce como resultado de la decisión que adopta su novia, una chica judía, que decide abandonar Francia para unirse a su familia, en Israel. Tras un encuentro sexual, verdaderamente atlético, ella le pregunta qué va a hacer, especialmente ahora que la universidad lo considera cercano al partido musulmán tras llegar este al poder. «La besé suavemente en los labios, y ella dijo: "Ya no hay Israel para mí". No era un pensamiento profundo, pero eso fue así». De hecho, se trataba de un pensamiento muy profundo.

Pero el momento fundamentalmente espiritual de la novela se produce precisamente en las meditaciones de François sobre su pedante interés. Houellebecq (como muchos de sus críticos literarios) supone que sus lectores no están muy familiarizados con la obra de Huysmans, pero que un buen número de ellos han leído, o al menos han oído hablar, de *A rebours (Contra natura)*, uno de los textos centrales del decadente siglo XIX francés. Es el momento en el que la novela presenta a François cansado de su entusiasmo por Huysmans, como les sucede a muchos académicos después de haber superado su primer amor literario con otro tipo de lecturas y de preguntas parecidas. Pero la elección de Huysmans como una presencia constante en la novela es un punto importante porque, como se verá, François no solamente redescubre parte de su pasión por Huysmans, sino que también se enfrenta a uno de los retos centrales de la vida de este. Como muchos de sus decadentes contemporáneos de toda Europa, Huysmans terminó convirtiéndose al catolicismo. Es este un viaje que François trata de emular cuando todo se deshace en su en torno, mientras

las intimidaciones y después los esporádicos y fuertes estallidos de violencia se convierten en un lugar común en toda Francia.

François incluso vuelve al monasterio en el que Huysmans encontró su fe, y en el cual el joven François pasó algún tiempo en busca de su ídolo literario cuando era joven. Se sienta frente a la misma imagen de la Madonna, y sus meditaciones tienden hacia el mismo fin. Pero no puede hacerlo: tiene que regresar al origen, incluso puede abrirse al momento, pero no puede dar el salto necesario a la fe. Y por tanto regresa a París, y allí las autoridades universitarias —ahora islámicas— explican a François (al que han pensionado generosamente) la lógica del islam. Y no solamente la lógica que le permitirá regresar a la Sorbona si se convierte, sino la lógica que le hará ver otras particularidades de su vida. Tendrá esposas (hasta cuatro, y más jóvenes —si así lo quiere— de lo que desea normalmente). Y, por supuesto, formará parte, por primera vez, de una comunidad que tiene sentido. Podrá continuar disfrutando de más placeres de los pocos que ahora disfruta, y ganará mucho más dinero de lo que nunca llegó a pensar. A diferencia del paso requerido para hacerse católico, la lógica del islam es práctica y, en una sociedad madurada en la sumisión, se vuelve irrefutable. Y, por supuesto, el concepto más verdadero de la novela es la descripción de una clase de políticos que, a lo largo de su carrera, actúan de forma tan sutil que se los ve como «antirracistas» que han terminado adulando y, finalmente, entregando su país al peor y al más sutil y creciente movimiento racista de su tiempo.

Pero más importante que el análisis político, es el diagnóstico que se hace de la sociedad. Si existe una razón por la cual se pueda considerar a Houellebecq como el novelista más actual, es porque reconoce la hondura e importancia del problema al que se enfrenta la Europa Occidental. La coincidencia más favorable de su carrera es que su trabajo llegó a su madurez artística a tiempo para captar a una sociedad que se transforma en otra cosa. ¿Pero en qué? ¿En una mayor decadencia y barbarie, o en una salvación? Y si se trata de salvación, entonces ¿una salvación de qué clase, y de quiénes?

17

EL FINAL

Un año después de la gran decisión tomada por la canciller Merkel, tanto los políticos como las estrellas de los medios de comunicación, las celebridades del momento y otras personalidades, continuaron insistiendo en que Europa debía seguir acogiendo a los migrantes. La gente, incluyendo al público en general, que seguía cuestionando esta política, era por lo general juzgada como personas de frío corazón y, probablemente, racistas. Y por tal motivo, incluso un año después de que la situación europea fuera considerada catastrófica, las patrullas navales al sur del Mediterráneo seguían recogiendo a millares de refugiados. De hecho, según los datos suministrados por las propias agencias de la Unión Europea, el número de migrantes que llegó a Italia durante el mes de julio del 2016 fue un 12 % superior al de la cifra del mismo mes del año anterior. Un año después de la fecha que se había considerado como de mayor afluencia, más de diez mil personas fueron recogidas en las costas de África, en el espacio de cuarenta y ocho horas.

Siempre que los medios de comunicación informaban de estos hechos describían a los migrantes como «salvados» o «rescatados» del Mediterráneo. La mayor parte del tiempo los buques europeos se limitaban a acercarse lo más posible a la costa africana y recoger a los migrantes que iban en los botes que pocos minutos antes habían abordado. Pero el hecho era que realmente habían «salvado» y «rescatado» de las terribles

situaciones que les habían causado, en primer lugar, al exponer a los botes a un peligro de abordaje. Pero, como solía suceder, a ninguno de estos detalles se les concedía importancia.

Entre los detalles que no se mencionaban estaba el hecho de que entre la multitud de migrantes que querían llegar a Italia raramente se incluía a cualquier sirio que huyera de la guerra civil que asolaba su país. En lugar de eso, los rescatados eran, por lo general, jóvenes varones subsaharianos. Otro punto que podría mostrar cierto interés era que, fuese cual fuese el lugar del que estaba huyendo esa gente, no era posiblemente peor que el de los cientos de miles de otras personas que también hubieran deseado escapar durante los años anteriores.

Una vez que los migrantes habían sido «salvados», los caritativos europeos que pedían que continuara esta política iban perdiendo interés en las llegadas más recientes. Cuando la crisis llegó a su punto más álgido en el año 2015 mucha gente en Inglaterra, desde el líder del Scottish Nationalist Party hasta el secretario de interior del partido laborista, acompañados de numerosos actores y estrellas de *rock*, habían dicho a micrófono cerrado que acogerían a una familia de refugiados. Un año más tarde ninguna de estas personas lo había hecho. Al igual que lo que había sucedido con la generosidad y benevolencia durante la crisis, era fácil esperar que fueran otros los benevolentes para su propia comodidad, una vez que usted ya había dejado bien claro que estaba al lado de los pobres y oprimidos de la tierra. Las consecuencias de su benevolencia podían endosárselas a otros.

Los detalles reales continuaron siendo tan problemáticos y deficientemente resueltos como de costumbre. En el mes de septiembre del año 2016, un mes después de mi estancia en Lesbos, los migrantes del campo de refugiados de Moria quemaron el campo. La chispa que causó este incidente podía haber sido casi cualquier cosa. Los internos habían permanecido allí durante casi medio año, mientras que las naciones europeas, que todavía seguían insistiendo en la importancia de las misiones de rescate, cerraban sus fronteras y dejaban que fuera Grecia la que se encargara de las consecuencias del rescate. Habían corrido rumores por el campo de una repatriación inminente a Turquía. Otros decían que las

revueltas que habían causado el incendio del campamento se debían a las quejas por las colas del suministro de alimentos. En realidad hubiera podido ser debido a estos problemas o a la violencia interétnica que siempre estaba a punto de estallar. Un vídeo tomado en el campo durante los incendios incluía gritos de «Allahu Akbar».

La semana posterior al incendio de Moria yo me encontraba de nuevo en Alemania. Por todas partes se hacían visibles las consecuencias de la decisión tomada por la Canciller el año anterior. Los programas televisivos incluían un *show* humorístico en el que tomaban parte migrantes que entretenían a una pequeña audiencia de alemanes. Los migrantes estaban poniendo rostro humano al espectáculo, y su audiencia se mostraba sumamente inclinada a vivir la experiencia. Pero el estrellato televisivo no era la realidad de lo que sucedía con el abrumador número de recién llegados. En el sótano de una iglesia evangélica-luterana, situada en los suburbios de Berlín, me encontré con catorce refugiados que vivían en camastros. Todos eran varones de veintitantos años de edad, procedentes principalmente de Irán, y llegados en el año 2015. Uno de ellos afirmó haber pagado mil doscientos dólares para cruzar el mar hasta Grecia, y después había llegado hasta Noruega, pero no le gustó lo que vio allí. Esta gente aseguraba haberse convertido al cristianismo, motivo por el cual la iglesia les había dado cobijo. Aunque lo que afirmaban pudiera ser sincero, el negocio de las conversiones se había convertido por entonces en una estafa bien conocida. El convertirse al cristianismo casi aseguraba que la solicitud de asilo fuera aprobada.

En el Bundestag tuve la oportunidad de hablar con un miembro del Parlamento que era uno de los mayores partidarios de la canciller Merkel y de su visión de la crisis. Se refería al tema como un problema tan solo burocrático. La carencia de alojamiento, por ejemplo, no era «una catástrofe, sino tan solo una tarea a resolver». ¿Cómo podría lograrse que el país asegurara una mejor integración? Los migrantes asistían, por lo general, a cursos de sesenta horas en las que se les hablaba de los valores alemanes. El miembro del Parlamento con el que hablé pensaba que la duración de esos cursos debería aumentarse a cien horas. Lo más sorprendente, como había oído en Alemania durante años, era su creencia

en que los ciudadanos alemanes eran los únicos que tenían estos problemas. Sobre los que se referían al cambio de residencia, él aseguraba que «se emplea mucho tiempo en *blogs* y poco en la realidad». Y cuando le pregunté sobre las actividades criminales de los migrantes me manifestó que «los refugiados son menos delincuentes que la mayoría de los alemanes».

Por lo que se refiere al hecho de aceptar a un millón de personas en un año, el miembro del Parlamento me dijo: «No es una cantidad muy grande». En un determinado momento de la conversación afirmó «imagínese que hay ochenta y cinco personas sentadas en esta sala y alguien llama a la puerta. Se trata de una persona que nos dice que si permanece en el pasillo la matarán. ¿Qué podemos hacer? Naturalmente, la dejamos entrar. ¿Y qué haría usted, me pregunto, si después de dejar entrar a ochenta y dos personas en la sala vuelve a producirse otra llamada a la puerta? ¿Debo dejar pasar a la persona que hace el número ochenta y seis? Ciertamente, dice el miembro del Parlamento. No existe razón por la cual la puerta no deba abrirse. Así que tuvimos que cambiar el rumbo».

En el año 2015 Alemania dio prioridad a las peticiones de asilo de los sirios. ¿Por qué, pregunté, siguiendo las preguntas que los afganos de Lesbos me habían hecho a mí, ha de concedérseles prioridad a los sirios? ¿Por qué no debiera Alemania dar prioridad también a los afganos? ¿Y qué sucede con los demás? No cabía duda de que la situación de Eritrea y de otros muchos países africanos era mala. Pero ¿qué se podía hacer con la gente que me había encontrado procedente del Lejano Este, de Birmania, de Bangladesh y de otras partes? ¿Por qué no debiera Alemania dar prioridad también a esos otros pueblos?

El miembro del Parlamento parecía exasperarse con lo que consideraba que era un problema meramente teórico. La situación, insistía, no constituía un problema real y, por consiguiente, no requería una respuesta. Además, la gente ya no venía a Alemania en esas cantidades, por lo que no era necesario considerar semejantes escenarios. Esto fue —debo admitir— el momento más fulgurante de todos mis viajes. Porque este miembro del Parlamento alemán, hablando a finales del año 2016, debiera haber conocido lo que cualquier lector de un periódico sabía; es decir, que el flujo

de migrantes no había disminuido porque hubiera disminuido la necesidad de migrar. En realidad, había disminuido porque los gobiernos europeos —y el gobierno alemán, en particular— habían cambiado los hechos sobre el terreno. Si existía una razón por la cual en el año 2016 las cifras se habían reducido en varios cientos de miles desde el año anterior, eso era debido a dos cosas. En primer lugar por el tratado que la Unión Europea (dirigida por el gobierno de Alemania) estableció con el gobierno de Turquía a primeros de año, por el que pagaba a los turcos para que mantuvieran a los migrantes en su territorio, e impidieran a los barcos partir hacia Grecia. Y en segundo lugar porque, calladamente en algunos casos, pero de forma más ruidosa en otros, las fronteras de Europa se habían visto reforzadas. Y no todas estas decisiones habían sido mal vistas por los alemanes. El reforzamiento de la frontera macedonia resultó de gran ayuda al gobierno alemán, creando una especie de cuello de botella de emigrantes que habían llegado a Grecia, y asegurándose de que no tuvieran la oportunidad de pasar a Alemania o a otros países en la misma cantidad que el año anterior.

Insatisfecho con estos razonamientos, presioné a mi parlamentario. Él tenía que saber, al igual que sus colegas, que la razón por la que había disminuido el flujo migratorio era debido a dos factores. Si Alemania se preocupaba tanto, como decía, por los oprimidos, por los asediados y por las víctimas de las guerras del mundo, entonces existían evidentes soluciones para su preocupación. Alemania no necesitaba tener que pagar a Grecia por lo que hacía. ¿Por qué no fletaba ella misma aviones que pudieran traer a los migrantes desde las islas griegas y llevarlos directamente hasta Berlín? Si el país más poderoso de la Europa Occidental realmente aborrecía la reinstalación de las fronteras —como solía proclamar— entonces no permitiría que semejantes fronteras constituyeran un impedimento para su activismo humanitario. Una serie masiva de vuelos chárter desde los extremos de Europa hasta su centro constituirán claramente la respuesta.

Mi interlocutor no garantizaba esta propuesta, y eso era en donde la realización del proyecto fracasó, pues incluso esa gente —la más pro Merkel, la más promigrantes y los miembros del Parlamento— no se comprometió. Y de este modo nos encontrábamos en el mismo filo del

problema. Mi interlocutor deseaba ayudar a todos los migrantes, condenaba también las fronteras y, al mismo tiempo, deseaba que el flujo migratorio se viera reducido de forma voluntaria. Esta era la forma en la que su conciencia y su instinto de supervivencia encajaban. Procurando que los migrantes sencillamente no vinieran; es decir, estableciendo una política que les impidiera venir, era posible seguir mostrando una política humanitaria y seguir en el poder. El hombre había hecho un pacto consigo mismo que muchos otros alemanes también estaban empezando a hacerse.

Sorprendentemente, las noticias de Alemania no viajaron muy lejos. El coste de tener reporteros en el extranjero, aún cuando solamente fuera un corresponsal a tiempo completo en otra ciudad europea, explica ese hecho. Como lo es también la aparente disminución del interés público por las noticias, en contraposición con otras de cotilleo y de entretenimiento. Por supuesto que las elecciones gubernamentales están en primera línea, porque son acontecimientos inevitables. Pero en un Continente que pretende estar interconectado, las noticias reales de lo que sucede raramente viajan de un país a otro. Sin embargo, como sabe quien conoce Alemania, las noticias normales, que no suelen ir más allá de la prensa alemana, revelan un país que se tambalea hacia el desastre.

Las noticias de un día cualquiera del mes de septiembre del año 2016 pueden ser un ejemplo suficiente. Las páginas de cabecera —como los canales de noticias— comentaban la explosión de unos artefactos en una mezquita de Dresde. No se trataba de un acontecimiento poco común, no había habido heridos y el edificio de la mezquita no había sido seriamente dañado. Aunque fuera desagradable, los medios saben cómo tratar esta clase de noticias Se trata de expresar los resultados de la intolerancia de cualquier clase, y de la intolerancia antimigrantes en particular. En las páginas centrales, lejos y sin grandes titulares, se daban otras noticias que resultaban incluso más rutinarias. Se habían producido enfrentamientos violentos en una pequeña población entre una banda de motociclistas alemanes y otra de migrantes. Estos últimos habían aplastado a la banda de motociclistas antes de que hubiera llegado la policía. No se hacían grandes comentarios sobre la violencia desatada.

En otra noticia se mencionaban los hechos acaecidos el día anterior en un centro de acogida. En la tarde del 27 de septiembre, un migrante llamó a la policía desde un centro de acogida de Berlín para informar que había visto como otro migrante estaba abusando de una niña en unos matorrales. Llegaron tres policías y todavía encontraron en los mismos matorrales en que se había cometido la violación de la niña de seis años a un joven pakistaní de veintisiete. Uno de los policías apartó a la niña, mientras sus dos compañeros esposaban al pakistaní y empezaban a meterlo en la parte trasera del coche policial. Mientras estaban procediendo a hacerlo llegó corriendo desde el centro de acogida el padre de la niña —un iraquí de veintinueve años— portando un cuchillo. La policía le dio el alto, pero evidentemente no logró detener el deseo de venganza del padre de la niña, El policía disparó al hombre, matándolo. Los comentarios de los periódicos se extendían sobre cuestiones burocráticas de si la policía había obrado adecuadamente[1]. Pero ninguno de ellos comentaba que estos hechos, que habían cambiado de forma irrevocable y azarosa unas vidas, fuera algo más que lo que podía constituir la existencia diaria en la nueva Alemania.

Ni tampoco se podía apreciar que esta nueva Alemania se hallase en un Continente que ahora resultaba irreconocible. En ese mismo mes de septiembre, en las vísperas de las festividades judías de Rosh Hashanah y Yom Kippur, se realizó una encuesta sobre las actitudes que mostraban los judíos europeos. Este trabajo, llevado a cabo por dos organizaciones judías, analizaba las actitudes de las comunidades judías, desde Inglaterra hasta Ucrania. Se encontró que, a pesar de haberse incrementado las medidas de seguridad en las sinagogas de todo el Continente, el 70 % de los judíos europeos afirmaba que trataban de evitar su asistencia a la sinagoga. En el año 2016 el miedo al antisemitismo y a los ataques terroristas, mantenía a la mayoría de los judíos europeos lejos de las prácticas de su religión[2].

En el mes de septiembre, los alemanes tuvieron finalmente una oportunidad para poder manifestar sus sentimientos sobre lo que su Canciller había hecho al país. Los votantes de Berlín dieron al CDU[*] los resultados más bajos en la capital, obteniendo tan solo el 17,5 % del voto. Mientras tanto la AfD[*] entraba en el Parlamento de la capital por primera vez, después de recibir el 14,1 % de los votos. Esto significaba que el nuevo

partido se encontraba representado en la mayoría de las regiones del país. El AfD era un partido muy fuerte de la antigua Alemania del Este que pretendía adscribirse a las condiciones socio-económicas comparativamente más bajas que existían en aquella zona. Otros factores —tales como la posibilidad de que, al igual que el resto de los habitantes de la antigua Alemania del Este, sus habitantes recordaran algo que sus compatriotas del Oeste habían olvidado— raramente se discutían en los medios. Lo que la Canciller había hecho era algo que estaba condenado por la derecha. Y que cualquiera que pensara de otra manera —incluyendo al público en general — podía tener alguna extraña y momentánea razón para no verlo todavía.

Sin embargo, estas conclusiones trataron de arrancar una extraña concesión de la antigua hija de la Alemania oriental. Aquel mes ella dijo lo que los medios de comunicación de todo el mundo consideraron una especie de «*mea culpa*». De hecho, las palabras que empleó, tras el colapso de su Partido en Berlín, tenían todos los visos de una cosa así: «Si pudiera hacerlo, rebobinaría el tiempo en muchos muchos años», decía la Canciller, «de forma que pudiera prepararme mejor, preparar a todo el Gobierno y a todos cuantos se encuentran desempeñando un puesto de responsabilidad, para esa situación que no nos cogió preparados en el verano del año 2015». Pero, evidentemente, la situación no los había cogido poco preparados. Alemania —como cualquier otro país europeo— había estado viviendo la inmigración masiva durante años. También había venido viviendo durante décadas el colapso del control de sus fronteras, una laxitud en las repatriaciones de los falsos solicitantes de asilo y un fallo a la hora de integrar las nuevas llegadas. Todo esto era lo que la Merkel había permitido en 2010. Si su discurso sobre el «multiculturalismo había fracasado», no se hubiera quedado tan solo en palabras, y le habría proporcionado a Alemania un buen principio para preparar el tsunami de la integración que vendría cinco años más tarde. Pero no fue así, y todo se había quedado en palabras.

En el mes de septiembre de 2016 la Canciller reconoció que su frase del año anterior, «Wir schaffen das», («Podemos hacerlo») era tan solo un eslogan, casi una fórmula vacía de contenido, que había infravalorado la dimensión del reto. Semejante declaración había sido tan solo un juego de palabras, como admitió ante la prensa uno de sus propios colegas del

Parlamento, y de su mismo partido. Esta persona insistía en que: «El Gobierno ha estado acertado en su política durante algún tiempo, pero nuestra comunicación debe ser mejor. Parece que ahora la Canciller ha aceptado esto». La manifestación del «*mea culpa*» resultó electoralmente útil para el CDU. Pero no se vieron muestras de un serio remordimiento por todo lo que se le había impuesto al país. Según lo que Merkel también manifestó en la misma conferencia de prensa, —unas declaraciones que fueron poco citadas—, lo que había estado «absolutamente acertado» había sido el aceptar a más de un millón de migrantes el año anterior. No obstante, «Hemos aprendido de la Historia. Nadie, incluyéndome yo misma, quiere que se repita esta situación[3]».

Sin embargo, se diría que las únicas lecciones que Alemania hubiera aprendido de la Historia fueran las habituales, y las de ochenta años antes. En la víspera del éxito del AfD en las elecciones de Berlín, el alcalde de esta ciudad, Michael Müller, perteneciente al ala izquierda del SDP, advirtió que los resultados obtenidos por el AfD «serían vistos por el resto del mundo como una señal del retorno de la derecha y de los nazis a Alemania». Por todas partes en Europa se hacía la misma advertencia, tras cada acontecimiento de esta índole.

En el mismo mes en que se celebraban las elecciones regionales en Alemania, un año después de que esta nación abriera sus puertas a la emigración, el gobierno británico anunció que iba a ser necesario instaurar una mayor vigilancia en Calais, cerca del gran campo de refugiados que había allí. Se construyó un muro de un kilómetro para proteger el paso a Inglaterra, y de modo muy especifico para impedir que los migrantes trataran de meterse en los camiones que iban camino del Reino Unido.

En respuesta a esta medida la senadora francesa y vicedecana del Senado en el Comité de Asuntos Exteriores, Nathalie Goulet, dijo: «Eso me recuerda el muro que se construyó en el gueto de Varsovia durante la Segunda Guerra Mundial». Y tras ese vergonzoso calificativo que recordaba a los nazis, llegó el comentario de que las fronteras formaban parte de la Historia. «El crear murallas es algo que ha sucedido siempre a lo largo de la historia», explicaba la señora Goulet. «Pero, al final, la gente encuentra una forma de rodearlas, o bien dejan de tener el menor efecto. Veamos la Gran

Muralla de China; ahora los turistas pasean por ella y le hacen fotografías[4]».

En Inglaterra el tema de lo sucedido en Calais fue uno de los más discutidos. Teniendo en cuenta que había alrededor de unas seis mil quinientas personas en el campo la mayor parte del tiempo, una solución del tipo de la tomada en Calais no parecía la más adecuada. Todo lo que se necesitaba —argumentaban los activistas y los políticos de todas las tendencias— era tomar una buena decisión al respecto, y el campo quedaría vacío. Esto constituía el gran fallo en el microcosmos europeo. Si se pudiera admitir esa cantidad de personas en el Reino Unido el problema quedaría resuelto, o al menos eso era lo que parecía. Nadie se paró a pensar que una vez el campo quedara vacío, volvería a llenarse de nuevo. Había que tener en cuenta que seis mil quinientos migrantes era la cifra promedio que recibía Italia en un solo día.

Mientras que tanto los gobiernos inglés y francés discutían sobre quién era el responsable de la situación que había en Calais, los migrantes se ocupaban, día y noche, en poner petardos en los camiones y automóviles que se dirigían a Inglaterra, con la idea de que los vehículos se vieran obligados a parar, y pudieran meterse de polizones en su travesía del Canal.

Todo cuanto tenía que ver con los debates sobre Calais, como había sucedido durante décadas con cualquier otro tema, estaba hecho con escasez de miras y a corto plazo. Cuando el gobierno británico acordó aceptar un cierto número de los niños migrantes que estaban en el campo de refugiados y que no venían acompañados, las fotografías de los recién llegados aparecieron en los periódicos. Algunos de esos «niños» parecían claramente adultos, aparentando treinta y tantos años. Uno de los diputados *tory* sin cargo oficial, David Davies, señaló esta circunstancia y sugirió que se hicieran pruebas dentales para determinar la edad. Todos los medios y la clase política se le echaron encima. Algunos locutores de la televisión tuvieron la ocurrencia de invitar a Davies a sus programas, en donde lo criticaron duramente. Otros miembros del Parlamento afirmaron que les desagradaba profundamente el tener que sentarse en el mismo Parlamento que Davies. De repente, el debate se centró en el hecho de si era «racista» hacer pruebas dentales a la gente. Una prueba para determinar la edad, que

venía utilizándose en todo el Continente fue considerada, de golpe, como una barbarie inimaginable. Finalmente se estableció un consenso en el que se consideró que lo mejor que se podía hacer era invitar a los migrantes a que vinieran. Pero lo delicado del asunto era establecer unas cifras límite. O incluso reforzar las leyes ya existentes. A medida que continuaban los debates, el Gobierno sopesó los pros y contras de establecer un límite, y decidió dejar las cosas tal como estaban.

Evidentemente, los migrantes que habían llegado hasta Calais tratando de entrar en Inglaterra se habían saltado a la torera todas las leyes de la Unión Europea para poder llegar hasta allí. No habían solicitado asilo político en el país de entrada, ni tampoco se habían sometido al Tratado de Dublín; pero, de todos modos, habían logrado llegar al norte de Francia. Al aceptarlos, el gobierno británico creyó que estaba haciendo una buena obra. De hecho, estaba recompensando a la gente que había roto la mayoría de las normas, y había saltado por encima de todos aquellos migrantes que cumplían con los requisitos legales. Esto constituyó un precedente que había estado vigente durante años pero que, en todo caso, era un precedente muy poco inteligente. En todas partes se producían los mismos hechos. Estar del lado de los recién llegados era estar en el lado de los buenos. Defender a los europeos era ponerse del lado de los malos. Y durante todo el tiempo existió esa extraña impresión de que Europa estaba dejando entrar a una persona más en su cuarto. El hecho de que esa persona estuviera a punto de ser asesinada en el pasillo, se convirtió en algo que tenía importancia. Si sufría inclemencias, era pobre, o incluso era peor de los que ya estaban dentro del cuarto, tenía derecho a entrar. Europa no podía permitirse devolver a nadie. Y, de este modo, la puerta siguió abierta para cualquiera que quisiera entrar.

18

LO QUE PUDIMOS HABER SIDO

Con un correcto liderazgo político y moral, todo esto hubiera podido ser resuelto de forma diferente. La canciller Merkel y sus predecesores no se hubieran visto desatendidos ni faltos de ayuda, y habrían podido seguir otra senda desde el principio.

Hubieran podido empezar por preguntarse a sí mismos lo que Europa nunca se preguntó: ¿Puede ser Europa el lugar al que cualquier persona pueda ir y sentirse en ella como si fuera su hogar? ¿Puede constituir un paraíso para aquel que escape de la guerra? ¿Es asunto de los europeos proporcionar un mejor nivel de vida en nuestro continente a cualquiera que lo desee? A la segunda y tercera de esas preguntas los europeos hubieran contestado «no». Por lo que se refiere a la primera pregunta hubieran sentido una profunda incertidumbre. Por este motivo, los que apoyan la migración masiva —y que habrían contestado con un «sí» a las tres— hallarían conveniente especificar los límites existentes entre los que huyen de una guerra y los que lo hacen por otros motivos. Y, después de todo —podrían preguntarse esas personas—, ¿cuál es la gran diferencia entre los que corren el riesgo de morir a causa de una bomba, o morir de hambre?

Si la canciller Merkel, sus contemporáneos y sus predecesores, se hubieran hecho esas preguntas antes de transformar su continente, habrían podido consultar a Aristóteles, entre otros grandes filósofos europeos. De aquel habrían aprendido por qué esas preguntas parecen tan complicadas.

Tratarían de sopesar y buscar el equilibrio no entre lo que es bueno y lo que es malo, sino entre las virtudes que les corresponden: en esta ocasión «justicia» y «clemencia». Cuando tales virtudes parecen encontrarse contrapuestas, Aristóteles sugiere que una de ellas no ha sido bien entendida.

A lo largo de esta era de migraciones incontroladas, parece que la «clemencia» es la virtud que ha triunfado. Es la virtud a la que resulta más fácil rendir pleitesía, la única que ofrece los beneficios más suaves a corto plazo, y la única que resulta más admirada por la sociedad en la que se reciben tales beneficios. Naturalmente, pocas veces se pregunta cuánta clemencia hubo en realidad al animar a esa gente para que cruzaran el Globo y llegaran a un continente en el que había menos casas disponibles y menos trabajos, y en donde se los necesitaba todavía en menor medida. Sin embargo, la justicia —que logró acomodarse de algún modo a esa situación, si bien todas las otras leyes del Continente fueron pisoteadas— tenía sus propios derechos. Y si el llamamiento a la justicia para reforzar el Tratado III de Dublín, o las leyes sobre la repatriación, de fallida aplicación, habían parecido algo así como mero papeleo, con más motivos debiera producirse un llamamiento a una mayor justicia. El partido ausente en todo esto, y al que la justicia nunca tuvo en consideración, era el conjunto de los pueblos de Europa. Eran pueblos a los que se les habían dado las cosas hechas, y cuyas apelaciones —incluso cuando se podían expresar— nunca habían sido atendidas.

Con los grandes movimientos migratorios, las decisiones de Merkel y de sus predecesores habían invalidado todo derecho a la justicia. Los que pertenecían al ala liberal del espectro político europeo tenían razón al sentirse agraviados por la forma en la que tanto sus aduanas como sus leyes habían sido pisoteadas, y también por los interminables cambios de sus sociedades liberales: cambios que ponían en peligro los ecosistemas cuidadosamente equilibrados, que ahora afectaban a dichas sociedades.

Los liberales europeos podían haberse preguntado con toda razón si las sociedades, que son el resultado de largas evoluciones políticas y culturales, podían seguir sosteniéndose de aquella manera. Si las vanguardias de la era de la migración masiva incorporaban amenazas para las minorías religiosas,

sexuales y raciales; si debería haberse alertado más a los liberales de lo que se hizo, ante la posibilidad de que una política «liberal» inmigratoria pudiera perjudicar a sus sociedades liberales.

También pudo haberse producido un llamamiento de diferente índole, por parte de quienes mostraban una disposición más conservadora. Tal gente podía, por ejemplo, haber adoptado los puntos de vista de Edmund Burke, quien en el siglo XVIII tuvo la visión conservadora de que una cultura y una sociedad no son elementos que se deban adaptar a la conveniencia de las gentes que parecen estar ahora aquí, sino a un pacto profundo entre los ya muertos, los vivos y aquellos seres que todavía no han nacido.

Ante tal visión de una sociedad, y por grande que pueda ser el deseo de beneficiarla con la considerable ayuda de un trabajo barato, con una gama más amplia de gastronomías o con ayudas generacionales, usted sigue sin tener derecho a transformarla. Porque aquello que usted ha heredado, y que es bueno, debiera pasar a las generaciones siguientes. Incluso aunque usted considere que algunos de los puntos de vista de sus antepasados pudieran mejorarse. De ello no se deduce que haya que dejar a las siguientes generaciones una sociedad que pudiera resultar caótica, fracturada e irreconocible.

En el año 2015 Europa ya había fracasado en los aspectos más sencillos del problema inmigratorio. Desde el periodo de posguerra hasta los intensos movimientos migratorios del siglo actual, la naturaleza de la sociedad europea había experimentado cambios sustanciales, tanto en el confort personal, en una forma de pensar perezosa, como en una ineptitud política. Por consiguiente, no resultaba sorprendente que también fracasara en una prueba más dura, cual era el enigma migratorio a la que se refirió la canciller Merkel en su movido debate televisivo con la joven libanesa. Pero entonces surgió un cambio de opinión, cuando se hizo referencia a los millones (una referencia que era precisamente la opuesta a la que hacía la mayor parte de la gente, que aborrecía las multitudes aunque se apiadara del individuo aislado). La Canciller había interpretado mal las virtudes. Merkel podía haberse mostrado compasiva con aquellas personas que estaban pasando necesidad, al tiempo que no quería ser injusta con los pueblos de Europa. ¿Cómo se podía resolver este dilema?

La primera medida a tomar habría sido retroceder directamente al meollo del problema: principalmente al problema de para qué está Europa. Aquellos que piensan que está para atender al resto del mundo, nunca han explicado por qué semejante proceso solamente tiene una dirección: por qué cuando los europeos se instalan en cualquier parte del mundo son colonialistas, mientras que el resto del mundo que se instala en Europa es una gente noble y justa. Ni tampoco han explicado que el movimiento migratorio tenga otro fin que el de convertir a Europa en un lugar que pertenezca al resto del mundo, mientras otras naciones no se mueven de sus territorios y protegen sus pueblos. Estas ideas solamente han triunfado en la medida en que han mentido a los demás, ocultando sus verdaderos propósitos. Si los líderes de la Europa de Occidente hubieran dicho a sus respectivos pueblos en la década de los 50, o en cualquier otro momento, que el espíritu de la migración era alterar fundamentalmente el concepto de Europa y hacer de ella un hogar para el resto del mundo, entonces los europeos muy probablemente se habrían alzado y derrocado a sus gobiernos.

Incluso antes de que se produjera la crisis migratoria de los últimos años, el mayor reto existente fueron siempre los auténticos refugiados. Al igual que el pueblo, los líderes políticos mantenían continuamente opiniones contradictorias sobre los refugiados; opiniones conflictivas expresadas no solamente con los demás, sino entre ellos mismos. Nadie podía permitir que un niño se ahogase en las aguas del Mediterráneo, pero no era viable permitir que todo el mundo llegase a nuestras costas.

En el verano del 2016 estuve hablando en Grecia con dos personas llegadas de Bangladés. Una de ellas, un joven de veintiséis años, había atravesado India, Pakistán, Irán y Turquía para llegar a Lesbos. A lo largo de su viaje, según me dijo, había visto cadáveres por todas partes. Había gastado quince mil euros para hacer su viaje, y me confesó que había dejado Bangladés porque estaba metido en movimientos opositores al régimen gobernante. «Mi padre es director de un banco», me comentó, «por lo que no se trata de un problema de dinero. Es un problema que afecta a la vida. Todo el mundo quiere a su patria, pero nueve de cada diez personas están aquí porque quieren seguir viviendo». Sin embargo, la evidencia de

los hechos sugiere otra cosa, y en concreto que los atractivos económicos constituyen el mayor aliciente. No obstante, si cada una de las personas que vinieran a Europa lo hicieran por el inminente riesgo de muerte que correrían si regresaran a su país, Europa se vería obligada a admitir a millones, Así pues, los errores de la migración europea están basados también en otro error.

Algunos aseguran que la crisis no es básicamente un problema europeo, sino mundial; que incluso hablar sobre esto representa una manera eurocéntrica de ver las cosas. Pero no existe razón por la que los europeos no debieran ser, o sentirse, eurocéntricos. Europa es el hogar de los pueblos que la conforman, y tenemos derecho a sentirnos hogar-céntricos, de la misma manera que los americanos, indios, pakistaníes, japoneses y otros pueblos lo tienen. Y la demanda de que debemos concentrar nuestra energía en «resolver» los problemas del mundo es una forma desviada de ver las cosas. No es el poder de Europa el que ha de «solucionar» la situación en Siria. Mucho menos lo es regalar nuestra cooperación para mejorar el nivel de vida de la África subsahariana, resolver los conflictos mundiales, proteger los universales derechos liberales y rectificar todos los problemas de la corrupción política existente en el mundo. Aquellos que presentan todo esto como problemas que Europa debe solucionar debieran empezar por explicar su detallado plan para resolver el problema de Eritrea. O, al menos, buscar su localización en el mapa.

Cualquier político con poder y auténtico deseo de ayudar a los migrantes pudo decretar un determinado número de políticas adecuadas. Por ejemplo, podría priorizar la política de mantener a los migrantes en un país vecino a aquel del cual están huyendo. Expertos en el tema de la migración, entre los que se encuentran Paul Collier y David Goodhart, han explicado —antes incluso de que se produjera la crisis actual— la importancia de una política de tales características[1]. Esto impediría que se produjeran los retos culturales que actualmente se producen al animar a la gente a que viaje a un continente lejano y diferente. También permitiría a los migrantes a que pudieran regresar a sus hogares más fácilmente que lo que significa que tengan que volar desde lugares tan alejados.

A lo largo de la crisis de Siria, Turquía, Líbano y Jordania aceptaron un elevado número de refugiados. Tanto Inglaterra como otras naciones contribuyeron con ingentes sumas de dinero para ayudar a aliviar la situación en campos de refugiados y en otros lugares en los cuales los refugiados sirios están viviendo actualmente. Políticas de esta clase sugeridas por Collier para que los países europeos pagaran a los migrantes a fin de que pudieran trabajar en naciones de Oriente Medio (en los que, por razones de sentimientos locales, las leyes laborales a menudo impiden trabajar a los refugiados) hubieran resultado constructivas. Tales ideas se justificaban por la intención de que es mejor para un sirio trabajar en Jordania que no estar desempleado en Escandinavia.

Y lo que todavía es más: el dinero que un país como Suecia paga actualmente para alojar a inmigrantes en el país es una cantidad muy elevada, incluso si los problemas de los inmigrantes, y de los inmigrantes potenciales, fueran el único que tuviera el gobierno sueco. La escasez de alojamiento existente en Suecia —que, como sucede en el Reino Unido, está causada en gran medida por la inmigración— crea graves problemas al gobierno sueco. Y no son menos importantes los problemas económicos. En los países europeos del Sur, como Italia o Grecia, una solución temporal para los migrantes es alojarlos en tiendas de campaña. A causa del frío clima sueco cuesta entre cincuenta y cien veces más alojar a un migrante en una tienda de lo que costaría en Oriente Medio. Como ha señalado el doctor Tino Sanandaji, el coste de alojar a tres mil migrantes en un alojamiento temporal en Suecia, es superior a lo que costaría establecer un campo de refugiados en Jordania (que podría alojar alrededor de cien mil refugiados sirios)[2].

Otro tipo de política en la que los líderes europeos pudieron verse embarcados desde el principio fue la de asegurarse que las peticiones de asilo político fueran procesadas fuera de Europa. Por razones legales y organizativas no tiene sentido iniciar el proceso de calcular quién es un auténtico solicitante de asilo político y quién es solamente un migrante en Europa. Esta fue la política del gobierno australiano cuando vivieron, durante la última década, la experiencia de las embarcaciones migrantes que abandonaban sus países, especialmente, Indonesia.

Al igual que lo que sucedía en el Mediterráneo, con un gran número de embarcaciones hundidas, también se produjeron en ese país sentimientos de pública simpatía hacia los migrantes. Pero los centros de asilo de Australia estaban llenos, y la forma de alojarlos se convirtió en una pesadilla legal para el Gobierno, en cuanto los migrantes se encontraron en el país. Aunque aquí la franja de agua es mucho más grande que la existente en el Mediterráneo, y el número de migrantes no era en modo alguno comparable, el gobierno australiano creó una política de emergencia que comprobó cómo, poco a poco, iba disminuyendo el número de embarcaciones de migrantes que llegaban al país. Utilizaron las islas Nauru y Manu, en las costas de Papúa Nueva Guinea, como centros de alojamiento y allí se encargaron de procesar las peticiones de asilo. Buques del gobierno australiano también se ocuparon de localizar al número, cada vez más creciente, de embarcaciones que trataban de llegar ilegalmente a Australia, y de hacerlas regresar.

La situación no es precisamente análoga, pero las autoridades australianas han dicho en privado, desde que empezó la actual crisis europea, que esta es la medida que Europa se vio obligada a adoptar, en todo caso, para tratar la crisis migratoria. Con buena voluntad política y un determinado incentivo económico no hay motivo para que los gobiernos europeos no establezcan cierto tipo de instalaciones en sus territorios. Llegado el momento, no es imposible que, por ejemplo, se pueda «alquilar» cierto territorio en Libia. Realmente sería factible en Túnez y en Marruecos. El gobierno francés podría tratar de convencer a los argelinos para que también pudieran cooperar en este sentido. Así mismo se podría incentivar a Egipto, como parte del paquete de cooperación europeo. El proceso solicitante en África del Norte no solamente tendría un efecto desincentivador, como sucedió en el caso australiano, sino que también proporcionaría al sistema de asilo europeo un cierto respiro.

Otra solución sería un esfuerzo concertado de toda Europa para organizar la deportación de todas aquellas personas que no hubieran solicitado asilo político. Pero esto es algo que se dice más fácilmente que se hace: millones de personas que están actualmente en Europa no tienen ningún derecho legal a estar aquí. Algunos pueden recibir ayuda para

regresar a sus países de origen, tras descubrirse que estaban trabajando para bandas o para otras organizaciones menos honestas de lo que había supuesto. No obstante, esto también constituirá una tarea enorme. Pero sería mejor llevarla a cabo que fingir —como lo hicieron miembros de los gobiernos alemanes y suecos en años recientes— llevarla a cabo, aunque sin la menor intención de realizarla. «Incluir» a ciertas personas en una determinada sociedad significa necesariamente «excluir» a otras. Los gobiernos encontraron muy fácil emplear el agradable lenguaje de la «inclusión», pero la gente —incluyendo a los auténticos solicitantes de asilo político— también necesita oír el lenguaje de la exclusión.

Otro tipo de política que también se mostraría sensible con los migrantes y ayudaría a restaurar la confianza sería la de un tipo de asilo temporal. Si durante los meses cruciales del año 2015 la canciller Merkel hubiera solicitado de los países europeos que aceptasen un cierto número de refugiados sirios hasta el momento en que Siria volviese a tener estabilidad política habría conseguido un significativo apoyo político. El hecho, sin embargo, de que eso no se llevase a cabo —y la razón por la que la gente, y el Gobierno, se mostraron tan opuestos al sistema de cuotas de Merkel— fue debido a que esos países sabían que el asilo no suele ser una buena medida. Resulta difícil convencer al público sueco de que los migrantes sirios van a permanecer en su país solamente hasta que se estabilice la situación en Siria, cuando Suecia todavía tiene decenas de miles de solicitantes de asilo procedentes de los Balcanes, países que viven en paz desde hace veinte años.

La naturaleza del asilo temporal tiene, obviamente, sus propios problemas. Las vidas de la gente continúan una vez que se ha emigrado. Los niños van a la escuela, y tienen lugar otros aspectos de la normalización que hacen que el retorno de familias enteras a sus países de origen se haga muy duro. Pero se trata de medidas que los gobiernos europeos tendrían que hacer más estrictas. La gente que solicita asilo político y lo consigue debería reconocer que tal concesión es benevolente, pero no permanente. Se tendría más confianza en el sistema de asilo y en el tema de la migración si se pusiera en práctica esa clase de política.

Para poder poner fin al creciente problema de la migración y al desafío que actualmente conlleva, sería necesario que los líderes políticos de Europa reconocieran que obraron torpemente en el pasado. Por ejemplo, podrían reconocer que si Europa se encuentra preocupada por el envejecimiento de su población existen políticas más acertadas que la de importar una nueva generación de europeos procedentes de África. Tendrían que pensar que si bien la diversidad racial, en pequeñas cantidades, puede resultar ventajosa, si el número es muy abultado acabará con la sociedad, tal como ahora la conocemos. Por tanto, los políticos deberían preocuparse de no cambiar de manera fundamental nuestras sociedades. Naturalmente, esto significaría una penosa concesión a las clases políticas, pero tendría un abrumador apoyo por parte del público europeo.

En años recientes este público ha aceptado excepcionalmente a los inmigrantes, al tiempo que se opuso a una inmigración masiva. Mucho antes de que sus líderes políticos les dijeran que era conveniente preocuparse por la inmigración, ellos ya lo sabían. Antes de que los sociólogos lo demostraran, ellos ya sabían también que la inmigración afectaba al sentido de la «confianza» social. Y antes de que los políticos lo admitieran, el público luchaba por poder llevar a sus hijos a unas escuelas locales que ya estaban saturadas. Fue el público en general el que escuchó que el llamado «turismo por motivos de salud» no era un problema, cuando estaba comprobado cómo se llenaban las salas de espera de los consultorios con gente de otros países.

La gente también estaba al tanto, mucho antes que sus líderes políticos, de que los beneficios que proporcionaban los migrantes no eran infinitos; y también sabía, desde hacía mucho tiempo, que la migración a gran escala terminaría por cambiar su país. Se dio cuenta de que algunas de las batallas más importantes del siglo XX por conseguir ciertos derechos, tuvieron que hacerse nuevamente en el siglo XXI, debido al creciente número de enemigos. Se dio a entender que cuando se produjo el social liberalismo, el islam era como el último chico de la clase. Y un resultado de todo ello fue que a principios del siglo XXI, cuando Europa había creído superar muchos de esos temas —y no fue el menor la separación de la religión de la política y de la Ley— toda la sociedad tenía que volver a marchar a la velocidad

marcada por el alumno menos aplicado de la clase. De este modo, seguían las crecientes discusiones sobre si las mujeres debían cubrirse el rostro en público, o tenían que ser conducidas por sus respectivos maridos a su particular tipo de juzgado, en el caso de que tuvieran credos religiosos diferentes.

Las primeras llegadas de emigrantes habían beneficiado a Europa al aportar una cultura diferente, un nuevo vigor y una nueva cocina. Pero ¿qué aportaba de nuevo el migrante número diez millones, que fuera diferente a lo ya conocido? La gente, en Europa, estaba muy lejos de pensar igual que sus políticos, quienes creían que los beneficios aportados por la migración eran incontables. Y mucho antes de que esos políticos lo advirtieran, el pueblo ya sabía que un continente que importa a gente de todo el mundo también importará los problemas que les son inherentes. Contrariamente al tema de las relaciones raciales, pronto se descubrió que los inmigrantes que se encontraban en Europa mostraban, con frecuencia, muchas más diferencias que similitudes con la población residente, y entre ellos mismos; y que cuanto mayor fuera el número de estos, mayores serían las diferencias.

Porque los problemas existentes no surgen entre las minorías y los ciudadanos de sus países de adopción, sino entre las diferentes minorías que han llegado al país. A pesar del tan cacareado horror a la «islamofobia» mencionado por los «antirracistas» y por otros grupos en Inglaterra, quienes en realidad mataban a los musulmanes en Gran Bretaña eran, en su gran mayoría, otros musulmanes que los asesinaban por razones doctrinales. Se produjo un caso de un ucraniano neonazi que estuvo en el Reino Unido tan solo unas horas antes de matar a su víctima musulmana. En otros casos, los ataques más graves a los musulmanes eran llevados a cabo por individuos de su misma religión. Muchos de ellos, pertenecían a la minoría Ahmadiyya, una secta que había llegado a Inglaterra porque estaba perseguida en su Pakistán nativo.

Fue un musulmán sunní, de Bradford, el que viajó hasta Glasgow, antes de la Pascua del 2016, para apuñalar repetidamente en la cabeza al comerciante musulmán ahmadiyya Asad Sha, por lo que su asesino consideraba una apostasía y una herejía. Y no había que sacar a relucir a los

racistas blancos, sino a otros miembros de las comunidades musulmanas de Escocia que obligaron a los familiares del comerciante a huir a su país de origen en los días siguientes al asesinato. Hoy en día resulta raro que en Inglaterra los racistas blancos promuevan abiertamente el asesinato de minorías. Pero son muchos los clérigos llegados de Pakistán que recorren el Reino Unido predicando a miles de ciudadanos británicos la necesidad de matar a otros musulmanes que discrepan de ellos. Tales problemas existentes dentro de las minorías, constituyen un anticipo de la intolerancia futura.

Una gran preocupación para la mayor parte de la gente es observar que muchos de los que vienen a Europa —incluso cuando no albergan el menor deseo de herir o de matar a nadie— parecen felices ante la posibilidad de transformar a la sociedad europea. Los políticos no pueden encargarse de este problema porque de alguna forma están confabulados con él, o tratan de enmascararlo. Pero la noticia no puede pasar desapercibida cuando, por ejemplo, un musulmán de procedencia siria, como fue el caso de Lamya Kaddor, va a la televisión alemana, en el punto más crítico de la crisis migratoria, y dice a la nación que, en el futuro, ser alemán no significará tener «ojos azules y cabello rubio», sino, por el contrario, tener un «pasado de emigración». Solamente en Alemania continúa existiendo un sentimiento así, con cierta aprobación pública. Pero la mayoría de los europeos no se alegran de estos sentimientos que están produciendo cambios radicales en su sociedad. Y sería conveniente para la mayoría de los políticos reconocer este hecho, y conceder que los miedos que se generan por esos motivos no están infundados.

Al margen de semejante concesión, también sería acertado extender los parámetros de lo que es aceptable en las políticas mayoritarias. Los partidos pertenecientes al centro derecha y al centro izquierda han encontrado enormemente útil en los últimos años calificar a la gente que no se alistaba a su estrecho consenso, de racistas, fascistas o nazis, incluso cuando sabían que no eran tal cosa. Se consideraban a sí mismos como centristas y antifascistas, mientras que hacían responsables a sus oponentes de todos los crímenes del pasado siglo. Era una consecuencia de la compleja situación de Europa, evidentemente, en la que existen partidos que tienen orígenes

fascistas o racistas. El Vlaams Belang, de Bélgica, el Frente Nacional francés, y los Demócratas de Suecia tienen un pasado en el que ha estado presente el racismo. En diferente grado, todos ellos han cambiado en los últimos decenios. La corriente política encuentra útil pretender que tales partidos son los únicos del Continente que no cambian, o que son incapaces de cambiar, o que mienten y esconden su auténtica naturaleza, incluso después de años de estar cambiando. No obstante, llegados a un determinado punto, la gente tiene que permitir una cierta moderación de los partidos de extrema derecha, del mismo modo que muchos socialistas y partidos de extrema izquierda permitieron que entraran en el juego político y, en tal proceso moderan sus puntos de vista. A estos partidos nacionalistas debería permitírseles que ocuparan un papel en el debate público, sin que se les cargara con sus pecados del pasado.

Por ejemplo, el cambio político experimentado por la hija de Jean-Marie Le Pen, Marina Le Pen, es una muestra significativa de esta corriente. Los auténticos devotos de la política racista y nacionalista de antaño encontrarán hoy día muy duro afiliarse al actual Frente Nacional, cuando lo habrían hecho muy a gusto con el partido del padre de Marina. Por supuesto que surgen cuestiones muy serias en torno a estos cambios. Estos partidos todavía tienen problemas con aquella gente que trata de involucrarlos en la negación del Holocausto y en opiniones igualmente extremas. Esto es en parte —como sucede con el EDL, en Inglaterra, y el Pegida, en Alemania— el resultado de los comentarios de todos los medios de comunicación y de la clase política, que dice a la gente que tales partidos siguen en sus posiciones de antaño y que admiten en sus filas a auténticos extremistas. También es cierto que estos partidos incluyen en sus filas a gente con puntos de vista políticos muy rancios. Pero no es posible mirar a estos partidos, que con frecuencia adelantan en las encuestas a otros bien conocidos, como totalmente nazis, fascistas o racistas, puesto que resulta obvio para todo político con cierta experiencia pública en cualesquiera de esos países, que tales partidos ya no son nazis, fascistas o racistas.

En otras palabras, será necesario ampliar el consenso político y aceptar plena y claramente a los partidos no fascistas, una vez quedaran clasificados como de «extrema derecha» en el tablero político. No solamente sería una

postura poco inteligente continuar marginando a gente que había pasado años advirtiendo de los hechos que finalmente se hicieron realidad, también sería igualmente necio continuar una situación que significaría que cualquier partido verdaderamente fascista pudiera emerger en los años futuros (tales como Jobbik en Hungría, Ataja en Bulgaria, o Golden Dawn en Grecia) y que podrían ser identificados acertadamente, y sin la acusación de que tal etiqueta hubiera sido utilizada de forma muy generalizada. Los europeos se habían visto desanimados con el marchamo del antifascismo en un tiempo en el que podían necesitarlo. Las advertencias sobre el fascismo deberían utilizarse de forma excepcional y cuidadosa en Europa. En años recientes tales advertencias se han agotado y se han convertido en un lugar común, hasta el punto de hacerlas carentes de todo significado. Finalmente, constituiría una postura insostenible para las élites políticas y para los medios de comunicación de Europa seguir pretendiendo que las opiniones de la mayor parte del público resultaran inaceptables, mientras que las opiniones de los pocos que estaban a favor de la migración manifestaran los auténticos puntos de vista de la mayoría de los políticos europeos.

Podía resultar que el tema del racismo tuviera que adoptar otras formas. Una de las maneras de descalificar la constante y frívola utilización del término sería que el costo, en términos sociales, por hacer un uso falso del calificativo fuera llevarlo ante los tribunales. O pudiera ser que los europeos se vieran tan atados por las acusaciones y contra acusaciones que llegaran en el futuro de todas partes, que hiciera falta un acuerdo implícito para que el desagradable tema del racismo fuera tan solo una de las sucias facetas a las que cierta gente se mostrara proclive, y no la base de todo posicionamiento político y cultural.

Cualquier solución a nuestra crisis también incluiría no solamente una actitud fresca hacia nuestro futuro, sino una postura más equilibrada hacia nuestro pasado. A una sociedad no le es posible sobrevivir, si de alguna forma suprime o lucha contra sus propios orígenes. Del mismo modo que una nación tampoco podría prosperar si prohibiera cualquier tipo de crítica a su pasado. Europa tiene razón al sentirse cansada y desgarrada por su pasado; pero también puede acercarse a ese pasado a través del perdón en la misma medida que en la aceptación del autorreproche. Es lo menos que

Europa necesita para seguir encajando tanto las glorias como las desgracias de su pasado. No es posible dar aquí una respuesta comprensible a este difícil problema, pero por mi parte no puedo evitar sentir que gran parte del futuro de Europa se decidirá según sea nuestra actitud hacia las catedrales y hacia otros grandes edificios culturales de nuestra herencia. Mucho dependerá de si las odiamos, las ignoramos, nos comprometemos con lo que significan o las veneramos.

De nuevo vale la pena sopesar el tema de lo que sucedería si la burbuja reventase y las próximas generaciones de europeos experimentaran repentinamente un descenso en su nivel de vida porque la gente del resto del mundo los alcanzara; o porque las deudas acumuladas por las expectativas europeas por conseguir un nivel de vida «normal» crecieran mas allá de unos límites aceptables. Aunque pudiera ser atractiva esta perspectiva, mientras durase, es probable que desapareciese ocultando el hecho de que la vida de un mero consumidor carece de todo significado y propósito. Por el contrario, mostraría una brecha en la experiencia humana, que toda sociedad histórica ha intentado evitar; y que podrá ocurrir, si nuestra sociedad no lo remedia. Porque una sociedad que se entrega solamente a sus placeres termina por perder sus atractivos. Es como ese viejo club nocturno que vivió los placeres en su momento, pero que después comprendió que ya no eran suficientes. De una sociedad que dice definirse exclusivamente por los bares y por las salas de fiesta, por la autoindulgencia y por un personal sentido del derecho, no puede decirse que posea profundas raíces o muchas posibilidades de supervivencia. Pero una sociedad que sostiene que nuestra cultura se basa en la catedral, el teatro y el campo de deportes, el centro comercial y Shakespeare, tiene ciertas posibilidades.

De todas formas todavía existe una cierta desgana a la hora de encarar estos profundos temas. Y cada vez parece que nos entreguemos en mayor medida a un sentido de fatalismo; en particular a un sentimiento de que ya lo hemos probado todo. Tendríamos que revisarlo todo de nuevo. Esta puede ser una de las razones por las que se hace un llamamiento a los europeos, un llamamiento hecho incluso por los líderes de la Iglesia, para que recuperen su fe. Unos llamamientos que no se hacen con el tono

admonitorio del pasado, sino con un espíritu de lamento, o incluso de derrota parcial.

Cuando el papa Benedicto pidió a los europeos que se comportaran «como si Dios existiese» estaba reconociendo algo que sus predecesores raramente fueron incapaces de aceptar: que algunos pueblos, hoy en día, no pueden creer, y que la Iglesia debiera, no obstante, acercarse a ellos. En realidad fue este llamamiento, más que ninguna otra cosa, la que hizo de Oriana Fallaci una creyente en el papa Benedicto, aunque no fuera una creyente en Dios. El Papa comentaba el gran abismo que separaba la religión de la filosofía, y afirmaba de forma muy concreta que en lugar de ser enemigos, la religión y la filosofía debían mantenerse en contacto una con la otra[3].

En la raíz de estos acercamientos se encontraba la conciencia de que los europeos son poco dados a buscar otra cultura, o una cultura mejor que la que ya tienen. Y también el reconocimiento de que los europeos modernos que tienen una formación superior no disfrutan con una cultura que ha nutrido a muchos creyentes, y no creyentes, de esta generación. Un número creciente de estos creyentes y no creyentes han empezado a darse cuenta de que durante los inmensos trastornos que potencialmente se puedan producir en los años futuros, no será suficiente hacerles frente desnudándonos de todo prejuicio. Esta forma de pensar es, evidentemente, parte de la tradición francesa, y la razón por la que cuando un país trata de limitar el uso del velo o del burka, tiene que excusarse por limitar también los símbolos religiosos judíos o cristianos. Es posible que los islamistas radicales sigan permaneciendo en Francia, a pesar de la prohibición de llevar cubierta la cabeza en determinados edificios públicos, mientras que también es posible que los judíos —que se encuentran cogidos entre los islamistas y un sentido de secularización más estricto del que ellos mismos han promovido— se marchen. Ninguna de las dos situaciones resulta deseable.

Si la cultura que diseñó la Europa de Occidente no toma parte en su futuro, entonces habrá otras culturas y tradiciones que, seguramente, se ofrecerán para ocupar su puesto. Para reinyectar nuestra propia cultura con algún propósito más profundo, es necesario no llevar a cabo una misión de proselitismo, sino simplemente ser conscientes de nuestras aspiraciones.

Por supuesto que siempre es posible que la marea de esas creencias, que ya empezó, dure tiempo y que, tras haberse retirado un tanto durante el siglo XIX, regrese de nuevo. Pero esta posibilidad de acomodar nuestra cultura resultará imposible, si el pensamiento religioso de aquellos que se han separado del mismo árbol constituyen el mayor problema, y los que forman parte de la rama secular traten de separarse también del árbol común. Muchos pueblos pueden experimentar el dolor de esta separación y las consecuencias que surgen de estos problemas. En nuestra cultura se ha producido una brecha que necesitará de toda una generación para repararse.

19

LO QUE SEREMOS

Merece la pena considerar también lo que —según lo que manifiestan la presente actuación de los políticos europeos y las actitudes de sus respectivas poblaciones— significarán unos escenarios más probables que el ya mencionado en el capítulo anterior. Por ejemplo, parece mucho más probable que, en vez de adoptar un cambio de rumbo, los políticos de toda Europa continúen actuando en las próximas décadas de la misma forma que lo han hecho hasta ahora. No ha habido mucha comprensión entre la clase política, acerca de que lo realizado durante decenios de inmigración masiva haya sido, de ningún modo, lamentable. No hay evidencia alguna de que se desee cambiar esa política. Y hay muchas pruebas que sugieren que no podrían hacerlo, aunque lo desearan. Los acontecimientos acaecidos desde el año 2015 aceleran un proceso que ya estaba en marcha.

Todo nuevo migrante que llega a la Europa de Occidente se convierte en una persona muy difícil de expulsar, una vez que ya se encuentra instalada en el país. Y la mayoría de nosotros tampoco deseamos expulsarlos. Pero con cada nueva llegada cambian las actitudes del futuro equilibrio de Europa. En estas llegadas hay niños que recordarán sus raíces y que muy probablemente se opondrán, más que el resto de la población, a las restricciones inmigratorias. Un número cada vez mayor de personas que tienen un pasado de inmigración no apoyarán a ningún partido político que proponga límites a la inmigración. Sentirán muchas sospechas de esos

partidos, aunque las propuestas de estos sean, comparativamente, discretas. Aparte de la preocupación que sienten por ellos mismos, resulta duro para quien ha venido a Europa desde cualquier país, entender por qué otras personas como ellos no están de su lado. La línea entre la inmigración legal y la ilegal continuará siendo cada vez más borrosa. De modo que a medida que el tiempo vaya pasando resultará más difícil encontrar a una parte considerable de la población que se oponga a la inmigración masiva y que promueva una política que impida, o al menos modifique, su continuación. Y de este modo, a lo largo del presente siglo veremos cómo en las grandes ciudades, primero, y en el resto del país, después, nuestras sociedades se convierten finalmente en «naciones de inmigrantes», cosa que durante cierto tiempo fingimos ser.

Los políticos que quieran dar razones en contra de esta lamentable situación se verán obligados a pagar el precio que eso conlleva. En Holanda, Dinamarca y otras naciones de Europa, los políticos que se oponen a la inmigración masiva —y especialmente al influjo de ciertas comunidades— viven en un estado de permanente protección policial, cambiando de domicilio la mayoría de las noches, y teniendo que vivir armados. Incluso si alguien quisiera correr el riesgo de aceptar los insultos que pueda recibir y que perjudicarán su carrera, ¿cuántos de ellos se ofrecerían a discutir el tema de lo que están viviendo los europeos, cuando sea su vida la que pueda correr peligro? ¿Y en una situación que incluso puede empeorar? De momento, la mayoría de los políticos continuarán buscando los beneficios a corto plazo de aceptar el hecho de que es preferible mostrarse «compasivos», «generosos» y «abiertos», aún cuando tal postura les lleve a enfrentarse en el futuro a problemas de índole nacional. Seguirán creyendo, como lo han venido haciendo a lo largo de decenios, que es mejor dejar a un lado esos difíciles temas, y que sean sus sucesores los que tengan que bregar con las consecuencias de todo ello.

Así pues, continuarán asegurándose de que Europa sea el único lugar en el mundo que realmente pertenezca a todo el mundo. Ya está claro qué tipo de sociedad resultará de ello. A mediados de este siglo, mientras China seguirá siendo China, India probablemente seguirá siendo India, Rusia será Rusia y la Europa del Este será la Europa del Este, la Europa de Occidente

se parecerá, en el mejor de los casos, a la Naciones Unidas. Muchos países se congratularán de ello, y es posible que una cosa así tenga sus ventajas, naturalmente. En realidad, una situación de esta índole no será toda una catástrofe. Habrá mucha gente que disfrutará de una Europa así. Continuarán disfrutando de servicios baratos, al menos durante algún tiempo, mientras los recién llegados compitan con los que ya se encuentran aquí, para trabajar por menos dinero. Se producirá una interminable avalancha de nuevos vecinos y surgirán muchas posibilidades de mantener interesantes conversaciones. Este lugar, en donde ciudades internacionales se desarrollarán hasta el punto de parecerse a auténticos países será muchas cosas. Pero ya no será nunca más Europa.

Tal vez el estilo de vida europeo, su cultura y su forma de ver las cosas seguirá existiendo, aunque a escala reducida. De acuerdo con una estadística que ya está funcionando, se puede deducir que habrá algunas zonas rurales a las que no acudirán a vivir los inmigrantes, y a la que terminarán por retirarse los no inmigrantes. Quienes posean recursos podrán seguir sosteniendo durante algún tiempo la forma de vida a la que están acostumbrados, como ya está sucediendo ahora. Los menos, se verán obligados a aceptar el hecho de que ya no viven en un lugar que siempre fue su hogar, sino en otro que es el hogar de todo el mundo. Y mientras los recién llegados no dudarán en seguir manteniendo sus tradiciones y modos de vida, los europeos, cuyas familias han vivido aquí durante largas generaciones, posiblemente tendrán que escuchar que su tradición es opresora y trasnochada, aunque su población sea cada vez más y más reducida. Esto no es ciencia ficción. Es simplemente lo que parece que sucederá en gran parte de la Europa Occidental, y lo que las proyecciones demográficas muestran que será el futuro del Continente.

Porque si bien nuestras sociedades integraron a la gente mejor de lo que algunos temían, no somos, después de todo, un crisol en el que se puedan mezclar muchas cosas y de cualquier manera sin que se produzcan las evidentes consecuencias.

Volviendo a la analogía de la nave de Teseo, solamente se podrá decir que la nave sigue siendo la nave si resulta reconocible. Porque sucede que cuando el barco necesite que se hagan en él determinadas reparaciones, los

elementos que se utilicen deberán encajar con la estructura ya existente. Pero la sociedad europea de hoy día es poco menos que irreconocible, y las oportunidades que tenía de seguir siendo lo que era se fueron perdiendo cuando decidió alterar su propio diseño. Las partes del barco que le fueron añadidas no se escogieron debidamente y no encajaron con la vieja estructura. Por el contrario, debido a la incompetencia y a la mala gestión, el barco quedó destrozado, y nada de lo que pervivió en él puede seguir llamándose Europa.

Sin embargo, el liderazgo político de Europa seguirá y seguirá manteniendo las mismas ideas fallidas y contradictorias, y repitiendo los mismos errores. Y por todo esto me resulta importante la analogía que se me hizo presente en el Bundestag. La analogía brindada por mi interlocutor al comparar a Europa con una habitación en la que a la persona que se encuentra en el pasillo exterior y en peligro de muerte se le ha de permitir que entre en nuestra sala y se una a nosotros. Se diría que una serie de políticos, desde Inglaterra hasta Suecia, parecen manifestar que nuestra habitación es un espacio muy grande en el que cómodamente se puede alojar a todos los necesitados del mundo. Pero nuestras sociedades no son tal cosa. Cualquier política que se muestre sensible sobre la inmigración y la integración, debería tener en cuenta que aunque este barco que es Europa pueda en ocasiones salvar a los náufragos de los mares que lo rodean, hay un momento —cuando ya se ha rescatado a mucha gente, o bien se la rescatado demasiado apresuradamente, o se ha hecho el rescate con torpes intenciones— en el que zozobrará esa única embarcación de la que nosotros, los pueblos de Europa, disponemos.

Durante la crisis migratoria no fueron solamente los activistas de «fronteras abiertas» los que creyeron que rescatar a todos los migrantes del mundo era una política sensible. También lo fueron los miembros del gobierno griego y de otros partidos en el poder de toda Europa. Algunos lo creían así por ideología política. Otros, porque no consideraban que fuera moral negar la entrada a cualquier ser humano. Y todavía había otros que lo creían por algún motivo diferente. Tras la decisión británica de abandonar la Unión Europea, Daniel Korski, el primer diputado director de la Política Unitaria de David Cameron, recordó que antes de que se produjera el voto

de Inglaterra, los socios europeos trataron de convencer al país para que admitiese a más migrantes, empleando el argumento —entre otros— de que los migrantes pagaban más impuestos que lo que consumían en servicios públicos. Incluso en ese momento —en el punto máximo de la crisis— el Continente basó sus argumentaciones en mentiras refutables. Lo peor era lo que apuntaba Korski: «Nunca fuimos capaces de rechazar tales argumentos», afirmando, que si bien se buscaron «nunca hubo pruebas definitivas[1]». La prueba —buscada afanosamente— se encontraba en el entorno. Se podía ir a las escuelas locales, a las salas A&E[*] de cualquier centro hospitalario, y quedarse sorprendidos por el hecho de que todos esos recién llegados habían pagado los servicios que se les habían prestado. Eso era lo que los ingleses se estaban preguntando. Solo que sus representantes políticos seguían mostrándose inactivos, y carentes de toda curiosidad por aclarar estos puntos.

De manera que las líneas políticas que ya habían trazado las minorías británicas en sus propias ciudades requerían, inevitablemente, un cambio en la demografía continental. El «oscuro especialismo» de los franceses, se había convertido en el oscuro descubrimiento de Europa. Se les había prometido a los ciudadanos, a lo largo de muchos años, que los cambios que se estaban produciendo eran temporales, que tales cambios no eran reales, o bien que carecían de toda importancia; pero los europeos descubrían ahora que en el transcurso de no muchos años se convertirían en auténticas minorías en sus propios países. Y de poco importaba el hecho de que el país tuviera fama de liberal, o de un conservadurismo a ultranza, la dirección que había tomado el tren era siempre la misma. Cuando el Instituto Demográfico de Viena confirmó que a mediados del presente siglo la mayor parte de los austriacos de menos de quince años de edad serían musulmanes, el pueblo austriaco —como el resto de los europeos— decidió olvidar el hecho o aferrarse a sus propias costumbres. Parecía que, después de todo, la negra broma brechtiana se hubiera hecho realidad: los gobernantes habían resuelto el problema de la población, eliminando a los habitantes de sus países y reemplazándolos por otros.

Y lo que todavía resultaba más significativo era que todo se había realizado con la plausible presunción de que si bien todas las culturas eran

iguales, la europeas eran las menos iguales de todas. Y que si una persona ensalzaba la cultura alemana sobre la de Eritrea, por ejemplo, estaba mostrando una opinión no solamente mal informada, sino también trasnochada; y que, en el fondo, tal opinión venía a resultar empedernidamente racista. Que todo esto se hacía en nombre de una diversidad que se había hecho cada vez menos variada, y en un momento en que habían surgido las señales de evidencia más claras sobre el tema.

Porque si hubiera habido alguna probabilidad de que todo esto fuera cierto, de ello se desprendería que los nuevos europeos, llegados de África o de cualquier otro lugar del mundo aprenderían, poco a poco, a ser europeos como los auténticos europeos de toda la vida. Quizás se había producido un cierto nerviosismo al tocar este tema. En Inglaterra, durante varios años, la lista anual de los nombres más corrientes impuestos a los recién nacidos, según se citaba en la Office for National Statistic, fue tema de discusión. Una y otra vez surgían las variantes del nombre «Mohamed» que llenaban las listas. Los encargados del registro defendían su derecho a separar los «Mohameds» de los «Muhamads», y de otras formas de deletrear el mismo nombre. Únicamente en 2016 empezó a estar claro que tal norma carecía de sentido porque el nombre, en todas sus variantes, se había convertido en el más popular de Inglaterra y de Gales. Al llegar a ese punto la línea oficial cambió, para hacerse la pregunta: «¿Y ahora qué?». Resultaba evidente que los Mohameds de mañana serían tan ingleses o galeses como lo habían sido los Harrys o Dafydds de las generaciones precedentes. Dicho con otras palabras, Gran Bretaña seguiría siendo tan británica aunque la mayoría de los varones se llamaran Mohamed; del mismo modo que Austria seguiría siendo Austria incluso si la mayoría de los varones se llamase Mohamed. Algo que, si bien un tanto duro, resultaba innecesario decir.

Por lo demás, casi todas las evidencias parecían apuntar en dirección opuesta. Nadie que sintiese dudas sobre esto, podía dejar de considerar el hecho de las minorías que existían dentro de otras minorías. Saber, por ejemplo, quiénes, eran los musulmanes de Europa que estaban sometidos a una mayor amenaza. ¿Eran los radicales? ¿Se encontraban en peligro los salafistas, los jomeinistas, la Hermandad Musulmana y los líderes de

Hamás en Europa o, tal vez, todos ellos tuvieran que preocuparse por su propia reputación? No hay pruebas que sugieran que se sintiesen preocupados. Incluso aquellos grupos, algunos de cuyos miembros decapitaban europeos, recibían cierta consideración por grupos de «derechos humanos», que intentaban enfrentarse a las injusticias endémicas de nuestra sociedad racista y patriarcal. Este es un motivo por el que en el año 2015 muchos musulmanes británicos se enrolaron en el Isis y no en el ejército británico.

Aquellos que se encuentran en peligro y aquellos otros que se sienten más criticados por las comunidades musulmanas de Europa, y por la propia población, son de hecho los que encuentran más difícil aceptar las promesas de integración de la Europa liberal. No eran los perseguidores musulmanes —y no musulmanes— de Ayaan Hirsi Ali quienes se vieron obligados a abandonar Holanda, sino la propia Hirsi Ali. En el siglo xxi Holanda creía en los principios de la Ilustración más de lo que había creído en tiempos pasados. En Alemania no eran los salafistas quienes vivían con protección de la policía, sino sus críticos como Hamed Abdel-Samad, cuya vida se encontraba en peligro por el simple hecho de ejercitar sus derechos democráticos en una sociedad libre y secular. Y en Inglaterra no son aquellos que predican el asesinato de los apóstatas y llenan las mezquitas de todo el país, enardeciendo la ira de los musulmanes británicos, los que lógicamente debieran verse vigilados. Por el contrario, ha de ser Maajid Nawaz, un musulmán progresista británico de ascendencia pakistaní, activista y columnista, cuyo único error fue creer en Inglaterra presentándola como una sociedad que todavía buscaba la igualdad legal y una ley para todos.

En Francia, un escritor de origen argelino, Kamel Daoud, publicó un artículo en *Le Monde*[2], hablando abiertamente sobre los ataques sexuales en Colonia, y se vio criticado por una cohorte de sociólogos, historiadores y otra gente que lo calificaron de «islamófobo» y dijeron de él que hablaba como «los europeos de extrema derecha». En todos los países de la Europa Occidental son los musulmanes que han llegado aquí o que nacieron aquí y defienden nuestros propios ideales —incluyendo nuestros ideales de libre discurso— los que han sido castigados por sus correligionarios, y

decididamente rechazados por la que un día fue la «educada» sociedad europea. Decir que a largo plazo todo esto está anunciando la posibilidad de una catástrofe social es minusvalorar el tema.

Aquí no se puede predecir nada. Pero en todas partes de Europa están surgiendo novedades que ya empiezan a señalar la dirección que van a tomar las cosas. En términos de política extranjera, Europa se ha visto incapaz de expresar una visión estratégica coordinada. Y ahora, gracias a nuestras estrategias de inmigración internacional, la política se ha convertido en un tema doméstico, haciendo de Europa todo menos que sea capaz de actuar de forma discriminada en el plano mundial, con un poder que en ocasiones se muestra blando y en otras duro.

En junio de 2016, cuando Naciones Unidas acusó al gobierno eritreo de cometer crímenes contra la Humanidad, miles de eritreos protestaron a las puertas del edificio de Naciones Unidas, en Ginebra[3]. A los suizos se les había dicho, como a todo el mundo en Europa, que esa gente había venido porque no podía vivir bajo el Gobierno de su país. No obstante, miles de esas personas cambiaron de opinión sobre ese mismo gobierno cuando algunos europeos lo criticaron. En 2014, un informe filtrado del ministerio de Defensa británico reveló que los estrategas militares creían en la posibilidad de que una «Inglaterra cada vez más multicultural» y «una nación cada vez más diversa» significaba que la intervención militar británica en el extranjero se estaba volviendo imposible. El Gobierno obtendría cada vez menos apoyo público para las acciones de las tropas británicas desplegadas en países «del que proceden ciudadanos del Reino Unido, o sus familiares[4]».

En casa (Inglaterra) la situación tiene la fuerza suficiente para convertirse en algo infinitamente peor. Precisamente, una consecuencia de tener como objetivo la «diversidad» y la «diferencia», en lugar de la «ceguera del color» y la auténtica integración, es que la Europa del siglo XXI está obsesionada con el tema de la raza. En lugar de disminuir, el asunto va creciendo día a día. Sucede lo mismo en la política, los deportes e incluso en la televisión, en donde no hay un solo programa de «reality» que se vea inmune al interminable problema de la raza. Si una persona que no es blanca ni europea gana un programa, tanto él como ella se convertirán en un

modelo de acertada integración. Si esa persona no es votada fuera del país, el asunto se convierte en un debate nacional sobre racismo, y sobre si la persona en cuestión no fue votada por su etnia. A un nivel más serio, nadie tiene idea de adónde podrá, a la larga, llegar esta situación.

Por ejemplo, se podría pensar que en Inglaterra, desde la década de los años 80 las divisiones raciales han disminuido significativamente. Sin embargo, gracias a la internacionalización de las sociedades, nadie puede predecir las consecuencias de los acontecimientos que lleguen a suceder en cualquier punto del mundo, y de sus efectos sobre la política doméstica. Por ejemplo, el movimiento de los Black Lives Matter, que se inició en Estados Unidos en el año 2012, como resultado de las muertes producidas por la policía sobre sujetos negros desarmados, se extendió finalmente a Inglaterra y a otros países europeos. Fueran cuales fueran los aciertos y equivocaciones del movimiento BLM en Estados Unidos, casi ninguna circunstancia que se asemeje a tal movimiento existe actualmente en Inglaterra.

En el año 2016 presencié una protesta del BLM llevada a cabo por varios miles de personas que marchaban por el centro de Londres dando vivas al poder negro y cantando, entre otros temas, «Manos arriba, no dispare». Durante todo el tiempo los manifestantes fueron escoltados en su marcha por la policía inglesa que, naturalmente, no llevaba pistolas. Por muy cómica que pudiera resultar esta escena, todo pareció nublarse cuando unas semanas más tarde, en una de las noches más cálidas del año, una gran multitud entró en Hyde Park cantando eslóganes de BLM. Al final de la tarde había resultado apuñalado un policía, y otros cuatro habían sido heridos. Un poco después, la manifestación se extendió hasta las calles más concurridas de Londres, en donde un hombre fue abatido por otras tres personas armadas con un machete. Fueros los actos de mayor violencia ocurridos en la ciudad durante años.

Nadie puede hacerse una idea de dónde tendrán lugar los futuros movimientos de semejante índole. Pero si usted tiene mucha gente procedente de diferentes lugares del mundo viviendo en una gran proximidad, y albergando distintos grados de resentimiento, es probable que algunos problemas que afectan a todos se hagan patentes en esas

comunidades, en un determinado momento. Y en el mundo siempre hay problemas. Mientras tanto, no es seguro que los europeos se resistan a los problemas de raza. Si cualquier grupo o movimiento político existente en la sociedad es susceptible de identificar los problemas que puedan surgir en las diversas comunidades, ¿por qué no va a producirse algo así entre los europeos? Del mismo modo que no es inevitable que los europeos se convenzan alguna vez de sus iniquidades históricas y hereditarias, también es posible que finalmente podamos decir que las políticas raciales pueden producirse entre otros pueblos, pero no entre nosotros.

Actualmente parece que las cosas van a seguir tal y como están. De momento la responsabilidad sigue recayendo sobre los europeos, si se quieren resolver los problemas mundiales, al traer gente de todas partes. Solamente nosotros, cuando digamos «¡basta!» vamos a ser los castigados y sentirnos posteriormente afligidos por semejante castigo: una respuesta que muchas otras naciones y gobiernos despóticos se sienten felices de estimular. Ningún país de la Europa Occidental ha desempeñado un papel importante a la hora de desestabilizar el régimen de Siria, o de prolongar la posterior guerra civil. Pero los países que lo han hecho (por ejemplo, Catar y los Emiratos Árabes Unidos) no se ven obligados a pagar ningún coste humanitario por su actuación. Irán —cuyas milicias de Hezbollah, entre otras, han estado luchando a favor de los intereses de Siria, desde 2011— ha regañado a Europa por no hacer más esfuerzos a favor de los refugiados. De igual modo se ha pronunciado Arabia Saudí.

En el mes de septiembre del 2015 el presidente iraní, Rouhani, tuvo el descaro de sermonear al embajador húngaro en Irán por el supuesto «recorte» en la crisis de los refugiados. Algo parecido hizo Arabia Saudí, que había empleado el periodo desde el inicio de la guerra civil siria, financiando a sus acólitos de dentro del país. No solamente no ha convertido Arabia Saudí un ciudadano sirio en un ciudadano iraní, sino que tampoco permitió la utilización de cien mil tiendas de campaña, provistas de aparatos de aire acondicionado, construidas para que las usaran tan solo cinco días los peregrinos del Hajj[*]. La única oferta que hicieron los saudíes en plena crisis del 2015, fue construir doscientas nuevas mezquitas en Alemania para que las utilizaran los nuevos migrantes a ese país.

Aparte de aprovecharse de la buena voluntad de los europeos, hay otra cosa que se puede pronosticar con alguna certeza: el sentimiento público entre los europeos sobre la emigración seguirá deteriorándose. Aunque la historia reciente demuestre que los políticos tratan de ignorar la mayor parte de las opiniones públicas manifestadas durante décadas, no es inevitable que una situación así continúe de forma indefinida. Una encuesta realizada en el 2014 mostró que tan solo el 11 % de los ingleses deseaban que siguiera aumentando la población de su país[5]. No obstante durante los dos años siguientes la población creció enormemente. Desde el año 2010, la cifra de extranjeros que habían nacido fuera del Reino Unido había ascendido a un millón cuatrocientos mil. En ese mismo periodo de tiempo nacieron en Gran Bretaña novecientos cuarenta mil niños de madres extranjeras. Y se trata de un país que ha evitado las peores consecuencias de la crisis del 2015.

¿Pueden los gobiernos seguir esquivando las consecuencias de sus propias acciones e inacciones? Quizás en algunos países se pueda hacer tal cosa. En otros, se cambiará cínicamente la postura en cuestión de segundos. Durante esta crisis tuve la oportunidad de hablar con un político francés de centro derecha, que difícilmente podía establecer alguna diferencia entre las políticas inmigratorias de su propio partido y las mantenidas por el Frente Nacional. Tras preguntarle cómo era posible que pudiera coincidir con aquel partido sobre la serie de retos que presentaba la gente que ya se encontraba en el país, me contestó con notable despreocupación que «probablemente habría que modificar algunos puntos de la Constitución». Quizás esa postura, un tanto cínica, llegue a convertirse en un lugar común. En lugar de poner en práctica decisiones más contundentes, los políticos alemanes ya han sugerido que los ciudadanos con doble nacionalidad que formen parte de grupos terroristas perderán su ciudadanía alemana. Dinamarca ha introducido una ley que permite a las autoridades incautarse de objetos de valor de los migrantes, a fin de poder cubrir los gastos de su presencia en el país. Y en todas partes la pregunta de qué hacer con la gente que altera el orden nacional se ve sometida a una serie de debates. Por lo general, todos los países rechazan romper las leyes internacionales, haciendo apátridas a esa clase de personas, pero prevalece el sentimiento de

que Europa no puede permitir que los ataques terroristas cambien por completo las reglas del juego. Una situación en la que los europeos no pueden escoger a nadie que les sirva de árbitro.

Quizás en un futuro no lejano, en un determinado país europeo un partido de la clase ya descrita como «extrema derecha» llegue al poder. Quizás también un partido todavía más extremista llegue al poder cierto tiempo más tarde. Pero una cosa es cierta: si la política va a deteriorarse será debido a que las ideas también se han vuelto irremediablemente malas. Y si las ideas se han estropeado, será debido a que a la retórica que las sustenta también le ha sucedido lo mismo. Durante los episodios terroristas de Colonia, y de otros ataques similares, se podía escuchar el deteriorado lenguaje de los grupos marginales. Los movimientos callejeros empezaron a hablar de las llegadas a Europa de los «violadorefugiados[*]».

En París me encontré con un cargo electo que se refería a todos los migrantes como «refu-yihadistas». Estos son términos poco graciosos e insultantes para cualquiera que sepa de primera mano que algunos de los recién llegados son gente que ha venido huyendo de violaciones o escapando del yihadismo. Pero tal deterioro del lenguaje parece resultar inevitable tras un periodo de deshonestidad procedente de la otra dirección. Si usted pensaba que todos los migrantes que llegaban al continente eran solicitantes de asilo político, a la vista de las evidencias probablemente llegue a pensar que ninguno de ellos lo es.

En ciertos aspectos resulta sorprendente que semejante criterio no se haya tomado ya en serio. Durante todo este tiempo la opinión pública continúa avanzando de forma ineluctable en una dirección. En el año 2010 la clase política alemana se había preocupado por la forma en que las encuestas de opinión pública mostraban que el 47 % de los alemanes no pensaban que el islam tuviera algo que ver con Alemania. En el 2015 el número de musulmanes que había en Alemania había vuelto a crecer, y de igual manera había aumentado el número de personas que pensaba que el islam no tenía nada que ver con ellos. En ese año de 2015 la cifra había subido al 60 %. Al año siguiente casi dos terceras partes de la población afirmaban que el islam no pertenecía a Alemania, con tan solo un 22 % de

la población que afirmaba que la religión era algo consustancial con la sociedad alemana[6].

En el mes de febrero del 2017, tras una nueva declaración del presidente americano que amenazaba con establecer restricciones temporales de viaje sobre los ciudadanos de siete países de mayoría musulmana en los que hubiera una situación política inestable, Chatham House[*] realizó una encuesta sobre la opinión de los europeos. El grupo de expertos londinense había preguntado a diez mil personas de diez países europeos si estaban de acuerdo o no con la afirmación: «Debiera pararse toda migración procedente principalmente de países musulmanes». La mayoría del público de ocho de los diez países consultados, incluyendo Alemania, estaban de acuerdo con esa proposición. Inglaterra fue uno de los dos únicos países en los que el deseo de poner coto a la migración musulmana constituyó una opinión minoritaria. En Inglaterra solamente el 47 % de la población estaba de acuerdo con la propuesta[7].

Los europeos se encuentran en la tesitura de no creer suficientemente en su propia historia, y muestran desconfianza sobre su pasado, sabiendo que hay ciertas cosas que se están produciendo y que no les gustan. Por todas partes se aprecia que está creciendo el sentimiento de que se han cerrado todas las opciones. Se han explorado todas las posibilidades y se ha visto que son imposibles de llevar a cabo de nuevo. Quizás el único país de Europa que pudiera sacar al Continente de semejante estado de estancamiento sería Alemania. No obstante, antes incluso del siglo pasado, los europeos tenían motivos para temer que fuera Alemania la nación líder. Hoy día, los alemanes más jóvenes tienden a temer lo mismo, incluso más intensamente que sus padres. Y de este modo continúa la sensación de que se ha producido una deriva y una falta de liderazgo.

Mientras tanto los cargos electos y los burócratas esforzándose haciendo todo cuanto pueden para hacer la situación tan mala como sea posible, y lo más deprisa posible. En el mes de octubre de 2015 hubo un mitin público en la pequeña ciudad de Kassel, del estado de Hesse. Ochocientos inmigrantes llegaron en los días siguientes para reunirse y hacer diferentes preguntas a sus representantes. Según muestra un vídeo que grabó la reunión, los ciudadanos se mostraban tranquilos, educados pero preocupados. Y

entonces, en un determinado momento, su presidente de distrito, un tal Walter Lünbke, les informó con calma que quien no estuviera de acuerdo con la política era «libre de abandonar Alemania». Usted puede ver y oír en la cinta las respiraciones entrecortadas, las risas nerviosas, los abucheos y, finalmente, los gritos de rabia[8]. ¿Se anima a grandes cantidades de gente a que vengan a nuestro país, y se les dice después que si no les gusta son libres para marcharse? ¿Acaso no se dan cuenta los políticos de Europa qué puede suceder si continúan engañando a los europeos de esa manera?

Parece ser que no. Ni tampoco lo hacen todos los que llegan. En octubre del 2016, tanto *Der Freitag* como el *Huffington Post Deutschland* publicaron un artículo de un joven migrante sirio de dieciocho años llamado Aras Bacho. En el artículo el joven se quejaba de que a los migrantes en Alemania se les «alimentara» con la «ira» del pueblo alemán que «insultaba y agitaba», siendo meros «racistas desempleados». Entre otras imprecaciones, el joven proseguía: «Nosotros los refugiados… no queremos vivir en el mismo país que usted. Usted puede, y creo que debiera hacerlo, marcharse de Alemania. Alemania no le conviene ¿por qué vive aquí?… Búsquese un nuevo hogar[9]».

En la víspera de Año Nuevo del 2015, en el primer aniversario de los ataques y violaciones de Colonia, se produjeron ataques sexuales similares en un buen número de ciudades europeas, incluyendo a Innsbruck y Augsburg. La policía de Colonia fue muy criticada por miembros del Parlamento pertenecientes al SPD y al Partido de los Verdes, entre otros, por mostrar supuestamente «un perfil racista» hacia quienes querían acceder a la plaza principal de la ciudad, en un intento de prevenir la repetición de las atrocidades del año anterior. Un año más tarde Alemania se había despertado a su nueva realidad; los censores habían regresado y se habían hecho cargo del control. En esa misma noche, en Francia, fueron quemados casi mil vehículos, un 17 % más de los que habían sido quemados la misma noche de un año antes. El ministro del Interior se refirió a esa noche afirmando que se había desarrollado «sin mayores incidentes».

Día a día, el continente europeo no solo está cambiando, sino que está perdiendo cualquier posibilidad de adoptar una postura suave en ese proceso de cambio. Toda una clase política ha fracasado a la hora de valorar

el hecho de que muchos de los que vivimos en Europa amamos la Europa que era nuestra. No queremos que nuestros políticos, por debilidad, por odio, malicia, cansancio o abandono transformen nuestro hogar en un lugar totalmente distinto. Y aunque los europeos podamos ser casi infinitamente compasivos, seguimos teniendo un límite. La gente puede desear muchas cosas contradictorias, pero no perdonarán a los políticos si —ya sea por accidente o por designio— transforman por completo nuestro Continente. Si lo hacen, muchos de nosotros lo sentiremos de forma callada. Otros lo sentirán menos serenamente. Prisioneros del pasado y del presente, parece que para los europeos no existen respuestas dignas con respecto al futuro. Y de ese modo habrá de llegar el golpe final.

DOUGLAS KEAR MURRAY (nacido el 16 de julio de 1979) es un escritor, periodista y comentarista político británico. Fundó el Centro para la Cohesión Social, del cual fue director de 2011 a 2018. También es editor de la revista política y cultural británica *The Spectator*. Murray escribe para varias publicaciones, incluyendo *Standpoint* y *The Wall Street Journal*. Es autor de *Neoconservatism: Why We Need It (Neoconservadurismo: por qué lo necesitamos)* del año 2005, *Bloody Sunday: Truths, Lies and the Saville Inquiry (Domingo Sangriento: verdades, mentiras y la investigación de Saville)* del año 2011, sobre la investigación del Bloody Sunday, *The Strange Death of Europe: Immigration, Identity, Islam (La extraña muerte de Europa: inmigración, identidad, islam)* del año 2017, y *The Madness of Crowds: Gender, Race and Identity (La locura de las multitudes: género, raza e identidad)* del año 2019.

NOTAS

[1] Stefan Zweig, *The World of Yesterday*, Pushkin Press, 2014, p. 425. <<

[2] «Merkel se enfrenta a Zuckerberg, en Facebook, sobre la política del odio», *Bloomberg*, 26 de septiembre de 2015. <<

[3] El Papa Juan Pablo II, *Ecclesia in Europa*, 28 de junio de 2003. <<

[4] Discurso del canciller Helmut Kohl en la Universidad Católica de Lovaina, Bélgica, 5 de febrero de 1996. <<

[5] Para un interesante debate de muchos de estos temas, véase Samuel Moyn, *The Last Utopia: Human Rights in History*, Harvard University Press, 2012. <<

[*] Cargo equivalente al de ministro del Interior en España. *(N. del T.)*. <<

[1] Hansard, 2 de diciembre del 2002. Blunkett habla sobre el comentarista del *Times*, Anthony Browne. <<

[*] Consultar texto en inglés. Tower Hamlets y Newham son municipios del gran Londres. <<

[2] Oficina de Estadística Nacional (anteriormente ONS), Censo 2011. Accesible en: https://www.ons.gov.uk/census/2011census. <<

[3] Guy Goodwin del ONS mencionado en «El censo muestra el aumento de los nacimientos de extranjeros», BBC News, 11 de diciembre del 2012. <<

[4] Ken Livingstone en la conferencia «¿Civilización mundial o conflicto de civilizaciones?», Londres, 20 de enero del 2007. <<

[5] Véase David Miles, *The Tribes of Britain*, Weidenfeld & Nicholson, 2005, p. 236. <<

[6] Simon Heffer, *Like the Roman: The Life of Enoch Powell*, Weidenfeld & Nicholson, 1998, pp. 467-8. <<

[7] Texto completo en *Reflections of a Statesman: The Writings and Speeches of Enoch Powell*, Bellew Publishing, 1991, pp. 373-9. <<

[8] Ibíd. <<

[9] Véase el documental de la BBC del 2008, «Ríos de sangre». <<

[10] Por ejemplo, en Commonwealth Immigrants Act, 1962. <<

[11] En la estela del Franks Report de 1977. <<

[12] Véase «Ray Honeyford: ¿racista o acertado?», BBC, 10 de febrero del 2012. <<

[13] Andrew Neather, «No escuches a los quejicas. Londres necesita inmigrantes», *Evening Standard*, 22 de octubre del 2009. <<

[14] Tom Bower, *Broken Vows: Tony Blair and the Tragedy of Power*, Faber & Faber, 2016, pp. 171-8. <<

[15] Hugh Muir, «La horriblemente diversa Inglaterra: la “conspiración” de la inmigración», *The Guardian*, 2 de marzo del 2011. <<

[16] Bower, *Broken Vows*, pp. 175-6. <<

[17] Cifras de la ONS. <<

[18] Ibíd. Reportaje trimestral de estadísticas migratorias. Noviembre del 2015. <<

[1] Esta conversación del mes de marzo de 1959 fue recogida por su colega y confidente Alain Peyrefitte en *C'etait de Gaulle* (1994) y es tema de cierta discusión. <<

[2] Boris Johnson: «No insistamos en la inmigración, pero sembremos las semillas de la integración». *The Telegraph*, 17 de diciembre del 2012. <<

[3] Sunder Katwala citado en «El censo muestra el aumento de los nacimientos de los extranjeros», BBC News, 11 de diciembre del 2012. <<

[4] Encuesta YouGov para *The Sunday Times*, Fieldwork 13-14 de diciembre del 2012. Accesible en http//cdn.yougov.com/cumulus_uploads/document/wohvkihpig/YG-Archive-Pol-Sunday-Times-results-14-161212.pdf. <<

[5] BBC Newsnight, 11 diciembre del 2012. <<

[6] La revista de Louise Casey en el consejo de barrio de Rotherham, 4 de febrero del 2015. <<

[7] Robert Winder, *Bloody Foreigners: The Story of Immigration to Britain*, Little Brown, 2004. <<

[8] Barbara Roche hablando en TEDxEastEnd, el 3 de octubre del 2011. «La historia británica de la migración», (https//www.youtube.com/watch?v=fM-pxkHJRtk). <<

[9] BBC Question Time, 13 de diciembre del 2012. <<

[10] Principales proyecciones (PP) de la ONS, basadas en las cifras del 2014. <<

[11] Véase David Coleman, «La migración incontrolada significa el Finis Britanniae», *Standpoint*, junio del 2016, número 83. <<

[1] «Migración: un análisis económico y social». Home Office Economics and Resource Analysis Unit and the Cabinet Office Performance and Innovation Unit, noviembre del 2000 (https;//www.gov.uk/government/uploads/system/uploads/attachment_data/file/61131/migrationreportnov2000.pdf). <<

[2] Peter Sutherland y Cecilia Malmström, «El reto de la migración europea», Proyect Syndicate, 20 de julio del 2012. <<

[3] Véase, por ejemplo, BBC News, «Inmigrantes recientes a UK hacen una neta contribución», 5 de noviembre del 2013. <<

[4] Profesor Christian Dustmann y Dr. Tomasso Fratini, «Los efectos fiscales de la inmigración al Reino Unido», University College London, Centre for Research and Analysus of Migration, 27 de noviembre del 2013. <<

[5] Dusrmann y Frattini, «Los efectos fiscales de la inmigración al Reino Unido», *The Economic Journal*, vol. 124, tema 580, noviembre del 2014. Véase especialmente la Tabla 5. <<

[6] Sutherland y Malmström, «El reto de la migración a Europa». <<

[7] Para esta y otras informaciones sobre la tasa de fertilidad véase Eurostat, «Tasa total de fertilidad, 1960-2014 / nacimientos vivos por mujer», http://ec.europa.eu/eurostat/statistic explained/index.php/File:Total_fertility_rate_l960 %E2 %80 %932014_(live_per_woman)_YB16.png. <<

[8] Eurostat. <<

[9] Tendencias de población, Verano del 2002, ONS. <<

[10] ONS, «El promedio de la edad de jubilación se amplía a medida que la gente trabaja más tiempo», 16 de febrero del 2012. <<

[11] «Merkel advierte sobre el coste del bienestar», *The Financial Times*, 16 de diciembre del 2012. <<

[12] Richard Reed, en el debate de *The Daily Express*, 3 de junio del 2016. <<

[13] Sarah Spencer (ed.) *Strangers and Citizens: A Positive Approach to Migrants and Refugees*, Paul and Company, 1944, p. 340. <<

[14] Ibíd., p. 109. <<

[15] Sarah Spencer, *Migrants, Refugees and the Boundaries of Citizenship*, panfleto IPPR, 1995. <<

[16] Sarah Spencer (ed.) *The Politics of Migration*, Blackwell, 2003. p. 6. <<

[17] «Los musulmanes en Gran Bretaña tienen tolerancia cero con la homosexualidad, dicen las encuestas», *The Guardian*, 7 de mayo del 2009. <<

[18] La encuesta ICM informó en «La mitad de todos los musulmanes británicos consideran que la homosexualidad debiera ser ilegal, según las encuestas». *The Guardian*, 11 de abril del 2016. <<

[19] Encuesta YouGov, 23-24 de febrero del 2015. <<

[20] Profesor Alexis Jay, Investigación independiente sobre la explotación sexual de los niños, en Rotherham (1997-2013). <<

[21] Por ejemplo, fuera del Old Bailey de Londres tras el juicio de la Operación Bullfinch. <<

[22] Mohammed Shafiq, de la Ramadhan Foundation. <<

[23] «Innvandrere bak alle anmeldte overfallsvoldtekter i Oslo», *Dagbladet*, 15 de abril, 2009. <<

[24] «Noruega ofrece a los migrantes una lección de cómo tratar a las mujeres». *The New York Times*, 19 de diciembre del 2015. <<

[25] Tom Bower, «*Promesas rotas: Tony Blairy la tragedia del Poder*», Faber & Faber, 2016, p. 175. <<

[1] IOM, «IOM aplaude la operación salvavidas italiana del *Mare Nostrum*: No es un factor de presión sobre los migrantes», suelto de prensa, 31 octubre del 2014. <<

[2] *The New York Times*, «Los extranjeros encuentran una puerta de acceso a Europa en la costa española», reportaje de Alan Riding, 18 de octubre de 1992. <<

[3] Ibíd. <<

[4] Este caso llegó en realidad a los tribunales españoles, dos años después. Véase «El capitán de una embarcación de migrantes musulmanes se enfrenta a los cargos por haber arrojado a cristianos por la borda», *Daily Telegraph*, 19 de septiembre del 2016. <<

[1] Neujahrsansprache von Bundeskanzlerin Angela Merkel, Die Bundesregierung. 31 de diciembre del 2014. <<

[2] Sommerpressekonferenz von Bundeskanzlerin Merkel, Die Bundesregierung, 31 de agosto del 2015. <<

[3] *The Economist*, 5 de septiembre del 2015. <<

[1] Véase Paul Scheffer, *Het Land van Aankomst*, De Bezige Bij, 2007. <<

[2] «Merkel afirma que la sociedad multicultural ha fracasado», BBC News, 17 de Octubre del 2010. <<

[3] Estudio de la Fundación Friedrich Ebert, octubre del 2010. <<

[4] Discurso de David Cameron en la Conferencia sobre Seguridad de Múnich, 5 de febrero del 2011. <<

[5] *Le Figaro*, «Sarkozy: el multiculturalismo, “un checo”», 10 de febrero del 2011. <<

[6] Para uno de los mejores debates sobre la idea del multiculturalismo como ideología, véase Rumy Hassan, *Multiculturalism, Some Inconvenient Truths*, Methuen, 2010. <<

[7] BBC News, «La ley sharia en Reino Unido es inevitable», 7 de febrero del 2007. <<

[8] Samuel P. Huntington, ¿Who are we?, Free Press, p. 171. <<

[*] Organizaciones no gubernamentales cuasiautónomas. *(N. del T.).* <<

[*] Barrios periféricos de París. *(N. del T.)*. <<

[9] En su ensayo de 1996: «Multikultureller Werte-Relativism und Werte-Verlust». <<

[10] Citado en un artículo de opinión por Karen Jespersen en *Berlingske Tidende*, 19 de febrero del 2005. <<

[11] Hege Storhaug, *But the Greatest of These is Freedom* (publicado originalmente en Norwegian, por Kagge Forlag, 2006), 2011, pp. 282-3. <<

[12] Edward Gibbon, *The Decline and Fall of the Roman Empire*, John Murray, 1855, vol. 6, cap. 52, p. 387. <<

[13] Por ejemplo, Nicholas Sarkozy en su libro *Tout pour la France*, Plon, 2016. <<

[14] Bernard Henri-Lévy en conversación con el autor, 12 de julio del 2016. <<

[15] Jean Raspail, 1982. Postdata a *The Camp of the Saints*. <<

[16] Ibíd. pp. 9-13. <<

[17] Jean Raspail, *The Camp of the Saints*, trad. de Norman Saphiro, The Social Contract Press, 1995, p. 34. <<

[18] Matthew Connelly y Paul Kenedy, «¿Debe estar Occidente contra el resto?», *The Atlantic*, Diciembre de 1994. <<

[19] Revista *Le Figaro*, 26 de octubre de 1985. <<

[20] «Un artículo francés causa ira en los inmigrantes», *The New York Times*, 3 de noviembre de 1985. <<

[21] OFPRA (Oficina francesa de protección a los refugiados y apátridas). <<

[22] INSEE (Instituto nacional de estadística y de estudios económicos). <<

[23] Raspail, *The Camp of the Saints*, 1995. «Introducción del autor a la edición francesa de 1985», p. 13. <<

[24] «El tabú de las estadísticas étnicas», *Le Point*, 28 de febrero del 2016. <<

[25] Estadística Ipsos realizada para Le Centre National de la Recherche Scientifique y para Sciences Po Grenoble. <<

[1] Bundesamt fur Migration und Flüchtlinge, Aktuelle Zahlen zu Asyl, diciembre del 2013. <<

[2] ONS, Informe trimestral sobre estadística de la migración, noviembre del 2015. <<

[3] «¿Librarnos de los inmigrantes? No podemos hacerlo», dice un alcalde alemán. *The Guardian*, 6 de agosto del 2015. <<

[4] Eugenio Ambrosi, «Europa puede con el influjo de los migrantes», *The Wall Street Journal*, 25 de agosto del 2015. <<

[5] El vídeo de esta conferencia puede verse Online en: https//www.Youtube.com/watch v=YNXECclttg9U. <<

[6] Citado por Kenan Malik, *From Fatwa to Jihad*, Atlantic Books, 2008, p. 8. <<

[7] Salman Rushdie *Joseph Anton: A Memoir*, Jonathan Cape, 2012, p. 143. <<

[8] Los comentarios se hicieron en el programa de la BBC «Hypotheticals» difundido en mayo de 1989, moderado por Geoffrey Robertson QC. Secuencias del programa aparecieron de forma intermitente y desaparecieron, posteriormente, de Internet, pero la secuencia más importante todavía puede ser vista en You Tube. <<

[9] Hugh Trevor-Roper (*lord* Dacre) citado en *The Independent*, 10 de junio de 1989. <<

[*] Ministro de Asuntos Exteriores británico. *(N. del T.)*. <<

[10] Rushdie, *Joseph Anton*, p. 252. <<

[11] Ibíd. p. 152. <<

[12] Ibíd. p. 186. <<

[13] Correspondencia entre Salman Rushdie, John Le Carré y otros en *The Guardian*, 18-22 de noviembre de 1997. <<

[14] Tony Benn, *The Ben Diaries*, ed. Ruth Winstone, Arrow Books, 1996, entrada para el 15 de febrero de 1989, pp. 616-17. <<

[15] Rushdie, *Joseph Anton*, p. 147. <<

[16] Fay Weldon, *Sacred Cows: A protrait of Britain, post-Rushdie, pre-Utopia*, Chatto & Windus, CounterBlast, n.º 4, 1989, p. 7. <<

[17] Ziauddin Sardar, *Desperately Seeking Paradise: Journeys of a Sceptical Muslim*, Granta Books, 2004, p. 285. <<

[18] Citado por Christopher Hitchens, *Hitch-22: A Memoir*, Atlantic Books, 2010, p. 271. <<

[19] Malik, *From Fatwa to Jihad*, p. 187. <<

[*] Comité del Reino Unido para Asuntos islámicos. *(N. del T.).* <<

[20] Hay un interesante debate de este episodio en Malise Ruthven, *A Satanic Affair: Salman Rushdie and the Rage of Islam*, Catto & Windus, 1990. esp. pp. 68ff y p. 107. <<

[*] El autor se refiere al atentado terrorista a las torres gemelas de Nueva York, del 11.9.2001. *(N. del T.).* <<

[21] Shikha Dalmia, «El iconoclasta», una entrevista con Salman Rushdie, *Reason*, 1 de agosto del 2005. <<

[1] Véase Frits Bolkestein, «Sobre el colapso de la Unión Soviética», discurso en la Conferencia Internacional de Lucerna, Suiza. El 6 de octubre de 1991; y Frits Bolkestein, «De intergratie von minderheden», *De Volkskrant*, 12 de octubre de 1991. <<

[2] Véase Frits Bolkestein, *Breakthrough: From Innovation to Impact*, ed. Henk van den Breemen, Owls Foundation, 2014, p. 221. <<

[3] Paul Scheffer, «Het multiculturele drama», NRC Handesblad, 29 de enero del 2000. <<

[4] Estadística llevada a cabo en 1998 por Paul M. Sniderman y Louk Hagendoorn incluida en su libro *When Ways of Life Collide: Multiculturalism and its Discontents in the Netherlands*, Princeton University Press, 2007, p. 22. <<

[5] *De Islamisering van onze cultuur: Nederlandse Identitieit als Fundament*, Pim Fortuyn, Karakter Uitgevers BV, 2001 edn. <<

[6] Este famoso debate se puede seguir en YouTube (https://www.youtube.com/watch v=tMxS_xSKujU). <<

[7] Escuchado por Jort Kelder; mencionado en la obra de Ian Buruma, *Murder in Amsterdam*, Atlantic, 2006, p. 100. <<

[8] Conversación entre el autor y Hans Teeuwen, Amsterdam, 12 de marzo del 2016. <<

[9] Ayaan Hirsi Ali, *The Caged Virgin*. The Free Press, 2006. p. 9. <<

[10] Ibíd., p. 76. <<

[11] Ayaan Hirsi Ali, *Infidel*, The Free Press, 2007, p. 32. <<

[12] Ibíd., p. 287. <<

[13] Ibíd., p. 12. <<

[14] «Alemania investiga al imán que pidió a Dios “destruir al sionismo judío”». Haaretz, 23 de julio del 2014. <<

[15] Véase Oriana Fallaci, *Interviews with History and Conversations with Power*, Rizzoli, 2011. <<

[16] Véase, por ejemplo, Riccardo Nencini: *Oriana Fallaci: I'll Die Standing on My Feet*, Edizioni Polistamps, 2008, pp. 18 y 28. <<

[17] Para un debate sobre este tema y en un primer estadio de su vida, sería instructivo ver el contenido de *Oriana Fallaci* por quien sería su biógrafo Santo I. Arico, Southern Illinois University Press, 1998. <<

[18] Oriana Fallaci, *The Rage and the Pride*, Rizzoli, 2002, p. 22. <<

[19] Ibíd., p. 57. <<

[20] Ibíd., p. 85. <<

[21] Véase, por ejemplo, ibíd., p. 116. <<

[22] Ibíd. p. 129. <<

[23] Ibíd., p. 98. <<

[24] Ibíd., pp. 137-8. <<

[25] Véase el propio debate sin complejos de Fallaci sobre este tema en *The Force of Reason*, Rizzoli, 2006, p. 53. <<

[*] Práctica islámica que consiste en sacrificar a los animales según los preceptos del Corán. *(N. del T.).* <<

[26] «Brigitte Bardot lanza una diatriba colorista contra los musulmanes y la Francia moderna». *Agence France Presse*, 12 de mayo del 2003. <<

[27] «Por llamar tierras estúpidas del islam, el autor en el juzgado», *The Guardian*, 18 de septiembre del 2002. <<

[28] Véase Fallaci, *The Force of Reason*, p. 287. <<

[29] Ibíd., p. 56. <<

[30] *Oriana Fallaci entrevista a Oriana Fallaci*, Rixxoli, 2004. <<

[31] Conferencia del papa Benedicto XVI en la Universidad de Regensburg, 11 de septiembre del 2006. <<

[1] Véase especialmente Bruce Bawer, *While Europe Slept*, Doubleday, 2006, y *Surrender*, Doubleday, 2009. <<

[2] Jeffrey Goldberg, ¿Ha llegado el momento de que los judíos abandonen Europa? <<

[*] Sistema Nacional de Salud. *(N. del T.).* <<

[*] Doctorado en Filosofía. *(N. del T.).* <<

[*] Ministra del Interior. *(N. del T.)*. <<

[3] *The Atlantic*, abril del 2015. <<

[4] «Los *tories* atacan el terrorismo islámico “de nuevo cuño”», *The Daily Telegraph*, 18 de enero del 2008, http:vww.telegraph.co.uk/newsAiknews/1575925/Tories-attack-Islamic-terrorism-rebranding.html. <<

[5] David Cameron, «Declaración sobre el incidente de Woolwich», 23 de mayo del 2013. https://www.gov.uk./government/speeches/statement-on-woolwich-incident. <<

[6] David Cameron, «Declaración sobre la muerte de David Haines», 14 de septiembre del 2014, http://www.bbc.co.uk/news/uk-29198128. <<

[7] Fraser Nelson, «Woolwich fue un caso de estudio sobre la banalidad y la estupidez del mal», *The Daily Telegraph*, 23 mayo del 2013. <<

[8] Dan Hodges, «El ataque a Woolwich: confuso, terrible, estrafalario; el horror que literalmente carece de sentido», *The Daily Telegraph*, blog, 23 de mayo del 2013. <<

[9] Simon Jenkins, «El ataque a Woolwich: Este eco de la histeria masiva solamente favorece a los terroristas», *The Guardian*, 23 de mayo del 2013. <<

[10] Salman Rushdie y Sam Harris, «Abandonado a los fanáticos», *The Angeles Times*, 9 de octubre del 2007. <<

[11] «El primer ministro turco dice: “La asimilación es un crimen contra la Humanidad”», *The Local*, 11 de febrero del 2008. <<

[*] Tiendas de comestibles en donde se vende carne de animales sacrificados según el rito musulmán. *(N. del T.)*. <<

[1] France24Arabic TV, 17 de marzo del 2015. <<

[2] Anon., «Los suecos comparan esto con el Holocausto», *The Local*, 20 abril del 2015. <<

[3] «Crisis de emigrantes: un estudiante británico conduce a sirios a Múnich», BBC News, 6 de septiembre del 2015. <<

[4] «Crisis de refugiados: la propietaria danesa de un yate pasa de contrabando en su embarcación a refugiados, desde Copenhague a Malmö», *The Independent*, 8 de septiembre del 2015. <<

[5] Para un riguroso contraargumento de la opinión predominante de la «generación robada», véase Keith Windschuttle, *The Fabrication of Aboriginaal History, Volume 3: The Stolen Generation 1881-2008*. Macleay Press, 2009. <<

[6] Véase, por ejemplo, la apología del primer ministro Kevin Rudd a los pueblos indígenas de Australia. Parlamento australiano, 13 de febrero del 2008. <<

[7] Ashraf H. A. Rushdy, *A Guilted Age; Apologiesf or the Past*. Temple University Press, 2015, p. 11. <<

[8] Apología del primer ministro Stephen Harper en apoyo del sistema para Escuelas residenciales indias, 11 de junio del 2008. <<

[9] Chantal Delsol se halla especialmente interesada en este punto. Véase concretamente «El perdón histórico en cuestión». *Hungarian Review*, vol. 3, n.º 3, pp. 72-80. <<

[10] Véase, por ejemplo, el libro de Roger Sandall *The Culture Cult*, Westview Press, 2001. <<

[11] Considérese la estatua del centro de Columbus Circle, en Nueva York. <<

[12] David Stannard, *American Holocaust: Columbus and the Conquest of the New World*, Oxford University Press, 1992, p. 246. <<

[13] Kirkpatrick Sale, *The Conquest of Paradise: Christopher Columbus and the Columbian Legacy*, Alfred A. Knopf, 1991, p. 369. <<

[14] «Más ciudades celebran el “Día de los pueblos indígenas”, en medio de un esfuerzo por abolir el Día de Colón», *Washington Post*, 12 de octubre del 2015. <<

[15] T. Nehisi Coates, «La caja para reparaciones», *The Atlantic*, junio del 2014. <<

[16] Considérese el debate de Intelligence Squared, en Londres: «No deberíamos mostramos reticentes al afirmar la superioridad de los valores de Occidente», 9 de octubre del 2007, en el que tal afirmación fue hecha por los autores Charles Glass y William Dalrymple (vídeo accesible en YouTube). <<

[17] Véase la respuesta de David Cameron a la pregunta formulada por Kenneth Clarke, Cámara de los Comunes Hansard, 19 de octubre del 2015. <<

[18] «Esta sangre caerá sobre nosotros y nuestros hijos». Biblia del rey Jacobo. Mateo 27:25. <<

[19] Papa Pablo VI, «Nostra Aetate». <<

[20] Véase Pascal Bruckner, *La Tyrannie de la penitence: essai sur le masochisme occidental*, Grasset & Fasquelle, 2006. <<

[21] Andy Beckett, «Herederos de esclavos», *The Guardian*, 2 de diciembre del 2006. <<

[22] «Mis antepasados comerciaban con la miseria humana», BBC News, 23 de junio del 2006. <<

[23] Karsten Nordal Hauken, «Jeg ble voldtatt av en mann», *NRK* 6 de abril del 2016. <<

[1] Immanuel Kant, *Perpetual Peace: A Philosophical Essay* (1795), George Allen & Unwin, 1903, pp. 155-6. <<

[2] «Orbán acusa a Soros de atizar la oleada de refugiados para debilitar Europa», *Bloomberg*, 30 de octubre del 2015. <<

[*] «No me toquéis el cocido». *(N. del T.)*. <<

[3] *The Atlantic*, diciembre de 1994. <<

[1] «Tragarse el miedo e ir de compras, dicen las parisinas», *The Times* (Londres), 21 de noviembre del 2015. <<

[2] «Noruega da una lección a los migrantes sobre cómo tratar a las mujeres», *The New York Times*, 19 de diciembre del 2015. <<

[3] «Polizei fühlt sich bei Migranten-Kriminalitat gegängelt», *Die Welt*, 24 de enero del 2016. <<

[4] https://linksjugendbhvcux.wordpress.com/2016/02/24/kein-pegidas-hit-in-bremerhaven-2-0. <<

[5] «Activista violada por un migrante. “Los otros me obligaron a callar”», Corriere Della Sera, 25 de septiembre del 2015. <<

[6] https://www.facebook.com/ob.boris.palmer/possts/1223835707655959.
<<

[7] Encuesta de Ipsos Mori sobre migración y refugiados, 11 de agosto 2016, https//www.ipsosmori.com/researchpublications/researcharchive/3771/Global-study-shows-many-around-the-world-unconfortable-with-levels-of-immigration.aspx. <<

[8] «Los extranjeros encuentran una puerta de acceso en la costa española», *The New York Times*, 18 de octubre de 1992. <<

[9] Tom Bower, *Broken Vows: Tony Blair and the Tragedy of Power*, Faber & Faber, 2016, p. 173. <<

[*] Cargo equivalente al de Ministro del Interior, en España. *(N. del T.)*. <<

[10] «El terror sospechosamente protegido», *The Sun*, 8 de agosto del 2016. <<

[11] «Müssen wir Angst vor dem Islam haben, *Frau* Merkel?», *Bild*, 10 de septiembre del 2015. Artículo original de la TV, vía televisión suiza en: http//www.srf.ch/play/tv/news-clip/video/merkel-ueber-die-angst-vor-einer-islamisierun-g?id=18886c54-51c4-469b-8ª98-45fla817219b. <<

[*] El autor se refiere a «Los maestros cantores», famosa ópera de Richard Wagner. *(N. del T.)*. <<

[*] En Bayreuth se celebra habitualmente un famoso evento musical, con la representación de óperas de Wagner. *(N. del T.)*. <<

[1] Véase, entre otros muchos trabajos, el de Byung-Chul Hans *Müdigkeitsgesellschaft*, 2010). <<

[*] El autor utiliza un juego de palabras que resulta difícilmente traducible. *(N. del T.)*. <<

[2] Federico Nietzsche, *Writings from the Late Notebooks*, Textos de Cambridge en la Historia de la filosofía, ed. Rudiger Bittner, tad. Kate Struge, Cambridge University Press, 2003, p. 267. <<

[3] H. P. Liddon, *The Life of Edward Bouverie Pusey*, Longmans, 1893, vol. I, pp. 73-7. <<

[4] Richard Dawkins, «Por qué importa Darwin», *The Guardian*, 9 de febrero del 2008. <<

[5] Don Cupitt, *The Meaning, of the West: An Apologia for Secular Christianity*, SCM, 2008, p. 67. <<

[6] Ibíd. <<

[7] Piénsese por un momento en John Locke, «Carta sobre la tolerancia», en *Two Treatises of Government and a Letter Concernig Toleration*, ed. Ian Shapiro, Yale University Press, 2003, p. 219. <<

[8] Stephen Spender, 8 de septiembre de 1939, en *New Selected Journals 1939-1995*, ed. Lara Feigel y John Suthrland con Natasha Spender, Faber & Faber, 2013, p. 13. <<

[*] La eugenesia es la aplicación de las leyes biológicas de la herencia al perfeccionamiento de la especie humana. *(N. del T.)*. <<

[9] Coros de «The Rock», VI. <<

[10] Jean Francois Revel, *Without Marx or Jesus*, MacGibbon & Kee, 1972, p. 17. <<

[11] Chantal Delsol, trad. Robin Dick, *Icarus Fallen: The Search far Meaning in an Uncertain World*, ISI Books, 2003, p. 46. <<

[*] John Donne (1572-1631) fue el poeta inglés, de pensamiento metafísico, más importante de la época de Isabel I. <<

[*] Izaak Walton (1593-1683), uno de los escritores más representativos de la literatura de la Restauración inglesa. *(N. del T.)*. <<

[12] Entrevista con Ayaan Hirsi Ali, por Giulio Meotti, *Il Foglio* 32 de enero del 2016. <<

[13] «Fico; la política migratoria de la Unión Europea es un “suicidio ritual”»; Euractiv, 26 de enero del 2016. <<

[14] Chantal Delsol, prefacio a la edición inglesa de Dick, *Icarus Fallen*, p. 20. <<

[15] «Fico sieht keinen Platz für Islam in der Slowakei», *Der Standard*, 27 de mayo del 2016. <<

[16] «Los refugiados y migrantes se meten en Italia abriendo una nueva ruta», *The Daily Telegraph*, 22 de julio del 2016. <<

[1] «La juventud radical belga culpa a la policía y no al islam», *The New York Times*, 7 de abril del 2016. <<

[2] Encuesta de Opinión Nacional encargada por el Canal 4, agosto del 2006. <<

[3] Encuesta de ComRes para la BBC Radio 4 «Hoy», 25 de febrero del 2015. <<

[4] ComRes, BBC «Los jóvenes y los prejuicios», encuesta publicada el 24 de septiembre del 2013, http://comres.co.uk/wp-content/themes/comres/poll/BBCRadio_l_Newsbeat_Discrimination_Poll_September_2013.pdf. <<

[5] La carta original se puede conseguir en: http://www.bbc.co.uk/news/uk-25298580. <<

[*] Fecha del ataque terrorista a las Torres Gemelas de Nueva York. *(N. del T.)*. <<

[6] «Los musulmanes se proponen romper barreras y educar a sus jóvenes de acuerdo con la parte humana del islam». *Daily Record*, 27 de noviembre del 2013, http://www.dailyrecord.co.uk/news/real-life/muslim-proyect-aims-break-down-2855192. <<

[7] La encuesta fue comisionada por el partido PPV y dirigida por la oficina de investigación de Maurice de Hond en junio del 2013, http://www.geert-twilders.nl./images/Reactie_op_Islam_in_Nederland.pdf. <<

[8] Harris Interactivo, «La visión de los franceses sobre la religión musulmana», abril del 2013, http//www.harrsinteractive.fr/news/2013/Results_HIFR_PAI_16042013.pdf . <<

[9] «Las alarmantes crispaciones de la sociedad francesa», *Le Monde*, 24 de enero del 2013, http://www.lemonde.fr/politique/article/2013/01/24/les-crispations-alarmantes-de-la-societe-francaise_1821655_823448.html. <<

[10] Harris Interactive, «La mirada de los franceses». <<

[11] Encuesta realizada en abril del 2015, http://survation.com/british-muslims-is-the-divide-increasing. <<

[12] Encuesta YouGov Cambridge (trabajo de campo realizado en marzo del 2015), http://cdn.yougov.com/cumulus_iploads/document/ogqzisd2xq/Islam%20and%20Bristish%20values.pdf. <<

[13] Institut für Demoskopie Allensbach, noviembre del 2012, http://www.ifd-allensbach.de/uploads/tx_reportsndocs/Novemberl2_Islam_ol.pdf. <<

[14] «Für fast zwei Drittel der Bürger gehört der Islam nicht zu Deustchland», *WDR*, 12 mayo del 2016. <<

[15] Véase la entrevista con Tommy Robinson hecha por el autor, *The Spectator*, 19 de octubre del 2013. <<

[16] Entrevista del autor con Wilders, marzo del 2008. <<

[17] Entrevista del autor con Robinson, *The Spectator*, 19 de octubre del 2013. Véase también Tommy Robinson, *Enemy of the State*, The Press News, 2015. <<

[1] Mark Steyn, «Profesores gay en marcha», *The Daily Telegraph*, 11 de mayo del 2002. <<

[2] *De Volkskrant*, *4* de junio del 2016. <<

[3] *Eva Jacobson*, «Boverket: Bristen ännu värre än väntat», *Hem & Hyra*, 1 de abril del 2015. <<

[4] Estudio del Departamento de Periodismo, Medios y Comunicación de la Universidad de Gotemburgo, 2011. <<

[*] Atuendo ornamental de cabeza, utilizado por los judíos ortodoxos. *(N. del T.)*. <<

[5] Cifras facilitadas por el Consejo Nacional Sueco para la Prevención del Crimen (Brottsförebyggande radet-Bra). <<

[6] Frederic Morenius, «Valdtakt och förövarens nationella bakgrund», 12 de agosto del 2016, en https//fredricmorenius.wordpress.com/2016/o8/12/valdakt-och-forovarens-nationella-bakgrund. <<

[7] Erico Matias Tavares, «Swedenonthebrink?». Una entrevista con el doctor Tino Sanandaji, 21 febrero del 2016, en https//www.linkesin.com/pulse/sweden-brink-interview-dr-tino-sanadaji-erico-matias-tavares. <<

[8] «Miles de migrantes rescatados en aguas de Libia», BBC News, 30 de agosto del 2016. <<

[9] «Bye bye, Wilkommenskultur», *Die Zeit*, 7 de julio del 2016. <<

[10] Encuesta realizada por la emisora alemana ARD. <<

[1] Jürgen Habermas y otros, *La conciencia de que está faltando fe y razón en la edad postsecular*, trad. Ciaran Cronin, Polity Press, 2010, p. 15. <<

[2] E. W. Böckenförde, «Die Entstehung des Staates als Vorgang der Sakularisation» (1867), en *Recht, Staat, Freiheit*, Frankfurt am Main, 1991, p. 112. <<

[3] Eric Kaufmann, *Shall the Religious Inherit the Earth?* Profile Books, 2010, p. 182. <<

[4] Morten Storm con Paul Cruickshank y Tim Lister, *Agent Storm; My Life inside al-Qaeda*, Viking, 2014, pp. 117-19. <<

[*] *The blind watchmaker (El relojero ciego)* es una obra de este famoso biólogo en la que somete a examen algunos postulados sobre la existencia y fundamentos de la vida. *(N. del T.)*. <<

[*] Christopher Eric Hitchens (1949-2011) fue un escritor, ensayista y polemista estadounidense famoso por su estilo ingenioso y directo. *(N. del T.)*. <<

[*] Benedetto Croce (1866-1952). Escritor, filósofo, historiador y político italiano, fue una figura destacada del liberalismo. <<

[*] Marcello Pera (1943) fue senador por el partido Forza Italia y, posteriormente, por Popolo della Liberta, y presidente del Senado italiano. *(N. del T.)*. <<

[5] Benedetto Croce: «Por qué no podemos evitar llamarnos cristianos» en *My Philosophy*, George Allen & Unwin, 1949; Marcello Pera, *Why We Should Call Ourselves Christians*, Encounter Books, 2011. <<

[*] Obra musical de Thomas Tallis (1505-1585) compositor inglés de obras sacras, uno de los músicos más importantes del s. XVI. *(N. del T.)*. <<

[*] Artista actual canadiense que trabaja con instalaciones de sonido. *(N. del T.)*. <<

[*] Erika Leonard Mitchell, más conocida por E. L. James (Londres 1963) es una escritora inglesa famosa por su trilogía *Cincuenta sombras de Grey. (N. del T.)*. <<

[*] Famoso político y escritor alemán contemporáneo. *(N. del T.)*. <<

[6] Véase Dietmar Eger, *Gerhard Richter, Catalogue Raisonné, Vol. I, 1962-68*, Hatje Cantz, 2011; *Onkel Rudi* p. 208; *Herr Heyde*, p. 233; *Familie Liechti*, p. 249. <<

[7] Véase Richard Davey, Kathleen Soriano y Christian Weikop, *Anselm Kiefer*, Royal Academy, 2014: «Inteerior», p. 144; «Edades del mundo», pp. 172-3. <<

[*] Plato típico árabe. *(N. del T.)*. <<

[1] «Tödliche Schüsse in Berliner Flüchtlingsheim», *Die Welt*, 29 de septiembre del 2016. <<

[2] «Los judíos europeos temen ir a la sinagoga en las festividades religiosas por miedo a los ataques antisemitas», *The Daily Mail*, 20 de septiembre del 2016. <<

[*] El CDU es el partido de la Unión Demócrata Cristiana de Alemania, partido de ideología derechista fundado en el año 1945. *(N. del T.)*. <<

[*] El AfD es el partido Alternativa para Alemania, formación política de ideología euroescéptica. (*N del T.*). <<

[3] «Merkel admite que cambiará el reloj en la política de refugiados», *The Financial Times*, 19 de septiembre del 2016. <<

[4] «Trump quiere vallas fronterizas, pero los ingleses están construyendo una en Francia», NBC News, 12 de septiembre del 2016. <<

[1] Paul Collier, *Exodus: Immigration and Multiculturalism in the 21st Century*, Allen Lane, 2013; David Goodhart, *The British Dream: Successes and Failures of Post-war Migration*, Atlantic Books, 2013. <<

[2] Erico Matias Tavares, «“¿Suecia en la encrucijada?”. Entrevista con el doctor Tino Sanandaji», 21 de febrero del 2016, en https//www.linkedin.com/pulse/sweden-brink-interview-dr-tino-sanadaji-erico-matias-tavares. <<

[3] Véase, en particular, Joseph Ratzingeer y Marcelo Pera, *Without Roots: The West, Relativism, Christianity and Islam*, Basic Books, 2006: Jurgen Habeermas y Joseph Ratzingeer, *The Dialectics of Secularization: On Reason and Religion*, Ignatius Press, 2006. <<

[1] Daniel Korski, «¿Porqué perdimos el voto del Brexit?», *Político*, 20 de octubre del 2016. <<

[*] Siglas de Arts and Entertainment, un programa de televisión dedicado a juegos e informaciones culturales. *(N. del T.)*. <<

[2] *Le Monde*, 31 de enero del 2016. <<

[3] «Eritrea está mal, pero no tan mal», *The New York Times*, 23 de junio del 2016. <<

[4] «La Inglaterra multicultural rechaza el conflicto extranjero, MoD lo admite», *The Guardian*, 23 de enero del 2014. <<

[*] La Hajj es la peregrinación que realizan los fieles musulmanes a La Meca. *(N. del T.)*. <<

[5] Estadística de YouGov sobre temas de población, mayo del 2014. <<

[*] Traducción aproximada del término «rapefugees» inventado por el autor. *(N. del T.)*. <<

[6] «Unfrage zeigt: Das denken die Deutschen wirklich über den Islam», *Focus*, 5 de mayo del 2016. <<

[*] Chatham House, también conocido como Instituto Real de Asuntos Internacionales, es una organización no gubernamental, con sede en Londres, cuya misión es analizar y promover la comprensión de los principales asuntos internacionales. *(N. del T.)*. <<

[7] «¿Qué piensan los europeos sobre la inmigración musulmana?», Chatham House. 7 de febrero del 2017. <<

[8] Vídeo accesible en YouTube bajo el título «Erstaufnahme Asyl RP Lübke Kassel Lohfelden 14.10.2015». <<

[9] «Die Wutbürger sollten Deutschland verlassen», *Der Freitag*, 12 de octubre del 2016. <<